

The background of the cover features a tall, cylindrical lighthouse with alternating red and white horizontal stripes, situated on a sandy dune. The sky is a clear, pale blue, populated by several white seagulls in flight. In the foreground, a sandy path leads towards the lighthouse, flanked by clumps of tall, golden-brown grasses. On the right side, the front portion of a white bicycle with a basket is visible.

JENNY COLGAN

*La pequeña  
panadería de  
la isla*

se

Lectulandia

Tras el desastroso final de su última relación amorosa, Polly Waterford se traslada a un balneario en una remota isla frente a las costas de Cornualles, donde se instala en un piso pequeño y solitario situado encima de una tienda abandonada.

Para distraerse de sus problemas, Polly se concentra en su afición favorita: amasar y hornear pan. Pero su relajante pasatiempo de fin de semana no tarda en convertirse en una pasión. A medida que vuelca sus emociones en amasar y golpear la masa, cada hogaza resulta mejor que la anterior. Entusiasmada, Polly empieza a incorporar nueces, olivas o semillas a la masa, además de la miel que le proporciona un apuesto apicultor del lugar. Recurriendo a reservas de determinación y creatividad que ignoraba que poseía, Polly maravilla a los habitantes del pueblo y a los visitantes con las maravillas que salen de su horno, y de paso descubre una vida nueva y brillante allí donde jamás esperaba encontrarla.

**Lectulandia**

Jenny Colgan

# **La pequeña panadería de la isla**

ePub r1.0

Titivillus 02.07.2017

Título original: *Little Beach Street Bakery*

Jenny Colgan, 2015

Traducción: Ana Isabel Domínguez Palomo & María del Mar Rodríguez Barrena

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Anna-Marie Fourie,  
mi querida primera lectora y amiga  
a demasiada distancia,  
que sabe lo que es esperar  
a que alguien vuelva a casa del mar.*

Ojalá fuera un pescador  
que se hace a la mar,  
muy lejos de tierra firme  
y todos sus amargos recuerdos.  
Poder lanzar mi precioso anzuelo  
con despreocupación y amor.  
Sin más techo que me constriña  
que el cielo estrellado  
contigo entre los brazos.  
¡Uuuh, uuuuuh!

*Fisherman's Blues*, de The Waterboys

¡Levantaos, levantaos, jóvenes!  
El navío parte por la mañana,  
ya sople el viento, ya haga frío  
o azote una mortal tormenta.

*Balada de sir Patrick Spens*, alrededor del siglo XIV, tradicional

# 1

Años más tarde, cuando ya era una anciana y se encontraba a muchos kilómetros de distancia, a Polly le resultaría difícil explicar cómo era la vida que llevaban en aquel entonces. Explicar que algunos días podían ir a tierra firme en coche, pero que otros tenían que ir en barca. A veces se quedaban aislados durante mucho tiempo y nadie sabía muy bien ni cuándo ni cómo sucedería; las predicciones de las mareas solo anunciaban eso, las mareas, no el tiempo.

—Pero ¿no era espantoso? —le preguntaría Judith—. Me refiero a saber que estabais aislados.

Y Polly recordaría cómo el sol se reflejaba en el agua, cuando la marea no bajaba, y cómo la luz cambiaba y hacía cambiar el color del agua, que pasaba del rosa claro al rosa oscuro y al violeta a medida que el sol se ponía por el Oeste, con la certeza de que iba a pasar otro día sin que pudieran ir a ninguna parte.

—La verdad es que no —contestaría ella—. Era maravilloso. Solo tenías que acurrucarte y ponerte cómoda. Solo estabas tú y los demás habitantes del pueblo. Te asegurabas de que todo estaba bien en alto y si todavía había electricidad, era estupendo, pero si no la había... En fin, también te las apañabas. Se veían velas brillando junto a las ventanitas. Era acogedor.

—Parece sacado de hace cien años.

Polly sonrió.

—Lo sé. Pero no hace tanto tiempo. No, no hace tanto tiempo... A mí me parece que fue ayer. Si plantas tu corazón en un lugar, ese lugar siempre te acompañará. Claro que eso vino muchísimo después. Al principio, era espantoso.

2014

Polly hojeó los documentos que le habían entregado en una brillante carpeta con la imagen de un faro en la portada. Se percató de que era una bonita imagen. Estaba haciendo un gran esfuerzo para ver el lado positivo de la situación.

Los dos hombres que estaban con ella en la habitación eran amables. Más amables de la cuenta; tan amables, de hecho, que estaban consiguiendo que se sintiera peor en vez de sentirse mejor. Se sentía culpable más que furiosa o desafiante.

Estaban sentados en la trastienda del despacho de dos habitaciones en la reconvertida estación de tren de la que Chris y ella se habían sentido tan orgullosos. Era pequeñita y acogedora, con una vieja chimenea que no funcionaba en lo que antaño fuera la sala de espera.

En ese momento, las dos estancias eran un caos: archivos desordenados, ordenadores puestos en cualquier sitio, papeles desparramados por todas partes. Los hombres tan amables del banco estaban repasando todos los documentos. Chris estaba sentado con aire enfurruñado, como un niño de cinco años al que le hubieran quitado su juguete preferido. Polly no dejaba de dar vueltas en un intento por ayudar, y cada poco tiempo Chris la miraba con expresión sarcástica, una expresión que ella sabía interpretar por un «¿Por qué ayudas tanto a la gente que intenta destruirnos?», y, aunque suponía que Chris llevaba razón en cierto sentido, no podía evitarlo.

Después, a Polly se le pasó por la cabeza que el banco contrataba a esa gente para que fuera amable precisamente por ese motivo: para animar a que los demás colaborasen, para evitar confrontaciones e impedir peleas. Eso la entristecía, tanto por Chris y por ella, como por esos hombres tan amables, cuyo trabajo diario consistía en presenciar las penurias ajenas. No era culpa suya. Aunque Chris creía que sí, por supuesto.

—En fin —dijo el mayor de los dos hombres, que llevaba turbante y tenía unas gafitas apoyadas en la punta de la nariz—. Lo habitual es que se comience el proceso de bancarrota antes de llegar a los tribunales. No tienen que asistir los dos, basta con que uno de los directores esté presente.

Polly dio un respingo al escuchar la palabra «bancarrota». Parecía muy definitiva, muy seria. Algo que sucedía a las estrellas del pop tontas y a los famosos. No a personas trabajadoras como ellos dos.

Chris resopló con gesto sarcástico.

—Encárgate tú —dijo a Polly—. Te encantan todas esas cosas que te hacen estar ocupada como una abejita.

El hombre más joven miró a Chris con expresión comprensiva.

—Somos conscientes de que es una situación muy difícil.

—¿En serio? —preguntó Chris—. ¿Alguna vez se ha declarado en bancarrota?

Polly miró de nuevo el bonito faro, pero ya no le funcionaba el truco. Intentó pensar en otra cosa. Se descubrió admirando los bonitos dibujos del repertorio de Chris que habían colgado en la pared cuando se mudaron, siete años atrás, ambos con veintitantos años, llenos de optimismo por la idea de poner en marcha su propia empresa de diseño gráfico. Habían empezado bastante bien, ya que tenían varios clientes del anterior trabajo de Chris, y Polly había trabajado de forma incansable en la parte administrativa del negocio, buscando nuevos contactos, ampliando su red de relaciones, ofreciendo sus servicios a las empresas de Plymouth, donde residían, e incluso a zonas más lejanas como Exeter y Truro.

Habían invertido su dinero en la compra de un apartamento, en una promoción nueva cerca del mar en Plymouth, muy minimalista y moderno, y habían frecuentado los restaurantes y los bares de moda, para ver y ser vistos, y para hacer negocios. Había funcionado bastante bien, durante un tiempo. Se habían sentido unos triunfadores; les encantaba decir que dirigían su propio negocio. Pero después llegó la



crisis del sistema financiero en 2008 y las nuevas tecnologías informáticas facilitaban más que nunca el tratamiento de imágenes y la creación propia de diseños. Con las empresas recortando en comisiones a terceros y gastos en publicidad y en trabajadores externos, al tiempo que sobrecargaban a su plantilla interna, el diseño gráfico, tal como Chris señaló, se fue a pique. Aún existía. Pero ellos cada vez trabajaban menos.

Polly se había dejado la piel. No había parado de regatear, de negociar y de ofrecer descuentos; había hecho todo lo posible para conseguir ventas a su talentosa otra mitad. Chris, en cambio, se había encerrado en sí mismo y había comenzado a culpar al mundo por no interesarse en sus maravillosas obras de arte y en sus tipografías hechas a mano. Adoptó una actitud huraña y dejó de hablar con ella, una actitud que Polly había intentado contrarrestar con un acercamiento positivo. Le había costado la misma vida mantenerlo.

Aunque Polly nunca, jamás de los jamases, lo admitiría, ni siquiera ante sí misma, el hecho de que por fin llegara ese día, mucho después de que le suplicase que cerraran la empresa y que buscaran trabajo en otra parte y mucho después de que Chris la acusara de deslealtad y de conspirar en su contra, era casi un alivio. Era desagradable, espantoso; le resultaba muy bochornoso, aunque muchas personas con las que solían codearse en los bares de moda en Plymouth estaban pasando por lo mismo o conocían a otras personas que estaban pasando por esa situación. La madre de Polly no lo entendía en absoluto, le parecía que era algo parecido a ir a la cárcel. Tendrían que vender el apartamento, empezar de cero. Sin embargo, que el señor Gardner y el señor Bassi, los empleados del banco, estuvieran allí al menos parecía indicar que algo se iba a solucionar, que algo sucedía. Los dos últimos años habían sido muy tristes y agobiantes, tanto en el ámbito profesional como en el personal. Su relación ya estaba en la cuerda floja, eran como dos personas que compartían piso a regañadientes. Polly se sentía exhausta.

Miró a Chris. Tenía nuevas arrugas en la cara de las que no se había dado cuenta hasta ese momento. Había pasado mucho, pensó, desde que lo había mirado de verdad. En los últimos tiempos, tenía la sensación de que incluso levantar la vista cuando él volvía del despacho (ella siempre se iba antes, pero él se quedaba repasando sus pocos encargos una y otra vez, como si con la perfección se pudiera cambiar lo inevitable) parecía denotar acusación, culpabilidad, de modo que mantenía la cabeza agachada.

Lo más raro era que, de haberse deshecho solo su vida personal, todos sus conocidos se habrían compadecido y les habrían ofrecido ayuda, consejo y ánimo. Sin embargo, el fracaso de un negocio... La gente tenía demasiado miedo como para decir algo. Todos mantenían las distancias, no preguntaban mucho, incluso la valiente Kerensa, que era la mejor amiga de Polly.

Tal vez porque el miedo a las penurias, a perder la vida por la que tanto se había trabajado, era demasiado profundo y demasiado fuerte, y los demás creían que su

situación se podía contagiar de alguna manera. Tal vez porque la gente no se había dado cuenta de lo que pasaba en realidad. Tal vez habían conseguido mantener las apariencias durante demasiado tiempo: caras sonrientes; cenas de grupo que habían cargado a la tarjeta de crédito, aunque contenían el aliento cuando pasaban la tarjeta por la máquina; regalos artesanales, y menos mal que Polly era una consumada repostera, porque era una habilidad muy práctica; mantener el llamativo Mazda negro, aunque ya tendrían que deshacerse de él, claro. A Polly le daba igual el coche. Pero le importaba Chris. O le había importado. En el último año aproximadamente, no había visto al Chris que conocía. El hombre dulce y gracioso que era tan tímido cuando empezaron a salir, pero que luego evolucionó cuando puso en marcha su propia consultoría de diseño gráfico. Polly lo había apoyado en todas las fases del camino. Eran un equipo. Y lo había demostrado al empezar a trabajar para la empresa. Había invertido todos sus ahorros (pocos después de la hipoteca), había luchado con uñas y dientes por la personalización, había engatusado y perseguido a los clientes, y se había agotado de todas las maneras habidas y por haber.

Eso empeoraba las cosas, por supuesto. Cuando Chris por fin volvió a casa aquella aciaga noche, durante una gélida primavera, aunque más parecía un invierno eterno, y se sentó, Polly lo miró, lo miró de verdad, y él dijo con gesto serio:

—Se acabó.

Los periódicos locales estaban cerrando, de modo que no necesitaban anuncios, por lo que tampoco necesitaban esquemas ni diseños... y los negocios ya no necesitaban folletos, o, si los necesitaban, los diseñaban con programas *online* y los imprimían en casa. Todo el mundo se había convertido en diseñador, y en fotógrafo, y en todo lo que en otro tiempo Chris había sobresalido, con tanto esmero y tanta atención por los detalles. Era como intentar vender buscas o cintas de casete.

Habían pasado meses desde la última vez que hicieron el amor, pero Polly se había despertado muchas veces de madrugada y se lo había encontrado despierto a su lado, haciendo números desesperadamente en silencio o dejando que la tristeza y la ansiedad lo carcomieran. Y aunque había intentado encontrar las palabras adecuadas para ayudarlo, nada podía hacerlo.

«No, eso no funcionará», le soltaba Chris a todas y cada una de sus sugerencias, desde unas invitaciones de boda a los anuarios escolares. Otra variante era «Es inútil». Chris cada vez se había mostrado más y más negativo, hasta que trabajar juntos fue casi imposible, y, dado que no le gustaban ninguna de sus ideas para la empresa y que casi no tenían encargos nuevos, Polly empezó a tener cada vez menos trabajo. Polly dejaba que se fuera a primera hora de la mañana para correr. «Mi única forma de liberar tensión», decía Chris, y ella tenía que morderse la lengua para no replicar que cada vez que sugería hacer algo, como dar un paseo, ir al puerto, hacer un pícnic o cualquier otra cosa que no costase dinero, él casi le arrancaba la cabeza y le decía que era inútil y que no podía perder el tiempo.

Polly había intentado que fuera al médico, pero eso también era una pérdida de

tiempo. Chris se negaba a admitir que pasaba algo, ya fuera con él, con ellos dos o con cualquier otra cosa. Solo era una racha, ya pasaría. Pero un día la pilló mirando ofertas de empleo a través de un portal de Internet y eso fue el catalizador. La discusión que tuvieron esa noche fue épica e hizo que todo saliera a la luz: todo el dinero que Chris había pedido prestado, hasta qué punto le había estado ocultando a Polly lo mala que era su situación. Ella lo miró boquiabierta.

Una semana después, una silenciosa y agónica semana después, él entró arrastrando los pies, se sentó y la miró a la cara.

—Se acabó.

Y allí estaban, en los restos de su empresa con esos hombres tan agradables, el señor Gardner y el señor Bassi, y cualquier maravilloso sueño que hubieran ideado en los días en los que se creían capaces de lograr cualquier cosa... Cada documento que había visto firmar a Chris mientras descorchaban una botella de champán, el día que bautizaron el escritorio de su acogedor despacho o el día que buscaron en Google su anuncio en las Páginas Amarillas... Todo había desaparecido, se había perdido en un mundo al que le daba igual lo mucho que hubieran trabajado o lo mucho que hubieran anhelado su sueño o cualquier otro tópico sacado de un programa de televisión que importaba una mierda en el orden de las cosas. Se acabó. Ni todas las imágenes de faros del mundo podrían cambiar ese hecho.

—Y las cosas que tengo son las siguientes... —dijo Polly mientras atravesaba la ciudad bajo el frío asalto del viento primaveral. Su intención era la de animarse a toda costa enumerando todo lo bueno que había en su vida. Había quedado con su mejor amiga y no quería echarse a llorar nada más verla—. Estoy sana. Tengo buena salud, salvo por la molestia en el tobillo que me torcí bailando en aquel bar, algo que me merecía. Estoy en pleno uso de mis facultades. He perdido mi dinero por culpa de la empresa, pero la gente pierde mucho más en todas partes del mundo. No he sufrido ningún desastre natural. Mi familia está bien. Es un incordio, pero está bien. Mi relación... la gente sufre cosas peores. Mucho peores. La verdad, no es que tengamos que divorciarnos...

—¿Qué haces? —le preguntó Kerensa, en voz alta. Aunque llevaba unos taconazos de vértigo, se movía tan rápido como lo hacía ella con sus Converse y la había alcanzado mientras regresaba a casa de la oficina, donde trabajaba como asesora empresarial—. Estás moviendo los labios. ¿Te estás volviendo loca de verdad? Porque no sé si sabes que...

—¿Qué?

—Podría ser una buena estrategia. ¿Buscas vivir de una pensión por discapacidad?

—¡KERENSA! —exclamó Polly—. Eres muy mala. Y no, estaba enumerando todas las cosas buenas que tengo en la vida, por si te interesa. Había llegado a: «No tengo que divorciarme».

Kerensa puso una cara que seguramente habría expresado sus dudas si el bótox que se había inyectado se lo hubiera permitido. Lo normal era que costara trabajo interpretar sus expresiones, aunque por regla general ella se encargaba de explicarlas a voz en grito.

—¡Madre mía! ¿En serio? ¿Y qué más? ¿Tienes dos brazos y dos piernas?

—Creía que habíamos quedado para que pudieras animarme.

Kerensa levantó la tintineante bolsa de la vinatería.

—Y eso es lo que vamos a hacer. Sigue, ¿qué más hay en la lista? Una vez que descartas lo de no tener casa, ni trabajo y todo eso.

Se habían detenido al llegar frente a la preciosa casa de Kerensa, un adosado en Plymouth. La puerta principal, con su llamador de bronce, estaba pintada de rojo y flanqueada por dos pequeños naranjos.

—La verdad, no sé si quiero entrar —dijo Polly, aunque en realidad no hablaba en serio.

Kerensa era así, siempre afrontaba los problemas abiertamente. Algo que ella

debería haber hecho en más ocasiones a lo largo del último año, cuando la empresa empezó a irse al traste y Chris decidió alejarse de ella. Solo había pedido consejo profesional a Kerensa en una ocasión, durante una fiesta de Navidad en la que estaban un pelín borrachas, y su amiga le había dicho que lo que pensaban hacer era arriesgado y después le suplicó que no le preguntara nunca más. Polly se convenció de que todos los negocios implicaban un riesgo y no había vuelto a mencionar el tema desde aquel entonces.

—Bueno, pues ya estás aquí y no pienso comerme todas estas Pringles yo sola —replicó Kerensa con alegría al tiempo que sacaba la llave y su llavero de Tiffany.

—Tú nunca comes Pringles —farfulló Polly—. Las sacas y luego sueltas: «¡Oh! Es que me he puesto hasta las cejas (aunque es mentira), así que, por favor, cómete las Pringles porque caducarán si se quedan en mi casa». Algo que nunca sucede, por cierto.

—Bueno, si pasas, podrás comértelas como te apetezca en vez de darte un atracón a dos carrillos.

Antes de que Polly pudiera protestar, Kerensa levantó las manos.

—Quédate esta noche.

—Vale. —Cedió Polly.

Polly cerró los ojos mientras lo decía, pero allí estaba. La propuesta del señor Gardner y del señor Bassi: el banco se quedaría con el apartamento. Cuando se lo dijo a su madre, esta había reaccionado como si hubiera tenido un niño y lo hubiera vendido. Por eso intentaba no confiar en su madre más allá de lo estrictamente necesario.

—Bueno. Estoy intentando ver el lado bueno a todo esto.

—¿A no tener casa?

—Cállate. En realidad, solo necesito un sitio donde alojarme.

Kerensa trató de fruncir el ceño y después miró los trocitos de Pringles que Polly había dejado sobre el sofá de la marca BoConcept.

—¿Tú sola?

Polly se mordió el labio.

—No hemos cortado. Es que... no estoy segura de que podamos convivir en algún sitio espantoso alquilado... —Respiró hondo y bebió un buen trago de vino—. Me ha dicho que quiere volver con su madre una temporada. Hasta que... hasta que la situación se enderece un poco, ¿me entiendes? Y después ya veremos. —Polly hacía todo lo posible por aparentar que esa decisión había sido el fruto de un proceso meditado y lógico, en vez del resultado de muchas discusiones y enfurruñamientos—. En fin, nos vendrá bien... el cambio y eso.

Kerensa asintió con la cabeza para darle ánimos.

—Hasta que vendamos el apartamento... no tengo nada. Si nos dan más de lo que

esperamos, conseguiremos saldar la deuda, pero...

—¿No es eso lo que esperas?

—Con la suerte que tengo últimamente —contestó Polly—, seguro que si consigo un poco de dinero, acaba ardiendo en cuanto salga del banco porque lo fulminará un rayo. Y después me caerá un piano en la cabeza y acabaré dentro de una alcantarilla.

Kerensa le dio unas palmaditas en una mano.

—¿Cómo lo lleva Chris?

Polly se encogió de hombros.

—Igual. Los dos hombres del banco han sido muy simpáticos. Teniendo en cuenta las circunstancias, claro.

—Qué trabajo más espantoso.

—Es un trabajo —replicó Polly—. En este momento, esa palabra me resulta increíble.

—¿Estás buscando algo?

—Sí —reconoció—. Pero estoy sobrecualificada y soy demasiado mayor para cualquier tipo de trabajo que se te ocurra. Además, ya nadie parece pagar a los trabajadores en prácticas. Y necesito una dirección.

Kerensa dijo al instante:

—Sabes que puedes vivir aquí.

Polly echó un vistazo a su alrededor. Una vivienda femenina inmaculada y prístina. Kerensa se relacionaba con muchos hombres, gracias a su cuerpo atlético, su ropa cara y su increíble atrevimiento, pero jamás se había mostrado interesada en convivir con alguno de ellos. Era como una gata con pedigrí, pensó Polly, mientras que ella era más bien un perro grande, simpático y guarrete. Tal vez un springer spaniel, por aquello de su pelo rubio cobrizo y su carita pequeña.

—Prefiero dormir en un contenedor de basura antes que arriesgar otra vez nuestra amistad viviendo juntas.

—¡Nos lo pasamos genial cuando vivíamos juntas! —exclamó Kerensa.

—¡Qué va! —la contradijo Polly—. Todos los fines de semana salías con los capullos aquellos que tenían barcos y jamás fregabas los platos.

—Bueno, en primer lugar, todos los fines de semana te invitaba a venir con nosotros.

—Y no iba porque eran unos capullos.

Kerensa se encogió de hombros.

—Y, en segundo lugar, nunca fregaba los platos porque nunca comía. Eras tú la que lo dejaba todo lleno de harina y levadura.

La repostería era un pasatiempo que Polly jamás había abandonado. Kerensa creía que los hidratos de carbono eran venenosos y pensaba que era alérgica al gluten. Le sorprendía que pudieran ser tan buenas amigas.

—De todas formas, ni hablar —reiteró Polly con expresión triste—. Pero ¡por Dios! No me veo capaz de mudarme con una panda de veinteañeros y fingir que me

lo estoy pasando en grande con ellos.

Había cumplido los treinta y dos a principios de año. Se preguntó, por un instante, si alguna de las pequeñas desventajas de haberse declarado en bancarrota sería la posibilidad de dejar de comprar regalos de boda y de bautizo para todos sus conocidos.

Kerensa sonrió.

—Podrías hacerlo. Podrías salir de marcha.

—Madre mía.

—Y pasarte toda la noche en vela, hablando del significado de la vida y fumando porros.

—Por Dios.

—Irías de acampada y te recorrerías todos los festivales de música.

—En serio —dijo Polly—. Yo estoy desesperada y tú me restriegas sal en las heridas. Ahí, dale que te pego. Toma sal.

Kerensa le ofreció el tubo de Pringles mientras fingía estar agotada.

—Bueno, pues quédate conmigo. Ya te lo he dicho.

—¿Quedarme en tu carísimo sofá, en tu apartamento de un solo dormitorio durante un período de tiempo indeterminado? —replicó Polly—. Gracias, es un detalle por tu parte, pero voy a buscar en Internet. Algo para mí, algo que haré yo misma. Será... guay.

Kerensa y Polly estaban inclinadas sobre el portátil en silencio. Polly ojeaba la lista de pisos que se adecuaban al presupuesto fijado por el banco. No era una visión edificante. De hecho, los alquileres parecían haberse vuelto locos. Era horrible.

—Eso es una caja de zapatos —decía Kerensa de vez en cuando—. Ese no tiene ventanas. ¿Por qué han hecho una foto a una pared sucia? ¿Cómo estará la otra? Conozco esa calle de la época en la que salía con el conductor de ambulancias. Es donde va la gente a beber. Es habitual que las botellas vuelen...

—No hay nada —sentenció Polly, al borde de un ataque de pánico. No tenía ni idea, ni la menor idea, de que la suya era una hipoteca tan baja y de que los alquileres eran tan altos—. Pero nada de nada.

—¿Y un piso compartido en una buena zona?

—Son carísimos. Hay que pagar por la televisión por satélite y seguramente habrá que compartir con algún bicho raro que hace pesas en su dormitorio.

A medida que miraba la lista, la preocupación de Polly fue en aumento. No sabía hasta qué punto podía reducir sus expectativas, pero cuanto más miraba, más consciente era de que estaría sola. Por más que intentara fingir delante de Kerensa, de Chris y de su madre, había pasado algo horrible cuyas consecuencias tardarían muchísimo tiempo en desaparecer. Imaginarse llorando sola en su habitación, rodeada de jovencuelos en mitad de una fiesta, era una imagen desesperada en el mejor de los

casos, y trágica en el peor. Necesitaba replegarse, recuperar el paso alegre. No pensaba empezar a vestirse como si tuviera diez años menos ni a hablar sobre grupos de música de adolescentes. Ni volver a casa de su madre, que la quería y haría cualquier cosa por ella, pero que también suspiraría y le haría preguntas tristes sobre Chris y le hablaría de los nietos de otras personas y... No. La relación con su madre era buena, pero dudaba mucho de que sobreviviera a algo así.

Entonces... ¿qué?



A la mañana siguiente, Kerensa se levantó y se fue poco después de las seis para participar en una sesión de British Military Fitness en un parque cercano, aunque era marzo y la lluvia golpeaba los cristales. Por supuesto, invitó a Polly, pero esta gimió y se dio la vuelta en la cama. Tenía un poco de resaca y el regusto de las patatas Pringles en la boca.

En cuanto Kerensa se fue, Polly preparó café y recogió el diminuto apartamento todo lo que pudo. Aunque era inútil: su bolsa de ropa seguía ocupando demasiado espacio y además no tenía ni idea de cómo lo hacía Kerensa para enderezar los cojines del sofá, porque ella era incapaz. Cogió la taza de café y derramó un poco en la carísima alfombra, por lo que soltó un taco. No. No podía seguir así.

Encendió el portátil de nuevo. El portal de empleo podía esperar un momento; en ese preciso momento, necesitaba un sitio para vivir.

Con más detenimiento en esa ocasión, revisó todos y cada uno de los alquileres disponibles en Plymouth dentro de sus posibilidades. Todos eran espantosos o estaban en zonas en las que no se sentiría segura sin disponer de coche. Repasó una página tras otra hasta llegar al final. Ya no había más. Nada. No había ni un solo lugar que quisiera ver, ni mucho menos vivir en él.

Muchas amigas, no solo Kerensa, le habían ofrecido su sofá o una habitación de invitados, pero eso tampoco podría soportarlo. Los «¿Estás bien?» y los murmullos preocupados. Además, casi todas estaban casadas y buscaban hijos. Sospechaba que al menos a dos de sus amigas les gustaría contar con ella para ayudarlas a cuidar de los niños de vez en cuando, pero era incapaz de soportar la mera idea: deambular por la casa como un fantasma sin querer abusar de su hospitalidad, como una especie de tía solterona y criada gratis.

En otra época, cuando tenía veintitantos años, hacía ya mucho tiempo, creyó que Chris y ella ya estarían casados a esas alturas y habrían sentado la cabeza; Chris ganaría una pasta gansa, ella tendría un bebé... y allí estaba.

Uf, tenía que dejar de pensar en esas cosas. Podía ahogarse en sus penas o podía seguir adelante. Guiada por un impulso, cambió la búsqueda de modo que abarcara todo el país. ¡Hala! Si pudiera mudarse a Gales, podría vivir en un montón de sitios. Y sitios agradables. O en las Highlands escocesas. O en la Irlanda del Norte rural. O en el distrito de Peak. No sabía muy bien dónde estaba el distrito de Peak, pero al menos había un montón de sitios a los que mudarse sin dinero, sin contactos, sin amigas que ofrecían patatas Pringles y sin trabajo... En fin, tal vez no.

Volvió a reducir la búsqueda y marcó todos los inmuebles del sudoeste, y fue así cuando lo vio.

Era un nombre en el que no había pensado en años. Fueron en una excursión

escolar o algo parecido, como todo el mundo. Mount Polbearne. Era increíble que todavía viviera gente allí.

Leyó con atención la pequeña reseña. No decía mucho. Se diferenciaba de los cientos de imágenes que había visto porque la fotografía estaba tomada desde el exterior y no desde el interior, y mostraba una ventanita en un tejado a dos aguas, con la pintura del marco descascarillada y las tejas partidas y de aspecto antiquísimo. «Localización inusual», decía el anuncio, lo que solía significar «En el quinto pino». Pinchó en el enlace de todas formas al tiempo que bebía un buen sorbo de café.

«Mount Polbearne, vaya, vaya», pensó. Era una isla mareal, eso lo recordaba. Habían ido en autobús y había una carretera empedrada que conectaba la isla con tierra firme, llena de ominosos carteles que avisaban del peligro de cruzar la carretera si estaba subiendo la marea o de navegar sobre ella una vez que lo había hecho. Había restos de antiguos árboles junto a la carretera, en lo que antes era tierra firme, pero había dejado de serlo, y un castillo medio en ruinas en lo alto de la isla, junto con una tienda de recuerdos donde Kerensa y ella compraron unas enormes piruletas de fresa. Pero seguro que nadie vivía allí de verdad. La mitad del tiempo ni se podía abandonar la isla. Desde luego que no se podía ir al trabajo.

Había otra imagen en la página web. El edificio parecía casi abandonado. Tenía el tejado medio hundido y dos de las ventanas que había visto en la primera foto estaban abiertas hacia el exterior. La planta baja era un enorme espacio vacío y antiguamente fue una tienda. Era evidente que estar en mitad del mar había hundido el negocio. Polly se preguntó si una carretera sumergida sería tan emocionante para los turistas como antes. En ese momento, la gente quería playas en las que hacer surf, parques temáticos y marisquerías carísimas. Cornualles había cambiado muchísimo.

Aunque otro detalle le llamó la atención: tenía dos habitaciones, además de un pequeño cuarto de baño. No era un piso compartido ni una pensión. Una vivienda para ella sola. Que podía permitirse. No solo eso, sino que la primera habitación, la principal, era bastante grande: seis metros de largo por siete y medio de ancho. La habitación principal de su apartamento de Plymouth no era tan grande; era pequeña y estrecha, con espejos encastrados en cada extremo para crear la ilusión de más amplitud. Se preguntó qué altura tendría el techo bajo los aleros. Y si la planta baja estaba desierta, eso quería decir que no habría nadie más en el edificio, salvo las ratas. Mmm. Y en ese momento la última imagen captó su atención. Era la vista desde una de las ventanas delanteras, tomada hacia el exterior.

Por delante de la ventana se veía... la nada. Solo un trozo interminable que se perdía en el espacio o, tal como reveló un segundo vistazo, el mar. La imagen se tomó un día en el que el mar y el cielo eran de la misma tonalidad de gris y se confundían. Era un espacio enorme sin nada escrito. Polly contempló la imagen un buen rato, fascinada. Parecía tal y como ella se sentía: vacía, hueca. Pero, por extraño que pareciera, también era tranquilizadora. Como si no pasara nada por el hecho de que hubiera mucho gris en el mundo; el gris era lo que era. Cuando miraba por la ventana

de su apartamento en Plymouth, veía a muchísimas personas, iguales a ellos, que se subían a sus Audi y a sus BMW y que cocinaban en *woks*, con la salvedad de que sus negocios no habían fracasado y de que parecían seguir hablando entre ellos. Mirar por la ventana era una actividad bastante estresante de por sí. Pero eso... eso era algo distinto.

Buscó Mount Polbearne en Google Earth y se sorprendió al ver que sí, que había unas cuantas calles con casitas de piedra que descendían la ladera hacia el mar, alejándose de una iglesia en ruinas. Las calles conducían a un puerto pequeño, que formaba un ángulo recto con la carretera, donde se podían ver unos cuantos barcos pesqueros. Era evidente que todavía no estaba colonizado por la clase media, como casi toda la región de Cornualles; situado en la zona menos demandada del condado y lejos de la autopista, había pasado desapercibido. Sin embargo, solo estaba a unos ochenta kilómetros de Plymouth, de modo que podía volver para ciertas cosas...

Con dedos temblorosos, pinchó en el botón que ponía «Ponerse en contacto con el agente inmobiliario».

—Creo que lo que tienes que hacer ahora —dijo Kerensa, que se había puesto una americana ridícula con botones dorados, aunque la llevaba con mucho estilo— es casarte con un tío rico. En este agujero no vas a conseguirlo, te lo garantizo, y no pienso cobrarte por el consejo.

—Gracias, como siempre —replicó Polly.

Iba vestida de negro. Normalmente, siempre vestía de negro. Aunque con su pelo rubio cobrizo y su piel blanca no le sentaba del todo bien, y la hacía parecer baja. Tenía la impresión de que había olvidado cómo continuar con su vida normal sin un trabajo, sin su pareja, sin las llaves de un coche tintineando.

—Necesitas buscar un sitio cerca de una ciudad grande —siguió Kerensa—. Vestirte con un poco de estilo. Ligarte a alguien.

—¿Eso es lo que tú intentas hacer?

—Por favor —respondió su amiga, que puso los ojos en blanco.

Polly se apresuró a mirar por la ventanilla antes de que Kerensa empezara a cantar canciones de Beyoncé.

Era un sábado gris y nublado, y habían salido de Plymouth de forma titubeante, confundidas por las indicaciones del navegador y por las estrechas carreteras, azotadas por el viento, que este quería que siguieran. Al final, decidieron que, si mantenían el mar siempre a la izquierda, llegarían en algún momento y así fue.

Había un coche aparcado junto a la calzada y un cartel anunciando el horario de la marea, que ni siquiera se habían molestado en comprobar antes de ponerse en camino. De modo que se detuvieron y caminaron cerca del coche aparcado mientras observaban la isla a lo lejos. Al final, fue Kerensa quien lo dijo.

—Parece... un lugar muy ventoso.

Era cierto. Mount Polbearne tenía toda la pinta de sufrir el azote del viento por todos lados. Las olas eran tremendas. Parecía poco probable que ese lugar fuera accesible en veinte minutos, tal como aseguraba el cartel. La isla parecía sacada del pasado, como si estuvieran contemplando algo olvidado, ese castillo en ruinas que se alzaba sobre las calles, apenas visibles.

—A mí me parece romántico —replicó Polly, con un deje esperanzado.

—Me pregunto si todavía viven de los naufragios —dijo Kerensa—. Y si se casan entre primos.

—No está tan lejos de la ciudad —le recordó Polly.

Kerensa se miró el reloj.

—Bueno, eso depende, ¿no? ¿Y si tengo un terrible accidente con el martini y no puedes llegar pronto a mi casa porque ha subido la marea? ¡Y ni siquiera tienes coche! ¡Mira a tu alrededor!

Era un lugar desolado, donde solo había estrechos caminos que se alejaban del pequeño aparcamiento.

—No veo parada de autobús, ¿y tú? ¿Cómo vas a ir a Plymouth? ¿En una carreta tirada por un caballo?

Polly tenía los ánimos por los suelos. Sin embargo, el día anterior había salido, por orden de Kerensa, a echar un vistazo a un par de pisos compartidos cerca de su casa. Ambos estaban asquerosos, llenos de veinteañeros, con los fregaderos atestados de platos sucios, los frigoríficos con notas pegadas en las baldas y los pasillos apestando a ropa de cama sucia y obstruidos por bicicletas viejas. No se había echado a llorar hasta que Kerensa se acostó.

—Solo será por un tiempo —dijo con esperanza—. Hasta que se venda el apartamento.

—¿El mismo apartamento que es idéntico a los otros quince mil apartamentos con precios inflados y vistas al mar construidos en los últimos diez años?

Polly frunció el ceño. Chris siempre se había tenido por un hombre avisado a la hora de invertir. Recordó lo emocionado que estaba.

«¡Tiene gimnasio en el sótano, Pol! (Un gimnasio que solo había usado una vez). ¡Y acceso al edificio mediante huella dactilar! (Algo que siempre estaba estropeado.)»

Aquello de lo que carecía, como un jardín o una habitación para los niños, jamás salió a colación.

—Vamos a echar un vistazo y ya está —sentenció.

El agua se apartó de la carretera con una rapidez increíble, como por arte de magia. La enfilaron despacio y aparcaron en el otro lado, donde el aparcamiento aún estaba vacío. Era demasiado temprano para los turistas, supuso Polly, y hacía demasiado frío. Salvo para un Astra de color gris, del que salió un hombre joven con sobrepeso, vestido con un traje barato y una corbata roja. Parecía sin aliento a pesar de haber estado sentado en el coche.

—¡Eh, hola! —exclamó con un tono de voz jovial—. ¿Sois las chicas de la ciudad?

Kerensa se sorbió la nariz.

—¿Se refiere a Plymouth? —preguntó.

Aunque había nacido y crecido en la ciudad, le gustaba fingir que en realidad se encontraba más a gusto en Londres, en París o en Nueva York.

—Calla —le dijo Polly.

—Esto debe de ser una aldeílla si cree que Plymouth es como Las Vegas —comentó Kerensa, que salió del coche y al instante tuvo que agacharse para liberar un zapato cuyo tacón se le había enganchado entre dos adoquines.

El hombre gordo se acercó. O más bien era un chico. Su juventud sorprendió a Polly. Eso significaba que ella no era joven, pero sí que lo era. Por supuesto que lo era, se dijo. Claro que sí. El chico sonreía de oreja a oreja. Polly pensó que si hubiera

nacido en otro siglo, ese sería el momento de que se sacara un enorme pañuelo manchado del bolsillo con el que limpiarse la frente.

—Lance Hardington —se presentó, al tiempo que les tendía la mano para darles un fuerte apretón y las miraba a los ojos.

Saltaba a la vista que había recibido algún tipo de curso. Kerensa contenía una sonrisa a duras penas. El pobre Lance no podía tener un nombre menos apropiado; era cualquier cosa menos una lanza...

—Encantado de conocerte, Lance —replicó Kerensa con voz almibarada, haciendo que el muchacho se pusiera todavía más rojo.

—No empieces —la reprendió Polly en voz baja mientras caminaban tras Lance. Para estar tan gordo, se movía con rapidez.

—Oh, solo me estoy divirtiendo un poco —adujo Kerensa.

—Vas a acojonarlo.

—Para mí eso es divertido.

Lance se dio media vuelta y movió las cejas varias veces, indicándoles claramente algo parecido a: «Vamos, el tiempo es oro y es evidente que el primero os sobra y el segundo os falta». Echó un vistazo a su iPhone deteniéndose de forma exagerada, pero Polly aprovechó para mirar a su alrededor. La verdad, resultaba agradable estar en ese lugar, en ese pueblo tan pequeño, tan alejado del ruido y del tráfico de Plymouth. Se habían detenido en un embarcadero situado junto a la calzada, en un extremo del pueblo. La carretera doblaba a la izquierda, siguiendo el trazado de la bahía y abriéndose al mar. El pueblo estaba coronado por el castillo, que más bien era una ruina, con las murallas agujereadas y cubiertas de musgo. Bajo él se extendía una variopinta colección de casas maltratadas por las inclemencias del tiempo, construidas con pizarra de Cornualles y arenisca, y con las ventanas descascarilladas en su mayoría. Había muy pocos coches. Polly supuso que los habitantes tendrían la costumbre de dejar sus coches en tierra firme y acercarse hasta allí caminando cuando bajaba la marea.

Las estrechas calles descendían hasta el pequeño puerto situado a la izquierda, donde los mástiles de los barcos se mecían y tintineaban por efecto del viento, y las olas se estrellaban contra la muralla. En el paseo había una tienda de patatas fritas, otra de objetos de recuerdo que no tenía muy buen aspecto y un antiguo hostel que aún tenía un abrevadero para los caballos y lo que parecía un establo. Definitivamente estaba cerrado. Al otro lado del puerto, Polly vio un faro muy alto pintado de blanco y negro, aunque estaba descascarillado. Como si estuviera falto de cariño.

—La zona está en proceso de mejora —les aseguró Lance.

Kerensa miró a su alrededor con recelo.

—¿Y por qué no la han mejorado antes? —preguntó—. Es lo que han hecho en todos los sitios.

—Es bueno hacer las cosas desde el escalón más bajo —se apresuró a replicar

Lance.

—Pues con lo que llueve aquí... —comentó Kerensa—, creo que el escalón más bajo se desmoronó hace cinco años.

—Mount Polbearne tiene algo único para invertir —les aseguró Lance, que cambió de estrategia de inmediato—. Su estado original. El silencio y la ausencia de tráfico. Paz y tranquilidad absolutas.

Kerensa resopló.

—¿Vives aquí?

La pregunta no pareció afectarlo en absoluto.

—No, ¡pero me ENCANTARÍA!

—Paz y tranquilidad absolutas —murmuró Polly, mientras se preguntaba si sería eso lo que ella necesitaba.

Lance echó a andar por el puerto y ambas lo siguieron de forma obediente. Había charcos de agua entre los adoquines, y también coloridos cebos, redes y restos que parecían tripas de pescado. Kerensa puso cara de asco.

—Quédate conmigo —masculló entre dientes—. Para siempre. En algún lugar donde haya cafeterías y tiendas de Zara.

—Hace poco tuve que revisar mi concepto de «para siempre» y ha cambiado mucho —replicó Polly.

Lance se detuvo por fin frente a la última casa de la destartada hilera. Su falsa sonrisa adquirió un tinte aún más falso mientras se apartaba un poco. Kerensa y Polly contemplaron el edificio que se alzaba ante ellas. Polly tuvo que luchar contra su primer impulso, que no fue otro que el de dar media vuelta y salir corriendo.

—Debe de haber un error —dijo Kerensa.

—No —le aseguró Lance, que de repente pareció un escolar pescado en una travesura—. Es esta.

—Esta casa debería estar pendiente de demolición, no disponible para alquilar.

De repente, el motivo por el que la casa ofrecía tantísimo espacio por un alquiler tan bajo se hizo muy evidente. Era una construcción estrecha y alargada, levantada con piedra gris. La planta baja contaba con un ventanal de medio punto, resquebrajado en varias zonas e increíblemente sucio. A través del cristal, solo se veían los contornos indefinibles de unas máquinas voluminosas que llevaban años sin que las tocaran.

—Bueno, ¿qué le pasó? —quiso saber Kerensa—. ¿Hubo un incendio?

—¡Ah, no! —contestó Lance con sinceridad—. Fue una cuestión de simple... —Dejó la frase en el aire, a fin de no decir «abandono».

Recorrió el lateral del edificio, cuyo tejado estaba peligrosamente inclinado. En dicho lateral había una puerta de madera tan pequeña que había que atravesarla con la cabeza agachada. Lance sacó una enorme llave de bronce y la abrió. Las bisagras emitieron un doloroso chirrido.

—¿Se han interesado muchas personas por el edificio? —preguntó Kerensa,

cuyos tacones repiqueteaban sobre las losas del suelo.

Lance hizo caso omiso de la pregunta.

El interior estaba negro como la boca de un lobo y olía a cerrado. Lance usó su iPhone a modo de linterna hasta dar con un cordón que colgaba del techo. Un tironcito hizo que una bombilla muy antigua cobrara vida con un zumbido, revelando unas desvencijadas escaleras de madera.

—Este espacio cumple todas las normativas de seguridad y salubridad para poder alquilarlo, ¿verdad? —dijo Kerensa, como si estuvieran recorriendo un ático en Sandbacks.

Lance murmuró algo inaudible y las guio escaleras arriba. Polly lo siguió, demasiado cerca de su bien alimentado trasero. El alma se le había caído a los pies. Era imposible. Esa casa ni siquiera era segura.

Lance se sacó otra llave del bolsillo y abrió una segunda puerta en la planta alta. Polly cruzó los dedos suplicando un milagro que la sorprendiera al entrar en la habitación, ya que esa era la última oportunidad de que se produjera.

Todos guardaron silencio.

Bueno. Era grande. Menos daba una piedra, se dijo Polly. Se encontraban en la parte posterior de un amplio espacio con techo inclinado, a través del cual entraba la luz del día. El suelo estaba cubierto por tablonos lijados de madera. En el otro extremo, el techo era muy alto, y en esa zona las vigas quedaban al descubierto. Emplazada junto a la pared de ladrillo visto había una mesa con dos sillas dispares, que parecían demasiado pequeñas, y a su lado una ennegrecida estufa de leña. A la izquierda comenzaba un pasillo que conducía evidentemente al dormitorio y al cuarto de baño, situados en una extensión construida con ladrillo en la parte posterior del edificio. En una de las paredes de la estancia principal, había unos espantosos y antiguos armarios de cocina de melamina y algo inusual: un gran horno de hierro. Lance se percató de su interés.

—No pudieron moverlo —explicó—. A saber cómo consiguieron subirlo hasta aquí. Eso sí, es un detalle antiguo muy bonito.

Un feísimo y destartado sofá, todo cuarteado, se emplazaba en la parte frontal de la estancia, allí donde el tejado se inclinaba hacia las ventanas. Polly se acercó con cuidado. Todas las tablas del suelo crujían.

—Este sitio se está cayendo a pedazos al mar —comentó Kerensa, enfadada—. Hay ratas a porrillo, ¿verdad?

—No —contestó Lance, que parecía desilusionado.

Era obvio que el edificio resultaba un desafío para la inmobiliaria. En ese mismo momento se escuchó un graznido. Los tres dieron un respingo a la vez. Polly levantó la cabeza. A través del hueco dejado por una teja desaparecida, vio una enorme gaviota que era la culpable del graznido. El ruido resultaba ensordecedor.

—Así que solo hay ratas con alas —puntualizó Kerensa.

Polly no la escuchó mientras se acercaba a las ventanas. Al agacharse, se percató



de que la pintura estaba descascarillada. Los cristales eran de una sola hoja y tenían grietas. Se congelaría. Hacía más frío dentro que fuera.

Echó un vistazo a través del sucísimo cristal, cubierto de sal. Por debajo de ella se alzaban los mástiles de los barcos y podía ver por encima de la muralla del puerto, con su línea de boyas flotantes y de parlanchinas gaviotas. Más allá se extendía el mar. Había un claro entre las nubes bajas y un rayo de sol se colaba por él, iluminando la lejana cresta de una ola que brillaba bajo la luz. Descubrió que tenía una sonrisa en los labios.

—¡Polly! ¡POLLY!

Polly se dio media vuelta, consciente de que no había escuchado ni una sola palabra de lo que había dicho Kerensa.

—Vamos, te llevaré a casa. Nos pararemos en algún sitio por el camino para tomarnos una buena copa de vino blanco, aunque estoy segurísima de que Mount Polbearne está lleno de bares y restaurantes con gran encanto. Como la tienda de patatas fritas, por ejemplo.

Los rubicundos mofletes de Lance adquirieron una expresión apenada.

—¿Por qué no lo arregla la dueña? —quiso saber Kerensa—. Nadie va a alquilar el piso en este estado.

—Se lo he dicho —le aseguró Lance, apesadumbrado—. Es imposible alquilarlo o venderlo. Es un verdadero dolor de cabeza.

—Oh, genial, la casa de una loca llena de agujeros, con ratas en el sótano —replicó Kerensa—. Muchas gracias por habernos atendido. Vamos, Polly.

Polly echó un último vistazo al mar, con cierta melancolía.

—En fin —dijo—. En mi situación no puedo pedir mucho.

—Estás de coña —replicó Kerensa—. Tu familia me demandará cuando te mueras en este sitio.

—Les diré que no lo hagan —repuso Polly, que se volvió para mirar a su amiga.

Kerensa la observaba fijamente. Polly podía tener un aspecto frágil, pero por dentro sabía que era muy dura. Eso era lo que la había hecho luchar por su empresa y por su relación sentimental aun cuando era evidente que estaba todo perdido.

—Tengo que vivir en algún sitio.

—Polly. Cariño. Esto es un agujero en el culo del mundo.

—Es posible —reconoció ella—, pero ahí es justo donde quiero estar en este momento.

—Genial —terció Lance, cogiendo de nuevo el ritmo, y añadió—. Quiero decir. Que siento mucho... Bueno, en fin...

Polly le echó un cable.

—Quiero un contrato de alquiler por poco tiempo —dijo.

Lance levantó las manos, como si no hubiera el menor problema.

—Y el tejado...

—¿Ajá?

—No quiero ver la luz del sol a través del techo. Creo que es una exigencia razonable.

—Mmm...

—¿Y qué tal...? —Dejó la pregunta en el aire, ya que quería ir con cuidado—. ¿Qué te parece...? —y pronunció una cifra que era la mitad de lo que la agencia inmobiliaria pedía por el alquiler de la propiedad.

Lance la miró como un niño de cinco años que necesitara ir al baño.

—Esto... estoy seguro de que eso no... A ver, tendría que hablar con la oficina y... en fin, negociar...

Kerensa miró a Polly furiosa.

—Estás de coña, ¿verdad?

Polly le recordó la deprimente experiencia sufrida mientras recorría Plymouth visitando pisos de alquiler menos salubres que esa casa.

—No puedo permitirme otra cosa.

—¡No puedes hacer esto! ¡Es un desastre!

—Estoy alquilando la propiedad, no voy a invertir todos mis ahorros en ella. Solo será por un tiempo. El verano está cerca.

—El verano está cerca —repitió Lance.

—El verano seguro que ni llega este año a Gran Bretaña. —Soltó Kerensa—. Este sitio es una trampa mortal.

Polly tenía una expresión que Kerensa conocía bien. Significaba que se mostraría inflexible en su decisión.

—Vamos a almorzar y analizaremos el tema a fondo —propuso Kerensa, desesperada.

Mientras guardaban silencio, la gaviota soltó una generosa cagada que cayó a través del agujero del tejado. Kerensa puso cara de asco.

—¿Dónde hay un lugar decente donde se pueda almorzar?

Lance se tiró del cuello de la camisa con gesto nervioso.

—En... ¿Plymouth?

Tuvieron que esperar treinta y cinco minutos a que la marea bajara lo suficiente para poder recorrer la carretera. Polly se pasó todo el rato tarareando para desentenderse de Kerensa, a quien se le habían ocurrido otras noventa razones para que fuera totalmente imposible que se mudara a Mount Polbearne. Era curioso que dichas razones solo consiguieran cimentar más su decisión.

—¡Déjalo ya! —exclamó Kerensa mientras la miraba con el ceño fruncido, después de indicarle que no había taxis en la isla.

—¿Que deje el qué? —preguntó Polly con expresión inocente.

—¡Deja de emperrarte en esto! Es una locura.

—No me he emperrado en nada.

—Claro que sí. Veo cómo te tiemblan los labios. Pareces feliz por primera vez en más de un año, aunque es un error como una catedral de grande.

Polly esbozó una sonrisilla mientras pensaba en todo lo que había pasado.

—Al menos, en esta ocasión el error como una catedral de grande es solo mío —replicó.

Kerensa estaba trabajando, todas sus amigas estaban trabajando el día que Polly se mudó. Sabía que le habrían echado una mano, pero como se sentía un poco rebelde, casi lo prefería así.

No quería la ignominia de sentir que se veía obligada a renunciar a su vida: su calefacción central y su tele de pantalla plana; su hipoteca con carencia de capital; su ascendente carrera profesional; su guapo y atlético novio; etcétera, etcétera, blablablá. Tenía la sensación de que llevaba la palabra «Fracasada» tatuada en la frente; de que las cajas que estaba enviando a un trastero deberían llevar el sello de «Todas mis esperanzas y mis sueños metidos en cajas y guardados para siempre», y no quería tener que sentarse en una furgoneta y hablar del tema.

La mayoría de sus cosas iban a un trastero: la ropa buena (se estropearía por la humedad); los libros (se deformarían, no tenía sitio donde ponerlos); las joyas (podrían caerse por las rendijas del suelo); las fotos y los recuerdos (se deprimía mucho al ver algo alegre). Se llevaba la ropa más preparada para el agua, una cama y, aunque sabía que era un indicativo de su espantosa vanidad, también el carísimo sofá diseñado a medida en *sofa.com*, tapizado en el gris más claro posible. Se estropearía allí donde iba, pero lo había escogido ella... bueno, lo habían escogido entre los dos, pero más por ella, y le encantaba; le gustaba su comodidad y su lujo. Era incapaz, absolutamente incapaz, de sentarse en el desvencijado y mohoso sofá de ratán que ya estaba en el piso. No había pensado cómo iba a apañárselas para sacar el viejo y

meter el nuevo, pero ya se le ocurriría cuando estuviera allí.

Chris se había pasado por allí mientras ella estaba recogiendo sus cosas; el agradable señor Bassi también se había pasado para asegurarse de que no se llevaba nada que el banco pudiera vender, pero incluso él le dejó que se llevara el sofá.

—Librarnos de esto debería ayudar —dijo Chris—. Así parecerá más bonito y minimalista a la hora de venderlo. Y me alegro de que te lleves el sofá, aunque es evidente que deberíamos haberlo compartido.

Polly se limitó a embalar los dos últimos objetos, los más valiosos: la cafetera y su enorme amasadora para hacer pan. Le encantaba hornear y lo había hecho cada vez más durante el último año, mientras Chris se escapaba los fines de semana. Después, él volvía a casa y comenzaba a protestar por los carbohidratos, de modo que ella acababa comiéndose todos los experimentos. De cualquier forma, ambas cosas eran suyas, y el señor Bassi tuvo la amabilidad de permitir que se las llevara. No le molestaba en absoluto dejar atrás los pósteres enormes de Muhammad Alí, ni el ridículo y carísimo sistema de sonido envolvente a cuya compra Chris había esperado que contribuyese aunque su precio estaba inflado, que era demasiado potente para el apartamento y que se convertía en el tema central de unos sermones largos y aburridos acerca de sus cualidades cada vez que alguien nuevo iba a casa.

—¿Necesitas que te eche una mano para llevarlo todo a la furgoneta?

Ella asintió con la cabeza, demasiado triste y cansada para mostrarse sarcástica.

Metieron el sofá en el ascensor en silencio, ya que los dos recordaron el momento en el que, hacía un par de años, los de la empresa de transporte habían llegado para montarlo mientras Chris se reía de ella por lo emocionada que estaba por un simple sofá; después preguntó a los montadores si se habrían comprado un sofá de un color tan soso y uno de ellos respondió que no, que tenía uno de cuero blanco en casa, a lo que Chris dijo que eso sí que molaba.

En cuanto el sofá estuvo en la furgoneta que Polly había alquilado, se miraron sin saber qué decir. La determinación de Polly de comportarse de la forma más optimista y sonriente posible se esfumó de repente. Se iba, totalmente sola, a un destino desconocido para ella, en contra de los consejos de todos sus conocidos, y dejaba atrás la única vida que había conocido durante siete años. La enormidad de su decisión la abrumó.

—Gracias —consiguió decir mientras intentaba pensar en algo menos trivial y menos tonto que decir sobre todo lo que habían pasado juntos en los últimos tiempos.

—Pol... —dijo Chris.

—¿Sí?

—De verdad que... En fin, ya sabes.

—Pues no lo sé —replicó con el corazón en la garganta. No sabía hasta qué punto sentía Chris la tristeza de lo que les había pasado a ambos, a sus esperanzas y a sus sueños. Desde luego que no había hablado del tema ni una sola vez. Se había encerrado en sí mismo de tal manera que se había preocupado muchísimo por él.

Chris la miró con esos pequeños ojos azules que en otro tiempo le resultaron tan atractivos. Se esforzó por no llorar.

—En fin, pues es así —susurró él.

Polly se inclinó hacia delante.

—¿Qué es así, cariño?

—Ay, Pol, no me obligues a...

—Creo que te sentirás mejor si lo dices.

Se mantuvo firme. Se produjo un largo silencio. Y después:

—Lo siento. Por todo. Sé que no fue culpa tuya.

—Gracias —repuso ella—. Yo también lo siento. Siento que no pudiéramos conseguir que funcionara. Creo que ninguno de los dos podría haber trabajado más duro para conseguirlo.

—No —convino Chris, que por fin la miró a los ojos—. No podríamos haber trabajado más duro.

Y, por raro que pareciera, se estrecharon la mano.

Mientras se alejaba de las atestadas calles de Plymouth y enfilaba las carreteras despejadas que atravesaban los páramos, el sol se reflejaba en el retrovisor y Polly intentaba albergar la sensación de que iba hacia el futuro.

—Estaremos bien, sofá —dijo al tiempo que echaba una miradita a la parte trasera—. ¡Ay, Dios! —exclamó al darse cuenta—. Soy la clase de mujer que habla con sofás.

Había pasado la hora del almuerzo cuando por fin llegó a la isla. En esa ocasión, tuvo que esperar una hora a que la carretera estuviera abierta. Se dio cuenta de que iba a tener que organizarse muy bien con los horarios, porque era una contrariedad tremenda.

Mientras esperaba, mordió el sándwich que había comprado por el camino en una gasolinera. Era asqueroso. Si había algo que se tomaba en serio, era el pan que consumía, y ese era malísimo. Mientras comía, miró por la ventanilla hacia Mount Polbearne. Había lucecitas reconfortantes diseminadas por varios puntos, cuyos reflejos brillaban sobre el agua. Desde la distancia no se podía apreciar que las casas estaban un poco abandonadas.

A la postre, la carretera se despejó por completo. Con mucho cuidado, convencida de que una distracción la lanzaría a una tumba acuática, recorrió la carretera y después giró a la izquierda al llegar al aparcamiento, lo que la llevó directa a su flamante puerta principal. O, para ser exactos, a su puerta lateral. Un punto a favor de mudarse a una zona perdida donde no vivía nadie era que podía aparcar en cualquier parte; no había parquímetros, ni siquiera líneas pintadas en la carretera. Rebuscó las

enormes llaves que Lance le había dado cuando firmó el contrato (por, al final, unos cinco peniques más del descuento que había exigido, ya que tenía que dejar al chico un poco de orgullo, después de todo) y se bajó de la furgoneta. La había alquilado por unos días, el tiempo suficiente para encontrar a alguien que le subiera la cama a la planta alta, pensó, aunque de momento solo subiría lo más esencial. Aunque en ese grupo entraba la cafetera, llevarlo todo no fue tarea fácil.

Al abrir la puerta lateral, miró hacia la tienda de la planta baja que daba a Beach Street. La acojonaba un poco. A saber las malévolas criaturas que pulularían por allí... Meneó la cabeza. Solo era un obrador, se dio cuenta, al reconocer uno de los bultos como un horno. Seguramente el negocio había fracasado en cuanto quedó claro que Mount Polbearne ocupaba el puesto 5.000 en el *ránking* de las pequeñas ciudades costeras del sudoeste de Inglaterra que la gente quería visitar mientras comían rollitos de salchichas; además, la gente temía demasiado que la carretera se inundara como para quedarse mucho tiempo.

La isla ya le había parecido bastante deprimente antes, incluso con la presencia de Kerensa, que le insuflaba ánimo. Pero en aquel momento, azotada por el viento húmedo que soplaba durante ese frío día primaveral, sin nadie más alrededor, le provocaba una sensación desoladora. El mar, que había esperado que le ofreciera una vista relajante y reconfortante, estaba de un color grisáceo, muy picado, y parecía irritado, y solo conseguía que se sintiera un pelín helada. Suspiró, soltó las bolsas (y la cafetera) en el umbral de piedra de la entrada, por fuera de la descolorida puerta de madera, que saltaba a la vista que en otra época fue verde, e intentó abrir con la pesada llave. La puerta se abrió de golpe, con un crujido, pero enseguida volvió a cerrarse de un portazo por el viento. Su montón de libros comenzaba a agitarse de forma ominosa. Colocó la cafetera de modo que sujetase la puerta abierta y regresó a la furgoneta para sacar la maleta y unas cuantas bolsas de basura negras. Sabía que con treinta y dos años ya era demasiado mayorcita para ir arrastrando bolsas de basura negras por ahí. Seguramente debería tener un juego de maletas completo. No uno de Louis Vuitton ni nada parecido, pero... En fin, algo más que una maletita de cabina con ruedas que parecía diseñada para golpear a los demás pasajeros en los tobillos mientras tiraba de ella por el pasillo del avión. También tenía una bolsa de deporte de Chris. No era mucho con lo que marcharse, pensó.

Lo demás eran cajas llenas de objetos varios, muchos más de los que había esperado. Empezó a sacarlos de la furgoneta y en ese momento escuchó un ruido raro a su espalda. Miró en esa dirección y estuvo a punto de tropezarse con una caja al ver que los libros que había dejado junto a la puerta salían volando, empujados por una racha de viento que los elevaba del suelo.

—¡Ayyyyy! —gritó.

La mayoría de sus libros habían ido a parar al trastero, pero el viento se había llevado unos pocos. Unos pocos muy concretos. Cuando estaba de bajón, quería que la consolasen y leer algo reconfortante, y había decidido que su situación actual

necesitaba de una buena sesión lectora. De modo que se quedó con los libros de su infancia, esas ediciones de los ochenta que había leído tantas veces que las portadas estaban a punto de deshacerse. En el anverso de cada portada, estaban su nombre y su dirección, escritas con pulcritud: «Polly Waterford, 11 años, 70 Elder Avenue, Plymouth, Inglaterra, Europa, el mundo, el sistema solar, la galaxia, el universo».

Volaban *Ana de las Tejas Verdes*. Y *Katy va a la escuela*. Las páginas de *Un veterinario en apuros* revoloteaban alegremente sobre los adoquines, junto con *Los seis signos de la luz* y *Papaíto piernas largas*, mientras que *Marianne sueña...*

—¡Nooooo! —gritó Polly, que dejó caer la caja y salió corriendo tras los libros a toda pastilla. No soportaba la idea de perderlos.

Los libros bailotearon en el aire gris como burlándose de ella y se dirigieron sin titubear hacia la muralla del puerto. Polly se abalanzó a la desesperada a por ellos y consiguió agarrar *Buenas esposas*, pero *Alicia en el País de las Maravillas* traspuso la muralla alegremente y cayó a la vasta inmensidad gris que había al otro lado.

—Oh —susurró Polly, apenada a más no poder—. Oh.

Por suerte, los demás libros cayeron al suelo antes de llegar al mar, de modo que los recogió y se los pegó al pecho antes de dejarse caer sobre las frías piedras y, sin complejos, con la sensación de que esa era la gota que colmaba el vaso de lo que había sido un montón de gotas insoportables, se echó a llorar.

Su padre le había regalado ese libro. A él le encantó de niño y, aunque era barato y viejo y se podía reemplazar sin problemas, en realidad no era cierto, porque había sido de su padre. Cuando su padre murió de un ataque al corazón cuando ella tenía veinte años, se enfadó mucho; se enfadó con él y con el mundo, un mundo que la trataba como una adulta que no necesitaba tanto consuelo como lo habría recibido de ser una niña.

Polly sintió cómo le resbalaban los mocos por la nariz, de modo que se los limpió con la manga, así de destrozada e insensible se sentía. No había nadie en varios kilómetros a la redonda, y por lo menos la separaban sesenta kilómetros de las personas a quienes podría importarles, de modo que le daba igual quién la viera o el aspecto que presentara. Estaba sola, se sentía desdichada, estaba congelada y un poco mojada, y había perdido el libro de su padre. Además, ¿quién iba a escucharla por encima del aullido del viento?

Al final, sus sollozos fueron interrumpidos por un ruido que escuchó a duras penas por encima del rugido de las olas y del viento. Por raro que pareciera, sonaba como un carraspeo. Se quedó quieta, tragó saliva ruidosamente y aguzó el oído. Escuchó otro carraspeo.

Se enderezó y echó un vistazo a su alrededor. Tras ella, de pie en la muralla que tenía a la izquierda, atisbó, para su más absoluto espanto, a cinco hombres. Llevaban suestes e impermeables del mismo color amarillo chillón.

—Esto... disculpe —dijo el primero con un acento de Cornualles tan espeso como la crema endurecida.

Los cinco se removían inquietos y con expresiones avergonzadas. Polly se puso en pie de un salto.

—¿Sí? —preguntó, como si no la hubieran pillado sentada en mitad de la calle, llorando a moco tendido como una cría de dos años.

—Esto... ¿es suyo?

El primer hombre, que tenía una barba castaña, las mejillas enrojecidas y arruguitas alrededor de sus ojos azules, sostenía su ejemplar de *Alicia en el País de las Maravillas*. El hombre le miró las manos, que seguían aferrando el resto de sus libros.

Polly asintió con un gesto seco de cabeza.

—Sí... sí, gracias.

El hombre se adelantó para dárselo. Polly extendió los brazos, vio enseguida que tenía una mancha enorme de mocos en la manga y, avergonzada, dejó caer los libros al suelo.

Todos se agacharon para recogerlos.

—Le gusta mucho leer, ¿no? —preguntó el hombre.

—Bueno... algo así —consiguió decir Polly, colorada como un tomate—. ¿Dónde...?

—Cayó en nuestro barco, ¿a que sí? —dijo el hombre, y Polly volvió la cabeza para mirar la fila de barcos pesqueros alineados en el puerto. Estaban pintados en brillantes tonos de rojo y verde, con las redes recogidas en la proa y con un aspecto muy limpio aunque algo deslustrado. El más cercano se llamaba *Trochilus*—. Creíamos que estaban lloviendo libros del cielo, ¿a que sí, chicos? Como, no sé, una biblioteca nueva o algo.

Los demás hombres soltaron una risilla y cambiaron de postura.

—Es... —Polly intentó recuperar la compostura y dejar de parecer una tonta llorona. Ya casi tenía el resto de sus libros amontonados—. Es muy bueno.

El hombre miró el libro con los ojos entrecerrados.

—Suelo leer... Bueno, me gustan los libros de guerra.

—¿Alguna guerra en particular? ¿O que sean bélicos en general? —preguntó Polly con auténtico interés. El hombre era altísimo, pero tenía una expresión amable.

—Bueno... supongo que cualquier guerra me vale.

—Se lo presto —dijo Polly de repente. Algo que se le había antojado de un valor incalculable hacía unos segundos se había convertido, debido a su extraordinaria resurrección, en algo que compartir—. A ver si le gusta. No hay guerras. Pero sí algo de ajedrez —añadió con cierto titubeo.

El hombre miró el libro de nuevo.

—En fin, pues lo leeré —dijo él—. Las noches se hacen muy largas. —Señaló el barco.

—No sabía que los pesqueros salían de noche —repuso Polly.

Los otros hombres, que seguían por allí, atentos a la conversación, se echaron a



reír.

—Le contaré un secreto —dijo el primer hombre, con expresión seria—. Nos gusta capturar los peces cuando duermen.

—¿Es verdad? —preguntó Polly, que se olvidó de su desdicha por un segundo.

El hombre sonrió.

—Bueno, ¿suele ir por ahí tirando libros por nuestro pueblecito? —quiso saber él.

—Oh... no —contestó Polly, nerviosa de nuevo—. No, es que acabo de mudarme.

—¿Por qué se ha mudado aquí? —preguntó el más joven de los hombres, que tenía las mejillas coloradas, pero el hombre alto, que debía de ser el patrón, lo silenció.

—En ese caso, bienvenida a Mount Polbearne —dijo. Sus ojos siguieron la mirada de ella hacia la furgoneta y el montón de cajas—. No me diga que... No me diga que se ha mudado a la antigua casa de la señora Manse.

—¿Es la de la esquina? —preguntó Polly.

—Pues sí, esa misma. —El patrón la miró.

—Esa casa está encantada —dijo el más joven, el de las mejillas coloradas.

—Chitón —ordenó el capitán—. No digas tonterías.

—No creo en esas cosas —aseguró Polly con sequedad.

—Bueno, es una suerte —dijo el hombre—. Para usted, al menos. Los fantasmas nunca aparecen si se finge no creer en ellos. Hola, soy Tarnie.

—Polly —replicó ella al tiempo que se secaba la cara con fuerza.

—Bueno, pues gracias por el libro —continuó Tarnie. Miró la furgoneta que estaba aparcada al otro lado de la calle, con el sofá bien visible por la parte trasera—. ¿Podemos ayudarte en algo a cambio? —preguntó, tuteándola una vez hechas las presentaciones.

—No, no, ya me las apañaré —se apresuró a decir Polly.

—¿Vas a levantar ese sofá tú sola?

—Ah, eso —comentó ella—. Bueno... es que todavía no he... no he...

—Vamos, chicos —dijo Tarnie.

Con mucha voluntad, los hombres sacaron el sofá de la furgoneta y, con muchos tacos y trabajo, consiguieron subirlo, y también subir la cama, a la planta alta.

Tarnie silbó por lo bajo al echar un vistazo al piso.

—¿Vas a vivir aquí? —preguntó él.

Parecía, si eso era posible, incluso peor que antes. Había polvo por todas partes, las vigas crujían y las baldosas estaban sueltas por varios sitios.

—Es algo temporal —se apresuró a asegurar Polly, que no tenía ganas de explicar su vida.

—Desde luego que sí —dijo uno de los hombres, a quien Tarnie le había presentado como Jayden, y todos se echaron a reír de nuevo.

Polly miró a su alrededor.

—Creo... creo que... En fin, con un poco de trabajo...

—Y una excavadora.

—Ya vale, Jayden —dijo Tarnie, y el muchacho se calló enseguida.

Polly siguió mirando a su alrededor.

—Me encantaría ofreceros una taza de té...

Los hombres la miraron con expresiones esperanzadas.

—Pero ni siquiera sé si tengo agua corriente.

—Y vosotros tenéis pantoques que limpiar —añadió Tarnie.

Los hombres gimieron al unísono.

—Vamos...

—Esto... ¿puedo usar el baño? —preguntó uno.

—Claro —contestó Polly.

—Ah, no, ni se te ocurra —le advirtió Tarnie. Polly lo miró, confundida—. En cuanto empiece uno, los demás también querrán ir —explicó.

—No me importa, de verdad —le aseguró ella.

—Verás, es que no tenemos.

Polly parpadeó y Tarnie puso cara avergonzada.

—Bueno... esto... nos vemos —dijo Tarnie, que levantó el libro.

—Gracias —dijo Polly—. Muchísimas gracias... por devolverme el libro, por ayudarme y...

—Ni media palabra más —la interrumpió Tarnie, un poco colorado—. No soporto ver a una dama en apuros.

Uno de los pescadores soltó un sonido burlón y el capitán se volvió hacia él con expresión feroz.

—Vale, enterado. ¡Fuera!

Después de que se fueran, Polly subió las últimas bolsas. Sacó las sábanas y cubrió el sofá con ellas antes de investigar la enorme caja de productos de limpieza industriales que Kerensa le había dado a modo de regalo de despedida.

—Cuando hayas trabajado con esto durante cuarenta minutos —dijo su amiga, muy puntillosa—, te darás cuenta de lo espantosa que es tu vida ahora mismo. Y después darás media vuelta y volverás derechita a casa.

Polly sonrió y comprobó que sí tenía agua. Gracias a Dios, tenía, y el termo comenzó a emitir un gorgoteo muy reconfortante cuando abrió el grifo del agua caliente. En ese momento, se dio cuenta de que, después del largo viaje y de la llorera, se moría de hambre. Primero comería algo y después empezaría con la lejía. Sería un zafarrancho de combate en toda regla. Solo que mucho, muchísimo peor.

El tiempo no había mejorado del todo, de modo que se puso el chaquetón más grueso

que tenía y un gorro. Necesitaba con desesperación una taza de café, aunque el hecho de que los pescadores la ayudaran había servido para que se sintiera menos helada por dentro que antes.

Enfiló la calle adoquinada que ascendía la cuesta serpenteando y que daba a lo que suponía que era la calle principal. Había una tienda de periódicos que también vendía redes para gambas, cubos y palas, aunque todo parecía polvoriento y abandonado; un *pub* con una red colgada en el exterior y una terraza donde servían cerveza; una carnicería; una frutería y verdulería, y una ferretería. Junto al puerto vio una furgoneta aparcada que anunciaba con un cartel que vendía pescado fresco, pero estaba cerrada; y también una especie de ultramarinos pequeñito que parecía vender de todo. Entró en este último para comprar algo de leche para el café y un poco de sopa para después. Junto al ultramarinos, había un obrador, con unos dulces inidentificables y de muy mal aspecto en el escaparate, así como una tarta de boda polvorienta que Polly no estaba segura de que fuera real.

Animada por los primeros lugareños que había conocido, decidió entrar. Al fin y al cabo, si allí iba a comprar el pan...

Polly era muy tiquismiquis con el pan. Le encantaba. Le encantaba cuando estaba de moda comerlo y cuando no; de niña, de adulta. Era su parte preferida cuando comía en un restaurante. Le encantaba tostado o sin tostar; le encantaban las *baguettes*, y las tostadas de queso, y los panes de semillas, y las trenzas italianas. Le encantaban las masas artesanas que cobraban a seis libras por una pequeña hogaza; y le encantaban las rebanadas de pan blanco que envolvían los sándwiches de beicon y se empapaban de su esencia.

Había empezado a preparar su propio pan en la universidad, y se había convertido en una afición absoluta cuando Chris y ella se compraron el piso; se pasaba los sábados amasando y boleando, dejando que subiera. Y luego, hacía cosa de un año, Chris decidió que por motivos de salud dejaría de comer pan: era alérgico al gluten. Dado que había estado comiendo pan durante treinta y cuatro años sin efectos negativos, parecía algo muy improbable, pero Polly se mordió la lengua y dejó de hacer pan.

Aunque, de momento, ¿qué tipo de pan tendría que comer? Alguna variedad local... En fin, ¿qué era típico de la zona?, se preguntó. ¿Los scones de queso?

—Hola —saludó con voz cantarina.

Siempre había sentido una gran afinidad con los panaderos. Su compromiso con la madrugada; el cálido y fuerte olor de la levadura; la idea de alimentar a los hambrientos... Siempre le había parecido una profesión muy noble. En una ocasión, cuando fueron de vacaciones a Francia, había vuelto loco a Chris al querer visitar las *boulangeries* de la misma manera que él quería visitar las bodegas. Quería experimentar la diferencia entre los distintos tipos de grano y las especialidades locales.

Polly se percató de que, tras el mostrador, había una mujer que se parecía

muchísimo a los productos que vendía. De haberse sentido menos foránea y diferente, Polly se habría echado a reír. La mujer parecía un bollito. Era totalmente circular y llevaba un delantal blanco manchado de harina. Su cara también era redonda, una redecilla le oprimía la cabeza, y tenía unas mejillas regordetas y descolgadas. El pelo, que debía tener bastante largo, era canoso y lo llevaba recogido en un moño. Tenía toda la pinta de un *brioche* enorme. Polly se sentía predispuesta a que le cayera bien.

—¿Qué quiere? —preguntó la mujer sin rodeos, con aspecto aburrido y sin dejar de mirar el reloj.

—Ahh, deje que lo piense un momento —respondió Polly—. Soy nueva en el pueblo. ¿Qué tiene?

La mujer puso los ojos en blanco y señaló la pared con un gesto de la cabeza, en dirección al lugar donde se podía leer una lista escrita a mano llena de faltas de ortografía: pan, pan cortado, empanadillas, sándwich de queso, sándwich de jamón, sándwich de queso y jamón, sándwich de jamón y piña (algo que a Polly le pareció muy exótico), tartas especiales, tartas de té, tartas galesas y scones. Al parecer, solo había un tipo de pan. Y, puesta a pensarlo, tampoco captaba el olor típico de un obrador; más bien había un tufillo a rancio y a mohoso, que bien podría proceder de la mujer en sí misma.

—Bueno... un sándwich, por favor —dijo Polly. El sándwich frío de la gasolinera le parecía muy lejano. Echó un vistazo a su alrededor. No había sitio donde sentarse, y salvo por unas cuantas latas polvorientas de Fanta, tampoco había nada para beber.

La mujer gruñó como si eso supusiera un esfuerzo enorme antes de preguntarle de mala manera:

—¿De queso, de queso y jamón, o de queso y jamón y piña?

—Bueno... el último, por favor —contestó Polly, que se preguntó si la había ofendido de alguna manera sin darse cuenta. Pero los sándwiches eran baratos.

La mujer soltó un largo suspiro y se dio la vuelta.

—Tengo que calentar el tostador.

Polly lo miró. Estaba ennegrecido y parecía sucísimo. Empezaba a arrepentirse de haber entrado. Esos agradables pescadores habían hecho que, por un breve instante, albergara esperanzas con su nuevo hogar, pero ese episodio la estaba deprimiendo de nuevo.

Echó un vistazo a su alrededor con incomodidad. A los armaritos también les iría bien una limpieza. La mujer movió su enorme masa corporal hasta uno y cogió un sándwich industrial de aspecto húmedo, que metió de malos modos en el tostador. Polly corrigió enseguida el hambre que tenía.

—Bueno, acabo de mudarme al pueblo —comentó con voz cantarina, esforzándose al máximo. Una actitud positiva, eso era lo que necesitaba—. ¡Parece muy bonito! Antes vivía en Plymouth.

La mujer la miró fijamente, sin cortarse.

—Ajá. Así que has venido a subir los precios de nuestras casas y que la gente de

aquí no pueda comprar, ¿no?

—¡No! —protestó Polly, sorprendida—. Qué gracia. No, para nada. Yo... bueno... Me estoy tomando un respiro. —Estaba probando esa frase con la gente, y la mayoría entendía lo que quería decir y no le hacían muchas más preguntas—. Después, ya sabe, empezaré a buscar un trabajo.

La mujer resopló y comprobó el tostador.

—Pues no vas a encontrarlo por aquí. Aquí no hay nada para los forasteros. No somos uno de esos pueblecitos tan monos que tanto os gustan, que lo sepas. Aquí estamos solo para los nuestros.

Polly enarcó las cejas al escucharla, pero se limitó a coger su sándwich, pagarlo y despedirse. La mujer no volvió a hablar hasta que estuvo casi en la puerta.

—Pero ¿puedes seguir pagando el alquiler?

Polly se volvió, sorprendida.

—Soy la señora Manse —se presentó la mujer, malhumorada—. Tu casera.

Polly se llevó el sándwich al otro lado del puerto, lejos de su casa y de los barcos pesqueros, y más cerca de la carretera de acceso a Mount Polbearne. El viento seguía soplando, pero la muralla ofrecía cierto refugio. Casi no había gente en la calle. A su derecha, vio un pesquero que se hacía a la mar envuelto en ruido, con una espesa columna de humo negro que salía de su pequeño escape y el destello de los chubasqueros amarillos sobre la proa. Probó el sándwich. Estaba hecho con un pan barato y asqueroso, un queso como plástico y piña en conserva. Por alguna extraña razón, también le resultó muy reconfortante.

La señora Manse no había dicho nada más, pero tampoco le había hecho falta, pensó Polly, deprimida. La gélida advertencia había bastado.

Clavó la mirada en el mar al tiempo que se arrebujaba con el chaquetón para mantener el calor. Necesitaba trazar un plan. De acuerdo, pensamiento positivo. Iba a ser difícil conseguir un trabajo que la obligara a estar en tierra firme todos los días a la misma hora, por culpa de las mareas. Sí, todo el mundo se lo había dicho y ella decidió pasarlo por alto, pero seguro que se le ocurriría algo.

Al echar la vista atrás, se dio cuenta de que había pensado que encontraría algo allí mismo, ya que tenía conocimientos contables y experiencia en *marketing*, tal vez un abogado local o algo parecido podría contratarla mientras encontraba algo. Pero, una vez visto el pueblo, parecía poco probable. De acuerdo, parecía casi imposible.

En fin, tenía que ser realista. Quizá se había dejado llevar por el romanticismo de vivir en una isla mareal. Pero el contrato de alquiler era por poco tiempo. Encontraría un trabajo en la ciudad y volvería a mudarse. Por supuesto que sí. Y hasta ese momento, aprovecharía la paz y la tranquilidad para recuperarse. «Ese era el plan, ¿recuerdas?», se dijo. Bajar el ritmo, relajarse. Inspirar hondas bocanadas del fresco y salado aire marítimo. El pánico no le iba a servir de nada.

Terminó de comer y dio los restos a las gaviotas, que montaron un alboroto al lanzarse en picado a por el grasiento pan.

En fin. Iba a tomarse las cosas con calma, día a día. En otro tiempo, había planeado las cosas con años de antelación, y ¿de qué le había servido? Todos sus planes empresariales y vitales se habían convertido en papel mojado. Nunca se sabía qué había detrás de la siguiente puerta. Pero sí sabía lo que había detrás de su flamante puerta de entrada: un follón espantoso que necesitaba una limpieza urgente.

Sonrió al ver que Kerensa le había metido en la caja unos ridículos guantes de goma con una tira de piel falsa en las muñecas, así como, al fondo del todo, una botellita de *gin tonic* ya preparado, con una nota pegada que decía «Bébeme». Polly empezó a limpiar con ahínco, frotando la espantosa y vieja cocina mientras mascullaba palabrotas. ¿Por qué esa mujer no podía haber puesto una capa de laminado a los armarios?

El cuarto de baño tenía unos azulejos blancos grasientos que atacó con sentimiento de culpa y el antigrasa más potente que encontró. Al menos, tenía cuarto de baño, pensó. Uno de los apartamentos que había mirado tenía un plato de ducha con la cama encima. La vida, cuando se estaba tieso de dinero, consistía en disfrutar de los placeres cuando se encontraban, decidió.

El suelo del pequeño cuarto de baño, con un tendedero para secar la ropa, era de linóleo rayado muy viejo y sucio, pero, después de frotarlo tres veces, descubrió un dibujo blanco y negro más que respetable, y el cristal ahumado de la ventana acabó lo bastante limpio para dejar pasar un poco de luz. El dormitorio era pequeño, pero tranquilo y silencioso, y en esa estancia también limpió la ventana y quitó los visillos, pero soltó un taco al darse cuenta de que, cómo no, no tenía lavadora.

No se trataba de que sus padres fueran ricos; de hecho, no podría haber vuelto a casa de su madre de haber querido, ya que su madre vivía con una pensión muy reducida en un apartamento de un dormitorio, situado en un bloque de apartamentos de alquiler en Rochester, pero nunca, jamás en la vida, ni siquiera de estudiante, había vivido en una casa sin lavadora.

«No voy a llorar», se dijo, al tiempo que se preguntaba si el señor Bassi y el señor Gardner se habrían llevado ya su moderna Bosch. «Amontonaré la ropa y encontraré una lavandería como hace tanta gente. Todos los días. Fingiré que estoy en uno de los episodios de *EastEnders* o algo así. Será genial. GENIAL».

Siguió limpiando la sala de estar y de pronto descubrió que tenía mucho calor por el ejercicio, algo bueno, y mientras sacaba medio cuerpo por la ventana en un ángulo muy peligroso para frotar sus asquerosas ventanas delanteras, manchadas por el salitre, se fijó en las nubes que se movían más despacio y en la lluvia que caía en una zona muy concreta, a lo lejos, como en un retazo privado. Miró su nuevo paisaje y se preguntó: ¿cielo tormentoso y mar en calma?

Puso la tetera a calentar y echó el agua caliente en su taza Scrabble preferida. La taza le había costado siete libras. De repente, se le antojó una cantidad exagerada para una taza. ¿Alguna vez se había fijado en ese detalle? ¿Tanto le había cambiado la vida? Recibía un pequeño cheque todas las semanas por la liquidación de bienes, de modo que no pasaría hambre... Era una cantidad muy pequeña, un poco por encima de un subsidio, y tal vez recibiera algo de dinero por la venta del apartamento después de pagar todas las deudas. Seguramente ni merecía la pena contar con ese dinero. Chris no le había permitido ver las cuentas de los últimos meses. Se llevó una sorpresa enorme al darse cuenta de lo mal que estaban las cosas. Debería haber insistido. Ay, debería haber hecho muchas cosas.

Sacó el anticuado sillón orejero, tan viejo que crujía, tapizado con tela turquesa, aunque no tan hortera como el resto de los muebles, que había encontrado en el dormitorio y lo colocó delante de las ventanas delanteras, que estaban abiertas de par en par para secarse. Después, se sentó y apoyó los pies en el alféizar de la ventana. Desde ese ángulo, solo podía ver el mar y el cielo; tenía la sensación de estar volando. Bebió un sorbo de café, inspiró el aire salado y contempló las olas mientras intentaba acompasar su respiración al vaivén del mar, que iba y venía. En poco tiempo, se sumió en el sueño más tranquilo y profundo del que había disfrutado en varios meses.

Polly descubrió que a las cinco de la tarde era más fácil fingir una actitud positiva que a primeras horas de la madrugada. Se había despertado, congelada, y le había costado mucho trabajo dormirse de nuevo, impedir que los pensamientos negativos la invadieran otra vez.

Y el piso estaba helado. Además de la estufa de leña, que no sabía muy bien cómo utilizar, había otra estufa totalmente negra y de aspecto peligroso. Así que había encendido esa y después, por ridículo que pareciera, había ido a comprobar el contador de la luz, que, efectivamente, giraba como un loco a la velocidad de la luz. Tras ponerse un jersey encima del pijama mientras deseaba no haber guardado la bata con el resto de sus pertenencias, porque ¿en qué estaba pensando cuándo decidió hacerlo?, se metió debajo del edredón de plumas ligero, que en el pasado fue perfecto para un apartamento moderno y pequeño, con calefacción central, pero que no era en absoluto adecuado en ese lugar, con el viento que se colaba por los agujeros que aún quedaban en el tejado y el rugido de las olas en el exterior. Recordó con anhelo el edredón de plumas grueso que guardaba para las visitas o, en los últimos tiempos, para usarlo ella misma las noches que dormían separados porque Chris no paraba de dar vueltas.

Los ruidos extraños la desquiciaban. En un momento dado, se quedó dormida y soñó que se había caído por un agujero y que el agua le mojaba los pies. Que algo la arrastraba hacia el agua. De repente, escuchó un estruendo y un grito.

Completamente desorientada, se incorporó al instante mientras el corazón le latía a mil en el pecho. ¿Dónde estaba? ¿Qué había sido ese ruido? ¿Dónde estaba Chris? ¡Por Dios! Alguien había entrado en la casa. Habían corrido las noticias de que una mujer sola se había mudado al pueblo, a una casa que ni siquiera era segura. Había entrado un grupo de gente. Era un pueblo habitado por locos, donde sacrificaban a la gente y...

Poco a poco se calmó lo suficiente como para coger el móvil y mirar la pantalla. Soltó un taco al ver la hora. Las 2.30 de la madrugada. El piso era un congelador y estaba a oscuras. Las luces del puerto eran escasas y estaban muy espaciadas entre sí. Más allá solo existía la oscuridad más absoluta. De repente, vio una luz muy brillante por debajo de la puerta del dormitorio y estuvo a punto de soltar un chillido hasta que comprendió que debía de tratarse de la luz del faro, que entraba a través de las ventanas de la fachada. Se percató de que estaba tiritando y se cubrió con el edredón. Todavía no tenía una lámpara para la mesita de noche. Tendría que moverse por la habitación a oscuras. O a lo mejor podía aprovechar la luz del faro cuando volviera a aparecer. Aguzó el oído, pero no escuchó nada. Debía de haberse tratado de una pesadilla. Un pesadilla, nada más, algo relacionado con el faro...



En esa ocasión, el grito se escuchó más cerca.

—¡MIERDAMIERDAMIERDAMIERDA! —exclamó en voz baja, luchando contra el impulso de meter la cabeza debajo del edredón.

El corazón le latía tan fuerte que parecía estar a punto de salirse del pecho. Comprendió que era poco probable que un grupo de habitantes del pueblo entrara gritando en su casa, pero eso no la ayudó. ¿Qué había dicho el pescador sobre los fantasmas?

—Ho... Hola —dijo, dirigiéndose a la oscuridad.

Escuchó una especie de gemido.

«Ay, Dios».

A lo mejor se había producido alguna clase de accidente fuera. Tal vez habían arrojado a alguien de un coche, ¿a un niño quizá? Cogió el móvil y esperó hasta que la luz del faro pasó de nuevo por la fachada, momento en el que atravesó el dormitorio para pulsar el interruptor de la luz. Al hacerlo se sintió un poco más tranquila, pero solo hasta que escuchó el siguiente grito.

—Vale, vale, ya voy —dijo mientras se ponía otro jersey.

¿Por qué no había llevado una linterna? Porque, cuanto más lo pensaba, más segura estaba de que el sonido procedía de la planta baja. De la tienda oscura y polvorienta de la planta baja. Se preguntó dónde estaba la entrada y después recordó una puerta situada junto a la escalera. Aunque estaría cerrada. Seguramente debería llamar a la policía. Sí, eso iba a hacer.

El grito que se escuchó a continuación fue un lamento tan desolado que se armó de valor y echó a andar hacia la puerta. Lance le había dado un buen manojito de llaves. Cuando le preguntó que por qué necesitaba tantas, el hombre se encogió de hombros y le dijo que no lo sabía, que él solo era un empleado en prácticas, de modo que Polly se dispuso a buscar la correcta.

Dio con ella al segundo intento. Empujó la puerta, antigua y combada, y logró abrirla. Contuvo el aliento mientras dejaba que se abriera del todo. Se percató de que estaba temblando.

—¿Hola?

No obtuvo respuesta, pero sí escuchó que algo se movía.

—¿Hola? —repitió.

Miró a la derecha. A través de una de las ventanas rotas de la tienda, se filtraba la luz. Mientras dejaba que sus ojos se adaptaran a la oscuridad, se le ocurrió que tal vez fuera un perro o un gato. O un trol o un zombi, añadió su subconsciente. Ordenó a su subconsciente que se callara.

—¡Hola!

Esperaba que no fuera algo que pudiera darle un mordisco. Porque no podía esperar a que llegara la policía mientras había un animal herido. Además, supuso que no habría ninguna comisaría por allí cerca. Tomó una honda bocanada de aire y entró en la tienda.

Percibió el olor mohoso, polvoriento y cargado de un lugar abandonado. Vislumbró siluetas grandes, algo que debían de ser mostradores y lo que parecían unos hornos grandes en un rincón. Escuchó que algo parecía arrastrarse, pero ningún grito más.

—No pasa nada, no pasa nada —dijo, escudriñando entre las sombras, aterrorizada de lo que podría encontrar—. Solo soy yo —añadió, algo que era una completa tontería dadas las circunstancias.

Si se trataba de una gigantesca araña mutante con cientos de arañitas, por ejemplo, tendría que pisarlas todas, así que decir «Solo soy yo» no servía para mucho.

Por fin, al llegar casi a la parte delantera, detrás de una vitrina de cristal, escuchó de nuevo el sonido. Contuvo el aliento y se agachó.

—¡Oh! —exclamó—. Madre mía.

En el rincón se encontraba un pájaro diminuto con plumas blancas y negras, y el pico naranja y amarillo. Mientras Polly se agachaba a su lado, el animal soltó otro grito ensordecedor. Era un ruido increíble teniendo en cuenta que procedía de una criatura tan pequeña.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó. Percibía los temblores que sacudían al animal mientras extendía los brazos de la forma menos amenazadora posible—. Tranquilo, tranquilo.

Gracias a la luz que entraba por la ventana, vio que tenía un ala totalmente torcida. Parecía rota. Se preguntó qué habría sucedido y después comprendió que seguramente se habría estrellado contra el cristal al volar en la oscuridad y que el cristal era tan frágil que se había roto con el impacto. Seguramente el pobre también tenía un buen golpe en la cabeza.

—Ven aquí, ven aquí.

El pájaro intentó alejarse volando, pero soltó un grito de dolor y se quedó quieto. Polly cogió a la pobre criatura con mucho cuidado mientras susurraba palabras de aliento. Por un instante, se preguntó preocupada si el animal podía sufrir un infarto, porque sentía que el corazón le latía frenético en el pecho.

—No pasa nada, no pasa nada —dijo—. Si te digo la verdad, yo estaba mucho más asustada que tú.

Miró a la diminuta criatura.

—Bueno, a lo mejor no tanto como tú, pero casi.

Miró hacia la ventana. El cristal tendría que esperar. Al día siguiente, tataría el agujero con un cartón, o se lo comentaría a la inmobiliaria. De repente, se sintió aliviada por no haber llamado a la policía. Explicar que tenía a un pobre pájaro herido en las manos no habría acabado muy bien.

—Bueno —dijo mientras lo observaba—. No sé mucho sobre frailecillos. En realidad, no sé nada de nada sobre frailecillos. Ni siquiera sabía que podíais volar. Pero creo que será mejor que te vengas conmigo arriba.

En comparación con la solitaria y escalofriante tienda, la planta alta, con las luces encendidas, y la cama y el sofá tan familiares, parecía casi hogareña. Puso el agua a hervir en la tetera por costumbre, ya que a esas alturas no tenía ni pizca de sueño, y cubrió la ventana delantera con una sábana para bloquear la luz del faro que no paraba de girar. Después, envolvió al frailecillo en una toalla. Su plumaje era espeso y suave. Debía de ser una cría. Acto seguido, buscó en Google «Cómo curar un ala rota». Al parecer, lo ideal era usar esparadrapo de papel, pero puesto que solo tenía cinta adhesiva tras la mudanza, se apañaría con ella. El pájaro había cejado en sus intentos por liberarse, y la miraba con esos ojos tan negros.

Después de inmovilizarle el ala pegándosela al cuerpo, hizo unos agujeros a una de las cajas que había usado en la mudanza.

—Aquí tienes una cama —dijo—. Una camita toda para ti.

La página web también sugería que se alimentaran con comida de gato, pero tampoco tenía, aunque sí que tenía una lata de atún en la caja de las provisiones por si le surgía alguna emergencia. Colocó frente al pájaro un platito con atún y otro con agua. El animal intentó caminar para inspeccionarlos, pero no tardó en caerse de bruces.

Polly lo enderezó con delicadeza. El frailecillo miró los dos platos y después la miró a ella, temeroso. Polly se descubrió diciendo:

—No pasa nada, tranquilo.

Acto seguido, el pájaro empezó a picotear el atún. Polly se descubrió sonriendo mientras lo observaba comer, más bien por el alivio de que la cosa hubiera quedado en un susto, teniendo en cuenta todo lo malo que podía suceder por la noche.

—Vale —dijo una vez que el pájaro se cansó de comer—. Supongo que esta noche serás mi compañero de piso.

Al día siguiente lo llevaría al veterinario, seguro que había algún lugar donde se ocuparan de ese tipo de cosas, pero de momento lo metería en la caja. Extendió la toalla.

—Pájaro —le dijo—, es como si llevaras un pañal, ¿verdad? Y nada de saltar en el sofá.

Y colocó la caja sobre él. Aunque esperaba que el animal protestara, no lo hizo. Tal vez le pareciera una especie de nido. En vez de protestar, el pájaro se removió un poco y después se quedó muy quieto.

Polly volvió a la cama, con el edredón doblado a la mitad para que la abrigara más, y el resto de las toallas encima de este. Para su sorpresa, se quedó dormida de inmediato y no se despertó hasta que las gaviotas empezaron a graznar, anunciando el regreso de los barcos pesqueros al amanecer de un reluciente y soleado día de abril.

—Lo bueno —dijo Polly a la mañana siguiente, mientras el pájaro picoteaba lo que quedaba de atún— es que no voy a encariñarme contigo ni a ponerte nombre ni nada de eso.

El frailecillo intentó avanzar otra vez, pero se cayó de nuevo. Polly lo ayudó.

—Por muy gracioso que seas —añadió.

El pájaro soltó un pequeño graznido.

—Lo sé. Cuando te pongas mejor, te soltaré y podrás volar en busca de tu mamá y tu papá, ¿vale? Palabra de *scout*. —Suspiró—. Frailecillo, voy a serte sincera. Hablar contigo es definitivamente mejor que hablar con el sofá.

Se bebió un café mientras observaba a los pescadores descargar las capturas en el puerto. Alrededor de las cajas había gente observando, toqueteando y pinchando. Un hombre había acercado un banquillo y estaba limpiando el pescado para venderlo directamente allí mismo. Polly lo contempló, fascinada. Era tan rápido con el cuchillo que le resultaba casi imposible seguir el movimiento de sus dedos. Abría el pescado y sacaba tripas con la velocidad del rayo. Vio que había varias furgonetas aparcadas en las cercanías, luciendo en los laterales los nombres de algunos restaurantes famosos de Cornualles especializados en platos de pescado. De modo que así se hacía, pensó. Debería bajar y comprar algo. Era poco probable que pudiera conseguir pescado más fresco en otro sitio. Y tal vez al frailecillo le apeteciera un poco...

Los hombres que bajaban de los barcos parecían cansados. Debía de haber sido una noche larga, supuso, y comprendió al pensarlo que jamás había analizado la vida de los pescadores. Ella también estaba cansada. Se acercó a una de las cajas de comida que había llevado consigo para abrirla. Había vaciado todos los armarios de la cocina del apartamento de Plymouth. En otro tiempo, ni siquiera se habría molestado en guardar una bolsa de sal casi vacía y dos sobres de levadura.

El horno estaba negrísimo por la suciedad acumulada. Polly suspiró y se recordó que le esperaban otras dos horas de duro trabajo. Era un modelo antiguo, de los que necesitaban una cerilla larga y una mano firme hasta que la llama prendía en la parte trasera. Sin embargo, el gas funcionaba perfectamente, porque escuchó su siseo, que asustó al frailecillo, el cual había estado practicando cómo caminar con el ala inmovilizada. Sus patitas golpeaban insistentemente las tablas del suelo cada vez que se movía. Polly echó un vistazo al reloj.

—En fin —dijo—. Voy a hacerlo. Te llevaré al veterinario.

El frailecillo ladeó la cabeza para mirarla.

—Lo siento —se disculpó—. No he dicho nada.

Enchufó la tetera para calentar el agua que necesitaba para la levadura, y después acercó la mesa que hasta entonces estaba frente a la chimenea y la colocó cerca de la cocina para tener al menos la ilusión de contar con una superficie de trabajo. Una vez limpia, espolvoreó harina sobre ella. El frailecillo se acercó para ver qué estaba haciendo e intentó en vano asomarse dando saltitos.

—Ni hablar —dijo ella—. Estás sucio y no quiero pisadas en la harina.

El frailecillo emitió un sonido de protesta, de modo que Polly claudicó y lo cogió. Tras echar agua y jabón en el fregadero hasta una altura que le cubriera las patas, lo soltó. Al animal pareció gustarle mucho, ya que agitaba las patas para explotar las burbujas y no paraba de hacer ruiditos como si estuviera muy contento. Polly puso la radio y eso también pareció gustarle.

—Eso, tú a jugar —dijo mientras cogía la masa del pan.

Estaba pegajosa, lo que era bueno. Cuanto más pegajosa fuera, más ligera sería la miga. Sin embargo, estaba demasiado pegajosa para poder trabajarla, de manera que espolvoreó más harina sobre la mesa, bajo la masa. Acto seguido, empezó a amasar con las manos. Presionó la masa, la boleó, la estiró, y después la dobló sobre sí misma.

Mientras lo hacía, descubrió que estaba sucediendo algo raro. Primero, en la radio pusieron una canción que le encantaba: *Get Lucky*. Dado que necesitaba suerte a espuestas, le pareció una elección perfecta y subió el volumen de la radio a tope. Era un poco ñoña, pero le daba exactamente igual. Cada vez que la escuchaba, le levantaba el ánimo. Segundo, a través de las ventanas, que por fin estaban limpias, vio el reflejo del sol primaveral sobre las olas. Una pequeña embarcación, con una vela ondeando al viento, estaba saliendo del puerto. A su derecha escuchaba el alegre chapoteo del frailecillo en su piscina del fregadero.

De repente, Polly sintió algo. Mientras estiraba, presionaba y boleaba la masa, tuvo la impresión de que una especie de energía abandonaba su cuerpo. Energía negativa. Ni siquiera se había dado cuenta de lo tensos que tenía los hombros. La tensión se había acumulado en ellos y en la parte posterior del cuello. Seguro que los había tenido tan levantados que le llegaban a las orejas.

Comprendió que, desde hacía meses, no había contado con una sola persona que le pusiera las manos en la nuca y le dijera: «A ver, tranquila, estás demasiado estresada». Había pasado tanto tiempo intentando cuidar de Chris, intentando mantener las apariencias frente al resto del mundo e intentando que Kerensa y el resto de sus amigas no se compadecieran de ella... que había acumulado todas esas preocupaciones en su interior.

Estiró los brazos, disfrutando del placer de hacerlo, y comprendió, mientras contemplaba cómo el barquito de la vela blanca se mecía sobre las olas, que llevaba mucho tiempo sin concentrarse en otra cosa que no fuera la pantalla del ordenador.

Además, sintió que una lágrima le resbalaba por la nariz hasta la punta, como si el hecho de librarse de la tensión de los hombros hubiera desencadenado otra liberación.

Era un lagrimón salado que cayó directamente sobre la masa.

No eran las lágrimas furiosas y de frustración que se le escaparon el día anterior en el puerto, mientras despotricaba contra el mundo y sus terribles injusticias. Eran lágrimas catárticas. Incontenibles, pero a la vez serenas. Las dejó caer, porque de todas formas no podía limpiárselas aunque quisiera, ya que tenía las manos en la masa. En cambio, trató de vivir el momento, sin arrepentirse del modo en el que se habían desarrollado los acontecimientos, sin enloquecer por el pánico de lo que sucedería en el futuro, sin pensar en las cosas que podría haber hecho de otra manera, o que podría haberle dicho a Chris, o en lo que podría haber trabajado o planeado. En cambio, se limitó a escuchar la radio, ya que en ese momento sonaba otra canción pop que le encantaba; se limitó a escuchar el chapoteo y a sentir cómo cambiaba la masa entre sus dedos mientras el sol brillaba en el mar, desierto en ese momento.

Fuera no hacía un día tan agradable como el brillo del sol hacía creer. Un viento bastante fuerte y salado azotaba el pueblo. Polly dejó que la masa subiera al sol, se aseó un poco y después salió con el frailecillo, que parecía un poco gruñón, bajo el brazo en busca de un veterinario. La mujer que la atendió en la tienda donde compró la leche y la sopa se mostró mucho más educada que la mujer del obrador, y le indicó cómo llegar a una pequeña consulta que al parecer estaba conectada con la del médico. Polly sufrió un pequeño ataque de pánico al llegar y pensar en lo que iba a costarle la visita. Había oído que los veterinarios eran muy caros. Pero poco podía hacer al respecto.

El veterinario parecía estar muy ocupado, pero levantó la cabeza de su ordenador cuando la vio llegar con la caja.

—Mmm... —murmuró ella—. He tenido un pequeño accidente.

El veterinario, que se llamaba Patrick, y que en secreto odiaba a los gatos, pareció interesado al escucharla. Se puso las gafas y miró a la mujer que acababa de entrar con la caja. De aspecto cansado, pero guapa. Con el pelo dorado cobrizo que le llegaba a los hombros, unos ojos de un inusual tono verde, y unos labios que en ese momento se mordía con gesto nervioso. Sin embargo, tenía la impresión de que su sonrisa sería bonita.

—¿Está de paso? —preguntó a la recién llegada.

—No. Sí. No —contestó ella.

—¿No está segura?

—No. Sí. A ver... —Polly estaba muy nerviosa. Se estaba volviendo loca, se dijo. No había hablado con mucha gente en los últimos meses—. Me explico, he alquilado una casa en el pueblo. De forma temporal.

Patrick frunció el ceño.

—¿Cómo se le ha ocurrido hacer eso?

Polly se sintió ofendida. Desde luego no iba a responder: «Porque es lo único que

puedo permitirme».

—¿Qué tiene de malo este sitio? —replicó en cambio.

—Nada, nada —contestó Patrick con un suspiro—. Es que la mayoría de la gente prefiere Rock o St. Ives. Ya sabe, ese tipo de lugar.

—Bueno, pues yo no soy como la mayoría de la gente —repuso Polly.

—No, ya lo veo —dijo Patrick, que miró el contenido de la caja en ese momento—. No sé si sabe que esto es un ave marina.

—¡Madre mía! ¿De verdad? —soltó Polly—. Pensé que era un armadillo.

Patrick sonrió en contra de su voluntad.

—Es que normalmente... Quiero decir, que por esta zona no andamos precisamente cortos de aves marinas.

—Bueno, tampoco andan cortos de gatos, pero estoy segura de que eso no le impide tratarlos —replicó Polly, molesta.

—Eso es cierto —reconoció Patrick con voz cortante al tiempo que sacaba al frailecillo de la caja—. Vamos, pequeñín.

Pese a la brusquedad de su voz, movió al animal con gran delicadeza. El frailecillo se removi6 un poco, pero permiti6 que lo cogiera. Patrick mir6 el vendaje.

—No está mal —comentó, alzando la vista.

—Gracias —dijo Polly—. Me alegro de haber asistido a las clases nocturnas sobre cómo rescatar aves.

Patrick la miró.

—¿Sabe cuántos frailecillos hay en la reserva del norte? —le preguntó.

—Ni idea —reconoció Polly—. Esa semana me salté las clases.

—Casi un millón y medio —dijo Patrick.

—Bueno, pues a mí me gusta este —replicó Polly, obstinada.

Patrick volvió a ponerse serio.

—No sé si sabe que no puede quedarse con él. —Le levantó las plumas—. Efectivamente, es un macho.

Polly sonrió.

—Lo sabía —dijo al tiempo que acariciaba la cabeza al animal—. ¿Por qué no? ¿Es un ave protegida o algo?

—No, pero no será bueno para él. Necesita volar, desarrollarse y crecer. Solo es un frailecín.

—¿El qué?

—Un frailecín. Una cría de frailecillo.

—¡Ah! —exclamó Polly—. Qué palabra más mona.

—Bueno, mona o no, necesita estar con su colonia.

—¿Con su qué?

—Con su colonia. Los frailecillos viven en colonias.

—Una colonia de frailecillos —dijo Polly—. Qué bonito. Parece el título de un álbum de un grupo de esos independientes que mi ex solía comprar. —Sonrió.

«¡Ajá!», pensó Patrick. Un ex. Seguramente eso lo explicaba todo.

—También se dice bandada —añadió—. Es otra palabra. Una bandada de frailecillos. Pero no me gusta tanto. Los frailecillos no tienen pinta de moverse en bandas. Tienen un aspecto muy inofensivo.

El pequeño frailecillo abrió su pico naranja y graznó. Patrick se inclinó para abrir un cajón, sacó un puñado de comida para peces y soltó un poco para que el animal picoteara.

Polly suspiró.

—Así que tengo que dejarlo en libertad —dijo con tristeza.

—Bueno, es una tontería hacerlo antes de que se cure —le aseguró Patrick—. No puede volar. ¿Cree que podría ocuparse de él hasta que se encuentre mejor?

—¡Sí! —exclamó Polly, encantada—. Sí, creo que podré hacerlo. ¿Cuánto tardará en recuperarse?

—¿Dos o tres semanas? —replicó Patrick—. Parece muy contento. Los pájaros, en estas circunstancias, mueren más de miedo que de otra cosa.

—Creo que este frailecillo es un tío guay —comentó Polly.

—De acuerdo. Pero no se encariñe demasiado, ¿vale? Cuando esté listo para volar, tendrá que dejarlo marchar.

—Ese es mi sino —replicó Polly—. Haré todo lo que pueda.

—No le ponga nombre.

—Vale. —Polly se levantó para marcharse—. ¿Cuánto le debo?

Patrick agitó una mano en el aire.

—No he hecho nada. Usted ha sido la enfermera. No se preocupe.

—¿En serio? —repuso Polly—. Muchísimas gracias.

La vehemencia de su agradecimiento sorprendió a Patrick. La mujer no llevaba ropa demasiado cara, pero tampoco era barata.

—Pero no se acostumbre —le recomendó—. En cuanto dé alojamiento a una gaviota, se enterará de lo que es bueno.

—Vale, de acuerdo —dijo Polly, todavía contenta—. Supongo que no puedo ponerle correa, ¿verdad?

—Desde luego que no —contestó Patrick con una pequeña sonrisa mientras la acompañaba a la puerta de su consulta. Había dos gatos en la sala de espera, siseándose el uno al otro y amenazándose con las uñas—. Muy bien. Seguramente querrá salir volando cuando se sienta capaz de hacerlo, pero si todavía sigue por aquí dentro de tres semanas, tráigalo.

—Lo haré —le aseguró Polly y por fin sonrió.

Su suposición era cierta, pensó Patrick. Tenía una sonrisa bonita. Se preguntó por qué motivo no la mostraba más a menudo.

Polly se sentía más contenta de lo que se había sentido en mucho tiempo mientras



caminaba calle arriba con el frailecillo en la caja. Tomó de nuevo la ruta hasta el puerto y pasó frente a las embarcaciones. El barco de Tarnie, el *Trochilus*, estaba amarrado en el puerto y lo estaba mirando cuando se encontró con el hombre en persona.

—Hola, hola —la saludó al tiempo que ella se tropezaba con un adoquín y estaba a punto de darse de bruces con él. Su barba le rozó la coronilla—. Hoy pareces un poco más alegre.

Polly dio un respingo al recordar el encuentro anterior.

—No es muy difícil que digamos —reconoció.

—Ese libro que me prestaste es un poco raro —dijo el hombre con su acento tan marcado.

A Polly le encantaba su forma de hablar.

—¡Ah, lo has empezado!

—No hay mucho que hacer mientras navegamos mar adentro. Eso sí, una vez allí hacen falta manos.

—¿Qué te parece?

—Creo que quienquiera que lo escribiese se metía algo que no le sentaba bien.

Polly sonrió.

—Interesante. Creo que el escritor era un poco peculiar.

—Yo diría que bastante. ¿Y qué tenemos aquí?

Polly miró la caja. El pájaro la miraba con expectación, como si esperara una presentación.

—Sí —dijo—. Estoy... mmm... he dado alojamiento a un frailecillo.

Tarnie frunció el ceño.

—¿Es una especie de broma que te está haciendo alguien por ser nueva en el pueblo? Si son desagradables contigo, no dudes en decírmelo.

—No, no —le aseguró ella mientras le contaba la historia.

—Bueno, en la vida había escuchado que alguien se quedara a un ave marina como mascota —dijo Tarnie—. Eso sí, cocinados, los frailecillos están riquísimos.

—¡No! —exclamó Polly—. ¡No digas eso! Tendré que taponar las orejas y no estoy segura de dónde las tiene.

—Es un pájaro islandés —repuso Tarnie—. No habla inglés.

—¡Ah, vale! No te comas los frailecillos.

—Tú comes patos, ¿no?

—No pienso seguir con esta conversación.

Tarnie acarició al pájaro por debajo del pico.

—Bueno, ya veo que estás coladita por él —dijo—. ¿Ya le has puesto nombre?

—No —contestó Polly, con recelo—. El veterinario me ha dicho que no lo haga.

—No puedes llamarlo «frailecillo» sin más. ¿Qué te parece *Pete*?

—¿*Pete*, el frailecillo? —dijo Polly—. No sé yo. Parece un delincuente. ¿Y si le pongo *Muffin*?

—¿*MUFFIN*? —preguntó Tarnie—. No me puedo creer que vayas a hacerle eso a la pobre criatura. Los demás pájaros lo tomarán por el pito de un sereno.

—O les parecerá muy moderno —replicó Polly—. Lo de tener un nombre en vez de que se refieran a él como «Frailecillo nueve millones setenta y dos».

—Ja, podrías llamarlo *Semental* —sugirió Tarnie—. El frailecillo *Semental*, ¿qué te parece?

—Fatal —respondió Polly—. Me parece ofensivo.

Tarnie sonrió y se sacó un guijarro de un bolsillo. Tras volverse con rapidez, lo lanzó al mar.

—No creo que deba tener un nombre mono —murmuró Polly—. Sería extraño ser un frailecillo con nombre. Le buscaré uno que lo haga sentirse seguro.

El frailecillo se movió dentro de la caja.

—Como *Neil*.

—¿*Neil*?

—Sí. Un nombre clásico como Dios manda. El frailecillo *Neil*.

*Neil* agitó las plumas del ala sana.

—Mira, le gusta.

—Estás más pirada que la chica del libro —dijo Tarnie.

—Eso lo dices porque estás celoso de mi frailecillo —replicó Polly.

—Si eso te consuela... —repuso Tarnie—. Tráelo luego al barco. Le daré un poco de arenque para que coma.

—Lo haré —le aseguró Polly.

De vuelta al piso, la masa había fermentado hasta alcanzar el doble de su tamaño. Polly la amasó de nuevo y la dejó reposar otros cuarenta minutos, durante los cuales se quedó adormilada, y después se despertó para encender el aterrador horno, que emitió un crujido al cobrar vida. Vertió la pegajosa masa en una vieja olla de hierro que había encontrado en un cajón situado debajo del horno. Lucía una sospechosa pátina oscura por las décadas de uso, pero no tenía otro recipiente adecuado. Esperaba que no fuera venenosa. Tras engrasarla con aceite de oliva para intentar que el pan no se pegara, solo le quedó cruzar los dedos. Respiró hondo y regresó al cuarto de baño para seguir limpiando. La primera pasada no había servido de mucho. Había dejado a la vista el linóleo, pero no había tocado aún el otro extremo de la alargada estancia, cubierto por una moqueta.

¿Había algo peor que un cuarto de baño enmoquetado?, pensó. Sí, cuartos de baño enmoquetados con goteras. Cuartos de baños que habían servido de hogar a una legión de inquilinos de paso, solteros, estudiantes y gente que no tenía el menor interés en cuidar la propiedad. Echó un vistazo para inspeccionar el suelo bajo las horribles losas de linóleo. Las tablas originales seguían aún intactas. Y para ser un cuarto de baño tenía un buen tamaño, y una ventana con vistas al pueblo. Se imaginó

las paredes cubiertas por un friso de color azul empolvado, una bañera antigua con patas en forma de garras situada en una tarima, a fin de sentarse en ella y poder contemplar los barcos en el mar mientras se daba un baño. Quizá unas cuantas conchas como motivo de adorno... Desterró la ridícula ensoñación para concentrarse en la tarea que tenía entre manos, que era: a) limpiar el lugar lo suficiente como para no pillar alguna enfermedad asquerosa; b) centrarse y salir en busca de un trabajo; c) superar... bueno, superar las cosas. Recuperar el ritmo. Dejar de avergonzarse a sus amigos echándose a llorar cada vez que se tomaba dos copas de vino. Encontrar la paz interior.

«JAJAJA».

Polly levantó un trozo de moqueta, barata y con unas misteriosas manchas marrones, y apartó una húmeda hoja de periódico fechada en 1994 con un suspiro.

Al menos el olor que le llegaba de la cocina era maravilloso y se imponía a otros más desagradables que estaba descubriendo. Sin quitarse los guantes de goma, vació cubo tras cubo de agua sucia por el retrete hasta que el baño dejó de parecer recién salido de un documental de la BBC2 sobre casas de alquiler insalubres a punto de ser demolidas.

Al final, se puso en pie y se estiró. Por fin veía su reflejo en el espejo. Estaba colorada y sofocada. Había echado un poco de agua en el lavabo para *Neil*, tras decidir que era un frailecillo muy limpio y sin muchos bichos entre las plumas. Intentó sonreír. Cayó en la cuenta de que hacía tiempo que no sonreía en condiciones. Le habían salido dos surcos entre las cejas sin que se percatara de ellos, como si estuviera ceñuda en todo momento. A lo mejor lo estaba. Sonrió de nuevo, aunque la expresión hacía que pareciera un poco loca, y echó a andar hacia la estancia principal de su extraño pisito.

En el horno, la hogaza de pan rústica, con su crujiente parte superior, había crecido maravillosamente y lucía un precioso tono dorado. Olía de maravilla. Sacó el pan del horno con los únicos guantes que había encontrado: un sucísimo paño de cocina (definitivamente tenía que hacer la colada), y lo dejó sobre la mesa del revés, tras lo cual le dio unos golpecitos en la base. Sonaba a hueco, tal cual lo hacían los panes recién sacados del horno.

De repente, se sintió mucho más alegre al caer en la cuenta de que esa mañana había hecho dos cosas, bueno, tres si contaba el vendaje de *Neil*, que habían salido bien: había limpiado el cuarto de baño y había hecho un pan. Seguramente a otros no les pareciera mucho, pero para ella era un gran paso, reflexionó.

Cuando el pan estuvo lo bastante frío, lo cortó en gruesas rebanadas y lo untó con mantequilla y con la mermelada que había llevado consigo a la isla. Después, tras meter a *Neil* en la caja, algo que no pareció molestarlo en lo más mínimo, aunque se preguntó de pasada si podría llevarlo encaramado en el hombro como si fuera el loro de un pirata, cosa que descartó por ser: a) ridículo; b) una guarrería; c) malo para *Neil*, y d) desconcertante, ya tenía bastante con que Polly y Paulie se pronunciaran de

la misma manera, se encaminó al puerto.

Los pescadores estaban remendando las redes bajo el suave sol del mediodía y la rodearon mientras la saludaban con alegría, algo que le resultó muy agradable.

—Bueno, ¿qué es esto?

—Mmm... he hecho un poco de pan.

—¿Has hecho pan? ¿Tú sola? —preguntó Jayden.

—No, me lo he encontrado en la cocina —respondió Polly—. Claro que lo he hecho yo. ¿Te apetece una rebanada?

Tarnie le sonrió.

—¿Quieres un té?

En un abrir y cerrar de ojos, aparecieron unas tazas azules y blancas con el esmalte descascarillado, llenas hasta arriba con un té fortísimo procedente de una jarra. El de Polly llevaba leche y azúcar, si bien no le preguntaron por sus preferencias. Acto seguido, se lanzaron a por las rebanadas de pan con mermelada, y Tarnie cumplió su promesa de dar a *Neil* un poco de arenque, así que todos estaban felices y contentos.

—Esto está buenísimo —dijo uno de los chicos.

Alguien le dio la razón con la boca llena.

—En la vida había probado pan casero —aseguró el más joven, Kendall, un muchacho con las mejillas sonrojadas, que apenas tenía barba.

—¿En serio? —preguntó Polly—. ¿Te gusta?

El chico se encogió de hombros.

—Me gusta cualquier cosa.

—No le hagas caso —dijo Tarnie—. Esto es una maravilla. Está buenísimo. ¿Sabes con qué estaría de muerte?

—Con la miel del pirado ese —respondió Jayden.

—Justo lo que estaba pensando —replicó Tarnie.

—¿Con la miel de quién?

—De la otra persona que, como tú, se ha mudado al pueblo recientemente —contestó Tarnie—. Al contrario de lo que hacen los demás, que se van cagando leches... perdona la expresión.

—Es simpática, no te preocupes —repuso Polly con alegría.

Estaba encantada con el resultado del pan. No sabía en absoluto como los que hacía en Plymouth. Tenía un sabor más rico, más acentuado. Se preguntó, con cierta ansiedad, si tendría algo que ver con el viejo y ennegrecido horno y con la antigua olla negra de hierro. Mmm... Y con el hecho de haber llorado sobre la masa, recordó. Se puso colorada.

—Vaya, vaya, te has puesto colorada —señaló Tarnie.

—Qué va —protestó—. ¿Quién hace la miel?

—Es un hombre raro —contestó Jayden.

—Un estadounidense —lo corrigió Tarnie—. Eso no es ser raro. Bueno, ya sabes.

Es un poco raro, pero él no tiene la culpa.

—¿Hay un estadounidense en la isla que vino para hacer miel? —preguntó Polly.

—Creo que fue un malentendido por su parte —le explicó Tarnie—. No sé muy bien qué esperaba encontrar. Pero descubrió nueve meses de lluvia. Está en tierra firme.

—Madre mía —dijo Polly—. Parece un poco...

—Colgado, sí —suplió Jayden—. Esto está buenísimo. ¿Puedo coger otra rebanada?

—¿Y yo? —se apresuró a preguntar Kendall, que tenía la boca llena de mermelada como un niño de cinco años.

—¡Chicos, tranquilos! —exclamó Tarnie mientras se sacudía unas migas. Ese día no llevaba el impermeable amarillo, sino una camiseta de rayas y unos vaqueros desgastados. Se había arreglado la barba.

—Oh, oh —dijo Jayden de repente mientras cogía otra rebanada del plato y se la llevaba a la espalda para esconderla.

—¿Qué? —preguntó Polly al tiempo que miraba hacia atrás.

Los pescadores se habían puesto muy serios y dos habían desaparecido en el interior del barco. Era la mujer del obrador y, por supuesto, la nueva casera de Polly. Fuera de la tienda parecía más grande, por raro que pareciera, una señora oronda, aunque el sobrepeso no aminoró en absoluto su paso mientras caminaba hacia ellos. Una gaviota aterrizó en ese momento entre graznidos en busca de alguna migaja, añadiendo un toque dramático al ya de por sí tenso ambiente.

Tarnie se pasó una mano por el pelo y observó a la mujer que se acercaba.

—Esto... Buenas tardes, señora Manse.

La mujer sorbió por la nariz.

—Buenas tardes, Cornelius.

Polly enarcó las cejas y Tarnie la miró con nerviosismo.

La señora Manse no se molestó en saludar a los demás.

—¿Qué estáis comiendo?

—Pues, es...

Polly miró el plato donde aún estaba la mitad de la hogaza de pan.

—¿Dónde lo habéis conseguido?

—Gillian, solo estamos haciendo un descanso para tomar el té. Estoy seguro de que lo entiendes.

La expresión de Gillian Manse se tornó sombría mientras enderezaba la espalda.

—Voy a decirte lo que no entiendo. Aquí estamos todos intentando salir adelante, evitando que los negocios locales se vayan a la ruina y que no pierdan la esencia del pueblo, manteniendo el orgullo, así que no entiendo por qué aceptáis el pan de una forastera sin preocupaciones.

—Solo estábamos...

—A ver, sé que soy la única panadera del pueblo. Y sé que el pan no es mío.

—Gillian...

—Lo he hecho yo —confesó Polly, sintiéndose un poco ridícula por haberse echado a temblar. ¿Qué se había creído esa espantosa mujer? Ni que tuviera que pedirle permiso para hacer lo que le apeteciera.

—¿Que has hecho qué? —preguntó con la misma ira que si hubiera dicho: «Me cago en tu pan».

—Que yo he hecho el pan.

—Tú. Has hecho el pan. —Gillian parecía sentirse insultada—. ¿Qué tiene de malo mi pan?

—Tu pan no tiene nada de malo —respondió Tarnie, intentando tranquilizarla y extendiendo las manos—. Lo que pasa es que Polly...

—Polly —repitió Gillian.

—Polly nos ha hecho la merienda. Ya sabes, acaba de llegar.

—Está claro que acaba de llegar —masculló Gillian—. Ha alquilado mi casa. Sé que acaba de llegar.

Polly se tensó mientras la mujer la miraba.

—La gente del pueblo me compra el pan a mí —dijo la señora Manse con tono amenazador.

Polly estaba decidida a no acobardarse.

—Pues yo no soy de este pueblo.

—Razón de más para que te mantengas alejada de los negocios de los demás y para que dejes de intentar arruinarlos. —Le soltó Gillian.

Por regla general, Polly no se dejaba intimidar así porque sí, pero las palabras de esa mujer dieron en la diana.

—Jamás trataría de arruinar el negocio de otra persona —afirmó en voz baja.

La señora Manse miró con cara de pocos amigos el pan que había horneado con los escasos medios de los que disponía.

—No, con eso está claro que no vas a hacerlo.

Polly se mordió el labio.

—Me voy —anunció la señora Manse tras mirarlos a todos furiosa.

Mientras daba media vuelta a su considerable persona para recorrer a la inversa el camino por el puerto, echó un vistazo a la caja de Polly y esta dio un respingo.

—¿Qué es esto? —preguntó Gillian mirando a *Neil*, que le devolvió la mirada con gran atención.

—Ah, sí. Voy a llevárselo al carnicero dentro de un rato —contestó Polly en voz baja, arrancándole una sonrisa a Tarnie.

La señora Manse enarcó una ceja.

—Es una lástima que los recién llegados no sean capaces de encajar en el pueblo —masculló la mujer—. Pero, normalmente, no tardan mucho en irse.

Una vez que se marchó, y que el resto de los pescadores salieron del barco, Polly se vio obligada a sentarse.

—No te preocupes por Gillian —le aconsejó Tarnie, incómodo—. Ella es así.

—¿Así de mala persona? —replicó Polly—. ¿Te parece bonito?

—Sí, bueno. Lleva viviendo aquí mucho tiempo.

—Seguramente ella es la culpable de que el pueblo siga anclado en el pasado. Señor, y es mi casera. Al final acabará echándome de la casa por hacer pan.

—En realidad, los cambios la asustan.

—He estado en su tienda.

—Sí, la verdad es que va cuesta abajo...

—Es un horror.

—Es lo único que tiene —replicó Tarnie—. Aquí es difícil ganarse la vida. —La expresión de sus ojos dejó bien claro que estaba hablando muy en serio.

—Entonces, ¿por qué se empeña en espantar a su clientela? —preguntó Polly—. Porque yo no pienso volver a su tienda en la vida.

—Ni yo —añadió Jayden—. Polly, ¿puedes hacernos el pan todos los días?

—Sí, por favor. —Se sumó Kendall.

—Mmm... al parecer vuestro jefe se niega —rehusó Polly al tiempo que miraba a Tarnie—. No quiero molestar a la señora Manse. Aunque ya parece bastante molesta. Tarnie no parecía muy contento. Polly decidió marcharse.

—Neil y yo tenemos que irnos —anunció—, Cornelius...

Los demás se rieron al escucharla.

—Es... —Tarnie parecía un poco avergonzado—. Es un asunto complicado.

—No es complicado —lo contradijo Polly—. Esa mujer se comporta como la mafia; acaba de advertirme de que me vaya. Pues te voy a decir una cosa: también acaba de darme un buen motivo para romper el contrato de alquiler.

—No, no lo hagas —dijo Tarnie, y por un momento se produjo un embarazoso silencio entre ellos.

—Sí, bueno, me voy —se despidió Polly por fin, tras lo cual echó un vistazo al plato—. Devolvédmelo cuando acabéis.

Mientras se alejaba, Tarnie pareció recordar algo y la llamó. Polly se dio media vuelta y vio que llevaba un bulto envuelto en papel de periódico.

—Es bacalao —anunció Tarnie—. Ya te lo he limpiado. Fríelo con mantequilla y limón y verás qué bueno está.

Neil emitió unos graznidos de alegría.

—No es para ti, jovencito —dijo Tarnie—. Es para tu dueña.

Polly aceptó el paquete como la ofrenda de paz que era.

—Gracias —dijo—. Que pases una buena noche.

Tarnie observó los nubarrones oscuros que se habían ido acercando mientras

hablaban, cubriendo el sol de forma amenazadora.

—No creo en absoluto que vayamos a tener una buena noche —comentó.

Aunque Polly conservaba su portátil, era tan viejo y tan grande que los acreedores no habían querido llevárselo, y algunas películas en DVD, descubrió mientras se comía el pescado (que estaba de vicio tan solo con un chorreón de limón, sal y pimienta, y frito con el poco aceite de oliva que le quedaba) y la ensalada que había hecho (por primera vez desde hacía años con las hojas de una lechuga en vez de sacarla de una bolsa de plástico ya preparada), que se conformaba con sentarse y mirar por la ventana, contemplando cómo las nubes se acercaban a la costa y la lluvia empezaba a repiquetear contra los adoquines y la muralla del puerto, y el viento azotaba la casa, que crujía una y otra vez bajo su asalto. Vio cómo los barcos pesqueros, que parecían diminutos enfrentados al poder del mar, salían uno a uno y sus luces se perdían en la distancia mientras surcaban las olas, subiendo y bajando. No tardó mucho en perder de vista el *Trochilus*, que se alejó de la línea de boyas para adentrarse en el frío e implacable océano. Se echó a temblar mientras pensaba en los hombres que iban en la pequeña embarcación, bajo ese enorme cielo estrellado que no tardó mucho en acabar de nuevo cubierto a medida que el implacable viento empujaba las nubes.

Después de cenar, y puesto que no tenía otra cosa que hacer, decidió ser traviesa y hornear otra hogaza de pan. Dejó la masa para que fermentara junto a la caja de cartón de *Neil*. Después, se metió en la cama y se quedó dormida de inmediato.

En esa ocasión no supo qué la había despertado.

Seguro que había sido *Neil*, removiéndose en su caja. Se incorporó de inmediato. La sábana que había colgado frente a las ventanas hacía muy poco para tamizar el haz de luz del faro, si bien la habitación se quedaba a oscuras después de que pasara. Escuchó el rugido de las olas al romper contra la muralla del puerto. Hacía viento, pero no había tormenta. El instinto le dijo que se acercara a la ventana y apartó la sábana sin estar del todo despierta.

En el exterior reinaba la oscuridad. Las ventanas estaban mojadas por el agua del mar y el aire olía a salitre. Había dejado la ventana entreabierta. Asomó la cabeza para mirar al exterior, ya que no estaba interesada en contemplar su adormilado reflejo en el cristal.

De repente, la vio cuando la luz del faro pasó sobre el lugar. Una silueta. Una figura. Una sombra. De pie en el muelle, mirando hacia el mar. Sin moverse, sin hacer nada. Totalmente inmóvil.

Polly dio un respingo, sobresaltada, deslumbrada por la luz, que ya había desaparecido. Sus ojos no pudieron adaptarse tan rápido a la oscuridad cuando esta reinó de nuevo. ¿Quién habría salido a esas horas de la noche y en plena oscuridad?



Helada por el frío y asustada por la silueta, esperó noventa interminables segundos hasta que la luz del faro completara su ciclo. Sin embargo, cuando la luz pasó en esa ocasión por el muelle, no había nadie. El puerto estaba desierto, no había ni una sola embarcación amarrada. Todavía estarían faenando. La carretera había desaparecido bajo el agua. Mount Polbearne volvía a ser una isla, reclamada poco a poco por el mar. Polly meneó la cabeza. Seguro que había sido un efecto de la luz. Regresó a la calidez de la cama agradecida.

A la mañana siguiente, el episodio se había borrado de su mente como si se hubiera tratado de un sueño.

El día siguiente amaneció gélido, pero soleado. Las habitaciones del piso eran frías. Polly comprobó el vendaje de *Neil*, que ya se acercaba alegremente a ella, por lo que podía rascarle detrás de las orejas, y después tostó los restos del pan del día anterior en un tostador que, según descubrió demasiado tarde, no habían limpiado desde la última boda real previa a la última boda real.

Sin embargo, ese detalle no estropeó la calidad del pan. Tenía la densidad de miga perfecta, una corteza maravillosa y un sabor dulzón y potente, con un ligero toque de mantequilla fundida por encima. *Neil* dejó su atún y cojeó hasta ella para investigar lo que estaba comiendo, de modo que Polly le dio unas miguitas con los dedos.

—¿Mejor que el pescado? —preguntó con una sonrisa antes de levantarse para preparar más, aunque se acordó de que primero debía limpiar el tostador.

Después del desayuno, recogió y se sentó sola a mirar por la ventana. Toda una novedad. Nunca había estado sola de verdad, siempre había compartido piso, desde su época de estudiante en la universidad, pasando por la casa compartida con Kerensa y los años en el apartamento con Chris. El silencio, solo interrumpido por las gaviotas, era grato e increíble. Se percató de que no había cargado el móvil, ni siquiera se le había pasado por la cabeza. Seguramente debería hacerlo. Pero después de haberse pasado los últimos meses esquivando a los acreedores o contestando las llamadas que Chris no podía atender porque «En este preciso momento, estoy ocupado, Pol. Joder, ¿es que no te das cuenta?», además de tener la sensación de que había estado huyendo de una manada de lobos hambrientos todo ese tiempo, el alivio de que se hubiera acabado, aunque se hubiera quedado casi con una mano delante y la otra detrás, era como una bendición, como un momento de paz absoluta.

Por supuesto, el período de tiempo que podía quedarse en Mount Polbearne era limitado. Sus ingresos eran muy reducidos y tenía un contrato de alquiler a corto plazo, pero si se le agujereaba un zapato, estaría en un marrón. Necesitaba un trabajo. Un trabajo de verdad. Necesitaba conexión a Internet, un ordenador, un currículum actualizado y algún medio de transporte, supuso.

En sus sueños, había algún negocio en la zona que buscaba desesperadamente un gestor, algo que le permitiera un horario flexible cuando hubiera pleamar o que le pagara lo suficiente como para mudarse a tierra firme. Muchos de los pueblecitos con más encanto de la costa de Cornualles y de Devon habían atraído empresas tecnológicas a cuyos empleados les gustaba programar de noche y surfear de día. Sin embargo, ese istmo sureño no tenía olas ni el encanto necesario, ni las cafeterías de moda que frecuentaba esa gente. Lo que quería decir que lo más probable era que acabara yendo a trabajar a Plymouth. Y eso también quería decir que iba a necesitar un coche, aunque no tenía muy claro cómo conseguirlo, ya que no podía acceder al

crédito ni usar su tarjeta. También estaba la opción de usar el autobús todos los días, lo que implicaría un trayecto de noventa minutos después de pasearse por todos los pueblos, y no siempre podría sincronizar el horario con las mareas. Kerensa tenía razón. Se había pasado de cabezota.

Claro que se suponía que debía tomarse las cosas con calma, pensó mientras acariciaba a *Neil* y esperaba que la nueva hornada de pan terminara de hacerse, con su maravilloso olor perfumando todo el edificio y haciendo que algún que otro peatón que pasaba cerca se detuviera a olisquear el aire. Se suponía que iba a reflexionar sobre su situación, no a zambullirse de cabeza en la vida una vez más. La ironía que implicaba el intentar obligarse a relajarse le arrancó una sonrisa.

En fin. Paso a paso. Y ese día iba a dar un paseo para conocer los alrededores.

—No puedes venir —dijo a *Neil* con paciencia mientras lo dejaba en el suelo—. Es una ridiculez que te lleve a todas partes.

*Neil* se acercó a ella cojeando y se le subió a la mano de un salto.

—¡Anda! —exclamó Polly, encantada de verdad—. ¡Hala! ¡Pero mírate! —Era evidente que el animal quería que le siguiera acariciando las plumas y ella estaba encantada de complacerlo—. Se ve que estás mejorando, amiguito.

Al escucharla, *Neil* dejó una caca blanca en el suelo.

—Ay, Dios —dijo Polly—. Tampoco estoy segura de dejarte aquí solo.

Limpio el suelo y miró el animal con atención. *Neil* ladeó la cabeza y la miró con sus ojillos brillantes, y cuando ella entró en el cuarto de baño, la siguió hasta la puerta.

—Vaya por Dios, eres un frailecillo faldero —dijo, exasperada—. Mira, sé que eres pequeño, que te has perdido y que quieres estar con tu mamá, pero yo no soy tu mamá, ¿vale? —Se agachó—. Solo estoy de paso. Pronto me iré de Mount Polbearne y tú te irás volando y tu cerebritito de frailecillo nunca volverá a acordarse de mí, ¿vale?

*Neil* ladeó la cabeza.

—Vale, vale, tú ganas. Pero solo por esta vez.

Cogió unas cuantas servilletas de papel y las colocó en el fondo de su mochila antes de meterlo dentro.

—No digas a nadie que estás ahí dentro, ¿vale? —le pidió—. Ya hay una persona en el pueblo que parece odiarme sin motivo. No necesito que los demás me tomen por una loca de los frailecillos.

*Neil* graznó.

Polly sacó el pan del horno, lo aderezó con el poco aceite de oliva que le quedaba y con la sal en escamas, y dejó que se desinflara un poco para que tuviera un aspecto más parecido al de la focaccia. Se preguntó si podría encontrar romero en el pueblo, pero después desechó la idea porque: a) era ridícula y b) se pasaba un poco de su presupuesto. Envolvió el pan en un paño de cocina para mantenerlo caliente y después lo metió en una bolsa de plástico para evitar que *Neil* lo picoteara, además de

preparar otro sándwich con el pan del día anterior por si las moscas. También se llevó una botella de agua del grifo que había metido en el frigorífico y un par de manzanas de la zona que había comprado el día anterior.

La carretera era bien visible esa mañana, ya que la marea estaba baja. Mientras Polly la recorría, se preguntó cómo se sintieron los lugareños, que en otro tiempo formaron parte de tierra firme, al ver que el mar comenzaba a reclamar el camino que usaban para salir del pueblo y al darse por vencidos pese a construir la carretera cada vez más alta.

Mientras se internaba en el campo, lejos de la costa, cayó en la cuenta de que hacía mucho tiempo que no paseaba por mero placer. En su época más solvente, recorría las calles de Plymouth e incluso se apuntó a un gimnasio, pero nunca había sido de las personas que paseaban... sin más.

Pero allí fuera, con el almuerzo en la mochila (junto con un frailecillo parlanchín), paseando por estrechos senderos campestres sin rumbo fijo, se sentía... no demasiado mal. Ni mucho menos. Era consciente de la curiosa sensación que se había asentado en sus omóplatos, pero al final la reconoció por lo que era: una ausencia. La ausencia de la pesadez, de la tirantez. Deberían promocionar los paseos como alternativa a los masajes, pensó.

El sol se esforzó al máximo por abrirse paso en el cielo mientras ella recorría los prados verdes, en los que vio alguna que otra vaca de aspecto amigable y algún que otro tractor de aspecto desagradable. Al llegar a un rinconcillo especialmente soleado, descubrió, para su asombro, unas matas de romero. Recogió un poco sin pensárselo. Aunque seguramente estuviera contaminado por los humos del diésel, desde luego que le serviría. Estiró las piernas y enderezó la espalda mientras aspiraba los aromas del campo (solo los agradables, porque algunos eran espantosos) y cuando pasaba junto a alguna casita, consiguió controlarse para no ponerse a cantar a pleno pulmón *A happy wanderer* y a proclamar a los cuatro vientos lo mucho que le gustaba pasear por el monte.

Pensó en Chris y se preguntó qué estaría haciendo en ese momento. Si seguía en casa de su madre, estaría enfurruñado y de un humor de perros; esa era su actitud, el niño bonito que se había torcido un poco. Le habría gustado ese sitio, pensó. Claro que, ¿cómo podía estar segura de qué le habría gustado? Ya no lo conocía. Chris había rechazado de plano cualquier cosa que le había propuesto en los últimos dos años. La idea de dar un paseo saludable por la campiña habría recibido su desdén; lo único que le gustaba hacer cuando no estaba trabajando como un poseso era correr y beber muy deprisa con un único objetivo en la cabeza: emborracharse lo antes posible, momento en el que empezaba a lloriquear por su situación y a repetirse, por lo que necesitaba que lo consolaran y le dijeran que todo iba a salir bien. Después, se quedaba dormido allí donde estuviera y se levantaba al día siguiente de peor humor

que antes. Por su parte, Kerensa no era de las personas a las que les gustaba pasear por el campo. Claro que Polly tampoco se había considerado como tal.

Pero, en ese instante, con el sol calentándole la espalda, inspiró hondo e intentó que su mente se concentrara en el futuro en vez de en el pasado. Sí, el futuro era un lugar aterrador, pero ¿cuándo no lo era?

Con esos pensamientos contradictorios, y mientras deseaba haberse llevado su viejo iPod (la cancioncilla popular campestre de *A happy wanderer* comenzaba a irritarla), se dispuso a sentarse para almorzar, y en ese momento reparó en un cartel.

#### SE VENDE MIEL DE FLORES RECIÉN HECHA

Una guirnalda de margaritas rodeaba el cartel de madera. «Oh», pensó. Debía de ser el estadounidense raro del que le habían hablado los pescadores. A lo mejor debería presentarse como la otra forastera que acababa de llegar al pueblo. Saltaba a la vista que no había demasiados y tal vez la ayudara la próxima vez que Gillian Manse apareciera con ganas de morder. De repente, cayó en la cuenta de que la señora Manse tendría una llave del piso, y la idea le provocó un escalofrío. Así que... mejor buscar refuerzos.

En circunstancias normales, habría evitado a toda costa acercarse a un desconocido para saludarlo sin venir a cuento; ya había pasado mucho tiempo intentando crear una red de contactos para la empresa aunque detestaba esa tarea. Sin embargo, en Plymouth conocía a un montón de personas, lo que dificultó mucho las cosas cuando se fue. Allí, en cambio, nadie estaba al tanto, ni a nadie le interesaba demasiado, su situación. Y tal vez él necesitara a alguien que publicitara su miel.

Miró el cartel de nuevo. De acuerdo, parecía muy improbable. Pero aun así...

Echó a andar por el camino de tierra lleno de baches. Las copas de los árboles se tocaban, de modo que estaba bastante oscuro y reinaba un extraño silencio. Escuchaba cómo los zapatos se pegaban al suelo embarrado.

—Esto no me gusta —dijo después de caminar unos veinte minutos sin ver nada más que los árboles y los campos, que se extendían en todas las direcciones. Sin embargo, no le apetecía volver sobre sus pasos a través del fango. Acababa de detenerse, sedienta y sudorosa, sin saber muy bien si seguir adelante, cuando vio a lo lejos una delgada columna de humo. ¿Sería eso? Echó a andar en esa dirección—. Si no está en casa, me voy a cabrear —dijo con voz malhumorada a *Neil*—. Tampoco estoy tan desesperada por un poco de miel.

Sin embargo, estaba intrigada. Quería probar una receta de pan de miel, y, cuantos más ingredientes locales y naturales consiguiera, sospechaba que mejor le saldría.

De repente, los árboles empezaron a clarear y Polly jadeó. Se encontraba en un claro, delante de una casita con un tejado a dos aguas que parecía sacada de un cuento de hadas. El humo salía de la chimenea de piedra y las paredes eran de pizarra gris, al igual que el sendero que surcaba un jardín encantado y que llevaba hasta la puerta

delantera pintada de blanco. Las ventanas eran pequeñas y tenían contraventanas, y unos rosales trepadores subían por las paredes sin ton ni son.

—¡Oh! —exclamó Polly sin poder contenerse. Era una preciosidad—. Ojalá que no haya una bruja dentro —susurró a *Neil*—. Estoy segurísima de que no la hay... ¿Hola? —dijo con voz titubeante. No había indicios de vida en el interior, pero con el humo... No podía tratarse de un hombre, tenía que ser una anciana, de pelo canoso, vestido largo y un voraz apetito por huesos de niños... Polly se ordenó dejar de pensar en tonterías y tocar el timbre.

No había campanilla, pero sí un llamador con forma de abeja, así que al menos sabía que había llegado al lugar indicado. Golpeó la puerta con el llamador, y el ruido le pareció muy fuerte en mitad del suave murmullo del claro del bosque. Se apartó de la puerta para no asustar a quienquiera que fuese a abrir.

Pero nadie lo hizo.

—¿Hola? —repitió Polly, pero más fuerte—. ¿HOLA?

No le apetecía dar media vuelta y volver por donde había llegado. De hecho, pensó mientras bebía un poco de agua, tenía mucha hambre. Otro paseo de media hora por un sendero tan aburrido sería demasiado; tal vez hubiera una forma de volver al pueblo a través del bosque.

—¿HOLA?

El camino de pizarra rodeaba la casita por la derecha, de modo que lo siguió hasta llegar a la parte trasera.

Allí la recibió un paisaje espectacular. El jardín se abría a la inmensidad en la parte trasera; era un prado verde muy extenso, salpicado de fragantes florecillas silvestres, y conducía hasta el pie de una colina, donde un arroyo fluía desde el bosque. A ambos lados del arroyo vio lo que a simple vista parecían pequeños cohetes achatados a la espera de ser disparados. Al observarlos con más atención, por supuesto, resultaron ser colmenas. Se escuchaba un zumbido, de modo que retrocedió un paso de forma instintiva y después otro más cuando uno de los cohetes se movió y se dio cuenta de que lo que ella había tomado por otra colmena era, en realidad, una persona ataviada con un traje de astronauta... o, mejor dicho, con un traje de apicultor. Tenía que relajarse un poco y no ser tan asustadiza.

Estaba a punto de dar media vuelta, ya que había sobrepasado su límite aventurero, cuando la persona se enderezó y la saludó con un gesto de la mano. Así que la había visto... Polly suspiró y le devolvió el saludo a regañadientes, consciente de su nerviosismo. Menuda tontería. Por supuesto que era normal estar nerviosa al conocer gente nueva, pero ella no era la que se había aislado en el campo para hablar a los insectos, ¿verdad? Además, solo quería comprar un tarro de miel; tampoco iba a quedarse mucho tiempo ni era algo tan sorprendente.

El hombre (tenía que ser un hombre a juzgar por su altura y sus larguísimas piernas) saltó el arroyo con pericia y se acercó a ella a grandes zancadas.

—Wffgargh —dijo él al tiempo que le tendía una mano envuelta en un enorme

guante blanco.

—Esto... —replicó ella—, ¿no te sueles quitar antes el sombrero?

El enorme sombrero blanco le cubría toda la cabeza, salvo los ojos, que llevaba ocultos por una tupida red. Parecía un cruce entre un astronauta y una novia muy tímida.

El hombre se sacudió el cuerpo deprisa e hizo lo propio con los brazos, y Polly lo imitó de forma instintiva, tras lo cual se quitó el casco con gesto de disculpa.

—Sí —dijo él despacio—. Sí, se me ha olvidado. Lo hago al revés. No recibo muchas visitas.

En ese momento, él miraba la mano enguantada con expresión lastimera, como si no supiera si tendérsela de nuevo.

Polly lo miró a la cara. Se sorprendió mucho, ya que esperaba encontrar a un jubilado, de unos sesenta y tantos años, que había decidido dar un giro radical a su vida después de leer un artículo en una de esas revistas de los aviones, pero que se estaba arrepintiendo a marchas forzadas.

Desde luego, el que había imaginado no era el hombre que tenía delante. Ese hombre era joven, alto y de complexión fuerte, con una melena rubia que llevaba apartada de los ojos. De hecho, parecía un poco peligroso.

—¿Te parece que empecemos de cero? —sugirió Polly al tiempo que le tendía la mano con gesto formal—. Hola, me llamo Polly.

—Huck.

—¿Perdona? —preguntó Polly.

—Huck.

—Ah, que te llamas así. —Polly se puso colorada. Creía que se había atragantado o algo.

—Bueno, mi madre me llama Huckle.

—¿¡Huckle!?

El hombre hablaba muy despacio, arrastrando las palabras. Polly ya sabía que era estadounidense, pero, al escucharlo hablar, se dio cuenta de que era del Sur. Quería escucharlo un poco más.

—Lo que más me gusta de los ingleses —dijo él, alargando las palabras y los sonidos— es que todo el mundo es muy amable y simpático en todo momento.

—Lo siento —se disculpó Polly, al tiempo que se llevaba una mano a la boca—. Es que me has sorprendido un poco, nada más. Nunca había escuchado ese nombre.

—Sin ánimo de ofender, señora, usted es la que tiene nombre de loro.

—Ah, me gusta que me digan «señora». Hace que me sienta como la reina.

Huckle esbozó una lenta sonrisa. Tenía una dentadura increíble. Polly se preguntó si en Estados Unidos había una especie de fábrica dental que cambiaba los dientes cuando cumplían los trece años, de la misma manera que los alumnos de la clase de su madre se habían quitado las amígdalas al mismo tiempo.

—En fin, señora, ¿en qué puedo ayudarla?

—Tutéame, por favor... En cuanto a lo que quiero, pues comprar miel, claro —contestó Polly—. Pero, antes, ¿te importaría darme un poco de agua? Tengo muchísimo calor.

El sol estaba muy alto en el cielo y el día era más caluroso de lo que había esperado. Normalmente, habría estado encantada, porque había sido un invierno espantoso, pero en ese momento era muy consciente de que estaba colorada y de que el sudor le corría por la nuca.

—Ah, pues claro. ¿Agua? Tengo té helado si te apetece.

—No sé qué es —contestó Polly—, pero puedo probarlo. ¿Es té enfriado? Porque yo lo hago y no queda muy bien. —Se dio cuenta de que estaba parlotando sin ton ni son. Era evidente que llevaba demasiado tiempo sin hablar con otro ser humano.

—No sabría decirte. Siéntate aquí un rato.

Le indicó una mesa de hierro forjado con sillas a juego en mitad de una nube de margaritas. Había cojines de rayas en las sillas y tenían un aspecto muy cómodo. Polly se sentó, agradecida, mientras Huckle entraba en la casa.

Polly echó un vistazo a su alrededor. Era el jardín más bonito que había visto en la vida. El zumbido que flotaba en el aire acentuaba el calor del sol que sentía en la cara, por lo que, antes de que se diera cuenta y con dos noches de insomnio, meses de preocupaciones y una larga caminata, cerró los ojos, por un instante. Un segundo de nada...

—¡Hola!

Polly dio un respingo, sin saber muy bien dónde se encontraba. Vio al rubio alto muy cerca y parpadeó. Se había quitado el traje de apicultor y llevaba unos Levis muy normales y una camisa de cuadros roja.

—Ay, Dios, ¿me he dormido?

—Eso espero. Porque o te has dormido o has caído en coma.

Polly se frotó los ojos, con la esperanza de no haber babeado con la boca abierta mientras dormía.

—¿Cuánto tiempo...?

—En fin, es martes —dijo Huckle, y Polly tardó un momento en darse cuenta de que bromeaba.

—Toma —dijo él al tiempo que le ofrecía un vaso. Tenía cubitos de hielo y una ramita de menta. Polly dio un buen trago.

—Ah, está buenísimo —repuso—. ¿Esto es té helado?

—Precisamente —contestó él—. No tan bueno como el de casa, pero...

Se sentó en el otro asiento. Polly recordó que estaba muerta de hambre. Se lo pensó un segundo antes de decidirse.

—Esto... —comenzó—, ¿te apetece compartir mi almuerzo?

—¿Eso es porque ya hemos dormido juntos? —preguntó Huckle, con el mismo deje, muy serio.

—¡Ja! —exclamó Polly. Comprendió que no se esperaba que los estadounidenses



fueran sarcásticos. Los que conocía solían decir lo que estaban haciendo y por qué. Extendió el brazo para coger la mochila. Al abrirla, *Neil* salió, protestando.

—Hola, cariño —dijo—. Lo siento, no debería haberte dejado ahí dentro.

El frailecillo pasó de ella mientras picoteaba la bolsa de plástico que contenía su almuerzo.

—Oye, no —protestó Polly—. Por eso lo metí en una bolsa de plástico. —Levantó la vista. Huckle la miraba con una expresión guasona—. ¿Qué? ¿Te parece raro?

—Esto... se supone que tengo que decir que no, ¿verdad?

—Sí, lo siento. Supongo que parece un pelín raro.

—¿Es un frailecillo mágico? ¿Sabe hablar?

—No, es uno normal y corriente —contestó Polly.

—Oh. Vaya chasco.

—Me gusta tal y como es —dijo Polly con sequedad.

Huckle sonrió de nuevo.

—¿Siempre llevas un pájaro en la mochila? ¿Es una de esas... «cosas»?

—No —respondió Polly, que cogió a *Neil* y le mostró el ala vendada—. Estamos esperando a que se cure.

—¿En una mochila?

—Le gusta la compañía.

Huck asintió con la cabeza y miró a su alrededor.

—Bueno, pues aquí estoy, sin hacer nada... y sin almuerzo —dijo.

Polly frunció el ceño y desenvolvió la comida.

—Sabes que es un sándwich al estilo británico, no al estadounidense, ¿no?

Había estado una vez en Nueva York, con Chris. Hacía mucho tiempo. La cantidad y la calidad de la comida los había maravillado a los dos.

—¿Te refieres a que podré metérmelo en la boca sin problemas?

—Tienes una boca muy grande —replicó Polly—. Lo siento, eso no ha sonado muy bien. Bueno, aquí tienes.

Le lanzó el paquete. Él se quedó con uno de los sándwiches hechos con gruesas rebanadas de pan y le devolvió la bolsa.

—Pues permíteme decirte que de pequeño tiene bien poco —comentó él antes de darle un mordisco.

Polly hizo lo propio. Se llevó una sorpresa al comprobar lo agradable que era estar sentada en un bonito jardín, bebiendo té helado y comiéndose un sándwich con un gigante muy raro. Si su objetivo en la vida era probar cosas nuevas, pensó, desde luego que ese día iba viento en popa.

—¡Madre mía! —exclamó él al cabo de unos segundos—. Está buenísimo. ¿De dónde has sacado el pan? El único que encuentro por aquí está asqueroso, parece plástico.

—Lo he hecho yo —contestó Polly, complacida—. A decir verdad —dijo al

acordarse—, tengo algo mejor que el sándwich. Prueba la focaccia, la he hecho esta mañana.

Desenvolvió el otro paquete y quitó unas migajas para *Neil*.

—¡Ah, un momento! —Se llevó la mano al bolsillo para sacar el romero que había recogido—. ¿Tienes tijeras?

—Es la peor venta de miel que he hecho en la vida —repuso Huckle, que se levantó con una sonrisa. Volvió con unas tijeras dentadas, con las que Polly cortó los tallitos sobre el pan salado. Olía de maravilla y el sabor era todavía mejor. Huckle devoró su mitad en dos segundos.

—Tienes una mano increíble para esto —dijo él, que miraba con anhelo la parte de Polly.

—Cómetela si quieres —ofreció—, pero dale un poco a *Neil*.

—Lo digo en serio. ¿Te dedicas a esto de forma profesional?

Polly soltó una carcajada seca.

—No, no, ahora mismo no tengo trabajo. —Cambió de tema—. Bueno, ¿qué me dices de tu miel?

—Ah, sí, espera que te traigo un poco. Una pena que no vaya bien con la focaccia.

—Seguro que puedo preparar algo que combine con la miel —le aseguró Polly, que deseó que no tomara sus palabras como un flirteo.

—Seguro que sí —replicó Huckle con el mismo tono juguetón, de modo que a todas luces había fracasado en su intento.

Huckle sacó un tarro de miel de un cobertizo que había junto a la pared y un palito de madera con una bolita llena de surcos en uno de los extremos. El tarro estaba pintado con una casita y las letras «Miel de Huckle» escritas.

—¿Quieres probarla? —preguntó él, y le ofreció el palito de madera.

Como Polly no sabía muy bien qué hacer, Huckle cogió el palito y le enseñó cómo recoger la miel en los surcos de la madera para poder sacarla del tarro.

—Esta es de flores de manzano. Verás, tienes distintos tipos de flores para conseguir distintos tipos de miel. Yo estoy experimentando un poco, así que voy cambiando las colmenas de sitio.

Polly lamió la miel del palito. Estaba para morirse. Tenía una densidad maravillosa y un sabor que no había probado antes; no tan dulce como la comercial, pero más suave y mucho más satisfactoria.

—¡Madre mía! —exclamó—. Es increíble.

—¿A que sí? —Su cara se animó—. Espera, voy a traerte la miel de azahar.

Estaba igual de buena: ligera y afrutada, con un tono dorado purísimo.

—Hay una cosa que no entiendo —comentó Polly—. ¿Estás tratando de hacer un máster en apicultura o de repente te subiste un día al caballo, como un auténtico vaquero, y te plantaste aquí en plan: «Preciosa, he venido a hacerte miel»? —preguntó ella, imitando su acento en lo posible.

Huckle se echó a reír.

—No, no es exactamente así —respondió—. ¿Eres de por aquí?

—Pues no —contestó Polly—. Soy de Plymouth.

—¡Pero si solo está a sesenta kilómetros! —exclamó Huckle—. Créeme, en mi tierra eso es ser de por aquí.

—En fin, pues en la mía es como si fuera de otro mundo —le aseguró ella.

—Claro, claro —dijo él—. En fin, el caso es que esta es la casa del antiguo apicultor. Llevan haciendo miel por estos lares como doscientos años. Así que sabían qué flores plantar y dónde poner las cosas y demás. Todo estaba muy abandonado cuando lo encontré.

—Pero ¿qué te ha traído aquí? —quiso saber Polly. Parecía muy descabellado.

Huckle se miró el reloj.

—Eso es una historia muy larga.

Polly esperó a que empezara a contársela, pero, cuando se dio cuenta de que no tenía la menor intención de hacerlo, se puso colorada y se levantó de un salto. Se había metido en la propiedad de ese hombre sin permiso, se había quedado dormida en su jardín y, en ese momento, estaba claro que estorbaba.

—Lo siento, de verdad que lo siento —se disculpó—. No quería meter las narices donde no me llaman.

—Tranquila —replicó él, pero se puso en pie—. Ha sido un placer conocerte. Y conocer a *Neil*.

El frailecillo se había hecho caca sobre las margaritas e intentaba comerse unas cuantas.

—Lo siento —dijo Polly—. La verdad es que solo es un bebé.

Huckle sonrió.

—Por raro que parezca, hace que eche de menos a mi perro.

—¡Ja! —exclamó Polly—. Tienes pinta de ser un hombre con perro.

—¿Qué pasa? ¿Voy soltando pelo o algo?

—No, es que...

Iba a preguntarle qué le había pasado al perro, pero él ya había dejado claro que no quería seguir hablando, así que no iba a insistir.

—Será mejor que me vaya.

Huckle la acompañó hasta la cerca con tres tarros de miel, que se negó a cobrarle a cambio de la promesa de que le prepararía más pan.

—Si vienes a Mount Polbearne, vivo en la casa que hay junto al puerto, justo encima de la antigua panadería —dijo con timidez.

—¿En ese sitio? —Parecía espantado—. Creía que estaba condenado al derribo.

—No —contestó Polly—. Me han condenado a mí a vivir en él, ya está. —Intentó que sonara a broma, pero se le quebró un poco la voz.

Huckle la miró en silencio un rato.

—En fin, diría que una panadería es el mejor lugar para ti —comentó él—. Pero

la otra parte... ¡uf!

—Lo sé —dijo Polly—. Ya me ha echado el mal de ojo.

—Hay que tener mucho cuidado con los males de ojo —dijo Huckle.

—Ya lo creo —convino ella.

Polly estuvo pensando en ese hombre tan extraño de vuelta a casa. Con razón los pescadores habían dicho que era raro. Porque era muy raro. ¿Quién vivía en mitad de la nada? ¿Cómo podía permitirse comer si regalaba tarros de miel tan a la ligera? ¿Por qué había sido tan amable y después había querido que se fuera enseguida nada más empezar a hacerle preguntas personales? Una idea espeluznante se abrió paso en la cabeza. A lo mejor creía que le estaba tirando los tejos. Al fin y al cabo, no era mucho mayor que ella. Ay, Dios, ojalá que no hubiera pensado eso.

Sintió que se ponía colorada, y no por culpa del sol. Sí, tenía buen aspecto, pero la simple idea... Además, habían pasado años desde la última vez que tonteo con alguien, salvo con el administrador de la propiedad, para que colgara el teléfono. Chris y ella habían estado juntos mucho tiempo y ni siquiera lo habían dejado formalmente, se dijo. Tendría que dejárselo claro al estadounidense a la menor oportunidad que se le presentara. Pensó en la mejor manera de decírselo sin empeorar la situación, pero no se le ocurrió nada. Recorrió el camino de vuelta a casa, deteniéndose a cortar un poco más de romero, y entró en el alegre ultramarinos que vendía de todo para comprar más harina panadera. La mujer que la atendió, muy alegre, pareció preocuparse al ver que Polly volvía a su tienda y que compraba exactamente lo mismo.

—Es la única que nos queda —explicó la mujer—. Se me ha agotado. —Hizo una pausa—. ¿Preparas... preparas mucho pan?

Polly reprimió el impulso de poner los ojos en blanco.

—¿Por qué? ¿Es peligroso?

La mujer intentó sonreír, pero la expresión no le llegó a los ojos.

—Es que... tenemos un obrador...

—Ya me he enterado —dijo Polly, que, llevada por un impulso rebelde, añadió—: No me gusta el pan que tienen, es espantoso.

La mujer echó un vistazo a su alrededor, como si los malévolos tentáculos de Gillian Manse estuvieran por todas partes.

—Ah —dijo—. Es que no quiero incomodar a nadie.

—Me incomodarás a mí si dejas de tener harina panadera —replicó Polly.

La mujer esbozó una sonrisa desvaída.

—Viene en un lote con más mercancía. No... Se supone que no tengo que pedirla, pero es para los turistas... claro que ahora mismo no vienen muchos que digamos. A ver, nadie en el pueblo hornearía pan...

Polly no quería granjearse enemigos, sobre todo teniendo en cuenta que acababa

de llegar y que no conocía ni a un alma en la zona.

—¿Qué te parece si rellenas el hueco con otro tipo de harina? —sugirió—. Así no te darás cuenta de que no queda.

—¿Qué...? —La mujer estaba muy indecisa—. ¿Qué clase de pan preparas?

Polly abrió la mochila sin molestar a *Neil*. Quedaba un poquito de focaccia, aún húmeda gracias al paño de cocina, que Huckle no se había zampado.

—Toma —dijo al tiempo que se la daba a la mujer, que miró la puerta con expresión temerosa antes de comer a trocitos pequeños.

—¡Ay, madre del amor hermoso! —exclamó la mujer—. Es increíble. Está buenísimo. ¡Por Dios, cómo echo de menos el pan!

Polly miró a su alrededor. Ciertamente, el ultramarinos no contaba con los panecillos y los rollitos más habituales.

—No... no...

—En este pueblo nadie se enfrenta a Gillian Manse —explicó la mujer, que recuperó la expresión temerosa—. No merece la pena.

—¿Por qué todo el mundo le tiene miedo? —quiso saber Polly.

La mujer se puso muy colorada y empezó a reorganizar los tubitos de caramelos.

—Me llamo Muriel, por cierto —dijo sin apenas abrir la boca.

—Encantada de conocerte, Muriel. Me llamo Polly.

Muriel se volvió para mirarla a la cara.

—Ah, es que... lo ha pasado muy mal. Y cuesta mucho mantener un negocio a flote aquí, sobre todo en invierno.

Polly se dio cuenta de que la mujer sería más o menos de su misma edad, pero que parecía muy cansada.

—Quiere que todos permanezcamos juntos. El problema es que...

—Su pan es espantoso.

—La mayoría se acaba acostumbrando —dijo Muriel—. Pero... —Miró con tristeza el paño de cocina de Polly.

—Muy bien, vamos a hacer una cosa —replicó—. Tú me consigues harina panadera para que te la pueda comprar y yo te daré unas cuantas hogazas de pan. —Por ridículo que pareciera, miró hacia la cámara de seguridad del techo. Muriel miró hacia la puerta de nuevo. Las dos parecían estar conspirando para llevar a cabo un crimen.

—Trato hecho. —Accedió Muriel en voz baja. Se miró el reloj—. Esta hora es muy buena. Después del almuerzo, pero antes de que salgan los niños del colegio.

—Entendido —dijo Polly—. Digamos que una hogaza a la semana.

Muriel deslizó la harina panadera hacia ella.

—Toma. A cuenta.

—Puede que necesite algo más fuerte —le advirtió Polly—. Harina de fuerza especial.

—Ya veremos qué hacemos cuando lleguemos a ese punto —replicó Muriel por

lo bajo.

Polly envolvió bien la harina en una bolsa de plástico y la metió en su mochila, junto a un *Neil* que no dejaba de protestar. Después, tras acordarse de coger más leche, salió de nuevo a la calle adoquinada sin hacer ruido.

Eso habría sido todo, se repetía Polly después. Eso habría sido todo, nada más que eso. Habría pasado sus doce semanas en Mount Polbearne, habría devuelto las llaves, se habría despedido de los barcos pesqueros y habría vuelto a Plymouth con unas cuantas anécdotas, un montón de recetas de pan y una gran dosis de relajación y descanso (estaba durmiendo mejor que en muchos años). Eso habría sido todo, de no ser porque se encontró en una situación increíblemente tensa.

Antes de irse, se había inscrito en una agencia de trabajo temporal en Plymouth, pero, cada vez que llamaba por teléfono, en la agencia contestaban con evasivas y le sugerían que fuera a verlos en persona. Ya había estado allí y sabía que estaba llena de flamantes universitarios y licenciados, todos con un dominio absoluto de la informática (mientras que ella apenas era capaz de abrir una hoja de cálculo), por lo que sabía que no tenía la menor oportunidad. Había dicho que aceptaría cualquier cosa, pero la mujer le habló de un trabajo sin horas establecidas, en el que debía estar siempre de guardia, trabajara o no, y Polly se había quedado espantada. No. Era una profesional. Encontraría un trabajo profesional.

Eso fue en aquel momento. En el actual, a medida que pasaban las semanas, le horrorizó comprobar que a lo largo de los años que llevaba fuera del sistema de búsqueda de empleo, todo había cambiado. Todo se hacía a través de Internet, para empezar; ya no se entregaban los currículos impresos ni se enviaban por correo. El protocolo también había cambiado, de modo que no recibió respuesta de ninguna de las empresas en las que había solicitado trabajo. Llamó a una de las empresas, pero se encontró con un buzón de voz tan lleno que ni siquiera le permitió dejar un mensaje.

Al principio, creyó que se trataba de mala suerte; al fin y al cabo, había actualizado su currículum y tenía buena pinta, parecía profesional y demostraba que había alcanzado... En fin, últimamente no había alcanzado demasiado, pero había trabajado mucho. Kerensa ya se lo había advertido.

—No digas que dirigías tu propio negocio —le insistió—. Creerán que no quieres trabajar con ellos, que serás una bala perdida.

—A mí me gusta —dijo Polly—. Me gusta la idea de ser un poco bala perdida. Siempre he sido demasiado seria, ese es mi problema.

—Mmm —murmuró Kerensa, a quien le preocupaba más encontrar un trabajo a Polly que encontrarle un novio o un piso nuevos. La competencia era feroz en el mundo real—. En fin, cuando quieras que dé un repaso a tu currículum, dímelo. Ya de paso, me quitaría un par de años de encima.

—¿Mentir descaradamente? —preguntó Polly—. ¿Crees que debería mentir en mi currículum?

—A ver, tienes que mirarlo de esta manera —le aconsejó Kerensa—: todo el

mundo miente, así que, si tú no lo haces, estás demostrando una ingenuidad espantosa acerca del funcionamiento de las cosas. La gente hace ajustes porque se esperan las mentiras, así que, si tú no mientes, rebajarán tus habilidades desde el punto original, y eso es terrible. Es como cuando tu médico asume que mientes en la cantidad de alcohol que consumes.

Polly la miró con cara de pocos amigos.

—Solo te cuento las cosas como son en el mundo real —aseguró Kerensa.

—¡Pues no quiero estar en el mundo real! —protestó Polly con un gemido—. ¡Quiero quedarme en mi bonito apartamento, dirigiendo una bonita empresa y soñando con el momento en el que Chris y yo seremos ricos, y soñando con salir en *Tu oportunidad* o ayudando a Alan Sugar en *El aprendiz!*

—No sueñas con eso y lo sabes —replicó Kerensa.

—Pues no —se apresuró a decir Polly.

De hecho, de un tiempo a esa parte no había soñado demasiado.

En ese momento, cada vez le resultaba más difícil desentenderse de la situación. Porque le costaba la misma vida estirar el dinero con el que contaba. Era evidente que estaba horneando, porque el olor llegaba hasta el puerto. Tarnie le había preguntado en un aparte si podría prepararles los sándwiches si entre todos los pesqueros hacían un fondo común y le daban un poco de dinero. Porque no les gustaban los de Gillian y no sabían preparárselos ellos mismos, al parecer porque los hombres no hacían esas cosas. Y, por supuesto, Muriel también se llevaba sus hogazas, y después, una noche, un hombre se acercó a hurtadillas cuando ella salía de la casa y le preguntó:

—Oiga, ¿es usted la dama del pan?

Sucedió a la luz de una farola y la pilló tan de sorpresa que dio un respingo.

—Bueno... ¿qué pasa si lo soy? —preguntó, inquieta.

—He pillado a Muriel con un poco. Soy Jim Baker, llevo la oficina de correos.

—Oh —dijo Polly. Se le ocurrió que así podría conseguir que le enviaran más moldes para pan. Sería de gran ayuda.

Y así fue cómo empezó su pequeño negocio, totalmente ilícito. Todas las noches preparaba cantidades ingentes de masa con diferentes combinaciones: pan blanco para los chicos, que no tenían espíritu aventurero; algunas con semillas de amapola; algunas con miel y pasas que, una vez tostadas las rebanadas y con una buena ración de mantequilla local, estaban buenísimas. Por la mañana, se escabullía para repartir el pan y aceptaba las pequeñas cantidades a modo de pago; unas pequeñas cantidades que necesitaba con desesperación. Y la preocupación por buscar un puesto de trabajo, o por lo que iba a suceder a continuación, empezó a desaparecer.

Cuatro semanas después, el sol salía cada vez más temprano por las mañanas y Polly



ya se había leído todo lo que tenía en su biblioteca, pero sabía que no podía posponerlo más. Sería muy doloroso, pero era cruel aferrarse a él. Había llegado el momento de quitar el vendaje a *Neil*.

Se había convertido en una parte importantísima de su vida, dando saltitos alegres de un lado para otro, picoteando las migajas y chapoteando en el fregadero. Polly sabía que le habían dicho que no se encariñara demasiado, pero no podía evitar sentir que era un pajarillo feliz. Graznaba encantado cuando la veía aparecer, dejaba que le acariciase las plumas y que le rascara detrás de las orejas y se sentaba tan contento en su rodilla cuando por fin encendía el portátil para ver alguna película. Había retrasado todo lo posible la visita al veterinario, pero no podía hacerlo eternamente. Era un bebé. Necesitaba estar con los suyos, aunque le iba a doler muchísimo.

Intentó quitarle el vendaje ella misma, pero el frailecillo gritó y se alejó de ella, así que supuso que no podía hacerlo sola. De modo que le pidió cita a Patrick, que la había visto por el pueblo cargando con una mochila que se movía de forma sospechosa. También él se había enterado de los rumores acerca de su pericia panadera y de los deliciosos olores que flotaban junto al puerto, pero como tenía que vivir en el pueblo como todos los demás, tampoco sacó el tema abiertamente.

A Patrick se le cayó el alma a los pies cuando los vio entrar en su consulta, con *Neil* subido alegremente al hombro de Polly.

—¿No te dije precisamente que no podías hacer esto? —le preguntó con voz gruñona mientras se acariciaba la calva, algo que siempre hacía cuando estaba molesto.

—Bueno... más o menos —repuso Polly. No había ni el asomo de una sonrisa ese día, parecía muy triste.

—Seguro que también le has puesto nombre.

—Bueno... —dijo Polly.

Patrick extendió las manos hacia el pájaro. *Neil* ladeó la cabeza y se acercó más a la oreja de Polly.

—Vamos, chico —dijo Patrick—. Vamos, ven conmigo.

Al final, Polly tuvo que sujetar a *Neil* mientras Patrick cortaba con pericia el vendaje. Al principio, *Neil* no sabía muy bien qué hacer y se picoteó las plumas, como si las viera por primera vez. Después, probó a mover el ala. Patrick palpó los diminutos huesos.

—En fin, parece que se ha recuperado bien. Buen trabajo. También tiene muy buen aspecto, ojos brillantes y plumas relucientes.

Polly sonrió, orgullosa.

—Ahora solo tienes que arrojarlo por una ventana.

Patrick se arrepintió de esas palabras.

—No pienso arrojarlo por una ventana —protestó Polly. No soportaba la idea de dejar a *Neil* a la intemperie, con el frío que hacía y la lluvia que estaba cayendo. El tiempo había vuelto a cambiar. También había descubierto que si la previsión

meteorológica daba una temperatura para tierra firme, ella tenía que restarle unos cinco grados para Mount Polbearne.

—Es su vida —le explicó Patrick—. Los frailecillos son aves gregarias. Necesita estar con los suyos, es para lo que están programados. Es cruel separarlo de ellos. Es como mantener un tigre en un zoo.

Polly asintió con la cabeza.

—Lo entiendo, lo sé.

Patrick suavizó sus palabras.

—Anda, ven. Vamos a dejar que se vaya por mi ventana, ¿vale? Está en un bajo, así que, aunque no consiga volar, no caerá desde una gran altura.

Era cierto: gracias a la pronunciada inclinación de la calle, apenas había medio metro entre el alféizar de la ventana del despacho de Patrick y los adoquines. Unos cuantos peatones se detuvieron para ver a la mujer y al hombre con el pajarillo.

—Muy bien, allá vamos, chiquitín —dijo Patrick con voz tierna, pero firme.

—No puedo mirar —repuso Polly, que se tapó los ojos.

*Neil* se acercó al borde del antiguo alféizar de piedra y echó un vistazo con tiento. Se picoteó las plumas de nuevo. Polly se preguntó si le picaban. De repente, un halo de luz iluminó los adoquines de la calle. *Neil* dio saltitos hasta el borde y miró qué había al otro lado; después, miró a Polly, como si buscara su aprobación.

—Vamos —lo animó—. Vamos, chiquitín.

*Neil* comenzó a dar saltitos, nervioso. Patrick le dio un empujoncito y Polly hizo una mueca.

—Vamos —dijo Patrick.

Tras una larga pausa, Patrick acabó por empujar a *Neil* para que cayera por el borde. Polly jadeó y se preparó para echarle un buen sermón, pero el pajarillo, después de quedarse suspendido en el aire unos segundos, preparado para caer al suelo como un dibujo animado, consiguió hacerse con el control y empezó a batir las alas como un loco, hasta acabar descendiendo despacio, moviéndose de un lado a otro.

—¡Sí! —exclamaron Patrick y Polly mientras el frailecillo miraba a su alrededor, como sorprendido por lo que había hecho. Le aplaudieron antes de que Polly dejara caer los brazos a los costados, entristecida.

—En fin —dijo ella—. Supongo que ya está.

—¿Sabes que hay una reserva de frailecillos en la costa norte? —le preguntó Patrick.

—Lo sé. En fin, allá vamos —repuso Polly, derrotada.

Patrick la miró con expresión astuta.

—Lo has hecho bien —le dijo.

—Lo sé —replicó Polly.

Miró a *Neil*, que intentaba en vano subir por la pared. Extendió el brazo y el frailecillo se le subió a la mano antes de comenzar a batir las alas para demostrarle lo

que era capaz de hacer.

—Sí, sí, eres muy listo —dijo con una sonrisa tristonaa—. Gracias, Doc. —Sacó el monedero.

—Bueno —dijo Patrick mientras se rascaba la cabeza—... me he enterado de...

—¿Mmm?

—Me he enterado de que tú... —Eché un vistazo a su alrededor—. ¿Es verdad que puedes conseguir pan?

—¡Por el amor de Dios! —exclamó ella—. Me estoy convirtiendo en una camello de los carbohidratos.

Patrick puso cara de circunstancias.

—Lo sé, es que...

—Te encanta el pan. En fin, por suerte...

Polly metió la mano en el bolso y sacó una tartera. Se dijo que nunca estaba de más ir bien preparado.

—Miel y semillas de lino. Te recomiendo que lo tuestes y te lo comas con mantequilla. También va muy bien con los huevos cocidos.

Patrick aspiró su aroma.

—Eso suena sensacional —dijo—. Gracias.

Al final, fue Huckle quien descubrió el pastel. Dejó, literalmente, tal como descubrieron después, un rastro de miguitas de pan hasta su puerta. Era un sábado por la mañana temprano. Polly acababa de comprobar la bandeja de correo, desesperada (no había nada ahí fuera) y estaba mirando los buscadores de empleo. Los dos trabajos que le interesaban y que encajaban con sus habilidades eran puestos de becario sin remuneración. Pero, dado que no podía mudarse a Plymouth y tampoco podía comprarse un coche con el que ir a la ciudad, ¿qué narices se suponía que podía hacer?

Tenía la vista clavada en el mar cuando escuchó que unos guijarros golpeaban las ventanas delanteras. Frunció el ceño. A veces, el mar salpicaba los cristales cuando había tormenta, pero era algo que no sucedía durante una mañana tranquila. Se asomó por la ventana. Allí abajo, con una sonrisa de oreja a oreja, estaba Huckle, con el pelo rubio reluciente por el sol. Por raro que sonara, parecía demasiado grande para el pequeño puerto; como un alienígena trasplantado de un país de gigantes a uno de enanos. Aunque no parecía afectarle en lo más mínimo.

—¡Oye! —exclamó él—. ¿Sabes qué día es?

Polly se atusó el pelo, que casi no se había peinado esa mañana, y se frotó los ojos.

—¿Tu día?

Él sonrió de nuevo, enseñando esa dentadura perfecta.

—Todos los días lo son. Pero... ¡también es sábado!

—Sí...

En esos momentos, ansiaba tener fines de semana. Era curioso, tantos lunes por la mañana que había despotricado por tener que salir de la cama para ir a trabajar y, en ese instante, daría lo que fuera por regresar a esos días. Ja, menuda idiotez contradictoria de vida.

Huck sacó dos tarros de miel que llevaba a la espalda.

—Los sábados por la mañana, comes bagels. Todo el mundo lo sabe.

—¿Has traído bagels?

—¡No! —gritó él—. Para eso estás tú.

—¿Has traído café?

—¡No!

—¿El periódico?

—¡No!

—¿Huevos frescos?

Huckle meneó la cabeza.

—¡He traído miel!

Polly sonrió.

—Vale —dijo—. Supongo que con eso bastará.

Los bagels eran muy traicioneros, como bien sabía, pensó Polly mientras colocaba la olla sobre el fuego para que el agua empezara a hervir. En ese preciso momento, *Neil*, que había estado practicando sus flamantes habilidades (Polly no creía que estuviera preparado para vivir en la reserva), se acercó dando saltitos, se subió a la mesa y de ahí saltó a la encimera, desde donde se encaramó al borde de la olla y, con gesto triunfal, se lanzó al agua y empezó a flotar como un patito de goma.

—¡Sal de ahí! —exclamó Polly, exasperada. *Neil* lo hacía cada vez que ponía agua a calentar. No solo era un desperdicio de agua, sino que también le preocupaba la posibilidad de cocerlo cualquier día sin darse cuenta.

—Creía que el frailecillo y tú no ibais en serio en eso de vivir juntos —comentó Huckle, que volvió después de que lo mandara a la tiendecita de Muriel en busca de café, los periódicos, una cebolla y un poco de queso crema. También se había pasado por la furgoneta del pescador y volvió con un poco de salmón ahumado y dos limones, por lo que Polly lo miró con una sonrisa alegre.

—¡Eso está mejor!

—A la mayoría de la gente le gusta mi miel.

—Y a mí me gusta tu miel —aseguró Polly—. Me gusta muchísimo. Pero un hombre no puede alimentarse exclusivamente de miel. Ni una mujer. Ni un frailecillo. Anda, amasa tú la mitad.

Se pusieron manos a la obra, amasando y boleando. Polly se percató a la fuerza de lo musculosos que eran los brazos de Huckle, cubiertos de un vello casi invisible

contra su piel morena.

—Bueno... —comenzó ella—. Abejas.

—Abejas —repitió él.

—¿Eres un... cuidador de abejas?

—Un apicultor.

—Claro, ya sabía yo que se decía así.

Polly empujó la masa con la palma de la mano, y rodó de un modo muy satisfactorio.

—No amases demasiado —le dijo a Huckle, que parecía capaz de aniquilar la masa con sus enormes manos—. O el pan quedará muy correoso.

—Me gustan correosos.

—Vale —repuso—. Pues tú te comes esa mitad y yo me comeré la mía.

—Sí, señora.

—No has contestado mi pregunta sobre las abejas.

—Sí. No.

Polly lo miró de reojo.

—¿Te has fugado de algún sitio o algo? —le preguntó.

—¿Cómo? ¿Yo? No. No exactamente.

—Al decir ese «No exactamente» haces que crea que te has fugado. ¿Le has pegado un tiro a un hombre en Reno solo para verlo morir? Tienes pinta de ser alguien capaz de hacer algo así. Ay, Dios, ¡voy a convertirme en una de esas espantosas mujeres de tu país que escriben a los reclusos del corredor de la muerte!

Huckle esbozó esa sonrisa lenta tan suya.

—No le he disparado a nadie, no. No me busca la policía. Son temas estrictamente personales.

Siguieron amasando en silencio.

—Yo también me mudé por temas personales —dijo Polly—. Mi vida se fue al traste.

Huckle enarcó una ceja, pero no le hizo preguntas.

—Supongo que ese es el motivo de que todo el mundo se mude aquí —continuó ella, intentando sonsacarle información, pero solo consiguió que enarcara la ceja otra vez.

—Ay, Dios, eso ha sonado fatal —dijo—. A ver, que es precioso y tal...

—Yo también creo que es precioso —aseguró Huckle—. Creo que es absolutamente maravilloso.

—¿Cómo es el sitio donde vivías?

—Llano —contestó Huckle—. Todo es llano, extenso, y apenas hay personas y todo se extiende así a lo largo de kilómetros y kilómetros. Y también es exuberante, como una jungla. Hay muchas plantas que podrían devorarte.

—¿De dónde vienes, de la selva?

—De Savannah, Georgia.

—¿Y cómo es?

—Precioso —respondió sin rodeos—. Pero distinto. Es muy anticuado todo. Hay muchos jardines pequeñitos.

—¿En Estados Unidos? —preguntó Polly—. Creía que Estados Unidos era modernidad absoluta.

—Lo es, en su mayor parte —contestó Huckle—. Atlanta lo es. Pero en Savannah se olvidaron del tema. Es muy tranquila.

—¿Hace calor?

—Los veranos son abrasadores.

—Como debe de ser, supongo —dijo Polly—. Aquí llovizna casi siempre.

—Pero cuando sale un día bueno, lo atesoras —repuso Huckle, con un tono de voz que dejó claro que no pensaba añadir nada más. Después, sonrió—. Vale, ¿y ahora qué hago con esto?

La masa estaba trabajada a la perfección. Polly dejó que fermentara en un lugar soleado, protegida de *Neil*, mientras ellos preparaban café en su abandonada cafetera y abrían las ventanas para que entrara el sol.

—Permíteme decirte que, desde fuera, este sitio parece que se te va a caer encima —comentó Huckle con la vista clavada en las motitas de polvo que jugueteaban sobre las pulidas tablas del suelo—. Pero desde dentro está muy bien.

—¡Lo sé! —exclamó ella—. Si tuviera dinero, haría mucho más. Para empezar, compraría cortinas —dijo—. El faro siempre me deslumbra, incluso a través de la puerta del dormitorio trasero. Es como vivir en *Encuentros en la tercera fase*.

—No se me había ocurrido —dijo Huckle.

—Y me gustaría barnizar el suelo.

Huckle no estaba muy convencido.

—Seguramente yo podría hacerlo —se ofreció—. Pero no estoy seguro de que el suelo soporte el peso del barniz. ¿Has visto cómo se comba?

—¿Que si lo he visto? —preguntó ella—. Vivo encima, perdona. Se comba conmigo todos los días. Casi me caigo de la cama, literalmente.

Huckle sonrió y, de repente, Polly sintió algo muy raro al pensar que él la estaría imaginando en la cama. Pero no parecía estar coqueteando, solo se mostraba educado (y hambriento). Además, no tenía sentido pensar en esas cosas, sobre todo porque, aunque solo se habían intercambiado unos cuantos mensajes de texto esenciales, no tenía la sensación de haber cortado con Chris. Todavía. Huckle y ella eran los dos únicos forasteros del pueblo. Era normal que acabaran relacionándose.

Se dispusieron a dividir la masa.

—Es difícil —masculló Huckle mientras intentaba mantener los anillos juntos.

—Pues ya verás cuando los cozamos —comentó Polly, que puso la tapa a la olla cuando fue a hervir el agua, sin dejar de gritarle a *Neil* cada vez que intentaba acercarse.

La preparación, la parte más trabajosa, fue incluso más difícil por la falta de los

utensilios adecuados, y Polly se quemó un poco las muñecas cuando intentó sacar un bagel especialmente terco. Sin pensárselo, Huckle la tomó de la mano y se la puso debajo del grifo durante muchísimo más tiempo del que ella se habría tomado.

—No puedes dejar que la herida profundice —dijo él—. Aunque sea una pequeña quemadura. Crees que ya han dejado de quemar pero siguen y siguen. Chitón.

—¿Nunca te han picado las abejas? —preguntó ella, con curiosidad.

—Pues claro —contestó él como si nada.

—¿No duele?

Huckle sonrió y puso cara despreocupada. Después, dijo:

—Ya lo creo —aseguró—. Duele como mil demonios.

—¿No te acostumbras?

—No —respondió—. Anda que no tengo que andarme con ojo. Si te pican bastantes veces, te vuelves alérgico a su veneno y pueden matarte.

—¿Una abeja puede matarte?

—Pasa a menudo —aseguró él. La dejó quitar la mano de debajo del grifo y chasqueó la lengua al ver que no tenía un botiquín, tras lo cual le enseñó un bolígrafo amarillo que llevaba en el bolsillo.

—Es un EpiPen —explicó él—. Por si a alguien le pica una abeja y tiene una mala reacción.

—¿Qué pasa si te pica a ti? —quiso saber Polly.

—Lo he pensado —contestó Huckle—. Tendría que pincharme yo mismo. Lo he pensado muchas veces.

Los dos miraron el bolígrafo.

—No —dijo Huckle.

—¿Qué? —preguntó Polly con una sonrisa en los labios.

—Ni se te ocurra intentar pincharte para ver qué pasa.

—No estaba pensando en eso.

—Seguro que no...

—Bueno, a lo mejor sí. A lo mejor estaba pensando en retenerte para cobrar un rescate.

—Ves un EpiPen y empiezas a pensar en cometer un delito. Es una característica preocupante.

Se miraron con sendas sonrisas antes de que Polly metiera los bagels en el horno. Diez minutos después, alguien llamó a la puerta.

—Bueno... solo pasábamos por aquí... —adujo Tarnie mientras Jayden cambiaba el peso del cuerpo de un pie a otro, a su lado.

—No, de eso nada —señaló Polly—. Trabajáis aquí mismo.

Tarnie sonrió.

—¿Quieres un pescado?

—Tenéis mucha, pero que mucha suerte —dijo Polly—. Como me olía algo así, he hecho veinticuatro bagels, que son dos más de los que me puedo comer.

Huckle bajó la escalera en ese preciso instante para ver qué pasaba. Dado que eran las diez de la mañana de un sábado y que solo llevaba una arrugada camisa de lino y unos chinos viejos, y que estaba descalzo, Polly sintió la repentina necesidad de ofrecer una explicación.

—Huck acaba de llegar con un poco de miel —dijo—. Vino hace una hora. Para hacer bagels.

En ese momento, Huck se apresuró a decir:

—Yo solo pasaba por aquí.

Ese comentario hizo que Polly se sintiera insultada por la idea de que Huck estuviera ansioso por explicar que no tenía nada que ver con ella; además, mucho se temía que, al dar una explicación tan apresurada, solo conseguirían proyectar la idea de que, de hecho, habían estado tramando algo. Pero ¿qué más le daba lo que pensase Tarnie?

Jayden, el joven pescador, dijo:

—¿Qué es un bagel? ¿Puedo usar tu baño? ¿Qué es un bagel?

—¡Jayden! —exclamó Tarnie—. De verdad, tengo complejo de profesor.

—Puedes usar el baño —dijo Polly—. Y podéis probar un bagel.

Llevaron los bagels, doce de cebolla y doce de canela, con la miel, el salmón ahumado, el queso crema, el zumo de limón, los cuchillos y el café a la muralla del puerto, y todos los marineros se congregaron a su alrededor. Al principio, parecieron un poco confundidos, pero se lanzaron a por la comida, dejando una lluvia de miguitas, ya que los bagels estaban crujientes por fuera y blanditos por dentro. Era muy fácil distinguir los círculos perfectos que Polly había hecho de las rosquillas deformes de Huck, que se parecían más a los esfuerzos creativos con plastilina de un niño, pero que estaban buenísimos de todas formas, y conformaron un auténtico festín para una tranquila mañana primaveral.

Jayden miró una de las ventanas de Polly.

—¿Has visto ya al fantasma? —preguntó, ansioso.

—¿¡Qué!?! —replicó Polly, que dio un respingo. De repente, recordó la figura envuelta en sombras que había visto en el embarcadero—. No digas tonterías.

No fue nada, se dijo. Solo una ilusión óptica. De todas formas, sintió que se le aceleraba el corazón.

—No digo tonterías —protestó Jayden con terquedad—. Hay un fantasma en el puerto. Todo el mundo lo sabe.

—Jayden —dijo Tarnie con sequedad—. Cierra el pico.

—En fin, hay uno —protestó el aludido.

—No creo en fantasmas —afirmó Polly con más convicción de la que en realidad sentía. Jayden no tenía que dormir allí arriba él solo—. ¿De qué clase de no fantasma hablas?



—Es el alma de una mujer —contestó Jayden—. Recorre las murallas del puerto, a la espera de un hombre. Pero él nunca regresa, porque se lo han comido los peces en el fondo del mar. Salió a faenar un día y nunca volvió a casa. Y ella lo espera, gritando una cosa así: ¡Buuuuu!

—¿Se llamaba Bu? —preguntó Polly.

—Son tonterías —dijo Tarnie—. No le hagas caso, Polly, es un idiota de tomo y lomo.

Era muy fácil reír a la luz del día, rodeada de personas, sobre todo cuando Jayden imitó al fantasma, para lo cual se puso bizco y sacó la lengua.

—Se suicidó —continuó Jayden—. Se tiró al mar. Pero su alma sigue atada a este mundo...

—Bueno, ¿qué tal va la pesca? —le preguntó Huckle a Tarnie para cambiar de tema, cuando se dio cuenta de que Polly no se sentía muy bien. Tarnie lo miró con suspicacia.

—Va bien —contestó sin vacilar.

—Va fatal —dijo Jayden, que dejó de imitar al fantasma.

Tarnie lo miró con expresión elocuente.

—¿Qué? Si encontramos los peces, tenemos un cupo, y si no los encontramos, nos morimos de hambre. Y hace frío, y te mojas y es una asquerosidad. Ojalá no hubiera suspendido la selectividad.

—¿Suspendiste la selectividad, Jayden? —preguntó Polly con voz amable. No parecía lo bastante mayor para afeitarse siquiera—. ¿No puedes repetir los exámenes? Jayden parecía confuso.

—¿Se puede hacer?

—Pues claro. ¿No prestaste atención en el instituto?

—Creo que la respuesta es más que evidente —comentó Tarnie. Jayden parecía destrozado.

—No es demasiado tarde, que lo sepas —añadió Polly.

—Nunca podría ir a la uni —masculló Jayden.

—Pues a mí me gusta —dijo Archie, el segundo de Tarnie. Era rubio y fortachón, y tenía las mejillas enrojecidas por el agua del mar y el sol—. Me gusta zarpar cuando se pone el sol. Me gusta ver los pájaros sobre las olas cuando estamos cerca de los bancos de pesca. Me gusta el color del cielo...

Uno de los otros marineros comenzó a lanzar besitos al aire.

—¡Oye! —protestó Polly—. Como no te calles, no tendrás más bagels.

El hombre se calló de inmediato, pero Archie se había puesto como un tomate y había dejado de hablar.

—¿Qué me dices de ti? —le preguntó a Tarnie.

El aludido se volvió para mirar el mar. El desvaído sol primaveral bailoteaba sobre las olas.

—En fin —comenzó—, es lo que hacía mi padre. Y su padre. Y así. Mi madre

siempre decía que llevaba el agua salada en las venas.

Su acento se hizo más evidente y, de repente, sus ojos adoptaron una expresión distante.

—Archie tiene razón —continuó—. A veces, cuando estás ahí fuera, cuando solo estáis el agua y tú, nada más, y es de noche y solo puedes ver las estrellas en el cielo y te escapas del alcance del faro y te mueves al ritmo de algo muchísimo mayor que tú... En ese momento, sí... está muy bien.

Polly lo miró un segundo.

—¡Oye! —exclamó Huckle—. Eso suena genial. ¿Puedo acompañaros una noche?

Los hombres lo miraron y se echaron a reír, pero Tarnie se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

—A menos que vomites —dijo Jayden—. No se puede vomitar sobre el pescado. Queda mal.

Huckle asintió con la cabeza.

—Me imagino que quedaría mal. Navegué un poco de niño.

Los pescadores se miraron. Ya habían oído la misma frase varias veces.

—¿Cómo te metiste en lo de la miel? —preguntó Jayden.

Huckle se encogió de hombros.

—En fin, detestaba mi antiguo trabajo...

—¿Y qué hacías, algo relacionado con el jamón? —lo interrumpió Polly, un pelín molesta porque estuviera hablando con ellos cuando se había mostrado tan esquivo con ella.

—Esto... no —contestó—. Era un... un ejecutivo.

—¿Un qué? —preguntó Jayden, con expresión confusa.

—Algo que puedes hacer cuando te sacas la selectividad —dijo Kendall—. Puede.

—Esto... no sé muy bien de qué habláis —comentó Huckle—, pero estaba en un despacho, sí.

—¿Dentro? —preguntó Jayden—. ¿Todo el día? ¿Alguna vez te mojabas?

—Casi nunca —contestó Huckle.

—La leche —dijo Jayden—. Parece genial.

—Pues no lo era.

Huckle se frotó los ojos un momento.

—En fin, que la vida cambia. —Volvió a cerrarse en banda. Polly lo observaba con detenimiento.

—Más dinero —musitó Jayden, que seguía enganchado al tema—. Que ganas dentro de un despacho. Suena genial.

—Voy a mirarte unas clases nocturnas —se ofreció Polly.

—El asunto es que creí que me vendría bien un cambio —terminó Huckle.

—Miel —dijo Jayden.

—No, ser un vaquero —replicó Huckle—. Sí, miel.

—Ahora me has puesto en duda —dijo Jayden—. Porque sí, sueñas como un vaquero.

Huckle esbozó esa lenta sonrisa tan suya.

—No soy un vaquero.

—Seguro que, si te pones un sombrero, tendrías la pinta de uno —insistió Jayden—. Tal vez deberías ser un vaquero.

—Tal vez tú tendrías que cerrar el pico un rato —dijo Tarnie, y Jayden se quedó callado.

—Pero ¿cómo puedes hacer miel después de eso? —quiso saber Polly. Huckle lograba que lo de cambiar de vida pareciera muy fácil. Ella mejor que nadie sabía que no lo era, y se estaba preguntando si habría sido capaz de abandonar un trabajo seguro tan a la ligera, sin una catástrofe de proporciones épicas en su vida—. A ver, ¿ganas dinero?

Huckle la miró a los ojos y lo que vio en ellos hizo que creyera que él comprendía muy bien la situación precaria en la que se encontraba.

—Esto... —comenzó—. En fin, más o menos...

Todo el mundo lo miraba, expectante.

—Es que... A ver, lo de la miel fue más por un cambio de estilo de vida, ya sabéis.

Jayden, a todas luces, no lo entendía. Pero después lo hizo.

—¿Quieres decir que no tienes que trabajar? —preguntó con los ojos como platos—. ¿Eres rico?

Huckle se ruborizó un poco y apartó la mirada.

—Joder, tío, no es eso... —dijo, pero dejó la frase en el aire y adoptó una expresión tímida.

—¿Tienes un helicóptero? —preguntó Jayden.

Huckle se echó a reír.

—No —contestó.

—Joder —dijo Polly—. Tendría que haberlo hecho como tú antes de cambiar de profesión. Debería haber llevado lo de hacerme rica en mi lista de prioridades.

En ese momento, todos la miraron, de modo que también se ruborizó y se apresuró a cambiar de tema.

—¡Al lío! —exclamó mientras recogía miguitas—. ¿Alguien sabe cómo cojo un autobús para ir a la reserva de frailecillos?

—¿Por qué? —preguntó Tarnie, pero obtuvo la respuesta al verle la cara—. Ah, no. No me digas que es *Neil*.

El aludido estaba sentado junto a Polly en la muralla del puerto, mientras picoteaba alegremente un trocito de bagel. Levantó la cabeza al escuchar su nombre.

—Al parecer, estoy siendo muy cruel con él y no respeto sus derechos animales —adujo Polly con tristeza.

—En fin, se está poniendo fondón —señaló Tarnie.

—¡Mi frailecillo no está gordo! —protestó Polly, enfadada—. Además, es muy joven. No digas esas cosas. Podrías dañar su autoestima.

—En fin, le iría bien —repuso Tarnie—. Así sabría que está gordo y le pondría remedio. No sirve de nada obviar lo evidente.

Polly le sacó la lengua.

—Es un frailecillo precioso.

—No hay autobús directo —dijo Jayden—. Tienes que ir en uno especial. Fuimos allí en una excursión del colegio. Es todo lo que recuerdo de ese año.

—¿Estaba bien? —preguntó Polly—. ¿Es un buen sitio para vivir?

—Vomitó en el autobús —respondió Jayden.

—¡Ja! —exclamó Huckle—. Esto... a ver... siento lo de tu frailecillo.

Polly acarició las alas a *Neil* con expresión pensativa.

—Da igual —dijo, aunque se le quebró un poco la voz—. Empiezo a cogerle el tranquillo a eso de renunciar a las cosas.

Todo el mundo se quedó callado; después, Huckle volvió a hablar.

—Puedo llevarte yo —se ofreció.

Tarnie alzó la vista, como si él hubiera estado pensando lo mismo.

—¿Tienes coche? —preguntó Polly.

—No exactamente —contestó Huckle.

En ese preciso instante, una sombra cayó sobre el grupo. *Neil* se acercó dando saltitos con afán protector a Polly, que levantó la vista, aún un poco alterada, y se encontró con la más que corpórea forma de Gillian Manse.

—¡Por el amor de Dios! —masculló Polly.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Gillian, y su brusca voz resonó por la muralla del puerto—. Ahora hacemos comidas al aire libre, ¿no? Me parece que eso no está en el contrato de alquiler.

Había migas por todas partes. Las gaviotas estaban alineadas sobre la muralla, a la espera de su oportunidad para lanzarse a por ellas en cuanto todos se hubieran ido. Había bagels a medio comer sobre las servilletas de papel.

—¿Y qué narices es eso? —preguntó Gillian Manse.

—Un bagel.

—¿Un qué?

—Un tipo de panecillo muy conocido en todo el mundo —respondió Polly, furiosa de repente—. El tipo de cosas que cualquier panadero sabría.

Huckle la miró con preocupación.

—Pues yo no lo quiero en este pueblo —protestó Gillian—. Las empanadillas no tienen nada de malo.

—Las empanadillas buenas no tienen nada de malo —apostilló Polly, que enfatizó el «buenas»—. Como tampoco tiene nada de malo que la gente de un país libre prepare lo que le dé la gana. ¡Así que deje de darme la tabarra!

Huckle le dio unas palmaditas en el brazo.

—No pasa nada, tranquila.

Polly se volvió hacia él.

—Es una abusona —susurró.

Gillian la miraba con seriedad.

—¡No quiero que nadie me arruine el negocio!

—¡Usted lo está arruinando solita al hacer un pan tan espantoso! —le soltó Polly.

Tarnie se puso en pie.

—Por favor, señoras... —comenzó.

—Esto no es cuestión de educación —lo cortó Polly, más exasperada que nunca—. Es cuestión de que esta bruja me está diciendo qué puedo y qué no puedo hacer en mi propia casa.

—En ese caso, me aseguraré de que no sea tu casa durante mucho tiempo —replicó Gillian.

—¿Y qué quiere decir eso? ¡A ver! —gritó Polly.

—Por favor, por favor —dijo Tarnie en un intento por calmar los ánimos.

—Exactamente lo que he dicho —sentenció Gillian—. La casa es mía. Puedo sacarte cuando quiera.

—¿Por preparar un sándwich?

—Es mi propiedad.

La mujer tenía la cara coloradísima y hervía tanto de rabia que incluso temblaba. Daba muchísimo miedo. De repente, Polly se quedó sin fuelle. Solo quería sentarse y olvidar todo el asunto.

Gillian se agachó, recogió el último trocito de bagel y lo lanzó al mar, y al instante una bandada de gaviotas se lanzó en picado a por él. Después, se dio la vuelta y se alejó a grandes zancadas.

Polly se dio cuenta de que estaba temblando.

—Es la mujer más espantosa y horrible que... Va a echarme.

—No lo hará —le aseguró Tarnie—. Necesita el alquiler. Solo es una anciana que intenta llegar a fin de mes.

—Es una bruja horrible que intenta echarme —repuso Polly—. ¡No puedo creer que la defiendas!

Tarnie no sabía dónde meterse.

—Lo sé, pero...

—Seguramente sea la causante de que este sitio vaya de culo, ¡sobre todo si atormenta a todo aquel que se muda aquí!

Los pescadores comenzaron a darle las gracias por la comida mientras se alejaban.

—Vale, así que ahora la loca soy yo —protestó Polly, enfadada—. En fin, lo que me faltaba ya.

Huckle sonrió, pero él también se marchó, dejándola sola, sentada en la muralla

del puerto. Polly se sentía avergonzada. Sabía que se había pasado, que no tenía sentido ventilar su frustración con una anciana. Pero tenía la sensación de que cada vez que empezaba a levantar cabeza, cada vez que las cosas empezaban a mejorar, todo se desmoronaba de nuevo.

Polly no podía dormir esa noche. No paraba de dar vueltas y de moverse, y de llorar de vez en cuando. No podía creer que las cosas hubieran ido de mal en peor... o a mucho peor. Lo único que pretendía era conocer gente y sentirse mejor; y hornear la hacía sentirse muchísimo mejor. Toparse con esa antipatía y con esa oposición era algo... Tendría que regresar a Plymouth. De todas formas iba a acabar en la calle, sin hogar. No le cabía la menor duda de que esa bruja tan espantosa se aseguraría de que la desalojaran. Y posiblemente también perdería la fianza, se percató de repente. Parecía ir cuesta abajo y sin frenos, y eso le provocó un miedo atroz. No tenía ahorros, ¿adónde acabaría? ¿Viviendo de alguna prestación en uno de los altos bloques de pisos de Plymouth rodeados por vallas de alambre de espinos, con ascensores apestosos, perros enormes vagabundeando por los alrededores y traficantes de drogas en los callejones?

O tal vez tendría que volver a instalarse en el caluroso apartamento que tenía su madre en Rochester. Su madre, que tan orgullosa estaba de tener una hija universitaria y emprendedora, que vivía con un chico de clase media, con el que compartía negocio, por si alguien no lo sabía, y con quien acababa de comprar uno de esos nuevos apartamentos de lujo cerca del mar y... Sería algo vergonzoso para su madre, dado todo lo que había presumido delante de sus amigas. También sería vergonzoso para ella misma. ¡Ay, Señor!

Algunas preocupaciones empeoraban por las noches, aunque con la llegada del amanecer parecían manejables. Podían desaparecer como una pesadilla con la primera taza de café, o se podían desvanecer a medida que avanzaba el día con sus quehaceres, ya que el cerebro no tenía la menor oportunidad para ahondar en errores y en oportunidades desaprovechadas, arrepentimientos o preocupaciones por el futuro. Polly presentía que sus preocupaciones no eran de las que desaparecían fácilmente. Ojalá no hubiera horneado todo ese pan solo para molestar a Gillian Manse y, si era sincera consigo misma, para lucirse. Si no hubiera discutido con ella, la mujer podría haberla dejado tranquila y en esos momentos no estaría enfrentándose a un inminente desalojo. ¡Ay, Dios!

Aunque el dormitorio estaba helado por la falta de calefacción, se levantó, envolviéndose con el edredón de plumas, y atravesó la sala de estar dando saltitos hasta llegar a la tetera. Beber algo caliente la ayudaría. Encendería la luz y leería un libro. En realidad, haría algo que distrajera su mente de todas esas cosas y que evitara que su ridículo cerebro siguiera dando vueltas a lo mismo. Conectó el termo del agua. Tardaría dos horas en calentarse lo suficiente como para poder darse un baño, pero no le importaba; si volvía a dormirse, se bañaría por la mañana. No obstante, de alguna forma sabía que no se quedaría dormida de nuevo. Tendría que apañárselas. Al día

siguiente no tenía que hacer nada. Ni tampoco al otro. Si tenía que dormir por la mañana, lo haría. Hasta *Neil* estaba frito, con los ojos cerrados en su cajita. Se encontraba totalmente sola.

Envuelta en el edredón, se acercó a la ventana para echar un vistazo al exterior. No había mucho que ver, pero el hecho de que los barcos pesqueros estuvieran faenando le provocaba la sensación de no estar sola, de que allí fuera, en algún lugar, Tarnie, Jayden, Archie y el resto estaban despiertos, tal vez también bebiendo té, entre las plateadas escamas y las aletas siempre en movimiento de los bancos de peces; cosiendo redes o sacando palas de hielo de la máquina para mantener fresca la carga a fin de que por la mañana llegara a los mercados de Penzance y de otros puntos a lo largo de la costa.

Con todo lo que tenía en la cabeza, se le había olvidado la ridícula historia de Jayden sobre el fantasma de la mujer hasta que llegó a la ventana. Cuando el haz de luz del faro la iluminó, sintió un subidón de adrenalina, pero estaba tan agotada y triste por los acontecimientos que carecía de la energía suficiente para asustarse por lo sobrenatural. Su vida real, pensó, era ya bastante aterradora.

Sus ojos se ajustaron a la oscuridad del puerto: las piedras, el reflejo de la luna en el agua (era una noche inusualmente clara), unos cuantos coches aparcados, las farolas apagadas de la calle... y entonces la vio. Estiró el cuello y aguzó la mirada, al tiempo que el corazón amenazaba con salirse del pecho. Allí estaba. Una figura, en la misma posición que la otra vez, de pie en la muralla, completamente inmóvil mientras miraba el mar como si fuera una estatua.

Polly contuvo el aliento. Echó un vistazo por la habitación, rápidamente, para asegurarse de que todas sus cosas seguían allí. Para asegurarse de que no había desaparecido y vuelto a aparecer en un pasado lejano. La luz la deslumbró de nuevo y parpadeó una vez, dos, para acostumbrarse a la oscuridad. Y entonces se armó de valor y abrió la ventana. El crujido de la madera le pareció ensordecedor en el silencio de la noche, pero no le importó. El miedo y la ansiedad le infundían coraje. Se inclinó hacia delante, estirándose para ver la figura.

—¡Oye! —gritó—. ¡Oye!

La figura se volvió, sorprendida. Al hacerlo, la luz del faro pasó de nuevo sobre ella y Polly vio horrorizada cómo la figura se resbalaba y caía, con las faldas y su larga melena agitándose en el aire.

No tenía tiempo para pensar. Polly agarró el chaquetón y se lo echó por los hombros, sobre el pijama. Después se puso unas botas y salió corriendo por la puerta, tras lo cual bajó la escalera a toda prisa. Eso no era una aparición ni algo que hubiera soñado. Había alguien allí fuera, en esa noche fría y ventosa.

Una vez en la calle, momentáneamente desorientada, deseó haber llevado consigo una linterna. La luna estaba casi llena, pero las siluetas oscuras cobraban una nueva



dimensión y no estaba muy segura de la ubicación exacta de la muralla del puerto hacia la que se encaminaba. Cuando por fin llegó a un hueco en la muralla, miró hacia abajo y jadeó.

Allí, tirada sobre el agua que apenas la cubría, se encontraba la corpulenta figura de la señora Manse. Sin su tirante moño, tenía el pelo largo. Su oronda silueta quedaba oculta por el amplio camisón y por la bata que llevaba encima. Polly se agachó a su lado. Respiraba, pero, gracias a la luz del faro que pasó de nuevo sobre ellas, comprobó que estaba sangrando porque tenía un corte en la cabeza. Tenía que sacarla del agua. Estaba helada.

—Gillian —masculló—. ¡Gillian! ¡Ay, Dios mío, lo siento mucho!

La mujer no se movió. Polly suspiró. ¿Dónde narices se metían los forzudos pescadores cuando se los necesitaba? Miró a los edificios que se alineaban frente al puerto. Los pisos situados sobre el resto de las viejas tiendas estaban vacíos. Necesitaba su teléfono. Pero si iba corriendo a por él, podía llegar demasiado tarde. No. Tendría que hacerlo ella misma.

Se agachó y aferró a la corpulenta mujer por debajo de las axilas, tras lo cual tiró con todas sus fuerzas. El mar trataba de arrastrarla una y otra vez, como si exigiera llevársela. Cada vez que eso sucedía, Polly soltaba una palabrota e intentaba conseguir más tracción. Y por fin, aunque muy despacio, logró alejarla de las olas poco a poco (a esas alturas ambas estaban chorreando agua), y la llevó hasta la rampa de varadero del puerto. Gritó varias veces pidiendo ayuda, pero pronto cejó en su intento, porque le parecía una pérdida de aliento y de energía. Tenía que apañárselas sola.

La marea comenzaba a subir y una ola le salpicó la cara cuando se agachó para comprobar que Gillian seguía respirando. La larga melena de la mujer estaba adornada con trozos de algas. Polly soltó una palabrota cuando Gillian se le escurrió de las manos, pero la mujer no recuperó el conocimiento, y eso hizo que el pánico amenazara con apoderarse de ella, al pensar que su duro trabajo podía haber sido en vano. La luz del faro pasó de nuevo sobre ellas y se preguntó si podrían verla desde allí arriba. Después, recordó que a esas alturas nadie manejaba el faro. Todos eran automáticos. No había ayuda por ninguna parte. ¡Joder! Debería haber alguien allí arriba para hacer sonar la alarma cuando pasaba algo así.

La luz consiguió darle un nuevo impulso de alguna manera, lo suficiente para subir a Gillian hasta el muelle. No quería pensar en los moratones que le iban a salir, pero a partir de ese punto todo fue más fácil, ya que las olas no las alcanzaban y no sentía el gélido roce del agua en los tobillos.

Cuando por fin llegó arriba del todo, se inclinó para recuperar el aliento. Se preguntó qué podía hacer. ¿Por qué narices no tenía los números de teléfono de los pescadores? Claro que, de todas formas, tampoco estaban allí, se recordó. Estaban a millas de distancia de cualquier antena telefónica, de cualquier signo de civilización, en mitad del Mar de Irlanda.

Echó otro vistazo al pueblo desierto mientras se quitaba el chaquetón para cubrir a Gillian, que estaba totalmente empapada. Necesitaba ayuda y rápido, y tener que explicar lo sucedido a los recelosos habitantes del pueblo le llevaría demasiado tiempo.

Regresó corriendo a su casa y subió la escalera. Puso la tetera y cogió algunas mantas, tras lo cual buscó su teléfono para marcar el número de emergencias. Mientras lo hacía, se fijó en el tarro de miel que aún descansaba sobre uno de los destartados armarios de la cocina. El teléfono de Huckle estaba impreso en la etiqueta.

Lo llamaría a él primero. Él sabría qué hacer. Se dio cuenta de que estaba haciendo suposiciones completamente al azar, pero no disponía de mucho tiempo. Echó agua hirviendo en una taza, aferró las mantas con el brazo libre y corrió de nuevo escaleras abajo tan rápido como pudo, tratando de que no se le cayera nada mientras marcaba el número de Huckle al mismo tiempo.

Se sucedieron tantos tonos de llamada que Polly empezó a pensar que tal vez lo tuviera desconectado, aunque al final escuchó ese ya familiar acento sureño, si bien su voz sonaba más lenta y soñolienta que nunca.

—Mmm, ¿diga?

—¿Huckle?

—¿Ajá?

—Huckle, soy yo, Polly.

—Ah, sí. Vale. Lo siento. Pensaba que alguien se había confundido otra vez con los husos horarios y eso.

—Huckle, te necesito...

—Mmm, bueno, es que no...

—¡Cállate! Necesito que vengas a Mount Polbearne. ¡La señora Manse se ha caído al agua!

—¿Que ha hecho qué?

—La señora mayor. Se ha caído al agua.

A esas alturas, Polly trataba de quitar la bata empapada a la mujer y no tenía ganas de prolongar la conversación.

—Huckle. Ven, estoy en el puerto. —Miró hacia la carretera. Aún estaba visible.

—Esto... vale. Muy bien.

Polly colgó y comprobó el estado de la señora Manse. Respiraba y empezaba a moverse. De repente, pensó que no le apetecía mucho que la mujer recobrar el conocimiento y la descubriera quitándole la ropa. Marcó el número de emergencias. Se mostraron muy solícitos y dijeron que tardarían media hora en llegar; le aconsejaron que quitara la ropa a Gillian, que la tapara con las mantas y que, si podía incorporarse, le diera algo caliente para beber, algo que no contuviera alcohol.

Era más fácil decirlo que hacerlo. Cada vez que Polly trataba de tajarla con una manta, Gillian se la quitaba de encima. Saltaba a la vista que estaba muy confusa, no

paraba de murmurar y de intentar sentarse. A Polly le estaba costando la misma vida retenerla.

De repente, un rugido ensordecedor atronó el diminuto pueblo. Polly dio un respingo, asustada. Era un ruido espantoso, que reverberaba en las viejas paredes de piedra y en los adoquines. Mientras aferraba firmemente a la señora Manse por los hombros, escudriñó la oscuridad tratando de ver qué narices era.

De repente, algo sacado de los años cuarenta apareció tras doblar una esquina: una moto clásica de color vino tinto, con el motor en la parte delantera y las ruedas negras con radios. Adosado a la moto iba un sidecar, también de color vino tinto.

—¿Qué narices...? —dijo Polly.

Sobre la moto viajaba la enorme figura de Huckle. El vehículo se movía a una velocidad vertiginosa y el rugido de su motor resonaba por todo el pueblo. Llegados a ese punto, Polly empezó a ver que se encendían las luces de los dormitorios de sus vecinos. «Gracias por salir al escuchar que me desgañitaba pidiendo ayuda», pensó.

Huckle detuvo el vehículo delante de ella de una forma bastante dramática, derrapando de tal manera que se paró de costado, como lo haría un esquiador. El enorme faro redondo que la moto tenía en la parte delantera la deslumbró, de modo que levantó una mano para protegerse los ojos.

—¡Ay! —exclamó.

Huckle saltó de la moto, se quitó el casco negro *vintage* y sacudió la cabeza, haciendo que se agitara su pelo dorado, que llevaba un poco demasiado largo.

—¿Qué es eso? —preguntó Polly.

La señora Manse aún intentaba alejarse de ella.

—Es una moto acuática —contestó Huckle—. En serio, ¿me has pedido que venga para preguntarme eso? —Miró a la mujer mayor que estaba sentada a su lado en la rampa—. Vamos a ver, pero ¿qué habéis liado? —dijo en voz baja y cariñosa. Acto seguido, alzó en brazos el voluminoso cuerpo de la señora Manse, que milagrosamente pareció pequeño y ligero.

Polly la soltó, aliviada, y se frotó los brazos para recuperar la circulación.

La señora Manse pareció tranquilizarse al instante y murmuró algunos nombres, ninguno de ellos conocidos por Polly.

—¿Tienes algo para darle de beber? —preguntó Huckle—. Tal vez deberíamos darle algo. ¿La ambulancia viene de camino?

—La ambulancia viene y ¡sí! —contestó Polly, sintiéndose satisfecha. Le ofreció la taza de agua hirviendo. La señora Manse bebió un sorbo y lo escupió.

—Creo que está recuperándose —dijo Huckle—. ¿Qué ha pasado, Pol? ¿Habéis discutido otra vez?

—No lo dices en serio, ¿verdad? —replicó Polly—. ¿Es que crees que he empujado a esta pobre mujer al mar?

—No te conozco muy bien.

Polly lo miró con seriedad.

—Vale, vale.

Huckle miró a la señora Manse.

—Bueno, ¿qué ha pasado?

Polly suspiró.

—Ay, Dios, también tendré que explicar esto al personal sanitario de la ambulancia, ¿verdad? Y seguramente también a la policía.

—¿A la policía? —repitió Huckle, con el ceño fruncido.

—La vi allí de pie. La verdad, no sabía si era ella porque estaba muy lejos. Grité... solo le grité para ver quién era. Y creo que la asusté. Se resbaló. —Polly tragó saliva—. ¿Crees que me acusarán de homicidio involuntario?

—No, solo voy a demandarte —dijo una voz gruñona.

—¡Ay, gracias a Dios! —exclamó Polly—. Gracias a Dios. Lo siento MUCHÍSIMO. Pero ¿qué hacía aquí fuera en una noche tan espantosa?

Polly trató de explicarse cuando la ambulancia llegó, seguida de un pequeño coche patrulla que atravesó con cuidado la carretera, y que iba conducido por un policía con bigote, adormilado. Envolvieron a la señora Manse con unas mantas plateadas en la parte posterior de la ambulancia, como si fuera un pavo al horno, mientras la mujer se quejaba de que ya ni siquiera se podía dar un paseo inocente por la noche sin que abusaran de una pobre persona. Por suerte, el policía no parecía inclinado a creerse su historia.

Polly también lo dudaba mucho.

—¡No estaba paseando! ¡Estaba allí de pie! Y la he visto antes —murmuró, dirigiéndose a Huckle.

—Tiene un corte muy feo —dijo el auxiliar médico—. Creo que está un poco aturdida y espero que no haya pillado nada por haber estado un buen rato en el agua fría. Creo que tenemos que llevarla al hospital un ratito.

—No puedo —se negó Gillian con muchos humos—. Tengo que abrir el obrador. Se produjo un silencio.

—En fin, pues desde ahora mismo le digo que de momento eso va a ser imposible —replicó el alegre auxiliar.

—Tengo que hacerlo. A eso me dedico.

—Y nosotros nos dedicamos a curarla, así que, en su lugar, yo me relajaría.

—Pero necesitan el obrador.

—Y debería agradecer a esta mujer que haya tenido la sensatez necesaria para sacarla del agua y cuidarla sin dejarse llevar por el pánico. No debería tontear encima de una muralla escurridiza a su edad y en su estado —dijo el auxiliar—. Podría haber sido mucho peor.

Gillian Manse miró a Polly. En ese momento no parecía enfadada, solo derrotada y confundida.

—Sí —dijo. Pero no parecía agradecida en absoluto.

No tenía sentido regresar a la cama. Polly y Huckle se sentaron en el puerto y bebieron café solo mientras contemplaban la salida del sol y charlaban sobre lo acontecido. El frío cedió poco a poco y las estrellas dejaron de brillar a medida que el horizonte se teñía de rosa por el Este. Hablaron amigablemente a la mortecina luz del alba. A las 5.30 el cielo era azul, amarillo y rosa; el día prometía ser precioso con el frescor del aire marino en la cara y los extraños acontecimientos de la noche cada vez más lejanos. Mientras observaban, apareció en el horizonte una pequeña mancha oscura, seguida por unas cuantas más y hasta el borde del puerto llegaron los pescadores y los trabajadores de los mercados con sus furgonetas. Las gaviotas se emocionaban por momentos.

—Esperaré aquí y se lo contaré a Tarnie —dijo Polly—. Ha vivido siempre aquí. Si alguien sabe en qué estaba pensando la señora Manse, es él.

—Claro —replicó Huckle, que empezó a mover despacio las piernas—. Además, necesitamos ir pensando en el desayuno.

—Todos van a pensar en el desayuno —añadió Polly—. ¡No tengo suficiente pan para todo el pueblo! ¿Dónde va a ir la gente a por sus tostadas?

—Saldremos en los periódicos —dijo Huckle—. El pueblo sin pan. Sin hidratos de carbono.

Se miraron.

—No —protestó Polly—. Además, esa mujer se volvería loca. Jamás me lo permitiría.

—Creo que lo único que quería era salvar su negocio —le recordó Huckle, al tiempo que pasaba sus largas piernas sobre la muralla.

—Y matarme —apostilló Polly—. Que no se te olvide.

—No creo que fuera algo personal —la tranquilizó Huckle mientras se desperezaba y bostezaba.

De repente, Polly sintió el ridículo impulso de pasar los dedos por esa abundante melena. Debía de ser la falta de sueño, se dijo. Pero Huckle tenía algo muy masculino: su tamaño, sus músculos, el calor que irradiaba su enorme cuerpo cuando estaba cerca. Bajó la vista.

—Lo sé. Es que con todo lo demás que me ha pasado... sí que parecía algo personal —adujo.

—Es posible que hayas llevado una vida muy protegida —murmuró Huckle, que miró su pelo rubio enredado y despeinado por el viento, lo que le otorgaba un aspecto sensacional. Tenía la piel muy blanca, algo que resaltaba las pecas de su nariz.

—No tan protegida —protestó Polly, molesta—. De todas formas, no puedo encargarme de un obrador. Hago pan para divertirme, no para ganarme el sueldo.

—¿Cómo te ganas el sueldo? —le preguntó Huckle con seriedad.

Polly lo miró y se puso de pie de un brinco para saludar a los barcos pesqueros que llegaban al puerto.

Tarnie puso una cara muy seria al enterarse de las noticias, que se habían convertido en el único tema de conversación entre los compradores de pescado.

—No me gusta un pelo —dijo Tarnie, con una mirada triste en sus ojos azules.

—Pero... ¿qué estaba haciendo? —quiso saber Polly.

—Cuando se trabaja en un obrador, hay que madrugar mucho —dijo Jayden con alegría.

La noche había sido productiva y el sol de la mañana se reflejaba en las escamas plateadas del pescado, aún brillantes. A la hora del almuerzo estarían sirviéndolo en platos en los restaurantes de Rock, de St. Ives y de Truro.

—Mmm... —murmuró Tarnie—. Me pregunto... alguien tiene que encargarse del obrador, ponerlo en funcionamiento.

—¿No tiene amigos que puedan encargarse de su negocio? —preguntó Polly.

Tarnie pareció algo incómodo por la pregunta.

—Ah, sí, bueno, es que Gillian Manse siempre ha tenido un carácter un poco explosivo.

Llegados a ese punto, Polly se sintió fatal. Por lo mal que se había portado al enfadarse tanto con una mujer mayor sin familia y sin amigos. Qué feo que hubiera llegado a la isla y que hubiera puesto en peligro el negocio de esa mujer. De repente, se sintió muy mal, muy culpable, y deseó enmendar su error lo antes posible. No era algo personal, Huckle tenía razón, y ella había canalizado toda su amargura y su desilusión y las había dirigido a esa mujer.

—Esto, ¿puedo ayudar? —Se ofreció, desesperada por hacer algo útil—. Me siento fatal por todo esto.

Tarnie la miró.

—La verdad, supongo que sí —contestó—. Seguro que sabes lo que... lo que necesita una mujer que está ingresada en un hospital. Yo no tengo ni idea.

Polly sonrió. Era obvio que Tarnie no tenía pareja. No se le había pasado por la cabeza que a los pescadores les resultara difícil encontrar novia; la verdad era que no había pensado en este tema en absoluto, pero suponía que dado el lugar remoto donde vivían y el horario de trabajo que llevaban...

—¿Por qué no hueles a pescado? —le preguntó de repente.

A Tarnie le hizo gracia el brusco cambio de tema.

—¿Cómo?

—Ah, lo siento, es que me ha extrañado. Claro, por supuesto que puedo encargarme de eso.

—Sí. Sería una gran ayuda —dijo Tarnie—. Nos vemos en el obrador a las diez y después iremos al hospital.

—¿Y cuándo vas a dormir? —replicó Polly.

Tarnie se encogió de hombros.

—Bah, no necesito muchas horas de sueño. Y tú tampoco, al parecer.

Polly sonrió.

—Mmm...

Tarnie anduvo hacia el barco, pero se volvió a medio camino.

—Jabón de almendras —gritó, agitando la mano.

Polly le devolvió el gesto.

El obrador parecía muy polvoriento y descuidado, aunque su dueña solo había estado fuera un par de horas. El lugar necesitaba una buena limpieza. Además, olía mal. Polly sospechaba que dejaba los productos a la venta más tiempo del que debería.

—Deberíamos tirarlo todo —dijo.

—Ja —replicó Tarnie—. Yo no lo haría. Si le dan el alta esta tarde y vuelve, te enterarás de lo que es bueno.

El piso de la planta alta estaba immaculado, mucho más limpio y ordenado que la tienda. Estaba lleno de objetos: de figurillas de porcelana y caballitos de cristal. La moqueta tenía un diseño en espiral y el volante de encaje que cubría la barra de las cortinas no tenía ni una mota de polvo. En uno de los rincones de la estancia se emplazaba un televisor antiguo, junto al ejemplar de la revista que informaba de la programación televisiva. Polly sintió claustrofobia y tuvo la impresión de ser una fisgona.

—No me gusta hacer esto —dijo.

—Mmm —murmuró Tarnie—. Bueno, tú entras en su dormitorio y coges... las cosas que necesita una mujer.

Polly lo miró con el gesto torcido, pero vio que estaba hablando en serio.

El dormitorio era pequeño y la cama aún conservaba la huella del cuerpo de Gillian. Seguro que también había tenido problemas para conciliar el sueño, pensó Polly. En la mesilla había un despertador antiguo, junto con varios botes de pastillas. Bueno, era un comienzo. Polly los cogió y miró a su alrededor en busca de una bolsa. Abrió los armarios empotrados y encontró una vieja maleta. No era lo ideal, pero mejor eso que nada. Sacó unos pijamas limpios y después, tras tragar saliva, metió la mano en el cajón de la ropa interior.

El objeto estaba cuidadosamente colocado sobre las enormes bragas de color carne y los sujetadores. Aunque Polly no alcanzaba a entender por qué estaba escondido. Los ladrones no se lo llevarían jamás. Después, de repente, comprendió que había una razón para que estuviera escondido: la señora Manse no quería verlo todo el tiempo. Lo cogió sin pensar. Era una fotografía en color enmarcada, un tanto desvaída por el paso del tiempo y con un tono amarillento que delataba que fue tomada en los años setenta o a principios de los ochenta. En ella se veía a un hombre

moreno, con la cara protegida del sol junto a un niño con una camiseta de rayas y unos pantalones cortos que le quedaban pequeños, un cinturón elástico, calcetines y sandalias. Sonreían a la cámara de oreja a oreja. Sostenían sendas cañas de pescar con sus correspondientes capturas. Polly contempló la fotografía. No escuchó que Tarnie entraba en el dormitorio hasta que lo oyó suspirar.

Se sobresaltó y se dio media vuelta.

—No estaba fisgando —dijo de inmediato—. Es que estaba ahí, no he podido evitarlo.

Tarnie asintió con la cabeza.

—No pasa nada, lo sé. —Echó un vistazo por la habitación—. El hecho de estar aquí ya es raro de por sí.

—Lo es —convino Polly, que devolvió la mirada a la fotografía.

La expresión de Tarnie se tornó triste.

—¿Quiénes son? —preguntó Polly en voz baja.

Tarnie levantó los brazos y se frotó la nuca, a todas luces incómodo.

—Bueno, ese es Alf Manse —dijo, señalando al hombre—. El marido de Gillian. Era un buen hombre. Muy buen hombre.

Ambos miraron al niño. Tarnie emitió un sonido extraño.

—Jimmy —dijo—. Él y yo... En fin, éramos buenos amigos. Íbamos a la misma clase, antes había un colegio en la isla. Ahora está cerrado, claro. Siempre estábamos juntos. Nos llevábamos muy bien. Éramos un par de diablillos. No entendíamos por qué teníamos que ir a la escuela. Siempre supimos que acabaríamos en el mar.

Polly observó la expresión seria que lucía su apuesto rostro. Esos ojos azules tenían una mirada distante.

—Sí. Éramos inseparables. Y, en aquella época, ella estaba bien... la señora Manse.

Guardó silencio. Tras un largo silencio, Polly dijo:

—Bueno, ¿qué pasó?

Tarnie agachó la cabeza.

—La gente no lo entiende... Sin ánimo de ofender —dijo.

—Tranquilo —replicó Polly.

—La gente no entiende lo peligroso que es el mar. Lo escuchas a todas horas en las noticias. Ah, ya ha pasado la tormenta, todo está bien. Cuando lo que quieren decir realmente es que la tormenta se ha internado en el mar, pero a ellos les da igual.

—Se frotó la nuca de nuevo—. Y encima dicen: «Oh, están sobreexplotando los caladeros. Pobres peces. Qué malos son los pescadores». Cuando en realidad solo estamos haciendo lo que se ha hecho siempre. Un trabajo duro, mal pagado y... peligroso. Es muy peligroso, Polly.

Polly se mordió el labio.

—No me había dado cuenta.

—Sí, la gente no se da cuenta. Solo se queja del precio del pescado y de las



patatas fritas... Aquel día salimos todos a faenar. Jimmy iba en el *Calina* con su padre... Mi padre ya se había jubilado para entonces. Y apareció de la nada. La previsión meteorológica no anunció tormenta alguna. Nos llegó un fax de aviso quince minutos antes. Olas del tamaño de un edificio de tres plantas rompiendo sobre los barcos. Es como si te cayera una montaña encima. Y sin tiempo. No tuvimos tiempo. Cuando recuperabas el equilibrio e ibas a moverte, te caía otra. Solo había agua por todos lados. Se te llenaban los pulmones por respirar. Te empujaba a donde quería llevarte.

Polly lo observó atentamente. Era como si estuviera viendo las imágenes de los recuerdos pasando frente a sus ojos.

—Regresamos cojeando. Todos habíamos perdido los mástiles, y las redes habían desaparecido. Las olas las habían arrancado como si las hubieran agarrado y hubieran tirado de ellas hasta el fondo.

Se volvió hacia Polly con una expresión angustiada.

—No es que no nos cuidáramos los unos a los otros. Pero debes comprender lo que pasa ahí fuera cuando hay olas de nueve metros en plena noche. Ni siquiera puedes verte las manos aunque te las pongas delante de la cara. No puedes ver nada. Te puedes ahogar incluso sin caerte al agua, ¿lo entiendes? —le preguntó con un deje feroz en la voz—. Cuando llegamos a casa, ni siquiera pudimos hacer un recuento de los daños. Estábamos traumatizados.

—Es normal que lo estuviérais —dijo Polly.

—No nos dimos cuenta... Ni siquiera nos dimos cuenta de que el *Calina* no había regresado. No al principio. —Tragó saliva.

—¡Ay, Dios! —exclamó Polly—. ¡Ay, Dios, es horrible!

Tarnie se frotó la nuca con fuerza.

—Fue hace mucho —dijo, con los ojos clavados de nuevo en la foto.

—¿Encontraron... encontraron los cuerpos?

—Nada —contestó Tarnie—. No llegó ni un solo resto del barco a la orilla. Es muy raro, la verdad. Normalmente... normalmente el mar los trae de vuelta a casa. Pero esta vez no lo hizo.

—¿Cuántos años tenías? —quiso saber Polly.

—Diecinueve —contestó Tarnie sucintamente.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Polly—. ¡Ay, Dios mío, es horrible! —De repente, cayó en la cuenta de algo—. ¡Ay, Dios mío! —repitió—. Es el fantasma de Jayden. Eso es lo que estaba haciendo ahí fuera. —Polly tuvo que sentarse, horrorizada—. La había visto antes, ¿sabes? La vi la otra noche. No estaba paseando por el puerto. Jayden dice que otras personas también la han visto.

—¿De qué estás hablando?

—Ella es... es el fantasma, Tarn. Baja al puerto para mirar hacia el mar... No sabía qué estaba haciendo.

Tarnie la miró, confundido. Polly aferró con fuerza la fotografía que tenía en las

manos.

—Creo que los está buscando —afirmó—. Creo que todavía está esperando que regresen a casa.

La expresión de Tarnie se volvió sombría mientras asentía pensativamente con la cabeza.

—Tardó muchísimo tiempo en aceptarlo —dijo despacio—. Avisaba tantas veces a Salvamento Marítimo para que salieran a alta mar que tuvieron que pedirle que dejara de hacerlo. No paraba de repetir: «Están ahí fuera». La gente se compadecía de ella. Siempre ha sido difícil ganarse la vida en la isla, pero para ella la situación empeoró de repente. Consiguió un poco de dinero del sindicato y lo usó para comprar el obrador, ya que por aquel entonces daba para que hubiera dos en Mount Polbearne. Los antiguos dueños se habían percatado de que las cosas irían de mal en peor y se mudaron a tierra firme como todos los demás. Nunca le ha ido muy bien, pero es lo único que tiene, lo único que siempre ha tenido.

—Me siento fatal —dijo Polly, al recordar los feos pensamientos que había albergado y las palabras que había dicho a una persona que había sufrido más de lo que ella podía imaginar.

—Creía que... cualquiera pensaría que a estas alturas ya lo había asimilado —replicó Tarnie, meneando la cabeza—. Han pasado casi veinte años.

—¿Solo tenía un hijo? —preguntó Polly.

—Sí —contestó Tarnie—. Solo tuvo a Jim. Era el niño de sus ojos.

—No se ha rendido —dijo Polly—. Todavía los está esperando.

Tarnie echó un vistazo por el pequeño y atestado dormitorio y miró la foto que Gillian Manse no soportaba tener en la pared.

—Eso sí que es espantoso —repuso en voz baja.

Guardaron en silencio el resto de las cosas que Polly creyó que Gillian podía necesitar y después Tarnie condujo hasta el hospital, con una enorme caja de bombones que habían encontrado en la tienda de Muriel. Polly se despidió de él sintiéndose más culpable que nunca y prometiéndose que se mostraría más comprensiva a partir de ese momento.

Ese día, por primera vez desde que llegó, Polly empezó a hornear con la conciencia tranquila. En un intento por apaciguar la culpa que sentía por lo sucedido con Gillian Manse, se dispuso a preparar una cesta para ella: un roscón, *brioche*s y *pains au chocolat*. Eran unas recetas trabajosas y complicadas, y le encantó hacerlas. A media tarde, se llevó a *Neil* a la ventana.

—Vale, vamos allá —dijo con tristeza. El sol se reflejaba en el mar e iluminaba el puerto, y la imagen del exterior era preciosa—. ¿Vamos a practicar el vuelo?

*Neil* graznó, furioso. Lo dejó en el borde de la ventana y el pajarillo saltó al suelo de nuevo en busca de miguitas de pan.

—¡Se acabaron las miguitas! —exclamó, muy consciente, y culpable, del *brioche* que le había dado—. Sí que te estás poniendo fondón.

Lo dejó en el alféizar de nuevo.

—Mira, no quiero tener que empujarte —dijo—. Ya he alcanzado el cupo de gente que se cae de sitios por hoy. Pero de verdad que tienes que... de verdad que tienes que irte. Tengo que llevarte al... En fin, mejor no hablar del tema. Pero tienes que irte. Y tienes que estar preparado.

Se llevó una sorpresa al ver que *Neil* la observaba con expresión suspicaz antes de batir las alas un poquito. El ala herida estaba como nueva; era imposible saber a simple vista que había tenido problemas.

—¡Sí! —exclamó Polly—. ¡Muy bien! ¿Por qué no sales a volar y pescas algo?

*Neil* parecía estar observando el mar con mucho interés. Ladeó la cabecita mientras las gaviotas graznaban con fuerza, enfrascadas en alguna especie de pelea. El frailecillo movió las patitas de un lado para otro. Polly dejó de enharinar la encimera y se acercó para verlo mejor. En el puerto vio a los pescadores reunidos, sin Tarnie, mientras fumaban y charlaban. Jayden la saludó con la mano y, cuando vio lo que estaba haciendo, extendió las manos hacia el pajarillo.

—¡*Ne-il!* ¡*Ne-il!* —corearon todos para animarlo a saltar. Jayden agitaba una cabeza de pescado en su dirección.

Polly sonrió.

—¿Ves? —le dijo—. No pasa nada. Vamos. ¡Vamos!

Le dio un tímido empujoncito. Muy despacio al principio, *Neil* levantó las alas y, después, con toda la elegancia de la que era capaz una cría fondoncilla de frailecillo, se lanzó al aire.

Polly comenzó a aplaudir.

—¡Vamos, *Neil!* —gritó—. ¡Vamos, chiquitín! ¡Vamos!

En ese momento, *Neil* se puso un poco nervioso y comenzó a batir las alas demasiado deprisa mientras se inclinaba hacia la derecha, pero los pescadores que lo

animaban consiguieron que se concentrara hasta que se posó, con movimientos torpes e inexpertos, en las manos de Jayden, donde lo esperaba un delicioso trozo de pescado.

—¡HURRA! —vitorearon todos.

—¡Hurra! —repitió Polly en el piso, con una sonrisa—. Espera, voy a por la cámara.

Cogió el teléfono y, mientras Jayden dirigía a *Neil* hacia la ventana y lo dejaba marchar, le sacó una foto en pleno vuelo, con los pescadores riendo a su espalda.

Después de eso, *Neil* se pasó toda la tarde queriendo volar de un lado para otro en busca de trocitos de *brioche* y de pescado. Polly supuso que no era el mejor entrenamiento para liberarlo más adelante, pero se consoló diciéndose que al menos era un buen ejercicio de vuelo.

Los *brioques*, los *pains au chocolat* y el roscón salieron de maravilla. Polly bajó con dos cestas y se las dejó a Tarnie, con instrucciones específicas de compartir una con los chicos y llevarle la otra a la señora Manse, al hospital. Tarnie la informó de que la iban a dejar unos días en observación, en parte para comprobar el golpe de la cabeza y en parte para estudiar su salud mental. A Polly le alegró saberlo, pero le preocupaba el obrador de Gillian. Si no lo limpiaban pronto, seguro que se llenaría de ratones. Habló con Muriel en el ultramarinos.

—Te echaría una mano —dijo Muriel—. Pero tengo turnos de doce horas. No sé si voy a tener fuerzas.

—¡Leches! —exclamó Polly. Todo el mundo trabajaba durísimo para que las cosas siguieran funcionando en ese diminuto lugar—. Supongo que será mejor que lo haga yo misma.

Cuando entró en el obrador al día siguiente, el espantoso olor a moho lo impregnaba todo y estaba segura de que escuchó corretear a un ratón. Guardó las hogazas salvables para hacer pudín de pan con mantequilla, que tal vez pudiera vender si lo congelaba (no era la mejor idea, pero era lo único que se le ocurría), y después agarró la caja con los útiles de limpieza de Kerensa, se remangó y se puso manos a la obra.

Enseguida se dio cuenta de que el local llevaba mucho tiempo sin una limpieza a fondo; claro que no era una sorpresa, pensó Polly, teniendo en cuenta la vida tan dura de Gillian. Había miguitas entre las (bonitas) vitrinas de cristal de los años cincuenta; grasa en el techo; telarañas en el almacén, allí donde ya no se guardaba la harina. Polly se preguntaba cómo una sola persona podía llevar un obrador, pero Muriel le explicó que Gillian contaba con la ayuda de alguien los meses de verano, además de que había dejado de hornear hacía mucho tiempo, ya que le resultaba más barato y cómodo comprar los productos ya hechos a una empresa. Por desgracia, dicha empresa se especializaba en productos con harina de mala calidad y de larga caducidad; tal vez no costaran mucho, pero el precio era igual a su sabor. Una de las cosas que Polly nunca había sido capaz de soportar era el pan malo. ¡El pan, un pilar

de la alimentación, uno de los elementos fundamentales de la vida! Siempre había sido de la opinión de que, si no se desayunaba con buen pan, el resto del día iría de mal en peor.

Y cuando la moda cambió y el pan se convirtió en algo que parecía engordar con solo mirarlo y en algo poco saludable, su determinación aumentó. Si todo el mundo iba a comer menos pan, tenía lógica que el poco pan que se comiera fuera de la mayor calidad posible. Polly estaba abierta como todo el mundo al embrujo del pan blanco barato para cubrir un crujiente, sabroso y salado sándwich de beicon. Pero en lo tocante al pan como alimento, esa porquería le parecía una pérdida de tiempo para todo el mundo. Sobre todo cuando el horno y el resto de los utensilios seguían allí, a la espera de que los usaran. Preparar pan llevaba mucho tiempo, pero no era difícil, y los resultados siempre, pero siempre, merecían la pena.

Mientras iba de un lado a otro frotando y fregando, se dio cuenta de que, en vez de detestar el trabajo, le resultaba hasta catártico, tal como le sucedió al limpiar el piso. El sol se filtraba por el reluciente escaparate y empezó a sentirse un poco más útil. Un par de personas asomaron la cabeza en busca de pan y para preguntar por la señora Manse. Las noticias ya habían corrido por el pueblo. Polly contestó como pudo que la señora Manse se había caído y que la tenían en observación.

—¿Te vas a quedar con este sitio? —preguntó Jayden cuando se pasó a la hora del almuerzo—. ¿No tienes ni empanadillas ni nada?

—Nada —contestó Polly—. Lo siento. ¿Vendía buenas empanadillas?

—No —respondió Jayden con tristeza—. Pero ya sabes lo que dicen de la peor empanadilla que has probado: sigue siendo muy buena.

—No conocía ese dicho —repuso Polly.

—¿Por qué no empiezas a hornear aquí? —sugirió Jayden—. Sabes hacerlo. Así que...

—Porque es como un pelín ilegal colarse en el negocio de otra persona y empezar a trabajar —contestó.

—En fin, ¿y qué estás haciendo ahora? —preguntó él.

Polly sonrió.

—Solo echo una mano.

—¿Por qué no echas una mano preparando unas empanadillas? —preguntó Jayden.

—Dicho de esa manera, parece muy sencillo —dijo Polly.

Tarnie parecía cansado cuando asomó la cabeza por la puerta del obrador esa noche, pero se llevó una buena sorpresa.

—¡Hala! —exclamó.

Polly sonrió. También estaba exhausta, ya que apenas había dormido, pero no podía creer lo mucho que había avanzado limpiando el obrador. Incluso había

limpiado los hornos, fríos y grasientos después de un largo abandono, que en ese momento estaban preparados para volver a la vida.

—No lo había visto así desde... —Su voz se perdió antes de terminar—. Desde hacía años.

—¿Cómo está? —preguntó Polly.

Tarnie se encogió de hombros.

—Quieren hacerle una evaluación psiquiátrica completa y les ha dicho por dónde metérsela.

—¡Ja! —exclamó ella—. Bien hecho. Me gusta que insulte a todo el mundo por igual. ¿Se comió el *brioche* que le hice?

—Pues sí —contestó Tarnie—. Me dijo que estaba asqueroso, pero se lo comió enterito.

—En fin, ESO sí que es una buena señal —repuso Polly.

Tarnie echó otro vistazo a su alrededor.

—Es una pena que sea más terca que una mula —dijo—. A ver, necesitas trabajo, ¿no?

—¡SÍ! —exclamó Polly con fervor.

—Pues a mí me parece evidente —siguió Tarnie—. Tú horneas, ella se queda en el mostrador y trabajáis juntas.

Polly se enderezó.

—Esto... —comenzó.

—¿Qué? —preguntó Tarnie, que la miraba sin comprender.

—Bueno... ¿no me odia?

—¿Y qué más da? Es un trabajo. Jayden me odia.

—Jayden te adora —aseguró Polly—. ¿Diez horas diarias en un espacio reducido con ella? Sería desastroso, créeme.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Vas a irte?

—¿No puedo ser pescadora?

Tarnie sonrió. Sus dientes parecían blanquísimos al lado de su piel morena.

—Los pescadores nacen, no se hacen.

—En fin, eso es racista.

—No, lo digo en serio. Si no naces haciéndolo, es espantoso.

Polly miró los hornos.

—A lo mejor podría trabajar aquí... hasta que vuelva.

Tarnie se encogió de hombros.

—¿Crees que estás a la altura del desafío?

—No lo sé —contestó Polly con absoluta sinceridad—. ¿Y tú?

Tarnie sonrió de nuevo.

—Que sepas que creo que puedes hacer cualquier cosa si te lo propones —dijo. Le devolvió la sonrisa.

—Menos pescar —repuso.

—En fin, claro, menos pescar.

Polly durmió hasta tarde el día siguiente y se despertó por un estruendo seguido del insistente ruido de un claxon.

—¿Quién es? —preguntó mientras abría la ventana. Hacía un día glorioso, con nubes algodonosas que se alejaban por el horizonte como niños de camino a la playa.

Era Huckle, subido a su ridícula moto. Se había colocado las gafas sobre el casco.

—¡Oye! —gritó él—. ¿Cómo vas?

—Bien —contestó al tiempo que tomaba una honda bocanada de aire salado—. ¿Qué haces?

Huckle parecía confundido.

—Es hoy, ¿no te acuerdas?

Polly meneó la cabeza. Como si su agenda estuviera llena de compromisos sociales...

—Esto... pues no.

—*Neil*.

—¿Qué pasa con *Neil*?

—Vamos a llevarlo a la reserva. Lo acordamos el sábado.

A Polly se le había olvidado por completo. De hecho, se dio cuenta, apenada, que había fingido que no iba a suceder.

El primer impulso de Polly fue negarse. «No, no, no». Dado que *Neil* ya podía volar, le gustaba seguirla más que antes. Luchaba con la tetera y daba vueltas a su alrededor mientras se calentaba; aunque intentaba mantenerlo alejado, siempre se acercaba cuando empezaba a silbar e incluso la picoteaba con agresividad. En una ocasión, consiguió que dejara de silbar, un hecho que él consideró como una gran victoria.

—Vamos, apártate —dijo Polly, que puso a calentar la tetera para consternación del mandón de *Neil*.

No terminaba de creer que se hubiera olvidado de ese asunto, incluso con todo lo que había pasado. Sin embargo, no podía tener un frailecillo de mascota. Estaba mal. Era una crueldad. Todo el mundo lo decía.

Aun así, parecía que el momento había llegado demasiado pronto. Le acarició las plumas y le dio sin pensar un poquito de los restos del *brioche*. *Neil* se pegó a su dedo como si lo supiera.

—Ah, por el amor de Dios —masculló, enfadada—. Vale, acabemos de una vez con esto.

—Pareces haber perdido una libra para encontrarte un penique —dijo Huckle cuando

por fin salió, tras darse una ducha rápida y ponerse sus vaqueros desgastados preferidos y sus Converse viejas.

Polly parecía triste, sin más.

—Vamos —dijo Huckle—. Verás, donde crecí, no podías encariñarte demasiado con los animales.

—¿Qué pasa, creciste en una granja? —preguntó Polly, enfurruñada.

—Esto... sí. Una granja —contestó Huckle.

Se hizo un breve silencio. Polly miró el sidecar.

—¿Se supone que tengo que subirme a esa cosa?

—No —contestó Huckle—. Tú, sígueme. *Neil* puede volar y llevarte colgada de sus garras.

Huckle le ofreció un casco negro de estilo retro, con una pequeña visera en la parte superior, parecida a la de una gorra, y unas gafas.

—¿Se ha estrellado un avión de guerra alemán por aquí cerca? —preguntó Polly.

—Gracias, Huckle —dijo él—. Por ceder tu tiempo y tu esfuerzo para ayudar a otra persona.

Polly inspiró hondo, se colocó el casco sobre el pelo ondulado y se subió al sidecar. Por increíble que pareciera, era bastante cómodo; un cojín de cuero acolchaba todo el interior y podía estirar las piernas, de modo que parecía un lujoso saco de dormir. En cuanto aseguró a *Neil*, que había sacado la cabeza de la caja para mirar a su alrededor, Huckle aceleró, movió el pie (llevaba unas enormes botas negras) y salieron volando.

Era igual de ruidoso estando dentro. El sidecar espantó a los pájaros que estaban en los árboles. Polly tampoco había esperado que creara tanto revuelo. En cada calle por la que pasaban, la gente los señalaba, los niños se reían a carcajadas y los ancianos sonreían al verlos. Tuvo la sensación de ser hasta famosa.

La carretera estaba abierta, con los adoquines relucientes por el sol matutino, y la cruzaron en un abrir y cerrar de ojos, tras lo cual Huckle la llevó por las tranquilas carreteras secundarias. Pasaron volando por las curvas y junto a los extensos campos de ulmarias; dejaron atrás rebaños de vacas indiferentes, que se agolpaban junto a los abrevaderos y parecían charlar; y también unos preciosos ponis palominos, que galopaban por la ladera de una colina. En el cielo, a medida que se internaban en la península, los graznidos de las gaviotas dieron paso a los gavilanes, que surcaban el cielo con elegancia, y a los zorzales que trinaban desde los setos. Los conejos cruzaban la carretera como bolitas de pelo y el viento azotaba la moto, pero ella, en su cómodo sidecar, con la más que útil manta, no tenía frío.

De no ser por lo que los esperaba (sujetaba con fuerza la caja donde llevaba a *Neil*), habría disfrutado muchísimo del paseo. De vez en cuando, Huckle se volvía hacia ella, como para comprobar que estaba disfrutando, pero había demasiado ruido como para hacer algo más que no fuera asentir con la cabeza al atisbar una gruta iluminada por el sol o un arroyo entre las colinas, o una antigua granja de piedra que



conseguía parecer austera y acogedora a la vez, con el tejado a dos aguas sobresaliendo sobre los campos verdes de Cornualles. Al ir tan cerca de la carretera, tenía la sensación de formar parte del paisaje que atravesaban, y aunque vieron unos cuantos coches, ciclistas e incluso peatones, todos parecían encantados de verlos y algunos los saludaron con la mano. Estaba emocionada cuando vio el desvío, señalizado por un cartel marrón del National Trust en el que se podía leer «Reserva de frailecillos». Se le cayó el alma a los pies. «No pienses en eso», se ordenó. «Piensa en otra cosa». Miró los fuertes muslos de Huckle, tan seguro de sí mismo a los mandos de la moto. De acuerdo, tal vez tampoco debía pensar en eso...

La campiña en esa zona, más al norte, era mucho más rocosa e incivilizada; el viento era más frío. Esa parte de Cornualles daba al mar de Irlanda, con sus gélidas tormentas y sus poderosas olas. Un entorno perfecto para un ave de agua fría, se dijo. «Piensa en lo bien que se lo va a pasar con sus uno coma cuatro millones de nuevos amiguitos», se ordenó.

Antes de salir de casa, había pensado en marcar a *Neil* de alguna forma, por si quería ir a verlo. Suponía que podía solicitarlo cuando llegaran, pero a lo mejor la tomaban por una imbécil. También podía desear que *Neil* la recordase, pero eso sí que sería una imbecilidad de tomo y lomo. Era un pájaro y ella era una persona. Era imposible que saliera bien. Esbozó una sonrisa tristonca al pensarlo y se dejó mecer por las curvas de la carretera, aunque ir en el sidecar era comodísimo en cuanto uno asimilaba lo cerca que se estaba del asfalto.

Huckle había llamado de antemano y los esperaba una chica muy agradable, con un cuerpo atlético, seguro que por la práctica del *netball*, un marcado acento neozelandés y una actitud franca.

—Bueno, vamos a echarle un vistazo al chiquitín —dijo al tiempo que sacaba a *Neil* de su caja con pericia. *Neil* miró a Polly, aterrado.

—Tranquilo —le dijo ella—. No pasa nada.

—Vale, ¿se rompió un ala? —La chica lo tocaba con cariño y tiento, comprobando su estado—. Has hecho un trabajo estupendo, ya lo creo.

—Esto... vale. —Polly se dio cuenta, espantada, de que le costaba mantener la voz firme.

—Claro que estás un pelín cebado —dijo la chica a *Neil*, muy seria—. Vas a tener que ponerte las pilas, chiquitín, para conseguir tu ración de pescado ahí dentro.

*Neil* protestó e intentó acercarse a Polly, pero la jugadora de *netball* lo tenía bien agarrado.

—¿Puedo...? A ver, ¿hay alguna manera de marcarlo? —preguntó Polly—. Por si...

—¿Por si quieres venir a saludarlo? —La muchacha se rascó la cabeza—. En fin, no puedo... A ver, los anillan, sí, pero para comprobar los movimientos migratorios.

No sé si tengo una anilla que no interfiera con la estadística, ya sabes.

—Ah, vale —repuso Polly—. Era una idea, nada más.

—Mira, estás haciendo lo mejor por él —dijo la chica—. Lo sabes, ¿no?

Polly asintió con la cabeza, aunque le temblaba el labio inferior.

—No es una mascota. Ha nacido para estar con sus congéneres, aparearse y criar, como todos los demás. Y se merece disfrutar de esa oportunidad, ¿no crees?

—Sí —contestó Polly tras hacer acopio de valor—. Sí, claro.

—Bien por ti. Vale, venid por aquí para liberarlo.

En la cima de la colina había un camino (marcado con pequeños frailecillos) que conducía a un enorme saliente rocoso que se alzaba sobre el mar. Polly jadeó. Había tantos pájaros que sería imposible contarlos. Estaban por todas partes; y había de todas clases: grandes, pequeños, con el pico naranja y con el pico negro. Graznaban, se lanzaban al agua, daban saltitos de un lado para otro o se quedaban quietos sobre la roca, con la vista clavada en el mar. Eran como una enorme alfombra blanca y negra. Era una vista extraordinaria.

—Estará bien atendido.

Polly cogió la caja. Era evidente que *Neil* se daba cuenta de que pasaba algo, porque daba saltitos como un loco y volvía la cabeza hacia los pájaros que volaban.

—Es como si lo supiera —dijo Polly.

—Claro que lo sabe —le aseguró Huckle, que la rodeó con un brazo. Con la mano libre, se sacó algo del bolsillo—. Toma —dijo—. Me preguntaba si podríamos usar esto.

Era una de las chapitas que usaba para cerrar los tarros de miel. Era de plástico, tenía un cierre seguro, pero también era ligera. Llevaba escrita las palabras «Miel de Huckle».

—No sabía si... —continuó él.

La dicharachera chica neozelandesa la miró.

—Ah, sí —dijo—. Podría valer. Y no interferirá con los estudios. Genial.

Polly lo miró.

—Gracias.

—No hay de qué —repuso Huckle. Cogió la chapita y se la colocó con cuidado a *Neil* en la pata izquierda. El frailecillo comenzó a picotearla con furia.

—Para ya —le dijo Polly—. No lo hagas. De lo contrario...

Cogió al pajarillo y le rascó las plumas detrás de las orejas, como le encantaba, por última vez. Después, frotó la nariz contra su pico.

—Has sido el primer amigo que hice aquí —le dijo—. Muchísimas gracias. —Lo miró a esos ojos negros—. Y ahora, vete —le ordenó—. Vete, vuela libre. Haz amigos, forma un nido.

Lo dejó en una roca. *Neil* estaba totalmente absorto por los ruidos y las

conversaciones de los miles de pájaros que lo rodeaban. Dio un pasito hacia delante, pero luego retrocedió y la miró con expresión interrogante.

—No —le dijo, aunque se le volvió a romper un pelín la voz—. Tranquilo, vete.

*Neil* se adelantó un poquito más. Ella le acarició la cabeza por última vez y se puso en pie.

Con cuidado, titubeante (estaba mucho más gordo que el resto de los frailecillos), saltó de su roca a la siguiente. Al punto, los otros frailecillos lo rodearon para mirarlo. Hubo aleteos y murmullos.

—No seáis abusones —les gritó Polly. *Neil* se volvió hacia ella brevemente.

Polly sacó el teléfono para hacerle una última foto, pero, cuando por fin enfocó, se llevó una tremenda desilusión al darse cuenta de que ya no podía reconocerlo en mitad de los miles de pájaros congregados.

—Ay, Huckle —dijo—. ¿Cuál es? No lo veo.

—Tranquila —repuso él—. Mira.

Un grupo de pájaros había alzado el vuelo y se congregaban alrededor de un chico con un colorido polo que distribuía pescado. Y allí estaba, en mitad del grupo, un poco torpón pero aguantando el tipo, un frailecillo algo fondón con una chapita alrededor de la pata izquierda. Polly lo miró hasta que se elevó por encima del acantilado, oculto entre los demás pájaros, y lo perdió de vista.

Huckle le dio un apretón en el hombro y regresaron a la entrada por el camino. Polly estaba demasiado alterada para hablar.

—Sé que es una tontería —consiguió decir al final—. Solo es un pájaro.

—*Neil* no era solo un pájaro —masculló Huckle—. Era el mejor frailecillo que he visto en la vida.

El comentario casi consiguió que Polly se echara a reír entre sollozos, de modo que mantuvo la boca cerrada.

—Hay una cafetería por si tenéis hambre —dijo la alegre neozelandesa, pero cuando se asomaron por las puertas, no solo olía a patatas fritas rancias y a vacaciones fracasadas, sino que estaba llena de imágenes de frailecillos, de peluches de frailecillos y de recuerdos de frailecillos. Tenía muy mala pinta, pero se hacía tarde.

—¿Tienes hambre? —le preguntó a Huckle.

—Antes me como un frailecillo —replicó él—. Lo siento, ¿ha sido insensible?

—sí —contestó Polly, que se volvió hacia la chica—. Gracias por tu ayuda —le dijo.

—De nada.

—Te dejo mi móvil y mi dirección de correo electrónico...

La chica miró el trozo de papel sin comprender.

—Si no se aclimata o... si le pasa algo... —Se le quebró la voz por completo.

—Ah... vale, claro —dijo la muchacha, desconcertada.

—Vamos —dijo Huckle—, pongámonos en marcha.

La chica le lanzó una miradita.

—Encantada de conocerte, ¿eh? —dijo con un tono de voz que incluso Polly, deprimida como estaba, reconoció como el coqueteo que era.

Huckle le regaló su sonrisa de chico campechano y llevó a Polly de vuelta junto al sidecar.

Polly decidió esperar a estar de vuelta en el sidecar para echarse a llorar, ya que allí nadie podría verla u oírla, salvo algunos niños que iban de visita, que no daban crédito a que alguien que se montaba en un sidecar pudiera estar tan triste como para llorar.

Sabía que estaba comportándose como una tonta y que estaba sacando las cosas de quicio, y no quería ni imaginarse lo que Hucke pensaría de ella, pero de todas formas... *Neil* solo era un bebé, pero había conseguido que se sintiera menos sola en el momento más solitario de su vida. Podía echarlo de menos si le apetecía. Se preguntó si eso era lo que se sentía cuando se tenían hijos. Después, recordó que su madre le dijo que Dios hacía que los adolescentes fueran espantosos para que una se alegrara cuando se iban de casa, lo que explicaba muchas cosas.

Por fin se le pasó la llantina y se dio cuenta, al mirar a través de las gafas, de que no tenía ni idea de dónde se encontraba. No volvían a casa por el mismo camino; en cambio, parecían alejarse por la costa norte, con el mar asomándose de vez en cuando cada vez que pasaban una colina. Miró a Hucke sin comprender, pero él estaba leyendo las señales de la carretera con expresión confundida y no se percató. En ese momento, tocó la caja vacía de *Neil* con el pie y le costó la misma vida no echarse a llorar de nuevo.

Con un chirrido fortísimo de frenos y una maniobra que casi tiró a Polly del asiento, el sidecar giró a la derecha para meterse por un camino de tierra.

—Lo siento —dijo Hucke por encima del ruido del motor.

Polly se dio cuenta de por qué había estado a punto de saltarse el desvío: no estaba señalizado. Se preguntó adónde conducía.

El sidecar avanzó dando botes por el camino. Polly esperaba que condujera a una granja, pero, en cambio, se internó por un campo de labor y después subió unas dunas de arena, donde estaban aparcados varios todoterrenos. Hucke aparcó junto a los coches y paró el motor. El repentino silencio, después del estruendo de la moto, casi fue abrumador.

Polly se apeó del sidecar y se estiró.

—¿Dónde estamos? —Echó un vistazo a su alrededor.

Huckle la miró con expresión guasona.

—¿Has dejado ya de llorar? —le preguntó.

—Esto... sí —contestó Polly—. Creo.

—Bueno, no pasa nada por llorar.

—Ya lo sé —dijo Polly, que se frotó la cara para eliminar el rímel que se le había corrido.

Subieron a la cima de una duna y miraron hacia abajo. Polly jadeó. Estaban en la cima de una larguísima playa de arena dorada. Era inmensa y parecía extenderse hasta el infinito. Unas enormes olas la golpeaban, formando una cresta de espuma que se extendía a lo largo de varios kilómetros.

La playa estaba casi desierta salvo por una cabaña de madera y las cabezas y los cuerpos envueltos en neopreno de una docena de surfistas que surcaban las olas. Polly solo era capaz de medir las olas por lo diminutas que parecían las figuras que bailaban en sus crestas.

—¿Qué ES este sitio? —preguntó.

Aunque la temporada acabara de empezar como en ese momento, las playas de surfistas estaban atestadas y los surfistas se peleaban por hacerse un hueco, incluso acababan liándose a puñetazos. Pero allí...

—Pertenece a Reuben Finkle —contestó Huckle—. Es una especie de mago de Silicon Valley, no sé si me explico. Se forró vendiendo artilugios tecnológicos clasificados de alto secreto para el ejército. Se jubiló a los veintiocho años para surfear a sus anchas.

—Impresionante —comentó Polly—. Ay, por Dios... ¿Me estás diciendo que la playa es suya?

—Pues sí, es suya. Tiene la casa allí arriba. Es un secreto. Pero deja que unos cuantos amigos la usen de vez en cuando.

—Me estás tomando el pelo.

—Lo conocí en Wharton... Da igual...

Polly echó un vistazo a su alrededor. Era preciosa. El sol había salido y hacía relucir la fina arena. Era como el primer día cálido del año.

—Vamos —dijo Huckle—. ¿Tienes hambre o sigues demasiado deprimida?

—Sigo deprimida —contestó Polly—. Pero también tengo un poco de hambre.

Huckle se quitó las botas y los calcetines y lo dejó todo junto a la moto, y Polly hizo lo propio con sus Converse, antes de recogerse los bajos de los vaqueros y bajar por la duna. Polly se cayó de culo y Huckle se rio de ella, a lo que contestó sacándole la lengua, con la sensación de que casi había vuelto a la normalidad.

La arena mojada al llegar a la orilla le provocó una sensación deliciosa; el agua seguía estando demasiado fría, pero era agradable pasear por ella, de modo que así lo hizo Polly.

—Es increíble que algunos tengan tanto —comentó ella.

La casa de Reuben Finkle apareció ante ellos, un increíble círculo de cristal muy moderno que parecía un lugar en el que podría vivir Tony Stark.

—Sí —repuso Huckle con voz controlada—. Pero ¿no es maravilloso que conserve algo tan bonito como esto? Y hace mucho en favor de la conservación de los mares.

—Parece un tío estupendo.

—Es un pelmazo —replicó Huckle—. Pero hace mucho en favor de la conservación de los mares.

Después de saludar a algunos de los amigos de Huckle sobre las olas, llegaron a la cabaña de madera que Polly había visto desde las dunas. Estaba pintada de blanco y, al acercarse, vio que se trataba de una cafetería; había mesas y sillas dispuestas por la zona, un bar completo y una cocina de concepto abierto muy bien equipada.

—¡Hala! —exclamó Polly—. Es impresionante. ¿Por qué los vándalos no arrasan con todo esto? Los chicos de la zona seguro que lo conocen. La carretera está ahí mismo.

—Claro que lo conocen —reconoció Huckle—. Sueñan con que algún día los invite. Además, corren muchos rumores acerca de cámaras de vigilancia y de guardias con metralletas.

Polly lo miró.

—¿De verdad?

—Ah, solo son rumores —dijo Huckle—. Seguramente.

Se sentaron a una de las mesas. Hacía un calorcillo muy agradable, sin demasiado viento, y el sol era una reconfortante presencia en la nuca de Polly, que suspiró, aliviada.

—Es precioso.

Un hombre bajito y orondo con pelado militar y una cara aniñada llena de pecas salió de la cocina ataviado con un delantal blanco sobre los pantalones cortos.

—¡HUCK! ¡COLEGA!

Huck levantó una mano y realizó un intrincado movimiento para chocar los cinco que acabó en desastre en el último momento. El cocinero le dio un fuerte puñetazo en el hombro.

—¿Tiene un chef? —preguntó Polly antes de poder contenerse.

—¿Quién tiene un chef? —quiso saber el hombre bajito.

—Lo siento —se disculpó ella—. Solo preguntaba por el dueño de todo esto. Hola, soy Polly.

—Y yo soy el dueño de todo esto —anunció el hombre al tiempo que le tendía la mano—. Y me gusta cocinar. Pero también tengo un chef. En realidad, tengo tres. Sí. Genial. Reuben Finkle. Encantado de conocerte. Eres amiga de Huckle, ¿no? ¿Sí? ¿Tengo razón? ¿Una buena amiga? ¿Una buena amiga muy *sexy*?

Le guiñó un ojo de forma exagerada a Huckle y movió un poco las caderas. Polly por fin entendía lo que había querido decir Huckle al comentarle que Reuben era un pelmazo, aunque al principio no sabía a qué se refería.

—Polly está pasando una mala racha —dijo Huckle con ese deje lento y calculado—. Así que se me ha ocurrido traerla para que pruebe la mejor comida de Cornualles

y animarla un poco.

—Muy bien pensado, muy bien pensado, sí. ¿Quieres un martini? —Reuben la miró y chasqueó los dedos—. No, no, ya sé lo que te hace falta. Necesitas un margarita. ¿A que tengo razón? Claro que tengo razón. Los margaritas se meriendan cualquier marrón. Hasta que te despiertas en el contenedor de basura, claro. ¡JA! —Soltó una carcajada estentórea un poco sorprendente.

—Esto...

Polly estaba teniendo un día muy complicado. Huckle le hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza.

—Esto... sería estupendo —contestó ella.

—¿Una clara, colega? Una clara para el chico campechano de pelo claro.

—Claro —contestó Huckle—. Lo que digas.

Reuben volvió con las bebidas y se sentó a la mesa. La verdad era que se trataba de un tío bastante relajado, porque hablaba sin parar sobre lo mucho que había surfeado, sobre la cantidad de mujeres con las que se había ido de fiesta (Polly siempre entendió que «irse de fiesta» era pasárselo bien, pero parecía que para él era emborracharse hasta perder el sentido), sobre el verano tan bueno que iban a tener y sobre cuánto dinero había rechazado por la propiedad, una oferta que le hizo un oligarca ruso que amenazó con mandarlo a Siberia, pero que todo acabó bien porque Reuben sabía kung-fu y lo había acojonado, y, además, ¿le gustaba a Polly *La guerra de las galaxias*?

Polly contestó que sí, que le gustaba la saga, o al menos que le gustaba Harrison Ford en *La guerra de las galaxias*, ante lo cual Reuben se picó un poco y dijo que las nuevas películas estaban infravaloradas y que la gente tendría que reconsiderar su opinión, algo que procedió a explicarle largo y tendido.

El hecho de no tener que hablar permitía a Polly abstraerse y disfrutar del sonido de las olas y del azul del cielo, y, según descubrió también, de la reconfortante presencia de Huckle, sentado en la desvencijada silla de madera, con esos grandes pies de uñas recortadas enterrados en la arena. Sus ojos eran del mismo color del mar. Sabía que era por el (excelente) margarita, pero de repente sintió el impulso de apoyarle los pies en el regazo. Desterró la idea de inmediato. Percibía una señal muy clara por parte de Huckle, que era «Seré súperamable mientras no me hagas preguntas personales ni te acerques demasiado».

Y le parecía genial. Su vida también tenía unas cuantas complicaciones. Pensó en la chica de la reserva de frailecillos. Parecía muy improbable que a Huck le faltaran proposiciones. Y siendo así, seguramente había escogido estar solo por un motivo.

En un momento dado, sin interrumpir su monólogo y mientras le preguntaba a Huckle de qué color pintaba su nuevo helicóptero, Reuben se puso en pie de un salto y comenzó a cocinar. El olor y el chisporroteo del ajo y de las cebollas en la sartén hicieron que Polly se diera cuenta de lo hambrienta que estaba, además de que el margarita se le había subido a la cabeza. Se dio cuenta de que Reuben miraba el

frigorífico con las bebidas. Lo vio meditar un momento antes de seleccionar un Chablis muy frío.

Para aclararse las ideas y evitar mirar fijamente a Huckle, cuyos párpados entornados parecían moverse un poco (era difícil saber cuándo alguien tan tranquilo estaba dormido o despierto), se levantó y siguió a Reuben a la cocina.

—¿Cocinas? —le preguntó.

—Me encanta cocinar —respondió él—. Se me da de vicio. De no haber sido un genio de la informática, ya tendría como nueve estrellas Michelin. Dos más que cualquier otro.

Sonrió al escucharlo.

—¿Qué vas a cocinar hoy?

—Cocino lo que pesquemos —respondió—. Tenemos un par de cigalas frescas que pesqué esta mañana. La temporada se está acabando, pero siguen muy buenas porque el agua está lo bastante fría.

—Ella sabe cocinar —anunció Huckle con voz somnolienta desde la mesa.

Reuben la miró con expresión astuta.

—¿De verdad? —dijo—. Seguro que no mejor que yo.

—No, seguro que no —convino Polly—. Y no soy cocinera. Soy más bien panadera.

Se ruborizó al darse cuenta de que era la primera vez que pronunciaba las palabras en voz alta. Sería por la mezcla del alcohol y la increíble seguridad que proyectaba Reuben.

—Pero me encanta tu cocina.

Reuben le regaló una sonrisa satisfecha.

—Sí. Es tope de gama. Me costó un cuarto de millón de libras. Me la trajeron desde Alemania.

Polly asintió con la cabeza al escuchar el comentario.

—¿Quieres que preparemos algo para acompañar el almuerzo?

—Esto... —comenzó Polly—. Ya no estoy tan segura. Seguro que rompo algo en esta cocina tan cara.

—No digas tonterías. —Le soltó Reuben—. Pues me compro otra y ya está.

De repente, Polly vio algo al fondo.

—¡Ay, Dios, ay, Dios! ¿Es un horno de ladrillo?

—Ya lo creo que sí —contestó Reuben—. Y lleva una hora encendido, así que está listo para usar. No puedes tener una cocina exterior sin un horno de ladrillo. ¿Qué tal se te da la *pizza*? Me pego un tiro antes que comerme una mala *pizza*. Yo hago unas *pizzas* alucinantes.

—Entiendo —dijo Polly con una sonrisa. Empezaba a caerle bien—. En fin, si te apetece, podría preparar socca.

Reuben abrió la puerta de hierro del horno. El calor abrasador salió despedido. Acto seguido, se enderezó.



—¿El qué? —Tenía el ceño fruncido.

Polly supuso que pocas cosas le gustaban menos que escuchar algo que no supiera qué era.

Sonrió antes de contestar:

—Bueno, ¿tienes harina de garbanzos?

—Pues claro —contestó Reuben, con el gesto torcido. Se sacó el *walkie-talkie* que llevaba a la cintura.

—Harina de garbanzos. Ya.

—Es una especie de tortita —explicó Polly—. Está muy buena, te gustará.

Reuben la miró de arriba abajo.

—Vale —dijo él—. Marisco con acompañamiento de tortitas. Ya estaremos servidos.

La harina la llevó una criada, que esbozó una sonrisa amable pero que no replicó cuando Polly le dio las gracias, lo que la llevó a preguntarse si hablaría inglés.

—Bueno... —comentó Reuben mientras la observaba preparar los ingredientes—. ¿Te estás tirando a Huckle o no?

A Polly casi se le cayeron los huevos.

—¿Por qué? —replicó—. ¿Quieres tirártelo tú?

Reuben soltó esa carcajada estentórea de nuevo.

—¡Oye, Huckle! —gritó—. ¡Tienes a una polvorilla!

Polly preparó la masa con pericia, añadiendo más harina y agua y moviéndola hasta que estuvo todo lo fina que pudo. Después, untó de aceite la placa caliente del horno y vertió la mezcla, dándole vueltas con pericia pasados un par de minutos. La parte de abajo tenía unas satisfactorias burbujas ennegrecidas. Tras un minuto por la otra cara, la sacó con el palo que había junto al horno para tal fin, la puso sobre un plato con bastante sal y pimienta, la troceó y le dio un poco a Reuben para que la probase. Tenía tantas ansias que apenas si sopló un poco la tortita y se quemó la lengua.

—¡Ay! ¡Joder! —exclamó—. Mierda de horno caliente.

—Es un horno genial —dijo Polly—. No sabes la envidia que tengo.

Un segundo después, Reuben le dio otro mordisco. Después, devoró la tortita entera.

—Ah, tía —dijo con la boca llena—. Está de muerte.

—Lo sé —reconoció Polly—. ¿A que está buena?

Preparó otra socca para Huckle, que Reuben insistió en comerse, y por fin le llevó la tercera. Después, los surfistas aparecieron y les gustó tanto que Polly hizo tres tortitas más antes de que Reuben se acordara siquiera del marisco.

Los surfistas eran tíos fortachones pero muy agradables, casi todos británicos. Sin embargo, la última persona en salir del agua (quitándose el traje de neopreno para dejar al descubierto un increíble biquini rojo de lunares mientras se apartaba la melenaza rubia) resultó ser una de las mujeres más guapas que Polly había visto en la

vida. Parecía una modelo de biquinis sacada de una revista yanqui de deportes. Su piel dorada lucía un leve bronceado y no tenía ni rastro de maquillaje; tenía unos felinos ojos verdes y una boca de labios carnosos. Incluso Huckle abrió los ojos en clara apreciación cuando la vio recorrer la playa con un precioso caftán bordado sobre el cuerpo atlético. Polly se preguntó qué se sentiría al poder hacer algo así... ¿Se daba cuenta siquiera de cómo la miraban allá por dónde iba? ¿Estaba acostumbrada? ¿Se despertaría a los cincuenta y se preguntaría cuándo había cambiado el mundo?

La chica sacó una cerveza del frigorífico, le dio un buen trago, como si estuviera en un anuncio, y después se pegó a Reuben como si fuera una gata. Le sacaba casi una cabeza.

—Hola, guapos —los saludó. Reuben respondió con un gruñido—. Huele que alimenta —continuó—. Tendrías que haber venido esta mañana, es la leche. Increíble.

—Sí, vale, lo que tú digas —resopló Reuben, molesto. No le ofreció un trozo de socca.

La diosa miró de pasada a Polly, que tuvo la incómoda sensación de ser escaneada y declarada inofensiva de inmediato. Sintió el impulso de extender la mano para que le pusieran un sello o algo.

—Hola —dijo la chica con una enorme sonrisa que dejaba al descubierto sus dientes perfectos—. Soy Jaz.

—Esto... hola, Jaz —replicó—. Yo soy Polly.

Jaz la miró mientras hacía más socca y frunció el ceño.

—¿Te deja usar su cocina?

—Jaz, ve a sentarte, anda —dijo Reuben—. Estamos un pelín ocupados.

Jaz hizo un mohín monísimo, pero se reunió con los demás surfistas, que la rodearon como si fuera una reina.

—Tu novia es GUAPÍSIMA. —Soltó Polly sin pensar.

En un gesto impropio de él, Reuben no contestó.

El almuerzo consistió en cigalas salteadas con ajo y limón sobre una cama de ensalada de rúcula. Todos se pusieron a comer con ganas, y el Chablis fue el acompañamiento perfecto para la comida, junto con el sol y las pullas entre los surfistas mientras hablaban de hacer un *hang ten*, de algo llamado *sex wax* y de otras cosas de surferos que Polly no entendía.

Se dio cuenta de que se lo estaba pasando bien.

Después de la comida y del café, y de una enorme caja de caramelos estadounidenses que Reuben pasó por la mesa, los chicos se fueron de nuevo al agua.

—¿Sabes surfear? —preguntó Huckle.

—Sí —contestó Polly—. Tengo el físico perfecto de una surfista, ¿no te habías fijado?

Huckle se encogió de hombros.

—Me parece raro crecer en Cornualles y no hacer surf.

—En fin, yo me crie en Devon.

La criada volvió, se percató Polly, y estaba recogiendo sin molestar. «Imagínate que tienes a alguien que te lo haga y ni siquiera te des cuenta», pensó.

—Gracias —dijo. La chica levantó la vista un segundo y después siguió a lo suyo.

—El asunto es que... —comenzó Reuben—. Tía, tienes... tienes que surfear.

—Parece difícil —dijo Polly.

—No, no me refiero a SURFEAR —resopló Reuben—. A ver, que es una metáfora como la copa de un pino.

—Pues no me había dado cuenta —replicó Polly.

—Tienes que buscar lo que te haga feliz. ¿No lo habías oído nunca?

—¿Es alguna costumbre yanqui? —Se dio cuenta de que, desde el otro lado de la mesa, Huckle esbozaba una sonrisilla por la respuesta.

—Como todo lo bueno de esta vida, nena —dijo Reuben, que le guiñó un ojo—. ¡Sí! Tienes que buscar lo que te haga feliz. Es la única manera de vivir. Tienes que hacer lo que más te gusta. Cuando descubras qué te gusta hacer, hazlo con todas tus ganas, y todo será la leche y podrás surfear. Y así serás feliz. ¿Qué te hace feliz?

Polly se encogió de hombros.

—Supongo que... En fin, hacer pan. Hornear cosas. Pero no sé si puedo hacerlo como algo... ya sabes, como un trabajo. ¿No le quitaría toda la gracia?

—¿El qué? ¿Que te paguen por hacerlo? —preguntó Reuben, alucinado—. Joder, no. Eso lo hace todavía mejor, ¿no te das cuenta?

Polly echó un vistazo a su alrededor.

—Puede... —dijo.

—Está muy bien si lo que te hace feliz es colarte en sistemas informáticos que libran al gobierno norteamericano de los robos de patentes por parte de los chinos y te hace ganar una pasta gansa —repuso Huckle—. Eso es útil. Lo que a mí me hace feliz me da dos pavos por tarro.

Reuben se encogió de hombros.

—Da igual. Eres más feliz aquí de lo que lo eras atrapado en Savannah, ¿no?

Era como si alguien hubiera abierto de repente la puerta de un congelador. El ambiente se heló en segundos. Huckle se quedó paralizado, con la cabeza ladeada hacia el mar. Reuben, en cambio, parecía no haberse dado cuenta.

Se hizo un largo silencio. Al final, Jaz sacudió su larga melena y se metió en la conversación.

—Sí, yo busqué mi felicidad y mira dónde he acabado.

Reuben le lanzó una mirada penetrante.

Polly supuso que había llegado el momento de ponerse en marcha. Huckle se puso en pie de un salto al oír la sugerencia.

Durante el trayecto de vuelta a casa, no pudieron hablar por culpa del ruido, pero

Polly tenía mucho en qué pensar. Huckle se estaba recuperando de algo, eso era evidente. Y Reuben era un personaje curioso, ajeno por completo a lo que los demás pensaban de él o a lo que soltaba por la boca. Claro que le había dicho que buscara algo que la hiciera feliz... ¿Sería capaz?

—Gracias —dijo cuando Huckle la dejó en casa—. Tu amigo es interesante.

Huckle se quitó las gafas.

—Le has caído bien —repuso él—. No es habitual.

—No ha sido muy amable con su novia.

Huckle sonrió.

—Ah, no es su novia. Está rodeado de mujeres a todas horas. Le tienen echado el ojo al premio gordo.

—¡Ah! —exclamó Polly—. Eso es un poco... ¡Madre mía! Ni se me había pasado por la cabeza. ¿En serio? ¿Por el dinero? Es guapísima, podría tener a quien quisiera...

—Tampoco te lo tomes así —dijo Huckle—. El mundo es cruel. La gente tiene que hacer lo que sea para sobrevivir.

—En fin, sí, ya lo sé —repuso ella.

—No todo el mundo tiene un don como el tuyo.

Tardó un momento en captar el cumplido.

—¿Lo dices en serio? —preguntó, ruborizada.

Huckle se encogió de hombros.

—Eh... sí —contestó. Después, puso cara de circunstancias y metió la mano en la parte trasera de la moto—. Mira... te compré esto cuando te estabas secando las lágrimas en el aparcamiento. —Le dio un peluche de un frailecillo.

—¡Oh! —exclamó Polly. Tenía las emociones a flor de piel y estaba muy nerviosa cuando lo aceptó. Huckle no había bebido vino con el almuerzo, pero ella sí—. ¡Oh! Gracias.

—¿Te gusta? No sabía si empeoraría las cosas o qué.

—Mientras no empiece a llamarlo *Neil 2* y lo meta en una caja... —dijo Polly—. No. Gracias. Muchas gracias.

Huckle parecía aliviado y avergonzado a la vez.

—Me lo he pasado genial hoy —confesó Polly—. Estoy segura de que Reuben no quería ser maleducado.

—Todo lo contrario —le aseguró Huckle—, es una de sus aficiones. Pero ya estoy acostumbrado.

Huckle le dio un rápido beso en la mejilla. La moto salió disparada con el familiar rugido y Polly, que aferraba el frailecillo de peluche, lo observó alejarse por la calle adoquinada hasta que se perdió de vista.

Polly jamás admitiría delante de otra persona lo mucho que echaba de menos a *Neil* esa noche. Era ridículo. *Neil* solo era un pájaro, no era un perro guardián ni nada por el estilo. Sin embargo, cada crujido la despertaba. Cada golpe de los mástiles en el exterior. Cada graznido de las gaviotas. No durmió bien y, agotada, a las cinco de la mañana decidió que ya estaba harta, que sería mejor dejarlo por imposible. Se dispuso a amasar pan con sésamo, pensando mientras lo hacía que podría enviarle una hogaza a Reuben para darle las gracias. De hecho, también haría palitos con la misma masa, porque se conservarían durante más tiempo.

A las siete escuchó el regreso de la flota pesquera y los gritos alegres que indicaban que había sido una buena jornada. Le bajó un café a Tarnie, junto con los palitos recién hechos, ya que no necesitaban tiempo para fermentar como las hogazas de pan.

—Hola —la saludó Tarnie con una sonrisa. Parecía cansado, pero feliz—. Hemos tenido una buena noche.

—¡Genial! —exclamó Polly, con la esperanza de que se tomara unos días libres para descansar.

—¿Dónde está *Neil*?

—Ah —exclamó Polly, que procedió a explicárselo todo.

—Bueno, siento escucharlo —le dijo Tarnie—. No había notado que fuera un frailecillo especialmente desgraciado o triste.

—Lo sé —repuso Polly con tristeza—. Pero todo el mundo decía que era lo mejor. En fin.

—Eso digo yo, en fin —replicó Tarnie—. Tengo noticias para ti. Han accedido a dar el alta a Gillian si consigue ayuda en la tienda y permite que una enfermera la visite a domicilio. ¡Te he encontrado trabajo!

—¿Lo dices en serio? —preguntó Polly—. ¿Ha accedido a contratarme?

—Por supuesto —respondió Tarnie, renuente a contarle lo mucho que le había costado convencerla.

Polly recordó lo que le había dicho Reuben sobre lo de perseguir su sueño y buscar lo que la hiciera feliz. Después, pensó en la cantidad de dinero que se había dejado en el mundo, en el número de trabajos que había solicitado (38) y en el número de entrevistas de trabajo que había realizado (0).

—¡Genial! —exclamó, decidida a pasar por alto las dudas y a seguir su instinto. ¡Era un trabajo! ¡Podía hacerlo! Ya se preocuparía después por el hecho de trabajar para alguien a quien no le caía bien. Si Gillian Manse la despedía, al menos ya habría tenido un empleo—. ¿Cuándo empiezo?

—Esto... mañana —contestó Tarnie—. Le dan el alta hoy y mañana podrá

enseñarte el manejo del negocio.

Polly no quería que Gillian le enseñara nada, así que se pasó por el obrador esa tarde para ver si podía descubrir ella sola cómo encender los hornos. Aún estaban limpios y relucientes, de modo que echó un vistazo a la tienda, nerviosa y emocionada al mismo tiempo. ¡Todos esos hornos! ¡Iba a estar al cargo de todos ellos! Pasó las manos sobre los armarios de madera. Echó un vistazo al interior de los vasos de las enormes amasadoras donde se prepararían las masas. Tal vez ya no compraría más productos preparados. Eso era lo que estaba matando el obrador. Ya había malgastado más tiempo del que le habría gustado con un negocio fallido. No iba a permitir que se repitiera.

Mientras inspeccionaba los hornos, escuchó que alguien llamaba a la puerta trasera. Al abrir, se encontró a un hombre fuerte de unos cincuenta años, con las mejillas enrojecidas típicas de una persona acostumbrada a pasar mucho tiempo al aire libre.

—¿Es cierto? —preguntó con un acento tan marcado que a Polly le costó trabajo entenderlo—. ¿Es cierto, preciosa mía?

—Mmm —murmuró Polly—. Depende.

—¿Es cierto que van a empezar a hornear otra vez? ¿Que el obrador funcionará de nuevo?

Polly sonrió.

—Creo que vamos a intentarlo.

El hombre le tendió una mano para saludarla.

—Soy Ted Kernes —se presentó—. En otros tiempos, traía la harina. Era una panadera sensacional, Gillian Manse.

—¿En serio? —preguntó Polly—. Cuando yo llegué, no me pareció que lo fuera.

—Bah, ha cambiado al producto prefabricado, ¿verdad? Perdió el interés después de... de ese asunto —adujo, mientras se quitaba el sombrero—. El caso es... ¿querréis de nuevo harina?

—Supongo que sí, claro. ¿Cuándo puede hacernos la primera entrega?

—Estaré aquí mismo mañana a primera hora de la mañana —contestó Ted—. ¿Dónde vas a dejar la levadura para que fermente?

—No lo sé —respondió Polly, nerviosa de repente. Hasta entonces solo había usado levadura seca.

—Bueno, pues guárdala en el frigorífico, en un tarro, para que suba sola.

—Lo haré —le aseguró Polly—. Madre mía. —Miró a su alrededor, nerviosa—. Tengo mucho que aprender.

—Creo que es fantástico que estés haciendo todo esto —replicó Ted—. Será estupendo para Mount Polbearne. Y para Gillian.

Polly sintió que se le caía el alma a los pies. La idea de trabajar con esa mujer la ponía muy nerviosa. A lo mejor había abarcado más de lo que podía.

—Bah, todo saldrá bien —le aseguró Ted, como si le hubiera leído el

pensamiento—. Ladra más que muerde. Aunque es mejor que no te muerda, porque te puede doler.

Polly le sonrió, esperanzada.

—Así me gusta.

Tal como Ted le prometió, a las 5.30 de la mañana siguiente encontró un enorme saco de harina en la puerta, junto con cuatro litros de leche y un recipiente de plástico en cuya tapa había una nota que rezaba: «Un regalito».

«¡Oh!», exclamó Polly para sus adentros mientras lo abría. Lo que encontró fue el apestoso olor de la masa ácida ya fermentada.

—¡Ay, Dios! —dijo, apartando la pestilente mezcla.

—Bueno, no sé cómo te las vas a apañar si no soportas ESO —dijo una voz irascible.

La corpulenta figura de Gillian Manse abrió la puerta trasera de par en par y la observó mientras ella arrastraba el saco de harina al interior. Pesaba una tonelada. Polly había esperado que la mujer le diera las gracias o los buenos días o al menos que pareciera un poco avergonzada, al fin y al cabo le había salvado la vida, pero al parecer se iba a quedar con las ganas.

—Es un regalo de Ted —anunció Polly—. Esto... hola.

—Hola —replicó Gillian. Sus miradas se cruzaron.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó Polly.

—Me encuentro bien —contestó Gillian—. Tal como les he asegurado a esos medicuchos idiotas. Es ridículo. Ni se te ocurra volver a hacerlo otra vez.

—No lo haré —le aseguró Polly con fervor.

—Bueno, entra si vas a entrar. —Le soltó Gillian de mala manera, haciéndose a un lado.

—¿Tiene café? —preguntó Polly—. Me vendría bien tomarme uno.

—¿Por qué no empiezas a trabajar antes de tomarte un descanso?

Polly se mordió el labio.

«Recuerda que no tienes trabajo —se dijo—. Esto es lo que hay».

Aunque se esforzó por morderse la lengua durante ese primer día, no le resultó fácil. Todo aquel que entró en la tienda pareció muy contento de verla, sobre todo aquellos que habían participado en el contrabando de pan. Gillian, por el contrario, la observó como un halcón durante todo el día, y no la dejó en paz en ningún momento mientras daba órdenes a diestro y siniestro, señalando todos sus errores, por pequeños que fueran, algo que desconcertaba tanto a Polly que empezó a cometerlos con más frecuencia.

Todos los clientes se interesaron por la salud de Gillian, pero ella ponía fin a las

preguntas de forma muy grosera, de manera que Polly se veía obligada a sonreírles con expresión afable para mitigar la mala educación de la mujer. El hecho de que todos comentaran lo maravilloso que era tener pan horneado ese mismo día tampoco fue de gran ayuda. La cosa iba a ser tan difícil como Polly se había temido.

Sobre las 15.30, con casi todo el género vendido y mientras empezaban a pensar en cerrar, alguien golpeó con fuerza la puerta trasera. Polly miró a Gillian nerviosa.

—¿Sabes quién es?

—No —contestó Gillian—. Abre.

Polly abrió la puerta despacio y se encontró con un repartidor enorme que tenía detrás un camión muy grande con la puerta trasera abierta. El camión era tan grande que bloqueaba la estrecha calle.

—Muy bien —dijo el hombre, cabreado—. Llevo medio día esperando a que baje la marea. ¿Dónde está la chimenea?

—¿Cómo? —preguntó Polly—. Esto... —La pregunta la había desconcertado.

—Este es el obrador, ¿no?

—Pues sí.

—Tengo una entrega. Un horno nuevo. Necesita chimenea. —Se rascó la barbilla.

—No —terció Gillian—. Eso no es para nosotros. Lléveselo, por favor.

El repartidor se encogió de hombros.

—No puedo hacerlo. La orden de entrega lo dice claro.

Gillian cruzó los brazos por delante del pecho.

—Ya puede decir misa.

—Un momento —intervino Polly—. ¿Puedo ver la orden de entrega?

—No sé de qué va a servir —protestó Gillian—. No va a tocar mi chimenea.

Polly pasó un dedo por la hoja de entrega. Todo parecía correcto. El obrador de Mount Polbearne. Y entonces lo vio. La nota en la parte inferior. «Busca la felicidad», rezaba. Y la firma, con letras grandes y claras, «Reuben Finkle».

—¡VENGA YA! —murmuró, abrumada—. ¡Me ha comprado un horno!

—¿Quién te ha comprado un horno? —quiso saber Gillian, malhumorada.

—Un hombre, el amigo de un amigo —contestó.

—No necesitamos más hornos. Los que tenemos funcionan.

—Sí, pero con este —dijo Polly con los ojos brillantes— podemos hacer chapatas. Panes sin levadura. Biscotes. Todos esos panes maravillosos que...

—¿No podemos devolverlo? —preguntó Gillian, furiosa—. ¿Y que nos entreguen el dinero? No quiero todas esas porquerías extranjeras.

—¡No! —exclamó Polly—. No, no podemos...

—Nada de devoluciones, cariño —dijo el repartidor, que empezaba a cabrearse.

En cierto modo, pensó Polly, Gillian tenía razón. La chimenea no era lo bastante grande, aunque si movían algunas cosas... No. A juzgar por la expresión de la mujer, era evidente que no la convencería. Aunque de repente se le ocurrió algo: había otro lugar donde abrir espacio...



—Podemos ponerlo en el obrador de Beach Street —dijo—. Debajo de mi piso. Allí hay espacio de sobra, ¿verdad?

Gillian frunció el ceño. No quería el horno, pero tampoco le apetecía devolver un regalo. Polly clavó la vista en el suelo. No quería mirar a la mujer a los ojos e irritarla de tal manera que se negara en redondo por pura testarudez.

Tras un largo silencio, durante el cual el repartidor echó un vistazo a su reloj, Gillian dijo:

—Sí, muy bien. Pero quítalo de mi vista. Y será mejor que no me cueste un penique.

—No lo hará.

Polly se sentó en la cabina del camión con el conductor y su acompañante, y condujeron la corta distancia hasta su edificio. Gillian le había dado una llave para abrir la planta baja, sin saber que podía entrar sin necesidad de usarla.

La capa de polvo era tan gruesa como siempre. Polly ni siquiera tenía dinero para reparar el cristal que había roto *Neil* la noche que entró volando por la ventana. Los hombres miraron a su alrededor, alucinados.

—¿En serio? —preguntó el conductor—. A ver, me refiero a que el horno es muy caro.

Polly lo miró con una sonrisa. Aunque la tienda no fuera suya, tenía la sensación de que el horno sí lo era.

—Lo sé —dijo—. Esto es solo el principio. Vosotros instaladlo, que yo voy a preparar té. Ah, mierda. Otra vez se me ha olvidado comprar leche.

Polly había esperado que, con el paso del tiempo, Gillian y ella consiguieran limar asperezas y llevarse un poco mejor. Nadie tenía que hacerse amigo a la fuerza de las personas con quienes trabajaba.

En cambio, descubrió que la situación iba a peor. Gillian estaba decidida a llevarle la contraria hasta en la más mínima sugerencia, de modo que dejó de hacerlas. Pasaba junto a Polly en el obrador con malos modos y solo le permitía preparar el pan blanco más básico, aunque gracias a toda esa práctica empezaba a ser buenísimo, muy ligero y sabroso. El obrador tenía más movimiento y estaba más limpio de lo que había estado en mucho tiempo. Claro que eso aumentaba la ojeriza que Gillian le demostraba. Polly cada vez hablaba menos, pero incluso eso era irritante, al parecer.

Junto con los madrugones y el hecho de que empleaba todo el tiempo libre en limpiar sin hacer ruido el obrador de la planta baja para empezar a trastear con su horno nuevo (le había enviado una carta a Reuben dándole las gracias efusivamente, y, aunque no sabía la dirección exacta, estaba convencida de que le llegaría sin problemas), estaba cansada y desanimada. Y el dinero... en fin. Ojalá que no se le rompieran los zapatos, porque tendría que arreglarlos con cinta americana.

Volvió a casa con paso cansado una tarde gris de sábado cuando escuchó su teléfono móvil.

—VALE —dijo Kerensa—. Voy de camino. Creo que ya habrás terminado de revolcarte en la miseria a estas alturas.

—¿Qué? —preguntó Polly, que no quería admitir que tenía la sensación de haber cambiado unos problemas laborales por otros.

—Que voy de camino. Para una noche de juerga. ¡Vamos a quemar los bares de Mount Polbearne!

—Ah —repuso Polly—. No es que haya muchos.

—Tiene que haber algún sitio al que vaya todo el mundo.

Había un *pub* enorme en el puerto, con una puerta de madera oscura. Era antiquísimo y aún conservaba el patio original, donde los visitantes podían dejar sus caballos. En ese momento, el patio estaba lleno de mesas y de sillas, y, a medida que las tardes se hacían más cálidas, empezaba a llenarse de gente los viernes y los sábados por la noche. Polly quería tomarse una pinta allí, pero le daba reparo. Seguro que los pescadores iban de vez en cuando, pero no quería preguntárselo, ya que tenían vida propia. Llevaba semanas sin ver a Huckle. Se dio cuenta de que estaba desesperada, desesperadísima, por un poco de compañía que no la regañara por enharinar las superficies de trabajo.

—En fin, seguramente no es a lo que estás acostumbrada...

—Me importa una mierda, cariño, solo tengo que salir de este infierno.

—¿Se han vuelto a torcer las citas por Internet?

—Son todos unos capullos, Pol. Pero todos. Todos los hombres medio decentes ya están pillados.

—¡Ja! —exclamó Polly, que se dio cuenta de un detalle—. Ya te contaré lo que hay en Mount Polbearne.

—¿Camareros que preparan bebidas? —preguntó Kerensa, esperanzada.

—No —contestó Polly—. Pero está hasta la bandera de tíos.

—Me subo en el coche ya.

Kerensa apareció esa misma noche con un minivestido rosa, totalmente ridículo e inapropiado, y con el pelo recién teñido de rojo. Daba un poco de miedo. Polly se alegraba tanto de verla que casi se echó a llorar.

—¡BUENO! —exclamó Kerensa—. ¡Tu famosa nueva vida! —Eché un vistazo a su alrededor—. Me gusta lo que has hecho con este sitio.

—Gracias —repuso Polly.

No había podido hacer mucho, pero el suelo limpio y la mesa de rayas claras, junto con algunos de los cuadros que le gustaba pillar en sus excursiones a las galerías de arte, donde escogía a placer y pagaba con la tarjeta de crédito (¡Ja!) colgados de las paredes blancas, más su maravillosa ventana y la vista extraordinaria, hacían que el sitio resultara muchísimo más acogedor que antes.

—No puedo creer que no te hayamos visto el pelo —siguió Kerensa—. ¿Tan bien te lo pasas aquí?

—Ay, Kerensa —dijo Polly al tiempo que abría la botella de vino espumoso que su amiga había tenido la amabilidad de llevar, de modo que su botella de rosado barato seguía escondida en el fondo del frigorífico—. Me he sentido horriblemente... —Le costaba mucho pronunciar las palabras—. Me he sentido sola —declaró al fin, con la vista clavada en la ventana.

Kerensa la miró y llenó dos copas dispares.

—Yo también —dijo su amiga—. Y antes de que lo digas, sí, tengo un trabajo divino y blablablá, y un montón de amigos... pero echo de menos a mi mejor amiga. Y me muero por tener a alguien esperándome en casa, pero menudos huevos tienen todos. Y no lo digo como un halago.

El sol se estaba poniendo sobre la bahía. Era una imagen preciosa: pinceladas de un rosa brillante se extendían por el cielo y teñían las nubes. Kerensa se acercó para admirar la vista.

—Esto está muy bien, que lo sepas.

—Lo sé —dijo Polly.

—¿Y estás trabajando?

—Sí. Es una mierda. Pero...

—Creía que era perfecto para ti.

—No conoces a mi jefe.

—¡Ooh! —exclamó Kerensa—. ¿Una jefe infernal?

—No —aseguró Polly—. Es una jefe sacada de allí donde el infierno mande a la gente demasiado molesta para ser jefes.

Brindaron.

—Por no estar solas —dijo Kerensa en voz baja—. ¡JODER! Es el brindis más deprimente que hemos hecho en la vida. ¿Qué te parece «Por estar siempre fabulosas»?

—Mucho mejor —contestó Polly, animada a más no poder por la presencia de su amiga.

Al final, fueron al *pub*, y Kerensa obligó a Polly a ponerse un top muy colorido...

—O yo pareceré la chica alegre del pueblo.

—En fin, perdona, pero, primero, lo eres, y segundo, ¿qué te creías que te ibas a encontrar?

—Algo como St. Ives —contestó Kerensa, deprimida—. Creía que iba a ligarme al príncipe Harry.

Polly se echó a reír.

—Ay, Kerensa, cuánto me alegro de verte. Vamos.

La temperatura era agradable y el viejo patio del *pub* estaba iluminado con farolillos en las mesas y velitas en tarros de cristal, diseminados por todas partes. Una camarera tomaba nota, y en poco tiempo Kerensa y Polly estaban diseccionando sus respectivas vidas, contándose los últimos cotilleos e intercambiando información como si no se hubieran separado en la vida.

—¿Sabes algo de Chris? —preguntó Polly cuando iba por la tercera copa y, por fin, reunió el valor necesario.

Kerensa se encogió de hombros.

—Hablamos de vez en cuando. Ya ha dejado atrás la peor parte.

—¿Sigue viviendo con su madre? —quiso saber Polly.

—Sí.

—Pues no se ha puesto en contacto conmigo ni una sola vez para preguntarme cómo me va ni nada.

—Lo sé —dijo Kerensa—. Se lo eché en cara.

—¿De verdad? ¿Cuándo lo has visto?

—En el cuarenta cumpleaños de Shanoosha y Michael... al que no viniste, por cierto.

Polly se encogió de hombros. No quería verse obligada a admitir que los regalos habrían sido caros, que habría sido horrible mezclarse con sus amistades, todas de

clase media y con éxito, con sus hipotecas, sus Volkswagen y sus barrigas de embarazada, mientras ella hablaba de su trabajo como ayudante en un obrador cobrando el salario mínimo. No habría soportado ni su compasión ni su lástima.

—No —dijo—. Pero ¿Chris fue?

Kerensa hizo una mueca.

—Creo que se entusiasmó un pelín por la barra libre de cócteles.

—¿Hicieron barra libre de cócteles?

—Postureo total —aseguró Kerensa—. A lo que iba... se puso un poco...

—¿Qué tal está?

—Cansado —dijo Kerensa.

—Ay, Dios —replicó Polly—. ¿Qué te dijo?

—Me preguntó que cómo te iba. Y cuando le conté que te habías mudado y que tenías un trabajo nuevo y un piso y tal, se quedó...

A Polly se le cayó el alma a los pies. Conocía la respuesta.

—¿Parecía envidioso?

Kerensa asintió con la cabeza.

—Al parecer, cree que todo te va estupendamente. Cree que para ti ha sido fácil seguir con tu vida porque al final ya no te importaba el negocio, que él era el talento creativo y blablablá.

A Polly empezaron a escocerle los ojos por lo injusto de su situación.

—Me arruinó la vida, Kerensa. Es un DESASTRE. ¡Mírame! Solo porque no estoy enfurruñada en casa de mi madre...

—Ya lo sé —la interrumpió Kerensa—. Se lo dije. Le dije que se estaba recreando en su miseria.

—¿Y qué hizo?

—Se cabreó e intentó ligarse a la camarera que servía el cóctel.

Polly hizo una mueca compasiva.

—Ay, Dios, pobre Chris.

—De pobre Chris nada —la contradijo Kerensa con ferocidad—. Tiene que echarle un par y superarlo. Te ha tratado fatal.

—Hizo todo lo que pudo —dijo Polly.

—De eso nada. Se ponía de uñas cada vez que algo se torcía, por insignificante que fuera. No se puede llevar un negocio de esa manera.

—No —reconoció Polly, pensativa—. Pero... a ver, ¡qué cara tiene! Suponer que me lo estoy pasando genial y que me va de maravilla. ¡Por el amor de Dios! Es espantoso. Mi vida es horrible. Es un fracaso absoluto y un desastre y odio este sitio. Básicamente LO ODIÓ TODO.

De repente, se hizo un inesperado silencio. Polly se dio cuenta de que había alguien a su espalda. Se dio la vuelta. Era Tarnie. Parecía muy abochornado.

—Esto... lo siento —se disculpó él—. Solo me he acercado para saludar, pero pareces ocupada...

—Ah, Dios —dijo Polly, alicaída—. ¡Ay, Dios, no me refería a ti! Eres lo único bueno que me ha pasado en este sitio. Mira, Kerensa, te presento a Tarnie.

—Hola, hola —dijo Kerensa, con un tonillo sospechoso.

Polly la miró con cara de pocos amigos. Después, miró a Tarnie. Supuso que estaba muy bien con ropa de calle: llevaba una camisa, unos vaqueros desgastados y unas Converse.

—Hola, ¿qué pasa? —dijo una voz con acento yanqui, y Huckle y Reuben aparecieron de repente desde la otra punta del *pub*, con sendas pintas en las manos.

—Odio este bar. ¿Por qué hemos venido aquí? Es espantoso. La cerveza es malísima. Tendría que servir mejor cerveza. Voy a comprar el bar —dijo Reuben. Que no saludó.

—Polly estaba diciendo lo mucho que odia su vida —explicó Tarnie con seriedad.

—No he... Ah, cierra el pico —ordenó Polly, que se puso como un tomate.

Kerensa se volvió. Parecía una niña en una tienda de caramelos.

—Hola a vosotros dos también —dijo.

—¿Odias tu vida? —preguntó Tarnie.

—Ya no —aseguró Kerensa.

Al final, acabaron todos sentados a la misma mesa: seis o siete pescadores, los dos yanquis, más unos cuantos surfistas que los acompañaban. Jaz no estaba con ellos ese día, pero sí estaba Felicia, una guapísima chica de rasgos asiáticos y pelo negro que le llegaba a la cintura. Intentaba captar la atención de Reuben y estaba fracasando estrepitosamente, por lo que tuvo que sentarse junto a Jayden en el banco. La cara de Jayden era un poema: estaba paralizado, como si no se atreviera a moverse, mirando boquiabierto a la diosa que tenía al lado.

—¿Te importa dejar de mirarme? —le preguntó ella en voz baja.

—Esto... ¿vas a hacer que me arresten? —replicó Jayden con la boca seca.

—No —contestó Felicia, que se apartó la melena.

—En ese caso, no. Pero lo intentaré. Aunque seguramente no lo haga. Ay, Dios —dijo Jayden.

Felicia le dio la espalda. Polly se preguntó si eso le pasaba a todas horas. Y seguramente sí.

—Cuéntale el chiste que me contaste a mí —le sugirió a Jayden en un susurro.

—No puedo —contestó él con los ojos como platos—. Es que ni veo.

—A las mujeres nos gustan los hombres que nos hacen reír.

Jayden carraspeó.

—Esto... ¿Felicia?

Felicia le concedió una mirada de soslayo con esos ojos rasgados.

—¿Sí?

—Se abre el telón y se ve un pato llamando a una pata. ¿Cómo se llama la película?

—No lo sé.

—«Ven gansa».

—¿Perdona?

Jayden se quedó blanco como el papel.

—MIERDA, me he equivocado. A ver, tenía que decir que se ve a un ganso llamando a... Ah, da igual.

Felicia volvió a darle la espalda y Jayden se sentó sobre las manos y clavó la vista en la mesa, con las orejas coloradas. Polly sonrió y siguió hablando con Kerensa. Seguía prefiriendo a Jaz, pero eran todas despampanantes.

—Este sitio es más elegante de lo que me imaginaba —confesó Kerensa—. ¿Quién es el capullo?

—¿Te refieres a mí? —preguntó Reuben, quien era evidente que tenía un oído muy fino—. ¿Estás hablando de mí? No soy un capullo. Huckle, diles que no soy un capullo, que soy un tío enrollado.

—Claro que no eres un capullo —dijo Felicia con languidez—. Cariño, es una bobada.

Kerensa puso los ojos en blanco.

—Ah, Dios, es rico, pero rico, rico, ¿no? —preguntó en voz alta.

—Sí —contestó Reuben.

—Ya me parecía a mí —replicó Kerensa, que miró a Felicia con expresión ufana.

Felicia le dio la espalda, de modo que acabó mirando de nuevo a Jayden, quien se puso colorado otra vez y empezó a rascarse la nuca. Polly se levantó y se acercó a Reuben.

—Muchas gracias por el precioso horno —dijo—. ¿Te gustaron los palitos para el desayuno?

—Si los hubiera hecho yo, habrían estado mejores —replicó Reuben—. Pero no estaban malos. Les faltaba pimienta.

—A ver si me acuerdo para la próxima —dijo Polly, sonriendo—. Has sido muy amable.

—No es nada —le aseguró Reuben—. Ya ni me acordaba. Ha sido calderilla para mí.

—En fin, pues gracias por la calderilla —dijo.

—¿Quién es tu amiga? —preguntó Reuben como al descuido—. Es muy maleducada. Me gusta esa cualidad en una mujer.

—Es Kerensa. ¿Quieres que te la presente?

—No.

—¡Kerensa! —gritó Polly, al tiempo que le hacía un gesto para que se acercara—. Te presento a Reuben, el que me regaló el precioso horno.

—Tengo un helicóptero. —Soltó Reuben.

—Odio los helicópteros —replicó Kerensa—. Son endebles.

Tarnie llevó otra botella de vino a la mesa y un poco de sidra para Jayden y dos pescadores más. Se sentó junto a Polly.

—Bueno, ¿qué tal te va? —preguntó, incómodo. Normalmente, le resultaba sencillo hablar con Polly, pero estaban en mitad de un grupo muy grande y era un poco peliagudo.

—De verdad, te estoy muy agradecida por haberme encontrado trabajo —comenzó Polly.

—Pero...

—Pero... —asintió con la cabeza—. Ah, Dios, Tarnie, me está matando. No deja que prepare pan en condiciones, solo caracolas de crema, rosquillas tontas, empanadillas y pan blanco. Que ahora está diciendo de pedir fuera porque, al parecer, soy muy lenta. No quiere que nada cambie ni mejore ni nada de nada.

Tarnie asintió con la cabeza.

—Las rosquillas eran los dulces preferidos de Jim —dijo al cabo de un rato.

—¡Por Dios! —exclamó Polly—. Lo sé, de verdad que lo sé, sé que está dolida por la pérdida y todo eso. Estoy haciendo todo lo que puedo para ayudar y facilitarle la vida, pero... pero parece que me está castigando por algo a todas horas. —Bebió otro sorbo de vino y esbozó una sonrisa tristona—. Sé que suena raro, pero tenía una especie de fantasía en la que yo... conseguía mejorar las cosas. A ver, ella tendría a alguien con quien compartir el trabajo y desahogarse, y tal vez yo podría encontrar a la persona amable que se esconde en su interior o algo así. Menuda estupidez.

—Creo que es una fantasía muy buena —dijo Tarnie con voz amable—. Pero no sé... no sé si lleva tanto tiempo tan amargada que ya... ya forma parte de su ser.

—Me da lástima —aseguró Polly, en sus trece—. Pero es muy cruel conmigo, una déspota, todos los días.

Huckle se acercó y arrastró una silla junto a ellos. Él no se fijó en la mirada que le lanzó Tarnie, pero Polly sí.

—Hola —dijo Hucke con ese acento lánguido—. ¿Cómo os va?

—Aquí estoy, quejándome del trabajo —contestó Polly—. En el que llevo dos semanas. No soy una trabajadora muy ejemplar que digamos.

Huckle frunció el ceño.

—¿No has instalado el horno de Reuben?

—No entraba en el obrador —respondió ella—, así que tuve que ponerlo en el otro, el que está debajo de mi piso. Pero la señora Manse no quiere ni tocarlo, cree que es extranjero. Solo quiere empanadillas y roscas de pan blanco.

Huckle volvió a fruncir el ceño.

—Se acerca la temporada estival, ¿no?

—Pues... sí.

—Y ella es la propietaria de tu edificio, ¿no?

—Sí.

—Pues no creo que sea mucho más caro dividir el trabajo. Tú te quedas junto al puerto y haces pan en el horno de Reuben y ella se queda en su obrador y hace empanadillas y demás. Tú no tienes que preocuparte por lo que ella quiere vender y



ella no tiene que vender lo que no quiere, así que ahorra tiempo y dinero, y no competís entre vosotras porque, básicamente, sois la misma empresa.

Los tres se quedaron callados un momento.

—Podría funcionar, que lo sepas —dijo Polly—. Solo hay un problema: si yo se lo sugiero, se negará en redondo. Siempre se niega primero y luego busca las excusas.

Polly se esforzó en no mirar a Tarnie con tanto ahínco que este esbozó una sonrisilla.

—¿Quieres que yo le proponga cambiarlo todo DE NUEVO? —preguntó él al tiempo que bebía un sorbo de cerveza.

—¿No te das cuenta? —insistió Polly—. Sé que no me quiere en el obrador.

—Mmm —murmuró Tarnie.

—Pero sabe que la carga de trabajo es demasiado para ella.

—Mmm.

—Y tiene espacio de sobra para hacerlo.

—¿Y si la gente entra en la panadería equivocada en busca de lo que quieren comprar?

—Estamos separadas por dos calles —contestó Polly—. Creo que se las apañarán. Pero no tendría que manejar tanta mercancía si yo me encargo del pan.

Tarnie detestaba admitirlo, pero no era mala idea.

—Y si eres tan buena como creemos que eres —intervino Huckle—, la gente irá a tu panadería solo por el pan. Y por mi miel.

—¿Quieres que venda tu miel?

—¿A cambio de la brillante idea que acabo de darte? —repuso Huckle—. No, claro que no, sería totalmente irracional por mi parte pedirte que vendas mi miel.

—No, PUES CLARO que venderemos tu miel —afirmó Polly, emocionada—. Es una idea estupenda.

Tarnie se miró las manos. Estaba celoso, se dio cuenta, por el hecho de que planearan algo sin contar con él.

—OOH —continuó Polly—. ¡Qué emoción! Claro que ella dirá que no y tendré que volver a trabajar para ella y será todavía peor porque ya habré soñado con saborear la libertad.

La bebida siguió corriendo, ya que no parecía haber hora de cierre. A medianoche, Polly estaba achispada y tenía la cabeza llena de planes y de ideas para el obrador de la planta baja. Kerensa se había pasado toda la noche discutiendo con Reuben de política, feminismo, control de armas, libertad en Internet y, literalmente, cualquier otra cosa susceptible de provocar debate entre dos personas. Llegado un momento, Jayden se levantó. Estaba bastante borracho.

—¡Y ahora...! —le gritó a Andy, que se encargaba él solo del bar y también del puesto de patatas fritas y pescado, por lo que era una ocupación muy lucrativa.

Se escuchó un coro de «¡Ay, no!» del resto de los pescadores.

Andy hizo una reverencia y se acercó al reproductor de CD.

—Si esto no impresiona a las damas, nada lo conseguirá —afirmó Jayden.

—Esto... ah... —dijo Polly, pero Kerensa ya se había enderezado en el asiento. Felicia puso los ojos en blanco.

—¡Nada de lo que tú hagas impresionará a las damas! —gritó Kendall, y Jayden le hizo un corte de mangas.

—¡Archie! ¡Tarnie! ¡Kendall!

Los hombres gruñeron y se hicieron los remolones, pero para absoluta sorpresa de Polly, se pusieron en pie. Los otros parroquianos del *pub* se habían congregado a su alrededor, a todas luces conscientes de lo que iba a pasar.

Andy pulsó un botón del reproductor y se escuchó el sonido de un cuerno, antes de que empezara a sonar una giga, que parecía alegre y melancólica al mismo tiempo. Era una música emotiva, y Polly sintió que el corazón le daba un vuelco al compás, por su rareza y su belleza. Después, para su estupefacción, los hombres comenzaron a bailar. Con vergüenza al principio, pero se les fue pasando a medida que se metían en la danza y empezaban a inclinarse y a dar vueltas, taconeando con fuerza sobre el suelo de madera del *pub*. Era una danza marinera en toda regla. Polly nunca había visto una, y, conforme la música aceleraba su tempo, los hombres giraban al compás, con aspecto ancestral y joven a la vez. Polly empezó a tocar las palmas, entusiasmada, mientras Tarnie la miraba con una sonrisa deslumbrante y los marineros se cruzaban una y otra vez, todos girando, hasta que la música llegó a un final de infarto y todos los presentes estallaron en vítores y en aplausos.

Polly se acercó corriendo a Tarnie, sin que Huckle la perdiera de vista. Tarnie estaba muy colorado, pero no dejaba de sonreír.

—Ha sido increíble —dijo ella.

—Bueno... —repuso Tarnie con timidez—. Mi abuelo me enseñó. Es... es algo típico de aquí.

—Es MUY SEXY —aseguró Kerensa en voz alta, a la espalda de Polly—. Qué pena que tú no puedas ser así de *sexy*, Reuben.

—Soy muy *sexy*. —Escuchó Polly que replicaba el aludido, pero Andy anunció que solo se podía pedir una ronda más y que se acercaba la hora de cierre.

—¡Qué retaco de mierda! —exclamó Kerensa cuando un Bentley con chófer apareció al final de la calle adoquinada. Felicia se subió en el coche detrás de Reuben, que apenas le había dirigido la palabra en toda la noche.

—Vaya, siento que no te hayas divertido —dijo Polly, que seguía con el subidón tras el baile de los muchachos. Se cogió del brazo de su amiga mientras iban en busca de patatas fritas de camino a casa. Polly nunca había visto a Kerensa comer patatas fritas. Ni siquiera estaba segura de que supiera cómo se hacía.

—¡DIOS de mi vida, huelen de maravilla! —exclamó Kerensa, que inspiró hondo el aroma.

—También te las puedes comer —dijo Polly—. Si quieres, claro.

Aderezadas con sal y vinagre, en la cálida brisa de la noche, y remojadas con un par de latas de Fanta, estaban para morir. Se las comieron sentadas en la muralla del puerto, con las piernas colgando. Los muchachos se habían ido cada uno por su lado, gesticulando y gritando. Jayden se volvía en barca a tierra firme, y Polly se preguntó si era sensato que bebiera cuando tenía que navegar, a lo que el muchacho respondió con cara seria que los hombres de Mount Polbearne llevaban haciéndolo ochocientos años y que no iban a dejar de hacerlo esa noche; tras eso, hizo chocar los talones una vez más y ella solo fue capaz de echarse a reír y de despedirse con la mano.

—Me lo he pasado genial —dijo Kerensa.

Polly la miró con atención. ¿Era verdad? ¿Kerensa se estaba... comiendo una patata frita?

—¿Qué pasa?

—Creía que odiabas a ese tío. He oído como os gritabais por George W. Bush.

—Sí, y lo odio. Pero me ha encantado discutir con él, ¿sabes a qué me refiero?

—No —contestó Polly—. No me gusta discutir con nadie, jamás.

—Oh —dijo Kerensa—. En fin, cuando conoces a un capullo tan maleducado, no tienes que reprimirte, puedes dejarte llevar.

—Mmm —murmuró Polly—. Deberías trabajar en el obrador.

Kerensa la miró.

—¿Y qué me dices de ti, doña Popular?

Polly se ruborizó y clavó la vista en las patatas.

—No sé de qué me hablas.

—Te hablo de esos dos hombretones tan guapos. ¿Cómo leches lo has conseguido?

—No he conseguido nada —contestó Polly—. No hay muchas mujeres en el pueblo, básicamente es eso. Además, no le gusto a ninguno. En fin, desde luego que no le gusto a Huckle.

—Pues te estaba prestando mucha atención.

—No lo creo —dijo Polly—. Tiene un... «trágico pasado» —añadió, e incluso dibujó las comillas en el aire—. En cuanto alguien menciona su vida privada, se cierra en banda. De verdad, creo que es mono, pero no soy tonta. Es evidente que no está buscando nada.

—¿Y qué me dices del otro?

—¿Tarnie? —preguntó Polly—. Estás de coña, ¿no? Tiene barba.

—¿Que tiene BARBA? Esa es la ESTUPIDEZ más grande que he oído para no salir con alguien. ¿Que tiene BARBA? Brad Pitt tiene BARBA. Johnny Depp tiene BARBA. George Clooney tiene BARBA. Ben Affleck tiene BARBA. ¿Quieres que siga? Porque

pienso recurrir a Mark Ruffalo si hace falta.

Polly parecía incómoda.

—Ha sido muy amable conmigo.

—Sí —dijo Kerensa, que hizo un gesto muy vulgar—. Quiere bajarte las bragas.

—Solo porque no hay muchas mujeres por aquí —insistió Polly. Miró a Kerensa de reojo—. ¿De verdad crees que está bueno?

—A ver —dijo Kerensa—: es alto, atlético, musculoso, tiene ojos azules, un mentón fuerte... Polly, ¿te has quedado ciega?

Polly clavó la vista de nuevo en sus patatas fritas.

—Ah, seguro que es porque soy nueva en el pueblo.

—¿Y qué más da? —preguntó Kerensa—. Por qué le gustas no tiene importancia, ¿no?

—Nunca le gusto a nadie —repuso Polly.

—Eso es porque normalmente me ven a mí primero —replicó Kerensa, muy redicha. Se hizo un breve silencio antes de que las dos se echaran a reír.

—Ah, cierra el pico, payasa —dijo Polly.

—Hablando en serio —continuó Kerensa—. Ay, pobre de mí, mi vida es un desastre... Y aquí estás, en este sitio que es... —Abarcó con los brazos en un gesto que evidenciaba un poco su estado de embriaguez y señaló el horizonte—. Que es absolutamente precioso, en un piso muy mono...

—Es un cuchitril —la corrigió Polly.

—No, es un piso —insistió Kerensa—. Lo has convertido en tu hogar. Con trabajo y con un nuevo grupo de amigos, además de un capullo, y una vida nueva. A ver, te lo digo en serio —dijo, y brindaron con las latas de Fanta— esto es la leche, Polly.

—Dicho así, parece mejor de lo que es.

—Es lo que es —dijo Kerensa—. Chris está en casa de su madre, cabreado con el mundo mientras tira los tejos a las camareras.

Polly echó un vistazo a su alrededor. Aunque no había ni una persona cerca y el puesto de patatas fritas y pescado había cerrado, el mar nunca estaba en silencio; escuchaba el leve romper de las olas contra el muelle y el crujir de los mástiles.

—En fin —dijo—. En fin, supongo que sí, que no pasa nada por...

—¿Dónde está mi sonriente amiga?

Polly se mordió el labio.

—¡Vamos! ¿Dónde tienes esa sonrisa? Antes la veía a todas horas.

Polly la miró sonriendo.

—¡Cierra el pico!

—¡JA! —Kerensa soltó una carcajada—. Sabía que ibas a volver con nosotros. —Le puso un dedo en la frente—. Ahora solo tienes que inyectarte una chispa de nada de bótox para librarte de estas arrugas...

Polly durmió toda la noche de un tirón, toda una novedad. Cuando se despertó, Kerensa ya se había ido, de vuelta a la ciudad, a las compras y al bullicio. Antes de que su amiga la visitara, Polly creía que podría sentirse celosa, que seguramente aferraría a Kerensa del brazo y le suplicaría que se la llevara de vuelta a Plymouth con ella.

Pero, en cambio, mientras caminaba descalza hasta la cocina para encender la cafetera, se percató de lo contenta que estaba por no tener que regresar a ese mundo de radios ruidosas, largos desplazamientos al trabajo, atascos, restaurantes de comida rápida con servicio de ventanilla para conductores y centros comerciales atestados. Era como si Kerensa le hubiera otorgado el don de ver Mount Polbearne a través de un prisma que lo convertía en un lugar precioso; en un lugar donde a la gente le gustaría estar.

Echó un vistazo al móvil. Tenía un mensaje de Reuben. Decía:

Estoy enamorado de tu amiga. Por favor, dile que me llame ahora mismo.  
Le enviaré el avión.

Polly soltó una carcajada y sintió una repentina desilusión por el hecho de que Kerensa no estuviera con ella para poder ver su cara. Con el café en la mano, se encaminó a la ventana a tiempo para ver aparecer a Tarnie, que la saludó con la mano nada más verla.

—¿Qué vas a hacer hoy? —le preguntó a voz en grito.

—Voy a limpiar un obrador lleno de porquería por si acaso tengo que usarlo como panadería —respondió ella, torciendo el gesto.

—No, ni hablar —replicó Tarnie—. Es domingo y hace un día precioso. Así que te vienes a pescar conmigo.

—¿Me vas a llevar a trabajar contigo?

—No. Es para divertirnos.

—¿Pescas durante toda la semana y también pescas por diversión?

—¿Tenemos que hablar sobre esto a gritos aquí en medio?

Polly sonrió.

—Vale. ¿Necesitamos algo para comer?

—No —contestó Tarnie—. Bueno, ya sabes, lo que tengas a mano.

Polly pensó en la hogaza de harina integral que había dejado fermentando la noche anterior por costumbre.

—Tengo que preparar la barca —dijo Tarnie.

—Muy bien —replicó ella—. Bajaré dentro de cuarenta minutos.

El pan estaba listo cuando acabó de lavarse y de vestirse. Estaba caliente y olía de maravilla. Cogió un tarro de miel y un cuchillo, un trozo de queso de la zona que le había comprado a un vendedor junto a la carretera, unas manzanas Pink Lady, una botella grande de agua y, siguiendo un impulso, los macarons y el vino blanco tan pijo que le había regalado Kerensa, «Porque es imposible que encuentres algo así en ese pueblo», algo sobre lo que llevaba más razón que un santo.

Era un día perfecto, soleado y cálido, con una leve brisa que impulsaba las nubecillas blancas por el cielo. El mar tenía un precioso color azul claro. Polly titubeó unos minutos y al final, nerviosa y en un arranque de atrevimiento, echó el bañador en la mochila antes de bajar la escalera. A medio camino se detuvo, preguntándose si se dejaba algo atrás, y después se dio cuenta de que estaba pensando en *Neil*.

Esperaba que Tarnie estuviera en su barco, pero descubrió que no se refería a esa embarcación en absoluto, sino a una barquita blanca de remos con un motorcillo en la parte posterior.

—Bienvenida a mi yate —la saludó, sonriendo.

—Bueno, que sepas que es precioso —replicó ella, que aceptó su mano para saltar desde el muelle.

—¿Has traído sombrero? —le preguntó Tarnie.

—¡Ay, no! —exclamó—. No se me ha ocurrido.

—El sol pega mucho en el agua —le explicó él al tiempo que le lanzaba un sombrero con muchos bolsillitos en los laterales.

Polly se lo colocó y se cubrió la melena dorada.

—¿Me sienta bien?

Tarnie sonrió.

—Pareces una niña de cinco años.

—Me tomaré eso como un no —replicó ella, que se lo quitó—. ¿Para qué son los bolsillos? ¿Para los gusanos?

—Estás obsesionada con llevar animales encima —repuso Tarnie—. Pero no. Son para los anzuelos y para los cebos, pero de eso me encargo yo.

—¿Estás insinuando que no sé pescar?

—¿Sabes pescar?

—No, pero no deberías dar por sentadas las cosas.

Polly se puso el chaleco salvavidas. Tarnie sonrió.

—¿Qué? ¿Los niños guays no se ponen el chaleco?

—Lo siento —se disculpó Tarnie—. Otra vez he metido la pata. He supuesto que sabías nadar.

—Claro que sé NADAR.

—Bueno, en ese caso no hace falta que te pongas eso. A menos que quieras. Iré con cuidado, te lo prometo.

Tarnie agarró la caña del timón y Polly se quitó el voluminoso chaleco salvavidas y se sentó en el asiento de madera de la parte delantera. Tarnie estaba en lo cierto. La barca sufrió una brusca sacudida cuando puso en marcha el motor, pero después comenzó a surcar las olas con suavidad. A esa hora tan temprana de la mañana no había nadie más en el agua, solo unos cuantos pescadores solitarios en el muelle con la esperanza de capturar algo. El calor del sol era muy agradable y Polly se sorprendió al comprobar lo mucho que le gustaba la sensación de velocidad de la barca sobre las olas. El motor era ruidoso, de modo que guardaron silencio. Se limitó a observar la silueta escarpada de Mount Polbearne a medida que dejaban atrás sus abigarrados edificios y sus calles adoquinadas, cubiertas por la bruma matinal. En ese momento comprendió, por extraño que pareciera, que casi le parecía su hogar.

Por delante tenía el mar abierto, y su inmensidad le pareció emocionante.

—Esto es precioso —dijo al tiempo que se echaba hacia atrás para disfrutar del viento y del sol en la cara. En un momento dado, un poco acalorada, bajó la mano y acarició la superficie del agua. Era maravilloso.

Cuarenta minutos después, vio algo que sobresalía del agua. Cuando se acercaron, descubrió que era una isla diminuta, una minúscula formación de tierra en mitad de la nada.

—¿Qué es eso?

—No creo que tenga nombre siquiera —contestó Tarnie—. La Isla de los Pájaros, quizá.

A medida que se acercaban, Polly vio que tenía un desvencijado embarcadero de madera.

—¿Vive alguien aquí?

—No, es imposible vivir aquí. Pero creo que alguien pasó algunas temporadas en este lugar. Un ermitaño, creo. El segundo hijo de un millonario de la zona que no supo encontrar su lugar en el mundo. Solían traerlo en barca con sus provisiones, se quedaba unos meses y luego regresaba durante el invierno.

—¿Y qué narices hacía aquí? —quiso saber Polly.

—Creo que se limitaba a mirar el mar —contestó Tarnie mientras amarraba la barca y le tendía la mano para que subiera al embarcadero—. La verdad es que no lo sé. Tal vez la gente se conformaba con menos cosas cuando no había televisión.

Efectivamente, una vez que estuvieron en el embarcadero, tras el cual se extendía una estrecha playa de arena amarilla, Polly vio las ruinas abandonadas de una rudimentaria casa de piedra.

—¡Hala! —exclamó Polly.

—Lo sé —dijo Tarnie, observando las pintadas—. Durante el verano, los chicos roban las barcas a sus padres y vienen aquí. Es mejor que las admires desde la distancia.

También vieron los restos de varias fogatas.

—¿Podemos encender fuego? —preguntó Polly.

—Es completamente ilegal —respondió Tarnie—. Pero sí.

Caminaron por la isla. En un lado había unos enormes fresnos encorvados por el azote del viento marino, y también alcanzaron a ver unos cuantos conejos que desaparecieron de inmediato de su vista, cual destellos blanquecinos. Era un lugar solitario, la costa estaba bastante lejos, pero también muy hermoso.

—¿Cómo conseguía agua? —preguntó Polly de repente.

—Ah, tenía un bidón para recoger el agua de la lluvia. Y con lo que llueve por aquí, tenía más que de sobra.

—Cierto —convino Polly.

—Además, la flota pesquera se pasaba por aquí de vez en cuando, está en la ruta diaria que hacemos. Y también venían los pescadores de Looe.

Polly asintió con la cabeza.

—Muy bien —dijo Tarnie—. ¿Lista para pescar?

A Polly siempre le había asustado la posibilidad de sacarle el ojo a alguien con un anzuelo, pero Tarnie le enseñó a lanzar el sedal en condiciones, y juntos se sentaron en el embarcadero a esperar que picaran. Según Tarnie, había tanta vegetación acuática, que los peces tenían mucho alimento y tenían suerte de haber sido los primeros en aparecer ese día.

—Ponle mala cara a cualquiera que aparezca —añadió.

—Hazlo tú, que tú sí que sabes ponerla —replicó Polly.

Tarnie sonrió y el azul de sus ojos se intensificó.

—En realidad —dijo—, si la gente ve que hay alguien pescando, suele dar media vuelta. Es un lugar pequeño para pasar un día tranquilo. Así que la hemos reclamado para nosotros solos.

—Nuestra isla privada —replicó Polly, sorprendida.

Tarnie la miró otra vez y le sonrió.

Polly fue la primera en sentirlo. Un tironcito en el sedal que le resultó curioso. Al instante, se puso en pie y estuvo a punto de irse al agua.

—¡Viva! —gritó—. ¡Tengo uno! ¡Tengo uno!

Tarnie sonrió.

—¡Eso es! ¡Vamos, empieza a recoger! ¡Empieza a recoger el sedal!

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Polly, emocionada, cuando la enorme silueta plateada del pez se hizo visible mientras se agitaba bajo la superficie—. ¡Ay, Dios, no, estoy matando un pez!

Tarnie la miró.

—Polly, ya es un poco tarde para eso.

—Lo sé, lo sé...

Se estremeció y estuvo a punto de soltar la caña.

—¿Quieres que lo saque yo? —se ofreció Tarnie.



Polly asintió rápidamente con la cabeza, un poco enfadada consigo misma por ser tan ridícula. Tarnie se colocó tras ella y le quitó la caña de las manos con naturalidad. Después, en cuanto ella se apartó, empezó a recoger el sedal.

El sol relucía en el agua y sobre las escamas plateadas del pez mientras este se retorció y giraba hacia la derecha. Era un arenque. Y bastante grande.

—Lo siento mucho, señor Pez —murmuró Polly.

—Este no es el mejor momento para hacerse vegetariana —dijo Tarnie, mientras le quitaba el anzuelo al pez—. Vale —añadió—. Tal vez sea mejor que no mires ahora.

Metió la mano en su bolsa de pesca y sacó un cuchillo de hoja larga, tras lo cual se dispuso a limpiar el pez con destreza. Polly observó el proceso espiando a través de los dedos. Tarnie le sonrió.

—Eres una chica muy delicada —dijo.

—Lo sé —replicó ella—. Sé que es patético. Normalmente, los compro envasados en el supermercado.

—Bueno, en ese caso no has probado pescado de verdad —comentó Tarnie sin más—. Ve en busca de unos palos.

—¿En serio?

—En serio.

Pasear por el bosquecillo fue muy agradable, un dosel verde esmeralda que la protegía del sol. Se adentró todo lo que pudo mientras recogía palos por el camino. Los pájaros trinaban entre las ramas, siendo el único sonido que se escuchaba. El lugar era precioso y muy tranquilo. En ese momento, comprendió por qué en Cornualles la gente seguía creyendo en los duendes. Era un lugar mágico. Inspiró hondo para disfrutar del fresco aire marino y sonrió con algo peligrosamente parecido a la felicidad.

Cuando regresó, Tarnie ya había pescado unos cuantos peces más. Le dio los palos y se dispuso a encender una pequeña fogata.

—Pero es ilegal —le recordó Polly.

—Sí, si eres un adolescente borracho que puede provocar un incendio en la isla —replicó Tarnie—. Vamos a intentar que eso no suceda, ¿te parece bien?

En un abrir y cerrar de ojos, el fuego crepitaba alegremente. Tarnie sacó papel de aluminio, mantequilla, limón y perejil, y tras envolver el pescado, lo dejó sobre las piedras, junto a las llamas.

Polly fue en busca de la botella de vino que Tarnie había tenido la previsión de dejar en el agua para mantenerla fresca, y partió el pan, que todavía estaba tibio por dentro. Lo untaron con mantequilla y se lo comieron con el pescado, que tenía un maravilloso sabor ahumado gracias al fuego. Acabaron con los dedos grasientos porque a Polly se le había olvidado llevar servilletas y en un par de ocasiones ambos se quemaron las yemas. Después, tiraron las raspas al mar, si bien Polly no se sintió muy elegante haciéndolo.

Fue la mejor comida de su vida.

El vino fresco y el calor del sol la dejaron soñolienta. Se tumbó en el suelo y cogió una de las manzanas que había echado en la cesta. Mientras le daba un bocado, se percató de que Tarnie la estaba mirando. Algo cambió de repente entre ellos.

—¿Una manzana? —le preguntó ella.

Tarnie parpadeó varias veces.

—Esto... no, gracias. —Apartó la vista. Después, la miró de nuevo—. Mmm... —murmuró.

Polly comprendió de inmediato que Kerensa tal vez estuviera en lo cierto. Solo tenía que echar un vistazo a su alrededor: el lugar, el almuerzo, ese día... No era amistad, porque si lo fuera habría llevado también a sus compañeros. Era algo más.

Siguieron sentados en silencio un rato y después Tarnie se puso en pie y se encaminó hacia la orilla, atravesando la arena.

—Tengo calor —anunció. Sin más aviso, se quitó la camisa. Estaba delgado, más de lo que Polly había supuesto. Era todo músculo y tendones, y distinguió un par de delgadas cicatrices en uno de sus costados. Se lanzó de cabeza al agua sin quitarse los pantalones largos.

Polly clavó la mirada en el agua. Saltaba a la vista que era un buen nadador, porque tardó mucho en salir a la superficie, justo cuando ella empezaba a preocuparse. En un momento dado, vio reaparecer su cabeza morena, como si fuera una foca, y saludarla con la mano.

—¿Qué tal está? —gritó Polly.

—Fresca —le contestó él, también gritando.

—Eso siempre significa que está congelada —protestó ella.

—¡Clo, clo, clo, clo, clo!

—¡No soy una gallina! —exclamó Polly. Tenía calor y estaba sudorosa—. Además, no se puede nadar después de haber comido. ¿O ya han rebatido esa teoría?

—¡Clo, clo, clo!

Antes de ser consciente de lo que hacía, regresó al bosquecillo y se puso el bañador de estilo *vintage* con estampado de cerezas que había comprado *online* en la época en la que comprar cosas bonitas era algo que se hacía por diversión. Deseó tener un espejo. Aunque pensándolo mejor decidió que era preferible no tenerlo. Porque empezaría a verse defectos y a preocuparse. No había tomado el sol en todo el invierno, así que era normal que estuviera muy blanca. Por todos esos motivos decidió que lo mejor era correr hasta el agua, lanzarse hacia ella antes de tener la oportunidad de pensar y cambiar de opinión.

No estaba fresca. Ni siquiera estaba fría. Estaba congelada.

—¡AAAH!!! —chilló mientras sentía que le encogían las entrañas y chapoteaba presa de la agonía—. ¿Qué es esto?

Tarnie se echó a reír. Era raro verlo tan relajado. En ese momento, flotaba de espaldas sobre la superficie, tan feliz.

—Ya te acostumbrarás —le aseguró—. Un poco de agua fría nunca le ha hecho mal a nadie.

—¡Sí que es mala! ¡Sí que lo es! —gritó Polly, todavía en estado de *shock*. Se sumergió de nuevo. El agua era cristalina en ese lugar, algo milagroso, como si estuvieran en el Mediterráneo. Sintió que un pez le rozaba las piernas y consiguió no gritar.

Al cabo de un rato, se acostumbró a la temperatura del agua. Emergió cerca de Tarnie y estiró brazos y piernas para flotar de espaldas, disfrutando del calor del sol mientras agitaba las manos para mantener la posición.

—Esto es divino —dijo, sonriendo.

Tarnie la miró. De repente, sus ojos le parecieron muy azules y sus dientes, muy blancos. Y también le pareció lo más normal del mundo acercarse un poco a él, cerrar los ojos para protegerse del sol que brillaba en el cielo azul y dejar que él la besara.

Había sido el contraste: la calidez del sol y la frialdad del agua; la aspereza de la barba de Tarnie y la suavidad de su propia piel; la frescura de estar al aire libre y la cercanía de estar de nuevo con alguien después de tanto tiempo. De estar con alguien nuevo y emocionante, y distinto.

Polly hizo el trayecto de vuelta tumbada en la barca, satisfecha, un poco mareada y un poco soñolienta, sintiéndose muy distinta. Se había colocado en la parte delantera, de frente a Tarnie. De vez en cuando compartían una sonrisa, una mirada. El resto del tiempo, disfrutaba de la mano con la que acariciaba otra vez el agua, del hecho de estar en su propio cuerpo, a su ritmo. Disfrutaba sin preocuparse por el futuro y sin soñar con el pasado. No tenía que distraerse con las tareas cotidianas. Se limitaba a ser ella misma y a sentir. El sol empezaba a descender hacia el horizonte y algunas nubes ya se teñían de rosa. Era feliz, comprendió. Era feliz.

Los chicos ya estaban cargando la balandra cuando ellos llegaron al puerto de Mount Polbearne. Puesto que todos los saludaron alegremente, Polly no se percató de que en breve serían el objeto de muchas bromas. Tarnie estaba colorado y no precisamente por el sol.

—Ay —dijo, sonriéndole a modo de disculpa.

—Supongo que no puedes quedarte conmigo —sugirió ella con descaro.

—Tengo que trabajar —adujo Tarnie, que le acercó la áspera y callosa palma de una mano a la cara para acariciarle una mejilla.

Polly inclinó la cabeza y se dejó hacer.

—Pero iré pronto —dijo, y sus ojos azules la atravesaron con intensidad.

—Pronto —susurró ella.

—¡HOLA! —exclamó Jayden, que la ayudó a bajar de la barca—. ¿OS LO HABÉIS PASADO BIEN?

—Ya vale, Jay, corta el rollo —le advirtió Tarnie, enfurruñado.

Polly y Tarnie se miraron.

—Esto... gracias por un día tan maravilloso —dijo ella.

Tarnie clavó la vista en el suelo.

—Mmm... ha sido un placer —replicó. Y después, delante de los chicos, se inclinó y la besó con delicadeza en una mejilla.

Polly se marchó, colorada, con su cesta de mimbre.

—¿Que has hecho qué? —le preguntó Kerensa—. ¿En una ISLA? ¡Ay, Dios, estoy verde de la envidia!

—¿Por qué no sales con alguno de los miles de chicos que te invitan a salir a todas horas?

—Porque yo busco cierta calidad —contestó Kerensa—. Ay, Dios mío, no quería insinuar nada.

—Pero LO HAS HECHO —repuso Polly. Estaba sentada con los pies apoyados en el alféizar de la ventana, bebiéndose una cerveza mientras contemplaba la puesta de sol y sintiéndose tan contenta que era ridículo—. Pero no pasa nada, porque hoy me da igual.

—Porque las hormonas sexuales te han vuelto loca.

—No estoy loca —le aseguró Polly—. Me siento muy bien.

—Ese es el secreto —replicó Kerensa—. Eso es lo que hacen.

Polly puso los ojos en blanco.

—Pensaba que me habías dicho que debía volver de nuevo al mercado.

—Eso es cierto.

Polly recordó algo.

—Ah, ese idiota estadounidense está enamorado de ti.

—¡JA! —exclamó Kerensa—. Pues dile de mi parte que es un asqueroso.

—Sabes que es rico, ¿verdad?

—Sí, en fin, pues me prostituiré con alguien que no me gusta solo por su dinero... —le soltó Kerensa—. Gracias por el maravilloso consejo.

Polly bebió otro sorbo de cerveza.

—Bueno —dijo—. Fue precioso. Maravilloso.

—Sí, muy bien —replicó su amiga—. Escúchame, ¿podrías llamar a Chris algún día de estos?

—¿Por qué? —quiso saber Polly, repentinamente arrancada de su ensoñación.

—Por nada. Es que... es que lo veo muy mal. Creo que tiene la impresión de que a ti te va bien y de que a él le va fatal. Está un pelín amargado.

—¿Y qué quieres que haga yo?

—No lo sé —respondió Kerensa con sinceridad—. A lo mejor puedes convencerlo de que afronte la realidad y siga adelante.

Polly suspiró.

—Sí —dijo—. Lo llamaré.

—A las mujeres se nos da mejor lo de seguir con nuestras vidas —afirmó Kerensa—. ¿Lo sabías? Los hombres son terribles para estas cosas. Por eso siempre acaban casándose por error.

—Mmm... —murmuró Polly—. O a lo mejor deberías decirle que me llame.

—Intenta no parecer muy contenta y satisfecha... sexualmente hablando.

—No estoy... —Polly sonrió—. Bueno, quizá lo esté un poquito, sí.

—Me alegro —replicó Kerensa—. Ya era hora, joder.

Polly aún seguía sonriendo a la mañana siguiente, y su sonrisa se ensanchó al explicar su nueva idea a la señora Manse (ella trabajaría en un obrador, Gillian en el otro, pero Polly se encargaría de manejar todo lo que fuera pesado) y comprobar que la mujer se mostraba razonable.

—Mientras estés aquí —replicó con cierto desdén, si bien eran palabras de ánimo teniendo en cuenta que las pronunciaba la señora Manse.

—Bueno, si esto funciona, tal vez me quede —señaló Polly, tras lo cual la señora Manse la miró con muy mala leche y respiró hondo, hinchando el pecho.

Polly era consciente de que la idea de trabajar en su obrador sin que ella estuviera por medio alegraba a la mujer, aunque al mismo tiempo empezaba a aceptar la idea de que fuese ella quien se encargara de hornear el pan, o al menos era más consciente de que el proyecto superaba sus capacidades.

De modo que Polly trabajó dieciséis horas sin protestar, ayudando a la señora Manse a colocar las cosas tal como ella las quería y trasladando la harina al otro edificio.

Aunque el obrador situado debajo de su piso estaba en muy malas condiciones, al menos se podía trabajar porque ya no llovía a todas horas. Si lograba ponerlo en marcha y ganar algo de dinero, podría arreglar el local para el invierno. Se sorprendió al descubrir que hacía planes a tan largo plazo, pero no pudo evitarlo. Se sentía emocionada. ¡Su propio obrador! Bueno, no exactamente, pero... Tenía que llamar por teléfono a Huckle y darle las gracias por la idea. Y quizá Tarnie fuera a verla más tarde y... Se sonrojó por el recuerdo y se dijo con firmeza que debía ponerse a trabajar.

Mientras conectaba la corriente para tener electricidad, recordó lo nerviosa que había estado la primera vez que bajó a ese lugar y encontró el pobre *Neil*. El horno se calentó a la primera con la madera acumulada. Reuben le había comprado lo mejor de lo mejor, y desprendía un calor impresionante. Podía usar los hornos tradicionales para hornear las hogazas normales y, además, contaba con las amasadoras industriales para hacer muchas más cosas, aunque suponía que lo mejor era empezar con lo más sencillo. La señora Manse le pagaría una comisión y se llevaría sus panes, pero también seguirían vendiendo empanadillas y sándwiches, y, dependiendo de cómo funcionara el asunto, ya vería lo que haría. Era un arreglo muy informal. Polly tenía la impresión de que la señora Manse habría hecho cualquier cosa con tal de quitársela de encima. Decidió aferrarse a la idea de que no era algo personal (a Gillian no le caía bien nadie) para que sus sentimientos no acabaran heridos.

Metió las primeras seis focaccias en el horno de leña y no tardó en quemarse los dedos al introducir la tabla. Y también quemó el pan. Necesitó tres intentos más para

conseguir una hogaza en condiciones; el horno calentaba más de lo que ella esperaba, con la cantidad justa de aceite de oliva y el equilibrio perfecto entre la sal y el romero.

Cuando por fin lo logró, la diferencia en la calidad del pan le resultó increíble. No sabía como ninguna otra focaccia que hubiera hecho antes. Era crujiente y sabrosa por fuera, y suave y esponjosa por dentro. Desprendía un olor maravilloso, a pan caliente ligeramente tostado. Le costó la misma vida no comerse la hogaza entera.

Lo siguiente que probó a hacer fue un *pissaladière*, con cebolla caramelizada. El resultado fue incluso mejor que la focaccia. Las cebollas se caramelizaron con el calor del horno, y acabaron blandas y dulces, un enorme contraste con el gusto salado de las anchoas y las aceitunas que había colocado encima. Acto seguido, tocó el turno al pan con queso, con un resultado muy aromático y esponjoso.

Mientras miraba el horno de reajo, Polly pensó que la convertiría en mejor panadera de lo que podría haber llegado a ser sin él. Le envió otro mensaje de texto a Reuben para darle las gracias y lo invitó a pasarse por allí cuando quisiera. Después, y con cierto titubeo, cogió el antiguo cartel de «CERRADO» de la tienda y le dio la vuelta para que rezara «ABIERTO».

Nadie pudo resistirse a entrar para ver qué estaba pasando. O fue por curiosidad, o fue simplemente porque el olor del pan recién horneado los atrajo.

Al cabo de un cuarto de hora, Polly había atraído lo que en Mount Polbearne podía considerarse una multitud. Colocó en el mostrador varias bandejas con trozos de pan para degustar a fin de que los clientes los probaran.

—¡DEGUSTACIÓN! —le dijo a Jayden, que no podía hablar porque tenía la boca llena—. Eso significa que pruebas un trozo para ver si te gusta.

—ME GUSTA —replicó Jayden con tristeza—. Me gusta mucho. Por eso estoy comiendo más.

—No. Lo que tienes que hacer es comprar un pan.

—Ah —exclamó Jayden—. Creía que era demasiado bueno para ser verdad.

—Estás en una tienda.

—Ah, sí —murmuró—. ¿Puedo llevarme unos cuantos de esos? —preguntó, señalando los palitos de queso que había preparado—. ¿Cuánto cuestan?

—Oh, buena pregunta —respondió Polly—. Debería haberla pensado de antemano. Mmm... ¿una libra?

Jayden contó tres monedas con cuidado.

—Quiero tres.

—¿Estás seguro? Son muy grandes.

Jayden la miró.

—Una vez fui a Exeter y me comí cuatro Big Macs —replicó—. Me puse malo, pero lo hice.

—Felicidades —repuso Polly.

—El mejor día de mi vida —le aseguró Jayden. Por un instante, su expresión se tornó astuta—. Bueno, mmm... ¿Has hablado con Tarnie?

Polly lo miró con el gesto torcido.

—Detestaría tener que echarte de la tienda —le dijo con firmeza.

—Hala, te estás convirtiendo en la señora Manse —replicó Jayden.

Polly agitó una de las bolsas de papel que había llevado desde la otra tienda.

—Fuera —dijo, mientras guardaba los palitos.

—Le diré que le mandas recuerdos. —Soltó Jayden con descaro.

—Le diré que te dé una patada en el culo —replicó Polly, si bien se percató en el último momento de que acababa de decirlo demasiado cerca de una señora muy elegante que había entrado en la tienda.

—Oh, lo siento.

—No pasa nada —le aseguró la mujer.

A juzgar por su acento y por su ropa, no era de la zona.

—¿Es nueva por aquí? —preguntó Polly, un poco emocionada por la idea de que hubiera alguien en Mount Polbearne más nuevo que ella.

—Sí, bueno... —La mujer echó un vistazo a su alrededor—. Estábamos buscando una casa para las vacaciones, ¿sabe? Un lugar para comprar y donde podamos alejarnos de todo. Buscamos un sitio muy tranquilo, pero el problema es que los lugares tranquilos no tienen mucho que ofrecer, no hay restaurantes ni nada de eso.

Era guapa, supuso Polly. Muy delgada, con mechas rubias en el pelo y los labios pintados de rosa fucsia.

—Bueno, sí —convino Polly—. Por eso son lugares tranquilos. Porque no hay restaurantes ni aparentemente nada que hacer.

—Veo que entiendes mi problema —dijo la mujer—. Queremos un lugar sin turismo, pero con muchas tradiciones locales y productos típicos y demás.

—Eso es un problema —comentó Polly, pensando que tal vez estaría mejor en cualquiera de los destinos turísticos tradicionales—. ¿Han pensado en Rock?

La mujer se estremeció.

—Ay, sí, espantoso. Las terrazas de los restaurantes están llenas de gente que tiene su segunda residencia allí y a la que le gusta alardear.

—¿Y eso no es lo que buscan?

La mujer sonrió, gesto que la honró.

—Uf, no. Pero queremos ser los primeros en llegar. ¡Algo complicado!

—Bueno, pues en eso no puedo ayudarla —comentó Polly—. Aunque sí puedo venderle pan. —Señaló las hogazas que descansaban en las nuevas cestas que había comprado en la tienda de artículos a una libra, aunque tenían un precioso encanto rústico.

La mujer examinó los panes un instante. Y después se le iluminó la cara.

—¿Eso es...? ¿Es tomate secado al sol?



Polly cogió la hogaza de pan con los tomates secos.

—Desde luego.

La mujer abrió los ojos aún más.

—¿Y eso es...? ¿Es un horno de leña?

—Ajá.

Polly le ofreció un poco de pan para que lo probara. La mujer probó un bocado y gritó de alegría.

—¡Henry! ¡Hen! —gritó, y su voz llegó hasta el enorme Range Rover que estaba ocupando gran parte de la calle—. ¡Creo que lo hemos encontrado! ¡Es imposible que los Hambleton-Smyth hayan oído hablar de este sitio! ¡Será nuestro diamante en bruto!

Del coche salió un hombre fornido que llevaba una camiseta rosa de *rugby* con el cuello levantado. Era mucho mayor que su mujer.

—Gracias a Dios —dijo el hombre a Polly—. Necesita sentirse con derecho a vanagloriarse o de lo contrario no hace nada. Parece un lugar bastante bonito.

—Traeré a mi decoradora para que nos busque una casa —anunció la mujer.

—No sé si hay algo en venta —comentó Polly. El sábado por la noche había visto en el *pub* a Lance, el agente inmobiliario entrado en carnes, y en su opinión las cosas estaban muy negras en el negocio.

La pareja se echó a reír.

—¡Ah, al final siempre acaban vendiéndome algo! —exclamó el hombre.

—Sí que lo hacen, cariño —apostilló la mujer.

—Todo el mundo tiene un precio. En fin, me llevo un pan de cada clase que tengas. No para ti, cariñín. No queremos que te inflés, ¿verdad?

—No, Hen —replicó la mujer con una sonrisa tonta—. Yo soy tu caramelito chiquitín.

Polly los observó alejarse. El hombre no paraba de meter la mano en la enorme bolsa de papel. En el fondo se sentía culpable por haberle permitido la entrada en Mount Polbearne a algo tan fuera de lugar. Estaba segurísima de que, si hubieran entrado en la tienda de la señora Manse, ese hombre no habría dejado el Range Rover aparcado en la calle de cualquier manera. Claro que también habían acudido todos los habitantes del pueblo esa mañana, desde Muriel, cuya tienda de ultramarinos estaba en la esquina de la calle; pasando por Patrick el veterinario, que le había preguntado amablemente por *Neil* y había comprado una hogaza de pan blanco rebanado; hasta la procesión de pescadores, que en parte habían ido para comer, lo tenía clarísimo, y en parte para echar un vistazo a la mujer que había conquistado a Tarnie. Polly sentía algo extraño al respecto. Por un lado, deseaba no haber vuelto con él de la isla en la barca, a la vista de todos; pero, por otro, sabía que no podía haber hecho otra cosa. Se preguntó cuándo la llamaría por teléfono.

Porque iba a llamarla por teléfono, ¿verdad? Claro que sí. Lo suyo no había sido una cita atroz en un club nocturno con la música a tope donde se habían pasado toda la noche hablando a gritos para poder entenderse; ni tampoco había sido una cena incómoda en un restaurante simplón donde habían tratado de encontrar un tema en común como los deportes, la música o la política. Lo suyo era algo orgánico, ¿verdad que sí? Algo que había surgido de forma natural del tiempo que habían pasado juntos. Claro que sí. Eso era. De modo que no tenía que preocuparse de si la llamaba o no, porque lo vería (trabajaba justo debajo de su ventana), y, cuando lo hiciera, todo sería muy tierno y agradable, en vez de ser incómodo, aunque tuvieran como telón de fondo a un grupo de pescadores tomándoles el pelo de forma amistosa.

Rememoró, un tanto avergonzada, el día anterior. Se había dejado llevar, por supuesto que sí. En circunstancias normales, no lo habría hecho, pero con el día tan maravilloso que había hecho, soleado por fin... Decidió no sentirse culpable al respecto.

También había sido extraño, la primera vez que lo hacía en bastante tiempo. Tarnie tenía un cuerpo muy distinto del de Chris, que había ido engordando y poniéndose fofo durante los años que habían estado juntos. Demasiada comida rápida; demasiadas noches encorvado sobre el teclado del ordenador o sobre la mesa de dibujo; demasiadas cervezas los fines de semana. El cuerpo de Tarnie era duro y musculoso. La experiencia no había sido mejor o peor que con Chris, pensó. Simplemente distinta. Lo esperado después de haber estado tanto tiempo fuera de juego. Era imposible conectar con alguien la primera vez. Estaba segura de que hacía falta práctica, acostumbrarse el uno al otro.

Se frotó la nuca y después hizo otra tanda de palitos de pan aderezados con queso. Se habían convertido en la sensación de la mañana. El pan con miel seguía en su rincón, tal vez hubiera sido un proyecto algo ambicioso para la clientela, pero no había problema, ya tendrían tiempo de probarlo. Efectivamente, a las dos en punto había vendido todos los panes que había horneado. La gente que apareció más tarde se marchó decepcionada.

Polly echó un vistazo al reloj y contó las ganancias del día. Seguro que la señora Manse se ponía muy contenta... si acaso algo la contentaba. De repente, pensó que, con la proximidad del verano y la llegada de los turistas, sería posible acabar el trabajo todos los días a las dos. Intentó contener el entusiasmo. Si podía hacer lo mismo todos los días (y era un sí como una casa, porque dependía de su exigente jefe) sería un trabajo, un trabajo de verdad.

Y muy distinto. Hacer pan y venderlo. Rememoró la época en la que Chris y ella trabajaban juntos: las interminables charlas sobre posibles contratos; las agotadoras noches discutiendo posibles encargos durante encuentros que se hacían interminables, intentando conseguir un sí, intentando planear con antelación; intentando lidiar con los constantes cambios y con el millón de formas distintas de hacer la misma cosa.

En Mount Polbearne, en cambio, si la gente quería un bollo, compraba un bollo.

Si quería un pan, compraba un pan. Si no quería, no lo compraba. Había algo natural, algo muy real, en la transacción que hasta el momento desconocía. Si no hacía pan, no ganaría dinero y no cobraría un sueldo. Si lo hacía, y si era bueno, lograría que la gente volviera. Incluso que algunos compraran una casa cerca del obrador.

De repente, en la pequeña panadería de Beach Street, todo parecía posible. Muy posible.

Dio la vuelta al cartel de la puerta para anunciar que estaba cerrado y empezó a limpiar. Tendría que ser más limpia y eficiente mientras trabajaba. O tal vez tendría que contratar a alguien a tiempo parcial para que la ayudara a limpiar. Esa era otra opción. Escuchó que la llamaban por teléfono mientras trataba de contener el chispeante entusiasmo.

Su antiguo móvil estaba a nombre de la empresa; entregárselo al señor Bassi había sido uno de los momentos más humillantes de su vida. Aunque había conseguido otro, más barato, apenas lo usaba ni se había molestado en dar el número a nadie. Cuando estuviera lista, ya vería de nuevo a sus amigos, se había prometido. Eso haría.

Era un número desconocido. Debía de ser Tarnie, pensó. Sonrió, mucho más nerviosa de repente que antes. ¿Qué iban a hacer? ¿Quedar? De repente, le resultó ridículo imaginarse a Tarnie sentado todo peripuesto en un restaurante o en un cine. La verdad, nunca lo había visto en el interior de un edificio. No era una criatura de espacios cerrados, su lugar estaba al aire libre, con el pelo salpicado por el agua del mar.

—¿Hola? —contestó alegremente, con más confianza que la que sentía—. ¿Qué tal estás?

—No muy bien —contestó una voz hosca.

—¿Chris?

—Bueno, sí, ¿quién te creías que era? —le preguntó él a la defensiva.

—Nadie, claro. ¡Hola! ¿Cómo te va?

La recién recuperada felicidad de Polly, esa que tanto le había costado encontrar, se esfumó de repente y sintió que empezaba a trazar círculos con un pie por la incomodidad. Después de todo lo que habían pasado, después de todo lo que ella había luchado... Recordó que Kerensa le había dicho que estaba preocupada por él.

—Oye, ¿estás bien? —le preguntó.

—Bueno, me han dicho que tú sí que lo estás —respondió él con seriedad.

Polly echó un vistazo al pequeño obrador. Las ventanas seguían descascarilladas. Pero eso le añadía carácter.

—En fin, ha sido una lucha constante —se apresuró a responder—. ¿Qué estás haciendo tú?

—¿Qué crees que estoy haciendo? Vivir en casa de mi madre mientras intento reorganizar mi vida.

—¿Tu madre está bien? —preguntó Polly. Siempre le había caído bien a la madre

de Chris, pero su expresión se había vuelto más seria y taciturna a medida que las cosas empezaban a irles mal.

Intuyó que Chris fruncía el ceño al otro lado de la línea.

—Dice que se está cansando de mí. Lo mismo que te pasó a ti.

—Chris... —dijo Polly, intentando no irritarse—, no me cansé de ti. Las cosas iban mal, ¿no te acuerdas?

Se produjo un largo silencio.

—Sí, claro que lo recuerdo —contestó él con un deje amargado.

Polly se mordió el labio.

—Bueno, he pensado que podría ir a verte, ¿no? —le preguntó aún a la defensiva, como si esperara que ella le diera un no por respuesta.

Polly pensó en el pequeño piso, en todo lo que estaba sucediendo, en el hecho de estar esperando una llamada de Tarnie. No era el mejor momento. Pero claro que tenía que verlo. Por supuesto que tenía que verlo.

—¿Y? —insistió él al ver que no respondía de inmediato—. ¿Qué ocurre, has pasado página?

Polly sabía que esas palabras tan bruscas eran producto de las inseguridades de Chris.

—Bueno, no, ya sabes... Claro que puedes venir. Por favor, hazlo.

—Kerensa dice que estás en el quinto pino, en una isla llena de locos.

—¿Ah, sí?

—Me vendría bien un poco de paz y tranquilidad. Mi madre me tiene la cabeza como un bombo.

Polly sintió una repentina frustración. No pudo evitarlo. Por fin estaba pasando página, por fin empezaba a superarlo. Apenas había pensado en Chris, la verdad. Había enterrado el dolor y la amargura, y se había concentrado en otras cosas. Pero eso no era justo para él.

—Sí, claro —le dijo—. Ven cuando quieras.

La velocidad con la que despegó la Pequeña Panadería de Beach Street (llamada así para distinguirla del establecimiento de la señora Manse, aunque este solo tendría un metro cuadrado más) sorprendió a todo el mundo, sobre todo a Polly.

Experimentaba todos los días con diferentes sabores y pronto descubrió qué tenía más éxito. El chorizo era una apuesta segura, aunque tuviera que pedirlo a tierra firme y nadie supiera qué era; y lo mismo pasaba con las tortitas de maíz. Cualquier cosa que tuviera un parecido mínimo con una *pizza* se agotaba antes de las diez de la mañana.

Polly creía que pronto iba a necesitar un ayudante, a medida que los turistas comenzaban a cruzar la carretera, pero las largas horas que pasaba de pie se contrarrestaban con la alegría que sentía a las dos de la tarde, cuando había vendido todo el producto y podía limpiar. Un par de veces, para evitar que todo el mundo metiera las narices en sus asuntos, se escabulló al piso para estar con Tarnie, que también libraba por las tardes, y pasaban tiempo juntos, con el sol entrando a raudales por las ventanas y el olor a sal flotando en el ambiente. Sin embargo, no eran una pareja como tal, se percató Polly: no salían a cenar, porque... ¿adónde irían? A veces se reunían con los demás en el *pub*, pero como no les apetecía aguantar las pullas, se sentaban cada uno por su lado.

De todas formas, Polly se sentía bien. Empezaba a experimentar la progresiva vuelta a la vida de su cuerpo a medida que los días se volvían más cálidos y el verano llegaba en todo su esplendor, caluroso como era debido, y el pueblo cobraba vida. Se despertaba todos los días con las primeras luces del alba para amasar y dejar fermentar el pan, para probar cosas nuevas, para saborear los olores, para preparar café, para saludar a sus nuevos amigos y para ponerse al día con los últimos cotilleos. Todo el mundo adoptó enseguida la costumbre de pasarse por el obrador, sobre todo cuando compró tacitas de papel para la cafetera buena y también empezó a venderlo. Patrick se pasaba para quejarse de los gatos callejeros; Muriel aparecía asegurando que los pies la estaban matando; Andy, el del *pub*, se pasaba justo antes del mediodía en busca de bollitos para sus barbacoas; y Huckle le dejaba los tarros de miel.

Los turistas llegaban, se sorprendían al encontrar un lugar tan estupendo, y Polly escuchaba encantada el tintineo de la campanilla de la puerta. Cuando llevaba la recaudación del día al obrador, la señora Manse le gruñía, pero Polly descubrió pronto que, si llevaba una taza de té a la anciana, no le ponía pegas al contarle los cotilleos de los que se había enterado e incluso chasqueaba la lengua de vez en cuando. Polly no habría dicho ni de casualidad que eran amigas, pero desde luego que el hielo se estaba rompiendo.

Y cada noche caía en la cama al anochecer, exhausta por el duro trabajo, cada vez

más morena y sintiéndose cada vez mejor y más fuerte, mientras su antigua vida se alejaba como la marea en la playa arenosa que había al otro lado del viejo faro, donde Muriel y ella a veces se escapaban en busca de un poco de tranquilidad para charlar a gusto.

Pero Chris iba hacia allí, y llevaría su antigua vida a Mount Polbearne.

Polly miró con atención el sofá, su querido sofá, y lo desplegó hasta preparar una cama, mientras el temor se apoderaba de ella.

Chris la había llamado para decirle que iba a visitarla y Polly supo, sin tener que mirar siquiera el cuadrante de las mareas, que la carretera estaría sumergida. Se lo dijo, a lo que él replicó que, en fin, ya era demasiado tarde, que ya estaba de camino, de modo que Polly suspiró y le dijo que de acuerdo, que ya se le ocurriría algo.

Tarnie no estaba por ninguna parte, pero sí vio a Jayden en el puerto, desenrollando las redes con una evidente falta de entusiasmo, y no se lo pensó dos veces cuando le ofreció unos bollitos extra si la llevaba a tierra firme para recoger a Chris junto a la carretera.

Hacía una tarde estupenda y el cielo apenas comenzaba a teñirse de rosa en el horizonte cuando se hicieron a la mar, que había azotado la carretera con saña hasta que la última piedra hubo desaparecido por completo y volvían a ser una isla. Las gaviotas graznaban y la tierra firme parecía muy lejana. Polly se sentó en la popa de la barca (ya embarcaba con mucha facilidad y se sentía tan cómoda a bordo como en un coche) y sonrió mientras Jayden aceleraba.

—Eres el Fórmula 1 de los barquitos —dijo ella, y Jayden sonrió.

—Eres la segunda persona a la que llevo hoy —replicó él—. Voy a empezar con el servicio de taxi de nuevo.

En verano, los pescadores se encargaban del servicio oficioso de taxis que llevaba a tierra firme a quienes se habían quedado varados, de vuelta a sus zonas de acampada y a sus hoteles, después de haber estado tentados de quedarse en la posada del pueblo. El precio era lo más alto que podían pedir, con la única condición de que el dinero que se recogiera se empleara para el bote del *pub* a fin de pagar las rondas de bebidas de todos.

—Sois unos piratas —dijo Polly cuando se enteró del chanchullo.

Ellos sonrieron y asintieron con la cabeza, dándole la razón.

—¿Has estado ocupado? —preguntó Polly en ese momento. Todavía no había muchos turistas y los locales se conocían los horarios de las mareas como las palmas de sus manos.

—Sí —contestó Jayden—. He llevado a Tarnie de vuelta para ver a su...

Polly ni siquiera estaba concentrada. De hecho, si Jayden no hubiera dejado la frase en el aire de forma tan abrupta y no se hubiera puesto colorado como un tomate, ni se habría enterado.

Podría haber dicho «A ver su nuevo barco» o «A ver algo» o cualquier cosa que se le hubiera pasado por la cabeza; pero la mente de Jayden podía ser una maraña

enredada muchas veces, y se quedó allí plantado, muy colorado, frotándose la nuca con una mano y boqueando como un besugo fuera del agua.

Polly no se dio cuenta al principio. Después, repasó la conversación y se incorporó al tiempo que tragaba saliva.

—¿A ver a su qué, Jayden? —preguntó mientras intentaba que la voz le saliera tranquila y despreocupada. Por dentro, el corazón se le iba a salir del pecho.

—Esto... a su nada —contestó Jayden, con la esperanza de que lo dejara tranquilo.

—No me vengas con cuentos, Jayden —replicó Polly con voz aguda. Lo miró fijamente, pero él era incapaz de enfrentar su mirada.

Se produjo un largo silencio. Polly no pensaba ser quien lo rompiera.

—Esto... —dijo Jayden al final, conforme se acercaban a tierra firme.

Polly ya podía ver el Polo blanco de la madre de Chris en el aparcamiento.

—¿Sí?

—Esto... a su mujer. —Soltó las últimas palabras de sopetón, con los ojos clavados en la cubierta de la barca.

—Su... —Polly tenía que asegurarse del todo—. Jayden, ¿acabas de decir «su mujer»?

Jayden asintió con la cabeza, con expresión culpable.

—¿Tarnie está casado?

—Sí.

—¿Y tú lo sabías?

Otra vez la vista clavada en el suelo.

—Sí.

Polly sintió cómo se le subía la sangre a la cabeza y se dio cuenta de que le temblaban las manos. En fin, suponía que ya tenía una explicación a por qué no habían pasado de tomarse alguna copa juntos. Se le ocurrió otra cosa.

—Y... supongo que todos en el pueblo lo saben, ¿no?

Jayden se encogió de hombros.

Polly soltó un taco, bien gordo, y tiró al mar un guijarro que encontró en el suelo de la barca.

—¡Por el amor de Dios! ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—No era asunto mío —masculló Jayden.

Polly empezó a pensar como una loca. Ella no había preguntado... En fin, ni se le había pasado por la cabeza que tenía que hacerlo; además, Tarnie no llevaba anillo... claro que sería peligroso con su trabajo.

Cuando eran jóvenes, siempre comprobaba el estado civil de los guaperas que se les acercaban a Kerensa y a ella en los bares de Plymouth: los oficiales navales de permiso en tierra que buscaban divertirse o los hombres de negocios que llegaban a la zona. Pero, claro, últimamente no le había hecho falta, porque Chris y ella llevaban juntos mucho tiempo. Siempre era Kerensa la que se llevaba a los tíos de calle,

mientras que ella transmitía el mensaje de «Estoy pillada» y la dejaban tranquila... Pero había cometido el error de novata más inocente del mundo. Se sentía tontísima.

—¡Joder, joder! —exclamó ella—. ¡JODER! No me puedo creer que nadie me lo haya dicho. ¿Por qué no me lo dijo la señora Manse? —se contestó ella misma—. Porque no le caigo bien. ¿Por qué no me lo dijo Huckle?

—¿El yanqui raro? —preguntó Jayden—. ¿Cómo lo iba a saber?

—¿Cómo es? —quiso saber Polly—. Ay, Dios, no me digas que tienen niños.

Jayden meneó la cabeza.

—No le gusta la pesca —explicó él—. Lo deja trabajar durante la temporada y vive en Looe. Tarnie va y viene.

—¡COÑO! —exclamó Polly—. Seguro que creía que yo era presa fácil.

Jayden parecía destrozado.

—Yo no —le aseguró—. Yo creo que eres muy agradable.

—Gracias, Jayden —dijo ella.

Estaban acercándose al embarcadero y Polly todavía no había averiguado ni la mitad de lo que necesitaba saber.

—Bueno, ¿lo hace todos los veranos? —le soltó a Jayden—. ¿Se busca a una tonta y se lanza a por ella? ¿Yo soy la que toca este año? Ay, Dios, la isla. Seguro que va allí a todas horas.

No se le ocurría un seductor más ladino que Tarnie. Claro que tal vez era su especialidad. Tal vez era un experto en parecer rudo e inseguro, aunque sabía muy bien lo que estaba haciendo en todo momento.

Jayden negó con un gesto seco de la cabeza.

—Qué va —repuso él—. Tiene pánico a Selina. Nunca le había visto hacer algo así, de verdad.

Polly lo fulminó con la mirada.

—Es verdad —insistió Jayden.

Cuando vio que la barca se acercaba, Chris salió del coche y la brisa le roció la frente de agua salada.

—¿Es tu novio? —preguntó Jayden.

—¡No! —contestó Polly—. Por el amor de Dios, sois todos unos obsesos sexuales.

Saltó al embarcadero, furiosa pero muy consciente de que tenía que desentenderse del asunto de momento, sacárselo de la cabeza. De repente, se le ocurrió que si hubiera sucumbido a la tentación de sentirse un pelín ufana a la hora de encontrarse con Chris, en ese momento la sensación habría desaparecido por el retrete.



Polly observó atentamente a su ex mientras intentaba desentenderse de lo que hervía en su interior. Parecía distinto. Llevaban tres meses separados, pero se le antojaba más tiempo. No parecía tan pálido y demacrado como cuando el negocio empezó a irse a pique. Necesitaba cortarse el pelo, pero le sentaba bien llevarlo un poco más largo. Había recuperado algo del peso perdido e incluso había cogido un poco más, y las ojeras parecían haberse quedado para siempre. Llevaba una camisa de cuadros vieja y unos vaqueros que parecían quedarle un poco estrechos.

—Hola —la saludó él, incómodo.

Chris, en cambio, estaba boquiabierto por el cambio que veía en Polly. Parecía distraída, más larguirucha. Su piel había adquirido un bonito bronceado de estar al aire libre, y llevaba la melena rubia cobriza recogida en una coleta, como si le diera igual quién la viera. Algunos mechones le enmarcaban la cara; el efecto era bonito. Ella también llevaba unos vaqueros viejos y una camiseta roja manchada de un polvo blanco. Supuso que era harina. Parecía más joven que antes, menos estresada. De repente, Chris sintió una punzada de culpa, porque él había tenido mucho que ver en ese sentido.

—Hola —correspondió ella. Se miraron el uno a otro, incómodos, sin saber cómo saludarse después de pasar tanto tiempo separados. Después, añadió—: Anda, ven —dijo, y extendió los brazos, de modo que Chris le dio un abrazo titubeante.

Polly captó enseguida su olor tan familiar; para Chris, ella olía distinto... captaba el aroma del pan recién hecho con un toquecito de salitre.

—Madre mía —dijo él al final—. Estás estupenda.

De repente, Polly se dio cuenta de que no había hecho el menor esfuerzo a fin de prepararse para su visita. Antes se habría emperifollado para recibirlo, habría escogido con cuidado la ropa y se habría maquillado muchísimo. En ese momento, solo llevaba un poco de brillo en los labios. Y se dio cuenta del motivo: en parte porque no se le había pasado por la cabeza y en parte porque creía que estaba saliendo con otra persona... Y se sintió tontísima. Intentó desterrar a Tarnie al fondo de su mente. No podía pensar en eso.

—Esto... en fin... Gracias —dijo—. Tú también.

Se produjo un silencio incómodo antes que Jayden carraspeará y les recordase que, cuando la marea volviera a bajar, tendría que tomar una ruta muy larga alrededor del promontorio, de modo que Polly regresó a la barca a toda prisa. Chris la siguió con una bolsa de viaje, aunque su maniobra fue bastante más torpe.

—Ya veo que te has acostumbrado al mar —comentó él, y Polly se limitó a sonreír, aunque por dentro se sentía morir.

Jayden, muy consciente del avispero que ya había agitado, mantuvo un silencio

absoluto en el trayecto de vuelta, de modo que se pareció mucho a atravesar el Estigio, llevados por el barquero. Al rodear la entrada de la bahía, Polly miró a Chris, contenta al ver la expresión en su cara cuando los primeros rayos del atardecer cayeron sobre el pueblecito, haciendo que la piedra reluciera con un tono dorado. Las ventanas reflejaban la luz, los adoquines brillaban y los mástiles de los barcos crujían.

—¡Hala! —exclamó Chris—. ¿Aquí es? Es precioso.

Polly sonrió, orgullosa.

—Lo sé.

—Pero estás en mitad de la nada, joder.

A su espalda, Polly sabía que Jayden fruncía el ceño.

—Eso depende de tu punto de vista —replicó ella—. A mucha gente le gusta que sea así.

—¿Cómo es en invierno?

Polly recordó las tormentas desoladoras y la abrumadora soledad de principios de primavera.

—Acogedor —se apresuró a decir.

Chris no parecía muy convencido cuando sacó el móvil, y se llevó una sorpresa al ver que no tenía cobertura.

Jayden los dejó en el puerto sin decir una palabra, solo lanzó una mirada de disculpa a Polly, que ella no le devolvió. Cada cosa a su tiempo. No sabía qué iba a hacer cuando viera a Tarnie, pero no sería agradable.

—He pensado que podíamos ir a tomarnos una copa —dijo, y, de repente, deseó que no hubiera un solo *pub* en el pueblo. Claro que Tarnie estaba en tierra firme y llevaba semanas sin saber de Huckle.

—Perfecto —contestó Chris—. ¿Tienen patatas fritas con pescado? Me encantaría comerme unas como Dios manda.

—¡Desde luego que sí! —le aseguró Polly, y se alegró de que, de momento, no parecía haber ido a Mount Polbearne para darle un mal rato.

Dejaron la bolsa de Chris en el piso, que resultaba mucho más acogedor y agradable desde que empezó a arreglar el obrador de la planta baja; los hornos mantenían un calorcillo muy agradable y ya no parecía tan húmedo y deprimente como cuando se mudó. Además, había ido al trastero donde guardaba sus cosas (Tarnie la llevó en su coche) un miércoles por la tarde y sacó sus cuadros, sus libros y sus alfombras, y todas las cosas que Chris nunca había querido en su paraíso minimalista. En ese momento, había una alfombra roja en el suelo y montones de libros en estantes de madera y ladrillo, y también algunos paisajes abstractos que Chris había visto y había dicho que parecían dibujados por críos pequeños, pero que a Polly le habían gustado precisamente por eso. Había cojines diseminados por el impecable sofá gris. El efecto era un poco recargado, pero parecía hogareño y acogedor.

—¡Uf! —dijo Chris, que torció el gesto—. Ja. Menudo cambio del apartamento

de Plymouth.

Polly lo miró de reojo.

—Quiero decir que es muy bonito.

—¿Te apetece un té? —le preguntó ella al tiempo que sacaba las tazas, cada una de un tipo, y los bollitos que habían sobrado del almuerzo.

Chris asintió con la cabeza y ella preparó la mesa junto a la ventana, desde donde el atardecer parecía un espectáculo rosa y púrpura especialmente creado para ellos dos.

—Bueno... —dijo ella en voz baja mientras soltaba la taza.

Chris clavó la vista en su taza antes de desviarla hacia la ventana.

—¿Regentas tu propia panadería ahí abajo? —preguntó él con incredulidad.

—Sí —contestó—. Sé que no parece gran cosa y la verdad es que trabajo para otra persona, pero ya sabes que...

—¿Cómo puedes preparar pan para tanta gente?

Polly se encogió de hombros.

—Es cuestión de práctica. Ya sabes... todos esos fines de semana... —No le hizo falta terminar la frase. Todos los fines de semana que él no había vuelto a casa del trabajo o que había insistido en que no podían salir porque estaba muy estresado o porque se estaba recuperando de la resaca tras intentar ahogar sus penas, una técnica que casi nunca funcionaba y cuyos efectos eran muy breves—. Esto solo es cuestión de hacerlo para más gente.

Chris meneó la cabeza. Polly sabía por su expresión que estaba muy, pero que muy celoso.

—Esto... bueno, tampoco es tan genial —continuó ella—. A ver, hace un frío del carajo y tengo que levantarme a oscuras y los lugareños pueden ser ESPANTOSOS y...

Sabía que estaba parloteando, pero no tenía ni idea de qué más hacer.

—Sí, bueno, a mí también me van genial las cosas —se apresuró a decir Chris—. He estado trabajando con algunos sitios web... A ver, casi siempre para conseguir publicidad, pero la verdad es que eso ayuda para que la gente me conozca, ya sabes.

Polly lo sabía. Hacer que los creativos trabajaran gratis diciéndoles que a cambio recibirían publicidad... ¿Quién no había soñado alguna vez con no pagarle al fontanero? O con no pagar una barra de pan, ya puestos.

—Es genial —dijo—. ¿Cómo está tu madre?

Chris frunció el ceño.

—Esto... está bien. Cree que debería volver a vivir solo. Pero los pisos de alquiler son cuchitriles. Tú has tenido mucha suerte.

Polly se enfadó al escucharlo.

—La vida es muy dura. —Chris tenía el gesto torcido y se estaba quejando como un niño que no se había salido con la suya.

—Lo sé —dijo Polly, y con toda la amabilidad de la que fue capaz, sugirió—: ¿Has pensado en hacer otra cosa?

—¿El qué? ¿Preparar pasteles? —resopló Chris—. No, para mí es distinto. Yo soy un profesional.

Polly decidió no insistir más, porque acabaría golpeándolo con la tetera.

Una vez en el *pub*, con el pescado y las patatas fritas, y con una botella de vino por delante (por suerte, Patrick el veterinario era la única persona a quien conocía), Polly carraspeó.

—Bueno —dijo, incómoda, mientras llenaba las copas—. Esto... el apartamento.

—Sí —dijo Chris—. Claro. —Se puso un poco colorado y carraspeó, como si fuera a anunciar algo—. He estado pensando en el tema. Ahora que estás ganando dinero, se me ha ocurrido que tú podrías hacerte cargo de la hipoteca. Y yo me mudaría de nuevo al apartamento y buscaría un trabajo. Después, cuando ya esté asentado, tú podrías volver a Plymouth y buscarte un trabajo decente, y ¡bingo!, podríamos seguir como antes y salvaríamos el apartamento.

Polly bebió un buen trago de vino. Allí estaba Chris, pronunciando por fin las palabras por las que llevaba suspirando seis meses... No, mucho más tiempo. Los últimos dos años. Tuvo que parpadear con rapidez.

—Pero tengo un trabajo aquí —dijo, sin darse ni cuenta.

Se olvidó de su férrea convicción (se lo había repetido a Kerensa hasta la saciedad) de que Mount Polbearne era algo temporal hasta levantar cabeza; que se habían dado un tiempo hasta que la barca en la que navegaba con Chris encontrara de nuevo el rumbo.

Además, su salario no podría estirarse para pagar la renta y la hipoteca.

—Sí, pero, ya sabes... —Chris abarcó lo que los rodeaba con un gesto de la mano—. Es el culo del mundo. No es tu sitio. No es nuestro sitio, ya sabes.

Polly recordó la fantasía que compartieron en otro tiempo: dos profesionales jóvenes y modernos que vivían en un apartamento de lujo, con un negocio próspero, asistiendo a reuniones importantes y frecuentando los bares de moda. Aquella chica... ya casi no la recordaba.

Inspiró hondo, se dio media vuelta y contempló el mar. El faro derramaba su gran haz de luz, iluminando las calles adoquinadas, la muralla del puerto, las gaviotas que se peleaban como adolescentes borrachos de sidra y los letreritos blancos. Su vista apenas alcanzaba para ver la fachada destartalada del obrador del puerto, mientras las gaviotas la sobrevolaban.

Inspiró hondo y miró a Chris, que la observaba con expresión ansiosa. Se dio cuenta de que le preocupaba su respuesta. Y también se percató de que hasta ese momento concreto no sabía con total seguridad lo que iba a contestar. Siempre había dicho que su mudanza a Mount Polbearne sería algo temporal. Pero, con independencia de los altibajos, se había convertido en algo muy, pero que muy importante para ella.

—Creo que... —comenzó, y tuvo que tragar saliva—. Creo que soy yo.

Se produjo un largo silencio. Los dos clavaron la vista en las copas.

—¿Qué quieres decir? —acabó preguntando Chris.

Polly sintió que se le formaba un doloroso nudo en la garganta y, de repente, tuvo que contener las lágrimas.

—A ver, no creo que... no creo que quiera recuperar lo que teníamos.

Chris frunció el ceño.

—Ya no quieres dirigir un negocio. Da igual, de todas formas tampoco podemos hacerlo, al menos hasta dentro de dos años. Pero todavía podemos conservar el apartamento si tú cubres la...

—No.

Polly se percató de las pocas veces que le había dicho que no a Chris. De hecho, durante casi todo el tiempo que habían estado juntos, había intentado hacerlo feliz. Con razón había acabado seducida por el primer tío que se le cruzó, pensó con sorna. La idea le revolvió el estómago, de modo que la aplastó.

—No lo dices en serio.

El haz de luz del faro los iluminó otra vez. En el puerto, las luces de los barcos pesqueros se encendieron y Polly sintió que algo daba un vuelco en su interior mientras los veía alejarse para pasar una larga noche de trabajo. Muriel y su marido pasaron por delante, dando un paseo. En la muralla del puerto, había una pareja de turistas, un chico y una chica abrazados. El chico estaba dejando un reguero de besos en el pelo a la chica. Sobre sus cabezas, unas cuantas estrellas comenzaban a brillar en el cielo despejado.

Polly se encogió de hombros.

—Creo... creo que... A ver, al menos de momento, pero...

—¡Eres una auxiliar administrativa!

—Pero la Pequeña Panadería de Beach Street... Hago algo que me encanta —confesó Polly—. Y adoro este sitio. No puedo explicarlo. Es un lugar mágico.

Chris torció el gesto de malos modos.

—Te estás enterrando para huir de la verdad.

—Puede que sí —admitió ella—. Puede que lo esté haciendo. El negocio fracasó. —Suavizó la voz todo lo que pudo antes de pronunciar las siguientes palabras—. Y nosotros fracasamos, Chris. Lo intentamos con todas las fuerzas, pero fracasamos.

Chris la miró, con las ojeras muy oscuras y marcadas bajo los ojos.

—En fin, ya sabes, la dichosa recesión, los dichosos Tories... Lo superaremos.

—No —dijo ella. Le puso una mano sobre la suya—. Yo no era buena para ti. Te daba la tabarra y te atosigaba y a ti no te gustaba. Necesitas alguien a quien respetes, no a una persona que va todo el tiempo corriendo detrás de ti.

De repente, Chris parecía al borde del llanto.

—Solo quiero que las cosas sean como antes.

Polly recordó de pronto la primera vez que se vieron. Era guapísimo, muy joven y

listo, con una carpeta llena de dibujos, de diseños, de tipografías artísticas, de ideas. Los dos habían formado una buena pareja: eran dinámicos y estaban dispuestos a comerse el mundo. Estaban muy seguros de sí mismos. Nunca podrían volver a ser esas personas.

—Lo sé —repuso ella, desolada y muy, pero que muy cansada—. Lo sé.

Chris se acostó en el sofá y Polly, en la cama, pero ninguno fue capaz de pegar ojo. Los dos se quedaron tumbados, despiertos, con la vista clavada en el mar en el caso de Chris y en el techo en el caso de Polly, mientras todo daba vueltas y más vueltas en su cabeza. ¿Había cometido un terrible error al no acceder a volver a la ciudad? ¿Era su última oportunidad de llevar la vida «normal» que todo el mundo imaginaba, una vida en la que se comprometía con Chris, encontraba un buen trabajo en algún despacho y tal vez algún día tenía un niño? El tiempo pasaba y, si no lo hacía en ese momento, ¿se convertiría en otra señora Manse? Tuvo que hacer frente a la tentación de levantarse, acercarse a Chris, abrazarlo y decirle que sí, que todo saldría bien, que lo superarían, que podían hacerlo, que podían empezar de cero. Pero no lo hizo porque, en el fondo, sabía que no saldría bien.

A las cuatro de la mañana, Chris se rindió y, tan en silencio como pudo, salió del piso en busca de algo que hacer. Polly escuchó cómo se iba y estaba a punto de seguirlo cuando se dio cuenta de que, por fin, se estaba quedando dormida, atrapada en esa parálisis del cuerpo, incapaz de moverse.

Polly durmió hasta las once del domingo y se despertó sobresaltada. No recordaba la última vez que había dormido tanto; se sentía renovada, a gusto y casi como nueva. Se levantó para comprobar si Chris había vuelto, pero no había ni rastro de él. Era como si nunca hubiera estado allí. Chris siempre había sido muy ordenado. No había nota, nada.

Repasó la noche anterior con creciente pánico, pero se dijo que no, que había hecho lo correcto. Había tomado la decisión correcta. Encendió su adorada cafetera y se sintió más ligera que antes.

Como si la preocupación de qué hacer con Chris hubiera sido una losa invisible con la que había estado cargando y que, por fin, había desaparecido. Sí, dolía... y sí, su futuro se había convertido en una hoja en blanco, en la que podía suceder cualquier cosa. Pero había hecho lo correcto, estaba convencida. Volver en ese momento sería fracasar por segunda vez, y no estaba segura de que pudiera superarlo.

Miró por la ventana y, de repente, vio que una multitud la observaba. Jadeó y retrocedió de un salto para comprobar si se le habría abierto la bata. ¿Qué hacía todo el mundo allí abajo?

Se lavó la cara, se vistió a toda prisa y corrió escaleras abajo, muerta de la

preocupación. ¿Habría entrado alguien a robar? ¿O uno de los adolescentes de la zona había hecho una pintada? ¿Por qué todo el mundo miraba hacia el obrador?

Cuando salió, en vaqueros y una camiseta de rayas, descalza (el día prometía ser abrasador), se paró en seco y se llevó una mano a la boca.

Aunque se había marchado (y se sintió fatal por creer que se había ido sin más), Chris sí le había dejado algo. Inquieto e incapaz de dormir, había bajado para explorar la planta baja con las primeras luces del alba (Polly ya no cerraba con llave la puerta que conectaba los dos espacios) y había dado con unas viejas latas de pintura gris y blanca que estaban almacenadas al fondo. Con su ojo artístico y su exquisito gusto, había pintado la pared exterior de un gris perla muy claro (el mismo color del sofá) y con su magnífica caligrafía tan florida había escrito sobre el escaparate:

*La Pequeña Panadería de Beach Street*

*Dueña: Srta. P. Waterford*

*Fundada en 2014*

El verano había llegado con toda su gloria y todos los días se veían familias atravesando la carretera, armadas con cubos, palas y redes, mientras los niños chillaban si las olas llegaban a los adoquines. Después regresaban antes de que la marea subiera de nuevo, y los que inevitablemente lo hacían un poco tarde se veían obligados a atravesar la carretera a toda prisa o incluso a volver en una de las barcas de los pescadores.

Se había corrido la voz. La pareja elegante, Henry y Samantha, había comprado una casa en la parte alta del pueblo. Un edificio victoriano destartado y muy grande, con un enorme jardín, un gigantesco invernadero y las paredes ocultas por las malvarrosas. No paraban de traer visitantes con el pretexto de que probaran «el mejor pan de Cornualles», pero en realidad solo querían alardear y presumir de que eran los primeros en haber descubierto la isla y en haber comprado una segunda residencia en ella. Eran muy exagerados y presumían de lo mucho que conocían a Polly, usando su nombre de pila constantemente y sugiriéndole nuevos sabores para que experimentara con ellos, algo que ella solía hacer.

Si las colas seguían aumentando, tendría que contratar a un ayudante. Cada día se le acababa antes el género. La señora Manse, según descubrió con gran alivio, tenía un ojo de lince para el papeleo (lo que significaba que ella no tenía que preocuparse de hacer caja ni encargarse de la contabilidad) y la dejaba hacer lo que le apeteciera. Polly sospechaba en el fondo que la Pequeña Panadería de Beach Street era mucho más rentable que el otro obrador. Como poco, se había percatado de que la señora Manse había comprado un nuevo frigorífico para las bebidas frías y un congelador para los helados, y había reducido muchísimo la cantidad de pan y de sándwiches que compraba. Las empanadillas, al contrario, aún persistían.

Polly había logrado evitar por completo a Tarnie, algo que en un pueblo de menos de mil habitantes era todo un logro. A veces, cuando el viento soplabla en la dirección correcta, escuchaba su voz gruñona por la mañana y gemía, porque significaba que había llegado la hora de levantarse y encender los hornos. Polly trabajaba, trabajaba y trabajaba. Tenía los brazos tonificados de tanto amasar y levantar peso; por las noches caía tan rendida en la cama que no podía hacer otra cosa más que dormir, algo que le resultaba beneficioso.

Aunque Tarnie no iba a la tienda, sí que lo hacían los otros pescadores, que siempre charlaban con ella y le compraban más de lo que necesitaban, algo de lo que se había dado cuenta. Suponía que Tarnie se estaba comportando así porque le debía una gigantesca disculpa, pero no pensaba reflexionar mucho al respecto. De modo que se lanzaba de cabeza a hornear pan. Conservó la masa ácida que le regaló Ted Kernessee, un hongo fermentado y asqueroso que vivía en su frigorífico y que se



dividía como si fuera un ente vivo (en realidad, tenía que recordarse que, efectivamente, era un ente vivo), y empezó a preparar un pan más fuerte y oscuro llamado «pan de campaña». Al principio, le costó venderlo, porque la gente quería su ya conocido pan blanco rebanado, pero insistió con las degustaciones, a sabiendas de que poseía un sabor increíblemente adictivo, y al final acabó convirtiéndose en uno de los más vendidos. Para aplacar a la clientela más tradicional, también experimentó con un *brioche* jamaicano tan dulce que no parecía pan. Con mermelada untada y por la tarde, debía de ser un triunfador a la hora del té en la isla.

Un sábado por la tarde, estaba limpiando el piso cuando escuchó un ruido familiar que reverberó sobre los adoquines.

No había visto mucho a Huckle, suponía que sería una época del año muy activa para las abejas o algo así, pero casi habían vendido las cuatro cajas de miel que él le había dado para que pusiera a la venta y tenía que entregarle el dinero. Sonrió y bajó.

Al verla, Huckle se puso muy serio.

—¿Qué? —le preguntó ella.

—Preciosa, ¿qué te pasa?

Polly se devanó los sesos.

—Bueno, cosas —acabó diciendo, ya que era lo más seguro. Comprendió que no se había maquillado y no recordaba la última vez que se había lavado el pelo. Zambullirse en el trabajo estaba bien, pero todo tenía un límite, y tal vez lo había traspasado a esas alturas.

—¿Dónde está la preciosa Polly? —le preguntó Huckle con una sonrisa torcida en los labios.

—Esto es lo que hay, o lo tomas o lo dejas —respondió ella, enfadada.

—Lo sé —replicó Huckle con tristeza—. No estoy hecho para los tiempos modernos.

—¿Es que de donde tú vienes todas las mujeres se parecen a Dolly Parton?

—Estoy seguro de que existe un bonito término medio en algún lugar —contestó él—. Pero Dolly te gustaría.

—Pues sí, pero no creo que a ella le gustara mi ropa.

—No —convino Huckle—. Tendré que apartar la vista de forma educada.

—¡Huckle! —gritó Polly, medio exasperada pero también un poco halagada de que se hubiera fijado en ella. Poca gente lo hacía en esos momentos de su vida—. En todo caso, espérate. Tengo que darte dinero.

—Una frase preciosa que hace mucho que no oía —replicó Huckle—. Yo también tengo una cosa para ti. Pero tenemos que ir a mi casa, y tendrás que dormir en la habitación de invitados. Esta noche hay pleamar.

—¿Que esta noche hay qué? —preguntó Polly, desconcertada—. No me gusta no poder regresar a casa si quiero hacerlo.

—Vamos, ¡llevo mucho tiempo esperando esto! Además, ¿qué otra cosa tienes que hacer?

—Esa no es la cuestión.

Polly echó un vistazo a su alrededor.

—Será mejor que sea algo bueno.

—Es bueno. Ya lo verás —le prometió Huckle—. Cancela tus glamurosos planes y vente conmigo. ¡Y trae el dinero!

Huckle tenía que recoger un par de cosas en el pueblo, de modo que Polly tuvo tiempo para lavarse el pelo rápidamente. Sin embargo, no se molestó en secárselo con el secador, porque tendría que subirse otra vez en el sidecar. Abrió el armario empotrado, pensando mientras lo hacía que debía sacar el resto de sus pertenencias del trastero donde estaban guardadas o bien deshacerse de ellas de una vez por todas. En cierto modo, era agradable vivir con tan pocas cosas. Se había acostumbrado a vivir sin su plancha del pelo y con un solo bolso, y no había echado de menos todo lo demás.

Rebuscó en el armario que tan poco usaba, casi siempre llevaba vaqueros y una camiseta para trabajar, y se sorprendió al ver todas las cosas que tenía y que en otro tiempo había considerado esenciales. Acarició los tops que se ponía para arreglarse por las noches, los trajes oscuros para el trabajo y las prístinas camisas blancas. ¿De verdad había planchado tanto en el pasado? La ropa le parecía incómoda, con muchos botones y demasiado tiesa. Apenas recordaba a la Polly que se había vestido así, que tenía ese estilo. Suponía que Kerensa sí lo hacía. Kerensa y ella solían ir a hacerse la manicura juntas, a veces incluso a hacerse algún tratamiento facial. Se rio por la idea de hacerse la manicura en esos momentos. Se miró las uñas. Las llevabas cortas y rectas, porque era más fácil mantenerlas limpias, ya que se pasaba el día con las manos en la masa.

El olor de su perfume favorito, Eau Première de Chanel, flotó en el aire, y de repente recordó el momento de vaciar los armarios de su abuela después de que esta muriera. Le había resultado imposible creer que su abuela había muerto porque su perfume preferido seguía estando tan presente. Sin embargo, era ridículo. Polly no había muerto. Aunque era como mirar el armario de alguien a quien no veía desde hacía mucho tiempo.

Meneó la cabeza, consciente de lo ridículo de sus ideas. Al peinarse, se percató de que le había crecido el pelo hasta llegarle por debajo de los hombros. Normalmente, se lo hubiera recogido en una coleta, pero esa noche dejó que se le secara al aire y se le onduló, de modo que lo dejó suelto. En otra época se habría pasado la plancha sin contemplaciones para alisárselo, pero a esas alturas le daba igual.

Al final de la hilera de ropa que llevaba meses sin tocar, encontró un vestido antiguo de verano que se le había olvidado por completo durante los meses invernales, y que antes apenas se había puesto. La tela, un algodón suave, tenía un estampado *vintage* descolorido. La falda era de vuelo y el escote, de barco. En

realidad, el vestido no iba con su estilo habitual en absoluto, pero se lo había comprado por impulso, pensando que cuando Chris y ella no estuvieran trabajando tanto, tal vez podrían ir a algún festival de música en verano, o salir a algún otro sitio. Por supuesto, no habían dejado de trabajar en ningún momento.

Polly se pasó el vestido por la cabeza, sorprendida al comprobar que le quedaba ancho (era evidente que el continuo amasado le sentaba bien), de modo que fue a echarse un vistazo en el espejo, y, para verse de cuerpo entero, solo había una manera de hacerlo: subiéndose al borde de la bañera. Cayó en la cuenta de que necesitaba pintarse las uñas de los pies, pero salvo por eso... Se puso un poco de crema hidratante con color en la cara, si bien no llegó a cubrirle las pecas de la nariz (en otro tiempo se las habría cubierto por completo), se agrandó los ojos gracias al rímel negro y añadió un toque de color coral en los labios. Se colocó el pelo, aclarado por el sol, tras las orejas y se sonrió de forma experimental.

—Perdone, señora, pero ¿sabe dónde está la señorita Polly Waterford?

—Huckle, para ya. Soy yo —replicó Polly mientras lo golpeaba con la caja que contenía un *brioche* jamaicano.

—Ya. Normalmente, tiene pinta de trabajar mucho, así que tú, Cenicienta, no puedes ser ella.

Polly descubrió que se había puesto colorada y echó un vistazo a su alrededor antes de subirse al sidecar. Sí, algunos de los pescadores ya estaban en el puerto a la espera del momento de salir a faenar. Su reputación acabaría por los suelos. Bueno, tampoco podía hacer mucho al respecto. Estuvo tentada de sacarles la lengua.

—Muy bien, Cenicienta —dijo Huckle una vez que ella se puso el casco y las gafas—. ¡En marcha!

Hacía una noche preciosa. Los insectos zumbaban y volaban sobre la hierba, y las luces de la moto los iluminaban cada vez que trazaban una curva. El cielo tenía un tinte violeta y las estrellas empezaban a brillar. La noche intensificaba el olor de la hierba, de las amapolas, de las rosas silvestres y del suelo recién arado, a la espera de las nuevas semillas. Polly respiró hondo. El olor era embriagador. Miró a Huckle, que estaba concentrado en la carretera, rodeando la moto con sus fuertes muslos. Al percatarse de su mirada, esbozó una sonrisa y ella le indicó con un gesto de la cabeza que mirara hacia delante. Después, Polly sonrió y se dispuso a disfrutar del trino de los pájaros y de la inmensidad del cielo.

Al final llegaron al camino de tierra lleno de baches. Era evidente que Huckle estaba muy seguro de que ella lo acompañaría de vuelta. El jardincito que rodeaba la casa estaba salpicado de velas encendidas dentro de frascos de cristal. También había tiras de luces diminutas en los árboles.

—¿Tiras de luces? —preguntó Polly.

—Lo sé, estaban ya cuando llegué —contestó Huckle—. Supuse que podía seguir usándolas hasta que provocaran un incendio.

Sin embargo, Polly no fue capaz de mantener el sarcasmo durante mucho tiempo. La casita estaba preciosa. La noche aún era cálida, pero Huckle se adelantó, y encendió un brasero de carbón con la ayuda de un Zippo. Las llamas se alzaron de inmediato.

Polly lo miró con los ojos entrecerrados.

—Esto es todo muy... romántico —dijo.

—Lo sé —replicó Huckle, que la miró con seriedad—. Lo siento mucho. Acabo de darme cuenta ahora mismo. No pretendía que lo fuera. Es que Reuben no está. ¿Prefieres irte a casa?

—Yo no he dicho eso —contestó Polly—. En serio, ¿soy tu segunda opción después de Reuben?

—No —le aseguró Huckle—. Lo puse bonito por él, porque, si no, pone mala cara. Lo siento.

Polly sonrió. Aunque la noche era cálida, se acercó al fuego. Junto a las llamas se estaba mucho mejor.

—Vamos. Enséñame esa cosa tan maravillosa. Como sea una moto con dos sidecars, que sepas que me voy a quedar igual que estoy ahora.

—Nooo —le aseguró Huckle, que entró en la casa. Cuando apareció, llevaba dos jarras en una mano, y en la otra una más alta con un tapón de corcho.

—Ya estoy interesada —dijo Polly.

Huckle dejó la jarra en la mesa, entre ellos, y le quitó el tapón. Polly se inclinó hacia delante para oler el contenido y se alejó a toda prisa.

—¡Madre mía! —exclamó.

—Lo sé —replicó Huckle.

—Eso es... ¿qué es?

—Hidromiel —contestó Huckle con orgullo—. Yo mismo lo he elaborado en el cobertizo. La gente no consume mi miel tan rápido como debería. Así que los panales chorrean miel como si las abejas la mearan. Ya puedes felicitarme por mi uso de la lengua.

—La imagen de una abeja meando miel no me hace ni pizca de gracia —le aseguró Polly, mirando el interior de su jarra mientras Huckle servía una generosa cantidad de hidromiel.

—¿Lo estás haciendo bien? —preguntó ella—. ¿Esto se bebe en jarras de cerveza? ¿No se parece más al vino?

Huckle la miró con cara de espanto.

—¿Es que no has visto películas de vikingos? Te lo bebes en una jarra de cerveza mientras gritas: ¡AJÁ!

—¡AJÁ! —gritaron ambos, brindando.

Polly bebió un buen sorbo. Sí, estaba fuerte, pero tenía un sabor maravilloso: agradable y dulce, como la miel, pero con una nota fuerte.

—¡Madre mía! —exclamó, mirando a Huckle—. Esto está buenísimo.

—Gracias —replicó Huckle con una sonrisa—. Me ha costado un montón de... garrafas de plástico.

—Creo que también podrías venderlo.

—Me gusta cómo funciona tu mente —dijo Huckle.

Brindaron de nuevo y después Polly recordó que debía darle el dinero de la miel que había vendido, algo que también le gustó mucho a Huckle. Siguieron hablando tranquilamente mientras el cielo se oscurecía cada vez más.

Mucho más tarde, se levantaron en busca de algo para comer, queso elaborado en la zona que comieron con el pan que Polly había llevado, y un enorme cuenco de fresas que Huckle había recogido del campo de un vecino a cambio de un par de tarros de miel. «He recurrido por completo al trueque», confesó él. En cuanto Polly se levantó, comprendió que llevaba un buen colocón. El hidromiel era letal.

—Creo —dijo con gran dificultad— que alguien me ha robado las piernas.

—Es algo que siempre pasa cuando hago hidromiel —le aseguró Huckle, que también arrastraba las palabras—. Intentaré elaborar algo que no te robe las piernas. O que por lo menos te deje las de otro.

—Me gustaría las de Elle Macpherson —repuso Polly, a quien de repente le pareció graciosísimo lo que había dicho—. ¡Ooooh! —exclamó de repente—. ¡Mira!

Al principio, había pensado que se trataba de las chispas del brasero, que a esas alturas los mantenía calentitos a medida que el aire nocturno se enfriaba. Sin embargo, cuando miró de cerca se percató de que las chispas cobraban forma y de que en realidad eran diminutos insectos que brillaban en la oscuridad.

—Escarabajos de luz —dijo Huckle—. Luciérnagas. No sabía que aquí también las había, hasta que me mudé a esta zona. En donde yo crecí las hay a montones.

—¡Yo tampoco sabía que había! —exclamó Polly, que se puso en pie fascinada, aunque un poco tambaleante—. Son preciosas. —Observó el vuelo de los insectos, que trazaban complicados dibujos en el aire, dejando a su paso una tenue estela brillante—. ¡Hala! Me encantaría guardar una en un tarro de cristal si no fuera una crueldad.

—Bueno, pues disfrútalas así, a su aire —le recomendó Huckle, que extendió los brazos para abarcarlo todo—. Vive el momento. No hagas una foto, no intentes aferrarte a este momento de por vida. Limítate a disfrutar de las luciérnagas.

—Y quizá de otra jarra de este delicioso hidromiel —añadió Polly, que empezó a hipar.

Más tarde, con el fuego reducido a las ascuas, las luciérnagas ya desaparecidas y sumidos en el silencio, Polly descubrió que estaba muy a gusto y medio dormida,

arropada con una manta que le había dado Huckle y que olía a humo.

—¿Por qué viniste a este lugar? —preguntó Polly con voz soñolienta—. A ver, tú lo sabes todo sobre mí. Bueno, ¿lo sabes todo sobre mí?

—Esto... sí —contestó Huckle con tono de disculpa—. La gente habla. Lo siento. Se ha portado fatal. Fatal. Es un tío de lo peor.

—Sabes que yo no tenía ni idea de que...

—Sí, claro. Es de lo peor.

—Jamás, jamás lo haría a sabiendas, lo sabes, ¿verdad? ¿Cómo es posible hacerle algo así a una persona? ¿Y después meterte en la cama con ella por las noches?

—¿De verdad te gustaba? —le preguntó Huckle en voz baja.

Polly soltó un enorme suspiro y echó la cabeza hacia atrás para contemplar las estrellas.

—Bueno, no estaba enamorada de él ni nada parecido. Pero hacía tanto tiempo que... en fin, ya me entiendes. Además, había pasado una racha muy difícil. Y pensé que, bueno, por qué no, un poco de diversión nada más. Soy una idiota. Me he pasado casi toda mi vida de adulta con mi ex, de una forma o de otra, y bueno... no controlo mucho las reglas. No las controlo en absoluto. A lo mejor han cambiado y yo no me he enterado. Soy como la gente de pueblo que llega por primera vez a la ciudad y pierde todo su dinero porque la estafa un trilero con su juego de cartas en la primera esquina.

Huckle se echó a reír.

—Ajá —dijo—. No eres la primera ni la única persona que ha cometido un error semejante.

Polly esbozó una sonrisa renuente.

—Sí, pero lo hice delante de todo el pueblo y para colmo con gente a la que acababa de conocer.

—Cuyas simpatías están de tu parte, si te sirve de ayuda. Jayden está cabreadísimo. Creo que está coladito por ti, como si fueras la señora Robinson.

—¡Uf! —exclamó Polly, que agachó la cabeza—. Con que hubieras dicho que está colado habría sido suficiente, ¿vale?

—Vale —contestó Huckle—. Y Tarnie lo lleva fatal.

—Me alegro —repuso Polly—. ¡Ay, Dios, eso está muy feo! Es que... es que me dio mucha vergüenza, la verdad. Muchísima. Me sentí como... una niña bobalicona.

—No creo que lo seas —le aseguró él.

—¿Ah, no?

—No. Creo que eres una mujer bobalicona.

Polly le arrojó un cojín, que él atrapó entre carcajadas.

—Pues venga —le dijo—. Ahora conoces mis secretos más oscuros.

—¿Todos?

Polly lo miró con el gesto torcido.

—Te toca. Los hombres no deciden mudarse a otro lugar así porque sí, sin

motivo. Cuéntamelo.

—¿O qué? ¿Harás algo malo a una luciérnaga?

—No. Me... enfadaré muchísimo contigo.

—Estoy temblando de miedo.

—Y diré a todo el mundo que te meas en el hidromiel.

—No serías capaz.

—Ponme a prueba.

Huckle la miró con los ojos entrecerrados durante un rato. Después, clavó la vista en el fuego y soltó un enorme suspiro al tiempo que estiraba esas piernas tan largas hacia delante.

—Bueno, ¿qué más da? —dijo—. A lo mejor me resulta más fácil si se lo cuento a alguien.

Polly le regaló una sonrisa alentadora.

—Si te sirve de algo, estoy muy borracha —dijo—. No me acordaré de nada por la mañana.

Huckle se echó a reír.

—Ja, sí, también es verdad. Pero no puedes decir ni una palabra a nadie.

Polly se inclinó hacia delante con esfuerzo y le ofreció el dedo meñique.

—Te lo prometo —le dijo.

Huckle acercó uno de sus enormes meñiques al suyo y sellaron el juramento aferrándose los dedos.

—Es una promesa.

Acto seguido, sirvió otra ronda de hidromiel.

—Bueno —dijo—, érase una vez... un director ejecutivo en Savannah, que está en Georgia, el estado donde crecí. Y me gustaba. Era un trabajo satisfactorio, sin vacaciones y con un horario de locos, pero era joven y se me daba bien y me encantaba, así que la vida era perfecta, ¿me entiendes?

Polly asintió con la cabeza.

—No sabes cuánto —contestó, y guardó silencio para dejarlo hablar.

—Conocí a una chica que trabajaba allí... a una mujer, mejor dicho. Candice. Era... es guapa, muy lista, y conectamos enseguida.

De momento, la historia le resultaba familiar a Polly. Bebió un sorbo con actitud pensativa.

—Y, bueno, me enamoré de ella. Caí con todo el equipo.

«Así que ese es el tipo de mujer que le gusta», descubrió Polly que estaba pensando con cierta renuencia.

—Y ella sentía lo mismo, de modo que empezamos a hacer planes sobre trabajar mucho y ahorrar pasta, para casarnos algún día y tomarnos la vida con más tranquilidad (yo ya estaba pensando en lo de la miel), y todo eso.

Polly asintió con la cabeza.

—Una buena idea.

—Eso pensaba yo.

Hubo una larga pausa.

—¿Y?

—¡Oh! Ese «y». Al parecer, ese estilo de vida es más difícil de abandonar de lo que yo creía. Todos los años era «el año que viene», «el año que viene» y ella consiguió otro ascenso. Después, yo conseguí otro ascenso. Ella se encaprichó de un nuevo Lexus, de un ático espectacular, y después ambos empezamos a viajar mucho por motivos laborales... hasta que apenas nos veíamos, y todo eran restaurantes caros, bares...

—Todo eso me suena muchísimo —replicó Polly.

—Y fue divertido, en serio. Hacer de ejecutivo. Todos esos lugares tan elegantes, siempre rodeado de gente...

Polly asintió con la cabeza. Porque realmente era divertido.

—¿Y?

Huckle se encogió de hombros. Parecía un poco avergonzado.

—Bueno, después de eso, después de todo lo que habíamos dicho... ella conoció a alguien que ganaba más dinero que yo. Y resultó que lo de tomarnos la vida con tranquilidad y mudarnos al campo no era exactamente lo que ella buscaba.

—¡Oh, no! —exclamó Polly.

—No pasa nada —le aseguró Huckle—. Fue culpa mía. Estaba loco por ella. Seguro que la agobié. Estaba segurísimo de la forma en la que debían discurrir nuestras vidas. Lo tenía todo planeado. —Sonrió con tristeza.

Polly pensó que ella también lo tenía todo planeado con Chris.

—Bueno, y ¿por qué...? ¿Cómo acabaste aquí? —quiso saber.

—Ja. Me largué muy cabreado... y dije que lo haría de todas formas. Compré el primer billete que encontré.

—¿Llegaste aquí por ERROR?

Huckle se encogió de hombros.

—Mi padre era inglés, y yo tenía pasaporte. Sabía que Reuben estaba por esta zona. —Se frotó los ojos—. Pero sí. Más o menos. Un poco.

—Pero ¿te gusta?

Huckle se encogió de hombros.

—Sí, en parte.

Su expresión parecía apenada.

—Me siento un poco solo. ¡Dios! No me puedo creer que haya dicho eso en voz alta.

—No pasa nada —le aseguró Polly, que extendió un brazo para acariciarle una pierna.

Huckle miró su mano, como si no supiera a santo de qué lo tocaba y ella la retiró de inmediato, avergonzada.

—Y echo de menos el... ático. Savannah es una ciudad preciosa.



—Lo parece —replicó Polly—. ¿No puedes tragarte el orgullo y regresar? Huckle sonrió.

—Supongo. Pero es... es duro, ¿sabes?

—Lo sé —respondió Polly, que lo miró en silencio un buen rato.

Al ver que él se levantaba, se sintió ridícula.

—No te olvides de tomarte algún analgésico antes de acostarte. O, si no, mañana te va a doler bastante la cabeza —le advirtió. Su voz había cambiado, como si estuviera distanciándose de sus recuerdos.

—Gracias —dijo Polly, olvidando al instante su consejo.

—Sí. Hacer otra cosa... hace que me sienta... mejor —contestó Huckle al final—. Definitivamente mejor.

—Me alegro —dijo Polly, que atizó las ascuas del fuego y después lo miró.

La conexión que se había establecido entre ellos un momento antes se había esfumado. Pero se alegraba de saber lo que le había sucedido, al menos. Se alegraba de que su pasado ya no fuera un misterio entre ellos.

—Bueno —dijo, tratando de aligerar el ambiente—. No es tan malo como me temía. La verdad, pensaba que habías disparado a un tío en Reno solo para verlo morir.

Huckle esbozó una media sonrisa, nada más. En ese momento, tenía la mirada clavada en el fuego, como si se hubiera olvidado por completo de su presencia. Polly pensó en Candice, se preguntó cómo sería (supuso que siempre llevaba hecha la manicura) y en lo amargo que había resultado el sueño de Huckle de formar una familia en el campo. Suspiró.

—Bueno, será mejor que entremos —dijo.

Huckle le había preparado una cama preciosa para que durmiera sola. Con prístinas sábanas blancas y una abrigada colcha de *patchwork* bordada. El interior de la casita era acogedor y olía muy bien. Sintió que el sueño se apoderaba de ella al instante. Justo antes de dejarse llevar, echó un vistazo por la diminuta ventana emplomada. Huckle estaba en el mismo lugar donde lo había dejado, contemplando las ascuas con tristeza y con la jarra de hidromiel vacía y olvidada a sus pies.

Al principio, Polly no se ubicaba. A través de la ventana, percibía el intenso aroma de la madreselva y se escuchaba un zumbido en el aire. También percibía un segundo aroma maravilloso, el del café recién hecho y el del beicon en una sartén. Se incorporó feliz y después, al ver la pastilla de ibuprofeno y el vaso de agua que alguien había tenido la precaución de dejar junto a la cama, se dio cuenta de que se le había olvidado tomársela.

—¡Oh! —dijo mientras abría la puertecita de madera.

Huckle ya estaba en pie y llevaba un peto ancho sin camiseta. El efecto debería haber resultado ridículo, pero era bastante agradable a la vista; tenía un poco de vello en el pecho, no demasiado, y parecía suave, de un color dorado. Polly se dio cuenta de que le apetecía acariciárselo, de modo que se llevó las manos a la espalda.

—Buenos días.

Huckle le regaló esa sonrisa perezosa.

—Hola.

Parecía mucho más animado que la noche anterior, volvía a ser el tío relajado que conocía.

—¿Cómo estás? —le preguntó ella—. Sin contar con el peto.

Él la miró un rato en silencio antes de decir:

—Pues la verdad es que me siento bien. Me siento bien, sí. Me alegro de habérselo contado a alguien.

Polly meneó la cabeza.

—A lo mejor te libraste por poco de cometer un error. A lo mejor no estabais hechos el uno para el otro.

Huckle asintió con la cabeza.

—Sí, ya, evidentemente. Eso intento decirme... en fin, en los días buenos. Sí. ¿Y tú qué tal?

—Mal —contestó Polly—. Se me olvidó tomarme el ibuprofeno anoche.

—Toma —dijo Hucke. Le sirvió un enorme vaso de zumo de manzana—. Bébetelo.

—Creía que los yanquis solo bebíais zumo de naranja.

—Vuestro zumo de naranja es asqueroso —afirmó él—. Tiene pulpa. Claro que vuestro zumo de manzana es pasable, pero por los pelos.

Polly se lo bebió de un trago, agradecida.

—Ya estoy mejor —dijo. La puerta de la casita estaba abierta de par en par y el sol entraba a raudales. Hacía un día maravilloso.

—¿Café?

—¡Sí!

—¿Beicon?

—¡Sí!

—¿Tortitas?

—¡Madre mía! ¡Me he enamorado de ti! —exclamó Polly. Quería que fuese un comentario chistoso, pero de repente sonó fatal—. A ver, me he enamorado de las tortitas —se apresuró a añadir—. Tú llevas un peto. Me he enamorado de las tortitas.

—En realidad, son pantalones de trabajo.

Cuando las tortitas estuvieron listas, estaban crujientes por fuera y blanditas por dentro, e iban acompañadas del crujiente beicon y de un buen chorreón de jarabe de arce.

—Vale, es el mejor desayuno que he comido en la vida —dijo Polly con la boca llena—. De verdad, si alguna vez crees que te vas a quedar con una mano delante y otra detrás, monta un Bed & Breakfast. Yo me mudaría sin dudarlo.

Huckle sonrió.

—En fin, creo que todavía no he llegado a ese punto. Pero me alegro de que te gusten.

Una vez que terminaron, Polly se habría dado por satisfecha si volvía a la cama, pero Huckle le preguntó si quería ir a ver las abejas, a lo que accedió, aunque con cierto nerviosismo. Huckle tenía un traje de sobra y la obligó a ponérselo antes de llevarla a las colmenas.

Era fascinante. Huckle encendió el aparato de humo para tranquilizar a las abejas cuando se metió entre ellas; después, levantó uno de los panales, pero no lo suficiente como para alterarlas demasiado. Señaló a la reina, muy gorda e inconfundible, tan excepcional que Polly la miró con los ojos desorbitados, dividida entre el miedo y la fascinación a partes iguales.

Le enseñó cómo extraer la miel de los panales y cómo dejar que cayera en forma de gruesas gotas dentro de los tarros, con su olor dulzón, el zumbido de las abejas y las flores silvestres en flor a su alrededor, y Polly se lo pasó genial.

Sin embargo, justo antes del almuerzo, Polly supo que tenía que volver.

Le dio un fugaz beso en la mejilla que Huckle correspondió con un abrazo.

—Gracias —dijo él—. Me hacía falta un amigo. ¿Te importa no contárselo a nadie?

—Claro —contestó Polly—. ¿Te importa no contarle a nadie que me acosté sin querer con un hombre casado aunque no me cabe la menor duda de que todos los habitantes en cien kilómetros a la redonda ya lo saben?

Se estrecharon las manos para cerrar el trato.

Incluso con las revelaciones de Huckle, seguía siendo una de las mejores veladas que había tenido en mucho tiempo, de modo que caminó de vuelta con paso vivo.

Huckle se había ofrecido a llevarla en la moto, pero rechazó el ofrecimiento. Le

vendría bien caminar para despejarse la cabeza y hacía un día estupendo.

Por fin tenía un amigo, un amigo de verdad, no un pescador malvado que quería llevársela a su isla del pecado. Esbozó una sonrisa al pensarlo. Una sonrisilla de nada. En fin, tal como le había dicho Huckle, tampoco era lo peor que podía pasar en el mundo, ¿no? Dejarse engañar por otra persona. Debería achacarlo al método de ensayo y error. Al menos, había roto su sequía. Y si todos en el pueblo creían que era una zorra, que se dieran una vuelta por Plymouth un sábado por la noche.

Había sido una estupidez, pero no tenía por qué martirizarse para siempre. La vida continuaba.

Mientras caminaba (había decidido volver por la costa en vez de por el interior, lo que significaba atravesar páramos abiertos), se dio cuenta de que el viento comenzaba a soplar con más fuerza. Un poco, al principio, pero cada vez con más insistencia conforme avanzaba. Unos enormes nubarrones negros, impresionantes por su tamaño (los primeros en varias semanas), aparecieron de la nada, ocultando primero en parte el cielo hasta cubrirlo por completo. Polly apretó el paso cuando empezó a llover, y luego echó a correr, pero al final se detuvo y se rindió a lo inevitable: se iba a calar hasta los huesos y no podía hacer nada por impedirlo. Levantó los brazos y dejó que la lluvia la empapara. Era cálida, pero también refrescante, como estar bajo una ducha. Sin rastro de la resaca, de repente se sintió muy libre y más viva de lo que se había sentido en mucho tiempo.

—¡ARGGGG! —gritó a pleno pulmón, expuesta a los elementos, totalmente sola en la cima de la colina. Una parte de su cabeza era consciente de que se estaba comportando como una loca. Otra parte estaba encantada de dar voz a esa locura. Ciertamente, era una locura, pero nadie podía verla allí arriba y era una sensación maravillosa poder dar rienda suelta a la frustración de los últimos meses... Joder, de los últimos años—. ¡ARGGGGGGH! —rugió con la vista clavada en el cielo—. ¡ARGGGGHH! —Comenzó a dar vueltas bajo los enormes goterones de lluvia.

—¿Te sientes mejor? —preguntó alguien en voz baja.

Era Huckle, plantado justo detrás de ella con un paraguas negro enorme.

—¡DIOS! —exclamó Polly, que se llevó un susto de muerte—. ¿De dónde LECHES sales?

—Esto... lo siento —se disculpó—. Es que vi venir las nubes y creía que necesitarías un paraguas. No sabía que ibas a interpretar tu versión de *Cumbres borrascosas* aquí arriba.

Polly se moría de la vergüenza.

—Vete —le ordenó—. Eres como un acosador.

—Ah, venga ya. Me ha parecido enternecedor —dijo él.

—CIERRA EL PICO —le advirtió Polly. Estaba colorada como un tomate.

—En fin, ¿quieres el paraguas?

Se le estaba metiendo el agua en los ojos, le corría por las mejillas y la empapaba por completo. Huckle, despacio primero, pero después con más decisión, le tendió el

paraguas. Por supuesto, al hacerlo, la lluvia empezó a mojarlo a él y en cuestión de segundos acabó tan empapado como ella. El enorme paraguas negro estaba suspendido, inservible, entre ellos; Polly se negaba a aceptarlo y Huckle se negaba a retirarlo. De repente, una ráfaga de viento se lo llevó, elevándolo por los aires, sobre el páramo, donde bailoteó al ritmo que le imponía el viento.

Huckle y Polly se miraron sin hablar antes de lanzarse a por él. Polly tenía el pelo mojado pegado a la frente y los zapatos le chapoteaban mientras daba saltos, con la sensación de que el viento la zarandeaba tanto como al paraguas, en mitad de la tormenta. Huckle, cuyas largas piernas le permitían llegar mucho más alto que ella, tenía los brazos abiertos de par en par, expuesto al viento y a la lluvia, con la cabeza echada hacia atrás, riéndose a carcajadas por lo absurdo de lo que estaban haciendo. Se abalanzaron a por el paraguas, que siempre se las arreglaba para escapar de entre sus dedos, hasta que por fin consiguieron acorralarlo cuando se enredó en las ramas de un árbol. Huckle levantó a Polly sin problemas, y ella agarró el paraguas y lo agitó con gesto triunfal mientras Huckle la dejaba en el suelo con su tesoro. Se volvió hacia él, vio cómo las gotas de lluvia colgaban de sus largas pestañas, muy oscuras para un rubio, con esos ojos azules entrecerrados por la risa y el pelo apartado de la cara, pegado al poderoso cráneo. Se quedó entre sus brazos un momento, y de repente pensó que sería lo más natural del mundo alzar la cabeza y...

No. No, no podía. Acababa de pasar precisamente por eso. ¿Acaso no había estado gritando por su liberación unos segundos antes?

—La verdad —dijo de repente, al darse cuenta del frío que hacía y de que empezaba a castañetear—. La verdad es que creo que voy a aceptar el paraguas después de todo.

Huckle le hizo una reverencia cortés.

—Señora, ¿me permite acompañarla a casa?

—No —contestó Polly—. Perderás el momento de marea baja. —Y se dio la vuelta y echó a andar hacia Mount Polbearne con paso vivo.

Huckle se quedó parado, observándola. Después, se apartó el pelo de los ojos y echó a andar en dirección contraria, hacia la casita.

Polly nunca había disfrutado de un baño mejor. Encendió la estufa para calentar el pequeño piso y también encendió el termo. Después, mientras el agua se calentaba, preparó la masa para el pan del día siguiente y se tomó la taza de té más grande que pudo encontrar. Utilizó toda el agua del termo para llenar la bañera hasta arriba, y después echó lo que le quedaba de las sales aromáticas tan pijas que le regalaron el año anterior para su cumpleaños (recordaba bien dicho cumpleaños: habían salido a cenar todos juntos a un restaurante de moda donde cobraban un riñón por unos ridículos cubitos de verdura, y la idea de lo que la cena iba a hacerle a su tarjeta de crédito la había tenido en vilo toda la velada, aunque sus amigas, lideradas por Kerensa, habían insistido en pagar su parte) hasta que todo el piso estuvo calentito, lleno de vapor y perfumado.

Aunque aún era temprano, más bien parecía una noche de pleno invierno; ese día no había turistas. Polly no podía creer la rapidez con la que había cambiado el tiempo, con ese terrible viento azotando la costa desde el mar. Los truenos retumbaban sin cesar y los relámpagos cruzaban el cielo, coincidiendo de vez en cuando con el haz de luz del faro, que ese día había empezado a funcionar más temprano. Polly estuvo un buen rato en la bañera, leyendo un libro, hasta que entró en calor de nuevo y después se puso su pijama de algodón más suave y unos calcetines de lana, y se sentó en el alféizar de la ventana para contemplar la tormenta.

De repente, se percató con horror de que el Land Rover de Tarnie aparecía en el puerto y de que los chicos salían. Todos estaban desanimados y derrotados, con los hombros encorvados. Seguro que no pensaban salir a faenar con ese tiempo. Era imposible.

Sin pensar en lo que hacía, cogió su viejo impermeable y salió a la calle azotada por el viento, que cada vez soplaba con más fuerza.

—¡No podéis salir! —gritó para que la escucharan pese a la tormenta—. ¡No podéis a salir a faenar con este temporal!

Tarnie la miró y recordó que estaba enfadada con él. Sus penetrantes ojos azules la observaron con tristeza.

—Sí, Polly, hola —murmuró, clavando la vista en el suelo.

—Lo mismo digo —replicó ella.

—Sí —murmuró—. Lo siento, por cierto.

—Fue una crueldad. —Le soltó Polly, que de repente se olvidó del mal tiempo, aunque siguió gritando. Se las había arreglado perfectamente para evitarlo, pero ahí estaba, delante de ella—. Una crueldad, que lo sepas. Te aprovechaste de mí.

—Lo sé —convino Tarnie, que se puso muy colorado y empezó a menear la cabeza—. No debería haberlo hecho. Lo siento muchísimo.

—Toda mi vida estaba destrozada y tú empeoraste más las cosas. ¿Por qué?

Tarnie la miró en ese momento. Sus ojos le parecieron muy brillantes y claros en contraste con el gris oscuro del mar.

—Porque me pareciste preciosa —le contestó en voz baja.

La respuesta la dejó sin palabras.

—Bueno... pero eso no lo justifica.

—Lo sé —le aseguró Tarnie—. Lo siento. Estuvo muy mal. Mi mujer y yo hemos pasado una mala época y me sentía... me sentía solo. —Esa palabra de nuevo.

—Bueno, pero no deberías haberlo pagado conmigo —le reprendió Polly con severidad.

—No.

Tarnie se rascó la parte posterior de la cabeza.

Los demás pescadores los estaban mirando. Era difícil mantener la discreción en una isla.

—¿Podemos ser amigos? —sugirió él al final—. ¿Por favor? Así es como debería haber dejado las cosas.

Polly esperó un segundo.

—Bueno, vale —contestó.

Tarnie extendió una mano con cierta torpeza y Polly la aceptó.

—¡Que se besen! —gritó Jayden, pero Kendall se apresuró a taponarle la boca con una mano.

—Bueno —dijo Polly—. Hoy no tengo pan para ofreceros.

—No pasa nada —replicó Tarnie.

Otro trueno retumbó en el cielo, que era de color morado.

—Chicos, sois asombrosos —dijo Polly, con admiración.

—Odio este trabajo —confesó Jayden.

—¿Tenéis que salir con este tiempo? —quiso saber Polly, que levantó la vista, horrorizada—. En alta mar debe de ser horrible.

—Las hemos visto peores —repuso Tarnie—. Me cago en diez.

Polly lo miró.

—Ha estado muy mal por tu parte que mandases a Jayden a comprarte el pan.

—Lo sé —reconoció Tarnie—. Pero, a ver... Tengo que vivir sin ti, pero no creo que pueda soportar vivir también sin tus sándwiches.

—¿Vas a portarte bien de ahora en adelante? —le preguntó ella.

Tarnie asintió en silencio con vehemencia. Después se sacó un libro del bolsillo trasero. Su ejemplar de *Alicia en el País de las Maravillas*.

—Gracias —le dijo—. Me ha gustado mucho.

—Me alegro —replicó Polly, que lo resguardó bajo su impermeable. En ese momento empezaron a caer sobre ellos unos enormes goterones—. No me puedo creer que vayáis a salir a faenar con este tiempo.

—Solo es mal tiempo —dijo Archie, que estaba cargando el barco—. Viento y

lluvia.

—Bueno, tened cuidado.

—Es una embarcación resistente, lo soportará —le aseguró Tarnie.

—Sí, como tu mujer —gritó Kendall, y todos los demás se echaron a reír.

Tarnie pasó de ellos y soltó una fuerte palabrota, mientras Polly se alejaba.

Los observó moverse protegidos con sus impermeables amarillos mientras colocaban las redes y comprobaban el cabestrante. De repente, comprendió por qué llevaban esos suestes tan grandes. Alguien había puesto el agua a hervir para preparar té dentro de la diminuta cocina del barco.

—Id con Dios —murmuró Polly, que se dio media vuelta y se encaminó de nuevo al cuarto de baño, donde la esperaba el agua de la bañera (la había dejado para lavar algunas prendas de ropa), que todavía estaba calentita.

Polly fue incapaz de concentrarse en algo esa noche, ya que no paraba de pensar en la flotilla de pesca surcando las olas en alta mar. Esos barcos tan pequeños bajo un cielo tan embravecido. A lo mejor era más fácil pescar cuando el agua se agitaba de esa forma tan violenta. A lo mejor ellos tampoco podían dormir. Intentó llamar por teléfono a Kerensa y después a su madre para hablar un poco con ellas y relajarse, pero no tenía cobertura (la tormenta debía de haber fastidiado las antenas) y al final se rindió.

Esperaba despertarse a la misma hora de siempre (rara vez tenía que poner el despertador), cuando los barcos volvían al puerto y las furgonetas de los pescaderos traqueteaban sobre los adoquines. Esa noche, sin embargo, durmió mal por culpa de los ensordecedores truenos y del rugido del mar. En un momento dado, se despertó con la sábana enrollada en torno al cuerpo, incapaz de respirar, convencida de que estaba a punto de ahogarse. Sentía cómo el océano tiraba de ella hasta el fondo y el barco se hacía pedazos a su alrededor, desintegrándose en un amasijo de sombras azules y negras, el pánico y el zarandeo de las olas. Descubrió que estaba empapada de sudor, que el corazón le latía a toda pastilla en el pecho, que tenía los ojos abiertos de par en par. La tormenta seguía rugiendo en el exterior y dio un respingo cuando algo golpeó la ventana. Espantada, comprendió que había sido una ola, que había superado la muralla del puerto, había atravesado la calle y había llegado hasta el primer piso del edificio, como si un ser gigantesco hubiera metido la mano en el agua y la hubiera arrojado con fuerza contra su fachada. El ruido era tremendo.

Cuando por fin se tranquilizó, se sumió en un sueño más tranquilo, lleno del relajante zumbido de las abejas y del olor de las flores. Y fue un zumbido lo que la despertó. El del móvil, con mensajes atrasados debido a que la cobertura era intermitente. En el exterior los nubarrones se alejaban una vez deshecha la tormenta. Se levantó de un salto, sobresaltada, ya que comprendió que se había quedado dormida, que era tarde.



Cogió el teléfono. Eran las 7.30. ¡Joder, joder, JODER! Las primeras hogazas deberían haber estado en el horno hacía dos horas. Tenía que abrir en treinta minutos. No tenía tiempo ni para prepararse un café. Debía apresurarse al máximo. Se puso un top y unos vaqueros, y bajó a toda prisa los escalones. Una vez en el obrador, encendió los hornos, subió la temperatura al horno de leña (lo mantenía encendido al mínimo toda la noche, porque de lo contrario tardaba demasiado por las mañanas a calentarse) y cargó las hogazas en las palas sin su acostumbrado mimo. Ese día no podía hacerlo de otro modo.

Cuando por fin todos los panes estuvieron en los hornos y empezó a preparar la siguiente tanda, miró por la ventana y se percató de que había mucha gente reunida en el puerto. Al principio, pensó que estaban esperando que abriera, pero estaban dando la espalda a la tienda y mirando el mar. Nadie hablaba, nadie se movía, salvo para hablar por el móvil en voz baja, o para contemplarlos como si les hubiera llegado un mensaje.

—¡MANOS A LA OBRA! —escuchó.

Dio la vuelta al cartel de «CERRADO» para que rezara «ABIERTO» y abrió la puerta. Al hacerlo, descubrió un cielo gris encapotado. Con razón se le habían pegado las sábanas, el sol no había asomado siquiera.

—¿Qué pasa? —le preguntó a Patrick, que estaba con sus tres perros, a los que había sacado para su paseo matinal. Sin embargo, cuando siguió la dirección de su mirada, lo entendió todo. No había nada en el puerto. No había barcos, salvo las pequeñas embarcaciones pertenecientes a los turistas del fin de semana y las viejas barcas—. La flota —dijo, conmocionada, y Patrick asintió con la cabeza mientras ella extendía una mano para apoyarse en él—. ¡Dios mío! ¿Dónde está la flota?

—Estamos esperando noticias, Pol —contestó uno de sus clientes—. Dicen que un par de barcos han logrado llegar a la costa de Looe para protegerse durante la noche. —El hombre miró el cielo, aún gris. El viento agitaba los árboles y la lluvia seguía cayendo—. Digo yo que ya pueden regresar.

Polly tenía el corazón en la garganta.

—¡Ay, Dios! Pero Tarnie dijo que podrían superar la tormenta. Lo dijo.

Patrick le acarició el brazo para reconfortarla.

—Estoy seguro de que lo ha conseguido. Estoy seguro de que está agotado, pero disfrutando de un enorme desayuno inglés en algún lado.

—Llámalo por teléfono —le ordenó Polly con brusquedad, pero Pat negó con la cabeza.

—No hay cobertura, las antenas se han caído —le informó—. Ha sido una noche espantosa. Nadie ha podido ponerse en contacto con los demás.

Polly se llevó las manos a la boca y echó a andar hacia el trozo de muralla más cercano a la carretera.

—¡MANOS A LA OBRA! —escuchó que gritaba un hombre a lo lejos otra vez.

Vio a varias figuras pertrechadas con los impermeables amarillos entrando en el

cobertizo blanco donde se guardaban las embarcaciones de Salvamento Marítimo. Después, sacaron el barco naranja empujándolo por la rampa del varadero hasta llevarlo al agua helada y embarcaron.

—¿Por qué no han salido antes? —preguntó Polly, enfadada—. ¿Por qué salen ahora?

Patrick se volvió hacia ella y la miró con seriedad.

—Han salido ya tres veces —le informó—. Esta es la cuarta búsqueda. Cuando se quedan sin combustible o no pueden seguir adelante, regresan.

—¡Ay, Dios! —exclamó Polly—. ¡Ay, Dios! Lo siento. ¿Y no los han encontrado?

—Todavía no —contestó Patrick con brusquedad.

Uno de los adolescentes del pueblo apareció a la carrera, gritando:

—¡Hay un naufragio! ¡Hay un naufragio en Darkpoint Bay! ¡Un barco enorme!

Patrick se tensó.

—¡Oh, no! Eso atraerá a un montón de gente.

—¿Es uno de los barcos de pesca? —preguntó Polly, horrorizada.

—Qué va, ¡un barco mercante enorme! ¡Lleno de cosas y todo!

Varios jóvenes que hasta ese momento lucían un aspecto cansado después de haber participado en la búsqueda de Salvamento Marítimo parecieron espabilarse de repente.

—La policía no tardará en llegar —les advirtió Patrick—. Como saqueéis la mercancía, ya sabéis dónde vais a acabar.

Polly caminó por la carretera siguiendo a los demás y todos llegaron a tierra firme. Al principio, no atinó a asimilar la escala de lo que estaba viendo. Era como si un rascacielos se hubiera caído de lado al suelo. Parte del barco estaba en el agua y otra parte, en la arena. Era lo más grande que había visto en la vida. Debía de medir unos doscientos metros de lado a lado y parecía algo sobrenatural allí tirado: un carguero gigantesco a rebosar de contenedores que en esos momentos flotaban en el mar.

—¡Mierda! —exclamó Patrick, furioso—. ¡Dios, por favor, que no haya un escape de fuel!

—¿Y la tripulación? —preguntó Polly, nerviosa. Entrecerró los ojos y distinguió a seis o siete figuras diminutas que agitaban los brazos con frenesí desde la proa.

—Traeremos al médico —dijo Patrick—. Pero hasta entonces...

Polly lo miró.

—¿Puedo ayudar? No me creo capaz de estar con los brazos cruzados.

—Por supuesto —contestó Patrick—. ¡Dios mío! Como haya fuel...

Polly apenas lo había asimilado mientras bajaba la pendiente con el resto de los habitantes del pueblo. Muriel, la dueña de la tienda de ultramarinos, también estaba allí.

—¡Ay, Dios mío! Pobre gente —dijo, mirando a su alrededor—. Antes hacían esto a propósito, ¿lo sabías? —le preguntó a Polly.

—¿A qué te refieres?

—Provocaban naufragios, ¿sabes? Encendían una luz para atraer a los barcos hasta la costa y después mataban a los marineros y robaban la mercancía. Era una forma de vida muy común por esta zona.

—¿Estás de broma? —le preguntó—. Con razón todo el mundo parece tan nervioso.

El problema sería lograr bajar a los hombres del barco. Cuanto más se acercaban, más gigantesca parecía la estructura. Claro que al cabo de unos minutos escucharon al helicóptero de rescate acercándose por la costa.

Una embarcación de Salvamento Marítimo rodeaba el enorme casco del barco, surcando las olas. Desde allí, el carguero debía de parecerles un altísimo acantilado.

—Me pregunto si va a aterrizar —dijo Patrick, con la vista clavada en el cielo. Sin embargo, vieron que el helicóptero quedaba suspendido sobre el barco y que desde él hacían descender un cable al que iba enganchado un hombre con su correspondiente arnés y una cesta para los heridos.

—¡Hala! —exclamó Polly.

La tripulación del carguero agitaba los brazos con emoción. Saltaba a la vista que uno de ellos estaba herido, en el suelo.

—A ver —dijo Patrick—. Lo que todos deberíamos hacer es preparar té y algo para comer. ¿Crees que podrías...?

—¿Abrir la tienda? —terminó Polly antes de que él hubiera acabado la frase—. Debería hacerlo, ¿verdad? El pueblo va a llenarse de gente.

—Sobre todo si hay fuel.

—¡Ay, Dios!

Los hombres que esperaban ser rescatados en el barco colocaron a su compañero herido en la camilla. La gente grababa las imágenes con sus teléfonos móviles. Polly quería seguir observando, pero comprendió que lo que Patrick sugería tenía sentido. La gente iba a necesitar un montón de té, la prensa no tardaría en llegar y ella tenía el pan en el horno. Se dio media vuelta para marcharse.

Lo bueno de regresar a la tienda, aunque se perdiera la emoción del rescate, fue que se encontró tan ocupada de repente que no tuvo mucho tiempo para pensar en Tarnie y en los chicos, que estarían sabría Dios dónde. ¿Dónde? El mar ya estaba más tranquilo. Si lo intentaban, podrían regresar. ¿Estarían a la deriva? ¿Por qué no los habían encontrado a esas alturas? Todos los estaban buscando. Lo había escuchado en la radio. El hombre de la radio también había dicho que se había tratado de una tormenta sin precedentes, mucho peor de lo que aseguraban las predicciones. Hubo unas cuantas llamadas procedentes del servicio de meteorología intentando justificarse, por el temor a las compañías de seguros.

Polly llenó de té una jarra antigua que había encontrado en la parte posterior de la

tienda, y Muriel llegó con cuatro cajas de polvorientas teteras con la foto de Mount Polbearne, recuerdos que no había logrado vender, un montón de tazas de plástico y leche del supermercado. Juntas bajaron la mesa de la planta de arriba y la colocaron delante de la puerta del obrador, para ofrecer té y pan a todo aquel que lo necesitara. Los chicos que se turnaban para salir en la embarcación de Salvamento Marítimo llegaron helados, tiritando y desanimados. Los helicópteros sobrevolaban la zona, pero las áreas donde faenaban los barcos eran muy extensas. Los equipos de televisión habían aparecido ya, aunque la carretera estaba casi cubierta de agua. Habían decidido cruzar en barca, o se habían arriesgado a pasar sobre el agua, desentendiéndose de lo peligroso que era. La tormenta había afectado una zona muy extensa, pero Mount Polbearne y sus hombres se habían llevado la peor parte. Porque se encontraban en el mismo centro de la depresión.

Por fin, a las 11.00 de la mañana, recibieron buenas noticias. El *Free Bird*, uno de los barcos de la flotilla, había encendido la radiobaliza de emergencia y los servicios de rescate tenían una zona hacia la que dirigirse. El barco se había alejado más de treinta kilómetros de su zona habitual. Sus equipos electrónicos habían dejado de funcionar, se les había roto el mástil y habían perdido las redes. La tripulación no había visto el *Trochilus* ni los otros dos barcos.

El *Free Bird* fue remolcado hasta la costa y la gente se reunió en el puerto entre vítores de alegría. Las mujeres de los pescadores lloraban con sus hijos en brazos. Los pequeños no sabían qué estaba pasando, pero disfrutaban del momento porque había bollos gratis y todos los mimaban. Polly dejó de repartir comida un momento y alzó la vista (había metido en el horno varias hogazas más, junto con una tanda de bollos; tendría que arreglar cuentas con la señora Manse después, pero no sabía qué otra cosa hacer) para mirar su móvil por enésima vez y comprobar si tenía cobertura. ¡Ay, Dios! Aunque técnicamente fuera verano, el agua estaba tan fría en alta mar que podría ocasionar la muerte a un hombre. Se sobresaltó al recordar la pesadilla de la noche anterior, cuando sintió que el agua tiraba de ella hacia el fondo, hacia las profundidades, mientras la luz desaparecía y todo se volvía negro. Descubrió que le temblaban las manos. Era imposible que se hubiera tratado de una visión. No creía en esas cosas.

El día le pareció interminable. A las dos, los servicios de rescate encontraron a los cinco hombres que conformaban la tripulación del *Lark* en la balsa de salvamento, que era una especie de cápsula cubierta, flotando hacia Devon. La policía de Devonshire los llevó de vuelta a Mount Polbearne, donde se reencontraron con sus familias en silencio, pálidos y temblorosos. Lo mismo sucedió con la tripulación del *Wiverton*, cuya radiobaliza no había funcionado. El piloto de un helicóptero que tenía vista de lince vio la balsa amarilla fosforita flotando en el agua y se las apañó para rescatar a los hombres.

—¡OYE!

Polly alzó la vista, con cara de cansancio. Llevaba todo el día horneando y

ofreciendo comida y a la espera, a la espera de noticias. Parpadeó. Esa era la última persona a la que esperaba ver.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Kerensa puso cara de inocente.

—Estás de broma, ¿verdad? Este sitio está hasta arriba de pilotos de helicópteros buenorros. —Se acercó a Polly—. ¿Estás bien?

Polly se encogió de hombros.

—Uno de los barcos todavía no ha vuelto.

—¿El barco del barbudo *sexy*?

Polly tragó saliva y asintió con la cabeza.

Varias personas del pueblo llegaron para darle unas palmaditas en el hombro y agradecerle su contribución.

—Déjame sitio —dijo Kerensa, que empezó a untar los bollos con mantequilla—. No me puedo creer que no estés cobrando por esto. Así no se lleva un negocio. En realidad, deberías cobrar el triple a todos los mirones.

Polly la miró con el gesto torcido.

—Vale, vale, solo era una sugerencia.

Una figura voluminosa se acercó despacio a ellas, con una pesada bandeja en las manos. Polly entrecerró los ojos para protegerse de la desvaída luz del sol.

—¿Quién es esa? —quiso saber Kerensa—. Ah, ¿la vieja antipática?

—Calla —le dijo Polly, porque la señora Manse estaba ya lo bastante cerca como para oírla.

La mujer miró lo que Polly estaba haciendo y se sorbió la nariz. Polly se mordió el labio, preocupada por la posibilidad de estar a punto de recibir una regañina. La señora Manse supervisó el improvisado tenderete, rodeado de personas (de alguna manera se había convertido en uno de los sitios más concurridos) y resopló, irritada. Después, soltó la enorme bandeja sin muchos miramientos. En ella llevaba la producción del día de caracolas de crema y pastas.

—Necesitaré la bandeja mañana por la mañana. —Fue lo único que dijo antes de darse media vuelta y alejarse calle arriba.

—Vaya, vaya —dijo Kerensa, mientras Polly empezaba a ofrecer dulces a la hambrienta multitud y a los niños que iban de un lado para otro.

Cuando la tarde cayó y el barco de Salvamento Marítimo regresó por sexta vez sin haberlos encontrado, Polly sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas de nuevo. Durante el día, a medida que iban encontrando los otros barcos y a sus tripulaciones, cuyas heridas más graves habían sido una contusión costal y un par de muñecas rotas, cortes por doquier y quemaduras solares, sus esperanzas habían ido aumentando hasta el punto de pensar que Tarnie y los muchachos aparecerían en cualquier momento en un coche patrulla, contando multitud de anécdotas sobre su aventura.

Pero se estaba haciendo tarde. Los pescadores rescatados que habían logrado escaparse de casa estaban en el *pub*, y el resto de los habitantes del pueblo, así como los periodistas, se habían reunido en torno a ellos para escuchar sus relatos, que de forma inevitable se hacían más emocionantes a medida que transcurría el tiempo y el alcohol les iba soltando la lengua.

Cuando Polly cerró la tienda y lo recogió todo, no le quedaba ni una bolsa de té, ni una gota de leche, ni un bollo.

—Vamos —dijo Kerensa—. Salgamos a dar un paseo. Quiero ver el barco encallado de todas formas.

—¿El carguero?

—Ajá.

—¿Quieres ver un barco tumbado de costado?

—Bueno, si lo dices así... sí.

Polly no quería ir al *pub*, no quería escuchar cómo los demás se habían librado por los pelos de la muerte, no soportaría que la gente le preguntara si sabía algo, porque claro, como todos estaban al tanto de lo que había sucedido entre Tarnie y ella... No, no podía hacerlo.

—Vale. —Accedió.

A esa hora, el cielo tenía un color delicado, con pinceladas doradas. El mar estaba mucho más tranquilo. Costaba creer la fuerza y el poder de la tormenta que los había azotado solo unas horas antes. Cuando vivía en Plymouth, nunca le había prestado atención al tiempo que hacía. O llovía o no llovía, nada más. Pero en Mount Polbearne vivía en la línea que separaba el mar de la costa. El mar lo dictaba todo: si podían cruzar o no la carretera; si los hombres podían trabajar; incluso si ella podía salir de casa. Formaba parte del entramado de las personas. Mientras caminaba por las dunas con Kerensa, comprendió por fin lo que significaba llevar el mar en las venas.

Al otro lado de la carretera todavía había mucha gente reunida. Hacía meses que Polly no veía semejante multitud. La policía había establecido un cordón de seguridad. Se preguntó por qué, hasta que Kerensa señaló que tal vez fuera para evitar los saqueos.

—Pero si de todas formas se ha hundido, ¿por qué no puede la gente llevarse lo que encuentre? —preguntó Polly.

—¿Porque habría peleas y robos, y porque la próxima vez que apareciera un barco por el horizonte intentarían hacerlo naufragar? —sugirió la pragmática Kerensa.

—No, no lo harían —contestó Polly, pero algunos de los adolescentes reunidos en la playa parecían un poco chulos, como si estuvieran retando a la policía. El lado positivo era que no había rastro de fuel en el agua—. ¿Qué es eso? —preguntó, señalando un montón de objetos que flotaban en el agua, diminutos, en comparación con la amenazadora y gigantesca silueta del carguero.

—No lo sé —contestó Kerensa—. Vamos a echar un vistazo.

Bajaron con cuidado hasta la playa, donde un policía les dijo que se alejaran. Estaban a punto de hacerlo cuando de repente se escuchó un ruido muy fuerte y apareció una lancha motora, ostentosa y elegante. Estaba construida con madera de color marrón claro, como si fuera de los años cincuenta, pero se movía como una bala. Contaba con unos lujosos asientos de cuero en la parte posterior y la proa era baja. Giró al llegar frente a ellas, provocando que el agua se alzara en aire.

—Esto, ¿agente? —preguntó una voz conocida e irritante—. Hemos venido a recoger a estas niñas.

—¿A estas niñas? —repitió Polly.

Kerensa se había acercado a la orilla a la carrera para echar un vistazo. En la preciosa lancha estaban Reuben, al timón, y Huckle.

El policía les dio permiso para embarcar.

—No suban al carguero —gritó el hombre. De todas formas, el barco estaba protegido por las patrulleras naranjas de Salvamento Marítimo y por las blancas de la policía para evitar saqueos.

—Lo compraré —replicó Reuben, molesto, al tiempo que daba marcha atrás para acercarse a la orilla de modo que las chicas pudieran embarcar. Huckle extendió un brazo a fin de ayudarlas.

—Qué bonita —comentó Kerensa mientras echaba un vistazo a su alrededor, encantada de ver el interior forrado con madera de nogal.

—Es mi *Riva* —replicó Reuben—. Cuesta ochocientos mil dólares. Es una de mis embarcaciones pequeñas.

—En realidad, la odio —repuso Kerensa, que le dio la espalda con desdén.

—Hola —dijo Huckle a Polly. Su aspecto lo preocupaba, tenía una mirada vacía, no le sonreía y tampoco había calidez en su expresión—. ¿Cómo estás?

—¿Habéis estado buscándolos? —preguntó ella a su vez, con apremio.

—No —contestó Reuben—. Hemos pensado que hoy era un buen día para dar una vuelta, no te jode.

—Pasa de él —le dijo Huckle, que le colocó una mano en un brazo—. Por supuesto que hemos estado buscándolos.

Polly meneó la cabeza.

—He intentado llamarte por teléfono, pero ha sido imposible. ¿Dónde están? ¿Por qué nadie los encuentra?

—Seguramente están en el fondo del océano, siendo pasto de los tiburones, ¿no crees? —replicó Reuben, que arrancó la lancha motora.

—Cállate, mal amigo. —Le soltó Kerensa.

Reuben la miró.

—Me resultas muy atractiva —afirmó en voz alta, como si no le diera el menor reparo admitirlo—. ¿Qué regalos caros te gustan?

Kerensa pasó de él y tomó asiento lo más lejos que pudo. Avanzaron lentamente.

Al principio, Polly no comprendía por qué se movían tan despacio. Después, vio que estaban atravesando algo. Era extraño, pero el mar estaba cubierto de...

—¿Son...? —preguntó, repentinamente animada.

Huckle la miró y esbozó una sonrisa torcida.

—Lo sé. Todo lo demás debe de haberse hundido, pero...

Esparcidos a lo largo de kilómetros, bajo un cielo pincelado de rosa, había miles y miles de patitos amarillos de goma. Algunos tenían bigote; otros iban tocados con sombreros rosas; muchos iban ataviados como golfistas, o demonios, o llevaban cascos de policía. Pero todos eran patitos de goma amarillos.

—Debían de viajar en uno de los contenedores —supuso Hucke—. Y han acabado en el mar.

—¿Los patos han escapado?

—Más o menos.

—¡Míralos! —exclamó Kerensa—. ¡Nadando en libertad!

—A Toyota no le habrá hecho mucha gracia —repuso Hucke—. Según las noticias que corren por Internet, este barco llevaba un importante cargamento de coches. No creo que vayan a salir flotando como los patitos.

Todos clavaron la vista en el agua, mientras se preguntaban con cierto morbo qué habría bajo el barco.

—Voy a abrir una escuela de buceo justo aquí —dijo Reuben de repente—. Será la mejor escuela del mundo. La gente podrá bucear y fingir que conduce coches submarinos.

—Vaya mierda de idea —replicó Kerensa.

—Calla —dijo Hucke.

Polly guardó silencio.

Atravesaron la extensa zona cubierta de patitos amarillos, que subían y bajaban en el agua con las olas, y, en cuanto salieron a alta mar, Polly jadeó.

¡Parecía una regata! El mar estaba cubierto de barcos hasta el mismísimo horizonte. Pequeñas barcas de remos, lanchas de carreras, grandes barcos de recreo, las patrulleras de Salvamento Marítimo de color naranja y barcas negras. Todos patrullaban la zona, en busca de una señal, de una pista. Buscando a los pescadores desaparecidos.

—¡Dios mío! —exclamó Polly.

El *Riva* se unió al grupo, y sobrepasó la pequeña isla (Polly apenas fue capaz de mirarla) en dirección al canal, donde tendrían que estar atentos al paso de algún ferri. Saludaron a los tripulantes de las demás embarcaciones a medida que se cruzaban con ellos, pero en todo momento mantuvieron los ojos en el agua en busca de algún indicio (un chaleco salvavidas, una prenda de ropa, un radiotransmisor a la deriva, un trozo de mástil), de alguna cosa que les diera una pista sobre el paradero del barco desaparecido.

Después, Polly recordaría ese momento como si hubiera durado días, aun cuando



solo fueron unas cuantas horas. Introdujo la mano en el agua, aún estaba tibia a pesar de que el sol ya iba descendiendo, escudriñó con desesperación el horizonte y miró por debajo del agua, como si el hecho de concentrarse mucho la ayudara a distinguir algo bajo las olas. Cada cierto tiempo, Reuben aceleraba y los llevaba a toda velocidad a otro lugar, donde empezaban a buscar de nuevo y así siguieron...

Polly no acababa de asimilar que Tarnie (tan recio y tan obstinado, pero tan vulnerable en su interior) pudiera haber muerto. Era el mejor patrón de la flota. Todos los demás lo aseguraban. Era tan fuerte... no habría permitido que les sucediera algo malo. Y Jayden, tan metepatas y tan joven, y que tanto odiaba pescar; y Kendall. Pero habían crecido en el mar. Llevaban el agua salada en las venas. Tenían que regresar, pensó con fervor. Tenían que hacerlo.

Se frotó los ojos y después los clavó de nuevo en el horizonte, entrecerrando tanto los párpados que apenas podía ver.

—Cariño. Cuidado con las arrugas —le advirtió Kerensa, que le frotó la espalda. Se percató de lo distraída que estaba Polly, obviamente preocupada por el hombre que había conocido, y horrorizada por el desastre.

Polly la miró sin comprender.

—No hagas eso con los párpados —le dijo Kerensa. Y añadió, dirigiéndose a los hombres, que estaban sentados delante—. Las chicas vamos a buscar el barco dándole la espalda al sol. Vosotros encargaos de la otra zona. Las patas de gallo os sentarán bien.

—A mí me sienta bien todo —replicó Reuben, que llevaba unas carísimas gafas de la marca Oakley excesivamente llamativas.

—¿Eso es lo que te dicen tus novias? —repuso Kerensa.

—Ajá —contestó él—. Y todas son modelos, así que saben de lo que hablan.

—Exacto —replicó Kerensa—. Sobre todo cuando en las fiestas se ponen de coca hasta las cejas y acaban llevando dos bolsas de plástico por zapatos y un cisne en la cabeza.

Reuben hizo un puchero.

—Es evidente que no te invitan a esas fiestas.

Kerensa miró a Polly, pero su amiga estaba a kilómetros de distancia y no parecía escuchar nada de lo que estaban diciendo. Huckle la miró con preocupación. Ansiaba echarle un brazo por los hombros, parecía helada y el mar empezaba a picarse de nuevo. El sol se estaba poniendo y hacía frío. Pero no quería que malinterpretara sus intenciones. No quería molestarla. De modo que le acarició el pelo con suavidad.

—Oye —le dijo.

Ella lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Tenemos que encontrarlos —replicó.

—Estamos haciendo todo lo que podemos —le recordó Huckle.

Reuben llevaba una nevera portátil con champán helado, langosta fresca y sándwiches de salmón ahumado, pero ninguno quiso comer. En cambio, siguieron

escudriñando el horizonte, hasta que casi hubo oscurecido del todo y el negro de la noche flotaba en el aire. El mar empezaba a picarse de nuevo y un hombre con un megáfono les dijo desde un helicóptero que volvieran a casa, que Salvamento Marítimo continuaría con la búsqueda.

—No podemos dejarlos ahí fuera otra noche —dijo Polly, a quien le castañeteaban los dientes.

—Debemos hacerlo —le recordó Huckle—. Si no, Salvamento Marítimo también acabará buscándonos a nosotros. —Se quitó la chaqueta y se la echó por los hombros, aunque ella no se percató siquiera. Miró a Kerensa—. Me preocupa —confesó.

—La llevaré a casa —le dijo Kerensa, que abrazó a Polly y la estrechó contra su costado.

Huckle habría preferido llevarla él mismo a casa. No quería que Kerensa la emborrachara con vino o que la hiciera sentirse peor. Pero guardó silencio. Habían dejado uno de los coches de Reuben en el aparcamiento de la carretera y al día siguiente sacarían de nuevo la lancha.

El puerto seguía muy concurrido y todo el mundo parecía muy nervioso cuando ellos llegaron. La policía, los periodistas y la gente que acababa de desembarcar y estaba limpiando sus botes. Todos se preguntaban unos a otros si tenían noticias. Kerensa instó a Polly a subir a casa y, una vez arriba, le dijo que se diera un baño caliente y le preparó una tostada con queso que Polly ni tocó. Cansada, Kerensa le sugirió que se acostara (eran más de la diez), pero se negó. Polly le dejó la cama y se sentó en la sala de estar junto a la ventana, buscando noticias en Internet sin parar, echando un vistazo a Twitter cada cierto tiempo en su pequeño móvil. Vio cómo la multitud desaparecía del puerto a medida que avanzaba la noche y cómo se apagaban las luces. Sentía un cansancio extremo, pero cuando cerraba los ojos solo veía el rostro esculpido y serio de Tarnie, sus luminosos ojos azules, la alegre juventud de su tripulación. Escuchaba su voz hablándole de la paz que solo sentía en el mar, bajo las estrellas.

—Por favor. —Se escuchó decir—. Por favor.

Debió de quedarse dormida en el sillón, porque, la siguiente vez que abrió los ojos, las estrellas se habían movido en el firmamento y el silencio reinaba en la tierra. Se levantó para mirar por la ventana. En la muralla del puerto vio una figura familiar, de pie e inmóvil.

Como si estuviera soñando, Polly se acercó a la puerta tras coger una de las mantas del sofá y salió, sin poder evitarlo.

En el exterior la luz de la luna hacía que la noche no fuera tan oscura como parecía desde dentro. Era fácil verlo todo. Las olas volvían a ser bastante altas y se estrellaban contra la muralla del puerto, si bien no se parecían en absoluto a las de la noche anterior. Sin embargo, hacía frío. Se echó la manta de cuadros sobre la cabeza

y los hombros, e intentó no pensar en el frío que debía de hacer en alta mar.

Se acercó a la figura. La señora Manse, como era habitual, estaba tan inmóvil como una estatua. Polly tragó saliva, pero no habló, se limitó a colocarse a su lado.

Tras cinco minutos escudriñando el horizonte, esperando a que la luz del faro hiciera su recorrido, Polly sintió que le castañeteaban los dientes.

—Esto es lo que hay —dijo la mujer que estaba a su lado. Sin embargo, la voz de la señora Manse no parecía tan brusca y enfadada como de costumbre. Parecía resignada, triste, seria—. Esto es lo que hay. Aguantar y esperar. Las mujeres. Esto es lo que hacemos.

Polly la miró.

—¿Ayuda?

La señora Manse se encogió de hombros.

—No los trae de vuelta.

Polly asintió con la cabeza.

—Pero ¿cree que podría hacerlo?

La señora Manse tardó un buen rato en contestar. La luz del faro pasó de nuevo sobre ellas. Al final dijo:

—No sé qué más hacer.

Polly se mordió el labio.

—Siempre he pensado que, si me quedo en casa una noche —siguió la mujer—, esa será la noche que regrese a casa, desfallecido, con las fuerzas justas para escalar la muralla del puerto... y que, si no estoy aquí, no podrá lograrlo.

Polly la entendía perfectamente.

La señora Manse se volvió de repente, si bien su cuerpo se mantuvo firme bajo el azote del viento.

—Por favor —le dijo, con una nota apremiante en la voz—. Por favor, vete a casa. No seas como yo.

—Pero necesito esperarlos —protestó Polly.

La señora Manse meneó la cabeza.

—Así no —insistió con un deje desesperado—. Por favor. Así no. No te hagas esto.

Polly se envolvió mejor con la manta.

—No se me ocurre qué otra cosa hacer.

—Pero desear que regresen no funciona —replicó la mujer, furiosa—. ¿No lo ves? Desearlo no sirve. —Miró a Polly a los ojos—. Por favor —replicó, en esa ocasión implorándoselo—. Por favor, vete a casa.

Polly miró el mar por última vez, escudriñando el horizonte. Sentía la cabeza abotargada, como si la tuviera llena de algodón.

—Por favor —repitió la señora Manse—. No. No seas como yo.

Polly miró a la mujer, que tiritaba en ese momento, y que tanto ansiaba escapar de la trampa de su vida, si bien era incapaz de hacerlo. De repente, tuvo la impresión de

haber despertado del sueño. ¿Qué estaba haciendo? Eso no ayudaría a Tarnie, ni a ningún otro.

—¿Puede... puede venir a casa conmigo? —preguntó—. ¿Y tomarse un poco de té?

—No puedo —respondió la mujer, negando también con la cabeza—. Pero tú sí. Por favor. Vete. Mientras puedas.

—No puedo dejarla aquí.

—Tienes que hacerlo —repuso la señora Manse—. No pasa nada. Sé lo que hago. —Intentó con valentía esbozar una media sonrisa, con los ojos aún clavados en el negro horizonte.

Sin pensar en lo que hacía, Polly la rodeó con los brazos y la estrechó con fuerza. Después, dio un beso a Gillian Manse en una arrugada mejilla.

De vuelta en el piso, Polly se sentó de nuevo y entró en calor gracias a la manta con la que se cubrió. «Dios, ¿dónde estaban?», se preguntó. Una parte de su cabeza le decía que era imposible que sobrevivieran otra noche allí fuera, otra noche como esa. Intentó imaginárselos a todos muertos; sus preocupaciones y su energía reducidas a la nada. La idea de que hubieran desaparecido le resultaba rara, chocante. Llevaba allí menos de cuatro meses y ya formaban parte de su vida.

Alrededor de las cinco debió de quedarse dormida otra vez, porque, cuando se despertó, lo hizo por culpa de un ruido tremendo y el sol entraba por la ventana.

Escuchó un golpe. Y otro. Polly dio un respingo. ¿Qué leches? ¿Qué estaba pasando? Su primera idea fue que el enorme barco se estaba resquebrajando en el mar, despedazado por las olas. Pero el ruido se escuchaba más cerca de casa. Después se le ocurrió que eran los pescadores, que hambrientos y a salvo, intentaban echar la puerta abajo. O tal vez, sugirió su lado más oscuro, se habían ahogado y habían vuelto para golpear los cristales de las ventanas...

Puso los ojos como platos por el chute de adrenalina que le provocó el pánico.

Tardó un momento en concentrarse mientras la luz del amanecer inundaba la habitación. Escuchó de nuevo ese ruido. Miró por la ventana y jadeó.

Fuera, un pajarillo negro de pico naranja intentaba llamar su atención por todos los medios.

Se apresuró a abrir la ventana. Era imposible. Era totalmente imposible. Pero allí estaba, en la patita (muy sucia y cubierta con solo Dios sabía qué tras lo que había sido a todas luces un largo viaje) estaba la chapita de plástico con las palabras «Miel de Huckle».

—¡NEIL! —exclamó mientras levantaba la hoja de la ventana y el frailecillo se lanzaba a sus brazos—. ¡NEIL!

El pajarillo agitó las alas, contento, y comenzó a piar. Polly se lo comió a besos. Olía un poco a aceite y a pescado, pero era lo mejor que había olido en la vida, pensó mientras derramaba lágrimas sobre su cabecita emplumada. Neil aguantó los arrumacos un rato bastante largo, frotando la cabeza contra su dedo, pero no dejaba de mirar la habitación.

—¿Tienes hambre? —preguntó Polly al darse cuenta—. Pues claro que sí. Has volado desde MUY lejos. Vamos.

La cena que no se había comido estaba en la parte superior del cubo de la basura, de modo que la sacó y la puso en un plato. Neil graznó, encantado, y se lanzó a por ella. En cuanto se hartó de comer y bebió agua de un platillo, comenzó a revolotear alegremente por el salón, como si estuviera reconociendo su territorio, aunque volvía

de vez en cuando para picotear las migajas de pan.

—Me alegro muchísimo de verte —dijo Polly, incapaz de contener la sonrisa feliz cuando *Neil* se acercó a ella para posarse sobre su hombro, como el loro de un pirata—. Has adelgazado demasiado.

Le hizo cosquillas en la barriga.

—No comes los suficientes carbohidratos. Demasiadas algas y demasiado pescado. Será mejor para tu cerebro, pero has vuelto de todas maneras, ¿eh?

Kerensa apareció en la puerta, bostezando.

—¿Estás hablándole a un pájaro? ¿O sigo dormida? —preguntó.

—No es cualquier pájaro —respondió Polly—. ¡Mira! ¡Es mi pájaro! ¡Ha volado por todo el condado para volver conmigo! ¡Ha recorrido toda esa distancia! *Neil*, eres increíble. —Volvió a comérselo a besos.

—Esto... pues vale —repuso Kerensa, que retrocedió un poco. Echó un vistazo por la habitación—. ¿Alguna novedad?

Polly cogió el teléfono.

—No hay mensajes —contestó—. El sistema vuelve a funcionar. Pero no hay...

Toda la alegría al ver de nuevo a *Neil* se evaporó de repente. Agachó los hombros, derrotada.

—Ay, DIOS, Kerensa. ¡Ay, Dios!

—Voy a poner la tetera a calentar —se apresuró a decir Kerensa—. Una taza de té. Y algo para comer.

Polly se dejó caer en la silla y *Neil* empezó a piar y a dar saltitos sobre ella, preocupado. Sin embargo, mientras Kerensa ponía la tetera a calentar, escucharon un ruido. Un ruido raro procedente de la calle.

—¿Qué es eso?

Era el tañido de la campana de la iglesia medio en ruinas. Era la única pieza del campanario que seguía en pie. No repicaba, como Polly oía los domingos, cuando la gente acudía de los alrededores a ese lugar de culto que algunos decían que era anterior al cristianismo. No eran las campanas de boda ni el alegre tañido de la Pascua. Era un tañido grave y repetitivo, dong, dong, dong... Parecía fúnebre y triste.

—¿Qué es eso? —repitió Kerensa, que se olvidó del té.

Las dos se vistieron a toda prisa (Polly no recordaba haber visto a Kerensa sin peinar después de haberse levantado de la cama) y corrieron escaleras abajo, con *Neil* entre los brazos de Polly.

El resto del pueblo también se encontraba en el puerto, congregados todos, frotándose los ojos; algunos iban en pijama y otros se habían puesto la ropa sin mirar qué se echaban por encima. Apenas eran las seis de la mañana.

Al principio, no vieron nada. Después, poco a poco, una pequeña figura oscura apareció en el horizonte. Fue cogiendo velocidad hasta que por fin pudieron ver de qué se trataba.

—¡Joder! —exclamó Polly.

La gente empezó a murmurar.

El barco se mecía sobre las olas, que empezaban a brillar por la luz del sol.

—Es como si... como si estuvieran fardando —dijo Kerensa—. Mmm.

Y, cómo no, pudieron ver que se trataba del *Riva* conforme la embarcación se fue acercando.

—Pero volvieron a puerto anoche —dijo Polly.

—Te dejaron aquí anoche —puntualizó alguien, que evidentemente había estado allí—. Después, volvieron a zarpar.

—¿En medio de la oscuridad?

Como si quisiera contestarle, el *Riva* viró y pudieron ver el enorme foco colocado en la proa.

La lancha se acercaba cada vez más, dejando una estela de espuma a su paso. Por fin, la campana dejó de tocar su llanto plañidero y la lancha se detuvo con elegancia junto al muro de atraque. Reuben saludó alegremente con una mano desde el asiento del timonel mientras Polly, y todos los demás, comprobaba con nerviosismo el número de personas que había en la popa.

Sin contar la cabeza rubia de Huckle, había cuatro pasajeros.

Cuatro.

Sin embargo, el barco pesquero que partió de Mount Polbearne dos noches atrás había salido con cinco hombres a bordo.

Todos los congregados junto a la muralla avanzaron en silencio. El pueblo al completo se había congregado en el puerto. Había dos ambulancias a la espera. Huckle fue el primero en bajar de la lancha, cansado pero satisfecho, y extendió el brazo para ayudar a los demás a saltar al embarcadero.

El primero en hacerlo fue Archie, el contramaestre de voz dulce. Tenía el rostro ceniciento y demacrado, y sus ojos recorrieron el puerto como si no reconociera el lugar en el que se encontraba. Dos sanitarios corrieron hacia él armados con mantas aislantes térmicas. Cuando empezó a caminar cojeando por el embarcadero, la gente estalló en aplausos. Alguien se acercó a él y le colocó una taza de té en la mano, y otra persona le ofreció un vaso de *whisky*.

El siguiente en bajar fue Kendall, que parecía aún más joven bajo el enorme sueste amarillo. Su madre bajó la calle adoquinada con las zapatillas de estar en casa, gritando y chillando, y sus cuatro hermanos (que faenaban en los barcos pesqueros que ya habían vuelto al puerto) empezaron a gritar y a vitorear. Polly no podía ver por culpa de las cabezas de la gente, y, aunque *Neil* iba picoteando por doquier, tampoco logró que la multitud se apartara para ver qué estaba sucediendo. El corazón le latía a toda pastilla en el pecho y apenas podía respirar mientras trataba de ver algo.

John fue el siguiente en aparecer y la gente jadeó al unísono al ver que sus dos hijos corrían hacia él, gritando: «¡Papá, papá!». Le temblaban las piernas cuando se agachó y dejó que se abalanzaran sobre él para abrazarlo. Polly echó un vistazo por encima de las cabezas de la gente y vio que la señora Manse estaba atrás del todo. Su expresión era más impasible que nunca.

Por fin, acostado en una camilla que los dos sanitarios sacaron al embarcadero, apareció Jayden, pálido y agotado, con una pierna doblada en un ángulo extraño bajo la manta. Apenas estaba consciente.

Y después la lancha se quedó vacía.

Sin pensar, Polly se abrió camino entre la multitud para llegar al embarcadero y ver lo que sucedía con sus propios ojos, para comprobar... Y, de repente, se encontró atrapada entre los fuertes brazos de Huckle, que la estrechó contra su cuerpo.

—¿Qué? —preguntó ella, tratando de liberarse, pero Huckle era tan fuerte y tan grande que poco pudo hacer.

Huckle la pegó contra su torso y le susurró al oído:

—Tranquila. Tranquila.

Sin dejar de removerse, Polly volvió la cabeza y entonces lo comprendió. En la lancha vacía había una mujer pelirroja, delgada y bajita, con el cuerpo encorvado completamente, rota de dolor, y Polly supo al instante quién era.



—¡Dios mío! —exclamó Polly—. ¡Dios mío!

—Todavía no —le dijo Huckle con brusquedad y el agotamiento reflejado en todos los rasgos de su cara.

Sí, la lancha se alejó de la rampa, pero Polly, que apenas veía por culpa de las lágrimas, clavó la mirada en los pescadores rescatados, que en esos momentos se encontraban rodeados por sus familiares, por sus amigos y por los periodistas. Sus expresiones, tras la emoción del regreso a casa, eran tristes. Polly descubrió que no podía seguir en ese sitio y se lo hizo saber a Huckle. Ambos se alejaron despacio.

Kendall estaba hablando. Su cara de crío parecía haber envejecido diez años. Alguien estaba apoyando a... Polly no podía pensar en ella como la viuda de Tarnie, apenas podía pensar. Sus entrañas se habían convertido en agua helada. Era lo peor que podía haber sucedido, el resultado más terrible que podía haber imaginado.

Kendall hablaba de forma incoherente por culpa del dolor, aunque tenía varias cámaras delante.

—No permitió que... no podía... Tenía que sacar a Jayden, no permitió que Jayden... Todo fue porque... —Se deshizo en lágrimas.

Polly tuvo que componer el rompecabezas más tarde, ayudada por lo que leyó en los periódicos, mientras desde su sala de estar, donde se encontraba sentada con Kerensa, contemplaban el puerto, el enjambre de periodistas y los aturridos turistas.

Cuando el *Trochilus* llegó al centro de la tormenta (que era mucho peor de lo que habían pronosticado los informes del servicio meteorológico; la peor tormenta que se había vivido en la zona durante los últimos treinta años, un choque catastrófico y fulminante de altas y bajas presiones), el mástil se partió y comprendieron que su situación era desesperada. Polly se los imaginó zarandeados por unas olas más altas que un edificio de tres pisos, que levantaban el barco y lo sacudían con violencia. No pudo soportarlo.

Lanzaron la balsa salvavidas en el último momento (Polly recordó que Tarnie le había dicho que lo mejor era quedarse en un barco siempre que fuera posible hacerlo), pero el mástil se había partido y había caído sobre Jayden, aplastándole una pierna. Habían intentado mantener juntos el barco y la balsa salvavidas, y Tarnie se negó a apartarse de su lado hasta liberarlo. Con un gran esfuerzo, logró trasladar a Jayden a la balsa salvavidas (Polly se lo imaginaba todo al detalle, sabía que Tarnie jamás habría abandonado a Jayden, sabía que estaba haciendo por Jayden lo que no pudo hacer por su amigo Jim Manse), pero para entonces el barco estaba a punto de hundirse. Aunque los hombres trataron de agarrarlo por un brazo, y le lanzaron cuerdas y flotadores, la succión del barco lo arrastró a las profundidades. La balsa salvavidas también se hundió, pero cuando emergió de nuevo (la lona con forma de pirámide hizo su trabajo, y la balsa acabó enderezándose), no había nada entre las tumultuosas olas salvo algún que otro resto del naufragio. La tormenta y las corrientes los arrastraron cada vez más lejos y, sobrecogidos, se sumieron en el

silencio mientras intentaban mantener consciente a Jayden y luchaban por superar la pérdida de su patrón, de su modo de vida, de su mundo.

La última patrullera de Salvamento Marítimo volvió tras otras veinticuatro horas de búsqueda. Era necesaria en otro lugar y había que tomar una decisión.

Polly, que había puesto el agua a hervir por enésima vez para preparar el té y estaba mirando por la ventana mientras amasaba sin fuerzas el pan, fue incapaz de pensar en lo que estaría sufriendo Selina al enterarse de las noticias.

Y la gente empezó a aparecer. Todos necesitaban hablar del tema, una y otra y otra vez. Lo peor era que no podían celebrar un funeral sin el cuerpo, no podían enterrar la pena. Pero la gente necesitaba hablar de lo sucedido, necesitaba compartir el dolor, y todos se congregaron en torno a la tienda de Polly.

Cada habitante del pueblo tenía su propia historia, su propia versión de los acontecimientos. Alguien tuvo un sueño premonitorio; alguien sufrió la visita de un fantasma. Nadie parecía saber cómo estaba Jayden, el chico que odiaba pescar. Se encontraba ingresado en un hospital en Plymouth, pero se recuperaría. El hospital había emitido un comunicado anunciando a todas las personas de todos los puntos del país que habían enviado regalos y tarjetas que comprendieran que habían llegado tantas cosas que habían decidido compartirlas con los demás pacientes.

Debían organizar algo, eso estaba claro, pero, como forastera que era (y, para más inri, una forastera que había tenido cierta relación con el fallecido que no quería que la gente recordara más de la cuenta), Polly llegó a la conclusión de que no le correspondía a ella hacerlo.

—Pero deberíamos hacer algo —insistió.

En la isla no tenían párroco, pero una vecina se ofreció a celebrar una misa en su iglesia, situada en Looe. Kerensa dijo que debían hacerlo en la antigua iglesia situada en lo más alto de Mount Polbearne, aunque hubiera dejado de ser un templo consagrado hacía muchos años.

Selina se había marchado con su madre, a tierra firme, y aunque ni siquiera llegaran a imaginar lo que estaba sufriendo, la comunidad debía participar de su dolor; del suyo y del de los pescadores que habían regresado, sintiéndose culpables, tras haber estado a un paso de la muerte.

Habían pasado dos semanas desde el naufragio; era un lunes por la mañana, cuando llamaron por teléfono a Polly. En ese momento estaba amasando el pan y pidió a Kerensa (que había regresado a Mount Polbearne otra vez para estar con su amiga) que contestara la llamada.

—Hola, Pol —dijo Reuben con voz soñolienta—. ¿Qué pasa?

—No soy Polly —replicó ella—. Soy Kerensa.

Al otro lado de la línea se escuchó un ruido como si Reuben estuviera sacudiendo algo, y, cuando volvió hablar, parecía más espabilado y lo hizo con voz ronca.

—¡Vaya, hola! —exclamó con el deje más viril que fue capaz de usar.

Kerensa puso los ojos en blanco.

—¿Qué puedo hacer por ti? —le preguntó Reuben.

—Bueno —contestó Kerensa—. Estamos pensando en hacer algo para recordar a Tarnie y el barco. Seguramente lo organicemos en el diminuto y destartalado piso de Polly. Puedes venir si te apetece.

—¡Oye! —exclamó Polly, enfadada.

*Neil* dio unos saltitos en el fregadero, donde se lo estaba pasando en grande. Pese a todo lo que tenía encima, Polly había sacado tiempo para llamar a la reserva.

—Esto, hola. Creo que tengo uno de vuestros pájaros, que debe de haberse escapado —anunció.

Era la misma chica neozelandesa de la otra vez.

—¡Ah! Bueno, no lo hemos echado de menos. Tenemos algo así como...

—Un millón y medio, lo sé. Pero este lleva una anilla muy especial, muy melosa.

—¡Ya me acuerdo de ti! ¿Eres la chica que adoraba a su frailecillo?

—Creo que todo frailecillo merece tener a alguien que lo quiera —contestó.

—Ajá. Pero ¿no vivías en el sur?

—Sí —respondió Polly con orgullo—. Ha logrado hacer todo el trayecto a casa.

Esperó a que la chica, impresionada por la hazaña, dijera que *Neil* era el frailecillo más asombroso que había visto en la vida.

—En fin —dijo, en cambio—, puedes traerlo de vuelta si quieres.

Polly miró a *Neil*. El pájaro le devolvió la mirada con sus ojillos negros y emitió un graznido.

—¿Sabes una cosa? —repuso—. Creo que estamos bien así.

Kerensa y Reuben aún estaban hablando por teléfono. Reuben parecía indignado por el hecho de que no hubieran contado con él como anfitrión.

—¡Tengo una pista de baile! ¡Tengo luces! Tengo acceso a DJ, y una bodega a rebosar de champán. —Estaba diciendo.

Polly lo escuchaba desde el otro extremo de la estancia.

—No es una fiesta —le recordó Kerensa—. Es un funeral, imbécil.

—Creo que todo el mundo merece algo así cuando muere —adujo Reuben—. Es lo que yo quiero.

—Ahí lleva razón —terció Polly.

—De todas formas, ¿qué vais a hacer, chicas, preparar tostadas? —siguió Reuben.

—A mí me gustan las tostadas —replicó Kerensa.

—Vale —dijo Reuben—. Traeré a un chef especializado en *sushi* y a otro especializado en tostadas.

Kerensa y Polly se miraron. Polly asintió con la cabeza.

—Deberíamos hacerlo. El pueblo lo necesita.

—VALE —dijo Kerensa, como si estuviera haciéndole un gran favor a Reuben, y cortó la llamada.

—No sé, pero creo que deberías ser más simpática con él —le recomendó Polly—. Fue él quien decidió salir con su lancha y quien encontró a los hombres. Se ha comportado como un héroe.

—Bueno, en primer lugar, estaba fardando, como de costumbre —señaló Kerensa.

—Eres dura con él —comentó Polly.

—Y, en segundo lugar, fue Huckle quien lo obligó a hacerlo.

—Eso no lo sabes.

—Lo sé. Reuben me lo dijo. Bueno, yo lo insinué y él no pudo negarlo.

—No me puedo creer que te caiga mal este tío y que aun así hayas logrado convencerlo de que lo organice todo.

Kerensa puso los ojos en blanco.

—Por algo sigo en el mercado.

—Eso ha sido un golpe bajo.

Kerensa le sacó la lengua.

—Vamos —dijo Polly—. Todavía nos queda mucho por hacer.

Kerensa, fiel a su palabra, consiguió que se oficiara una especie de recordatorio por el difunto en la antigua iglesia. Se llevaría a cabo el sábado y después se reunirían en casa de Reuben. Polly deseaba que hiciera buen tiempo. Se lo contó a todos los habitantes del pueblo.

Gracias a Dios, la prensa se había ido casi por completo. Sin embargo, habían dejado una inesperada consecuencia. Cuando la gente vio las noticias del «trágico pueblo mareal», no pensaron tanto en los pescadores como en el pintoresco pueblo que ascendía hasta el pintoresco castillo que lo coronaba; pensaron en sus preciosos adoquines, en el bonito obrador artesano y en las aguas tocadas por el sol. En cuestión de un día, recibieron una horda de visitantes, no se trataba solo de gente atraída por el morbo, sino también de turistas en toda regla. Kerensa regresó a Plymouth, y Polly echó de menos su ayuda; estaba exhausta. Preparara lo que preparase, desaparecía en un abrir y cerrar de ojos. Estaba tan atareada que a veces podía olvidar lo sucedido. Después, miraba por la ventana en busca de los mástiles que crujían, de las pullas, de los chistes, de los pescadores con sus voces y de la familiar figura alta de penetrantes ojos azules, pero no estaba allí, y era como si una bala de cañón le golpease el estómago de nuevo.

El miércoles, cuando bajaba las persianas, vio una figura encorvada y delgada que se acercaba a la muralla del puerto. Los turistas estaban todos en la playa. Hacía un día increíble, y una especie de sopor se había apoderado del pueblo después del almuerzo. No había nadie más por los alrededores. Polly preparó una taza de té y la llevó a la calle, tras lo cual se sentó en la muralla junto a ella.

—Hola —la saludó—, te he traído té, pero te dejaré sola si es lo que quieres.

Selina la miró y parpadeó, confundida.

—Hola, lo siento, no...

—Soy Polly Waterford —se presentó ella—. Era amiga de Tarnie... En fin, conocía a todos los pescadores. Trabajo aquí al lado.

—Ah, sí, la panadería. —Selina esbozó una sonrisa tristonosa—. Hablaba de la panadería a todas horas. Le encantaba tu pan.

—Mira, no quiero molestar...

—No —la tranquilizó Selina—. No pasa nada. Tenía que salir de casa de mi madre. Todas esas cabezas ladeadas y todos esos «¿Estás BIEN?» a todas horas. Ya sabes, con esa vocecilla tan baja que pone la gente para demostrar lo mucho que les importa. JODER, ya estoy harta.

Polly asintió con la cabeza.

—Así que tengo que decir «Sí, estoy bien» para que ELLOS se sientan mejor. De

verdad. Durante el resto de mi vida.

Selina comenzó a dar vueltas a la alianza que llevaba en la mano izquierda.

—¿Cómo vas a estar bien? —preguntó Polly, que no lo entendía en absoluto—. Qué pregunta más tonta, como si te creyeran un monstruo.

—sí —dijo Selina. Se calló de nuevo. Las dos clavaron la vista en el mar—. Pero soy un monstruo —continuó—. Porque estoy CABREADÍSIMA con él. SE LO DIJE. Le dije que no saliera al mar. Le supliqué que no fuera un dichoso pescador. Todo el mundo sabe que es peligroso y que no se gana dinero. Y él estaba fuera de casa todo el tiempo... A ver, ¿quién puede vivir aquí? Es casi una isla, por el amor de Dios. Estábamos a punto de separarnos casi todos los días, no dejábamos de pelearnos por su dichoso trabajo y ¿qué hace él? —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Pues va el cabrón y me demuestra que yo llevaba razón. CABRÓN. Estoy MUY enfadada con él. — Se secó la cara con rabia—. Ay, Dios, ya empiezo a llorar de nuevo. Lo siento. Siento haberme desahogado contigo. ¿Crees que soy un monstruo?

—Creo que lo que has dicho tiene mucho sentido —contestó Polly, que se sentía fatal. Le caía bien esa mujer. Qué tonto había sido Tarnie.

—Lo echo de menos —dijo Selina—. Ay, Dios, echo de menos pelear con él. — Sorbió por la nariz—. Ojalá todo el mundo dejara de hablar de él como si fuera un santo.

—Lo sé —convino Polly con fervor.

—Porque podía ser un capullo integral. Pero era MI capullo integral.

Polly le echó un brazo por encima de los hombros.

—¿Crees que me dejarán ponerlo en su lápida? —Selina se debatía entre el sollozo y la carcajada.

—En fin, con la cantidad de dinero que la gente ha mandado para ese fin, seguramente podrás poner lo que quieras —le aseguró Polly, y las dos soltaron una carcajada que acabó en llanto.

Llegado un momento, Polly lo mandó todo a la mierda, subió al piso, sacó una botella de vino del frigorífico y se sentaron en la muralla del puerto, bebiendo en vasos de plástico, mientras dejaba que Selina le contase irritantes anécdotas de Tarnie toda la tarde, hasta que la gente comenzó a llenar de nuevo el pueblo y reconoció a Selina. Esta frunció el ceño, dijo que era como ser la peor clase de famosa del mundo, la superviuda, y se marchó. Se dieron un largo abrazo antes de que se fuera.

Esa semana fue la más atareada del obrador. Mount Polbearne era famoso y todo el mundo quería un trocito. Henry y Samantha, la pareja que se iba a mudar y que estaba inmersa en unos trabajos de reforma abrumadores, aparecieron llenos de entusiasmo.

—En fin, ¡somos la COMIDILLA de Chelsea! —exclamó Samantha—. ¡No creo que los precios de las casas vayan a quedarse estancados mucho tiempo! ¡Menudo

DRAMA! —casi chilló.

Polly dio un respingo y miró hacia la calle. El Range Rover estaba aparcado sobre los adoquines, bloqueando una vez más la calle. Se preguntó, enfadada, si iban a necesitar un policía de tráfico.

—Supongo que habéis pensado abrir una carnicería artesanal, ¿verdad? —preguntó Henry, esperanzado. Ese día, lo que llevaba rosa eran los pantalones de pana. A juego con sus rojizas mejillas—. Eso ayudaría muchísimo.

—¿Cómo? Por Dios, no —contestó Polly. Vio cómo uno de los pescadores pasaba por delante del escaparate con los brazos llenos de patos amarillos.

—Veo a alguien con talento empresarial —comentó Henry—. Mmm, a lo mejor a él sí le apetece abrir una carnicería.

Polly los miró.

—Bueno, ¿se van a mudar todos sus amigos al pueblo? —preguntó ella con educación.

—Absolutamente. Binky y Max y Biff y Jules y Mills y Pinki y Froufrou ya han llamado a sus agentes inmobiliarios, ¿no es verdad? —preguntó Henry a Samantha.

—Ah, bien —dijo Polly, que metió la hogaza de pan sin gluten que habían encargado (y por la que les había cobrado lo suficiente como para pagar la factura de combustible de todo un mes) en una bolsa de papel—. Muy bien.

El sábado amaneció glorioso y perfecto. Había algunas nubes blancas que surcaban el cielo, pero, salvo por ese detalle, era de un azul tecnicolor. Era muy similar al día en el que Tarnie llevó a Polly a dar un paseo en su barca, de modo que tardó tres veces más de la cuenta en prepararse, porque, cada vez que pensaba en aquel día, lloraba hasta que se le corría el maquillaje y tenía que reparar el daño. Se dio un buen sermón. No iba a ponerse en evidencia. Desde luego que no. Tarnie había sido un amigo, nada más, a quien había conocido durante unos meses. No se merecía atribuirse un poco del dolor... de ese dolor de verdad, de ese dolor enorme e interminable que te destrozaba la vida y te rompía el corazón. Esa clase de dolor estaba reservado para su familia, para sus amigos de toda la vida, para Selina. No tenía derecho a inmiscuirse. Tenía que enterrar sus emociones, ser fuerte y no ponerse en ridículo.

Por suerte, Kerensa apareció puntual para coordinarse con la marea. Parecía una loca, pero estaba fabulosa, con un vestidito (demasiado corto) de encaje negro, un maquillaje dramático y un sombrero ridículo con redecilla.

—Ay, por el amor de Dios —dijo Polly, que se limpió las mejillas por enésima vez—. Pareces la viuda negra.

—Bien —replicó Kerensa al tiempo que encendía la cafetera—. ¿Qué te parece? ¿Me he pasado?

—Solo lo viste una vez —contestó Polly.

—Lo sé —dijo Kerensa—. Pero se me ha ocurrido que, si alguien buscase a su querida en la iglesia, te pasarían por alto y supondrían que era yo.

Polly jadeó.

—Es una idea brillante.

—Lo sé.

—Gracias —dijo Polly, y se echó a llorar de nuevo.

—Tranquila —dijo Kerensa mientras le daba unas palmaditas en el hombro—. Tú nunca habrías tenido tan buen aspecto como yo aunque lo intentaras.

Sin embargo, Polly sabía lo que su amiga quería decir en realidad, de modo que sollozó en sus brazos hasta que se quedó seca.

—¿Estás mejor? —preguntó Kerensa.

Polly asintió con la cabeza.

—Pues ve a darte una ducha.

—Ya me he dado tres. Solo queda agua fría.

—Mejor todavía, así te cerrará los poros.

Polly la obedeció y después Kerensa, con gesto serio y el rímel waterproof en la mano, la arregló con un discreto conjunto negro que consistía en una blusa de manga corta y una falda de seda.

—Bien —dijo—. Tú quédate sentada en el fondo e intenta no llamar la atención. ¿Ya conoces a la familia?

Polly negó con la cabeza.

—Solo a Selina.

—Bien, no te reconocerán. Todo irá bien, ¿entendido?

Huckle y Reuben se reunieron con ellas en la iglesia, y los dos tenían un aspecto serio muy raro con sus trajes oscuros y las corbatas. Reuben no perdió la oportunidad de decirles que tanto la corbata como los zapatos eran de piel de tiburón, «la piel más cara que se puede comprar», a lo que Kerensa replicó que eso lo convertía en un terrorista medioambiental.

La iglesia, en otro tiempo el punto de encuentro de la comunidad, se encontraba en la cima del pueblo, tras subir las empinadas calles. Construida en la Edad Media, cuando el pueblo seguía conectado con tierra firme, había caído en desuso cuando la carretera se inundó y perdió su condición de templo consagrado a finales del siglo xix. En esos momentos, era más una ruina que una iglesia, con los antiguos muros de piedra y las losas del suelo; no había tejado, solo nidos de pájaros en las partes altas de los muros. Era un bonito lugar para una merienda campestre, incluso entre las antiguas tumbas, y la vista del mar era absolutamente magnífica: los barcos salpicaban su superficie en grupitos, y el cielo era una enorme bandera que ondeaba sobre sus cabezas.

Se habían llevado asientos desde el minúsculo ayuntamiento del pueblo para que



las personas mayores se sentaran, pero había tanta gente en la iglesia que la mayoría estaba de pie junto a las paredes o sentada en el suelo o en los trozos de piedra que se habían desprendido.

Se escuchaba un murmullo de voces, de hombres con sus mejores galas y con las caras coloradas por el calor. En la parte delantera, sentadas con las cabezas agachadas, estaban dos personas que Polly identificó enseguida como los padres de Tarnie. Sabía que, después de que su padre se jubilara, su madre insistió en abandonar la isla en busca de más emociones. A ella tampoco le había hecho gracia que Tarnie fuera pescador, ya que tenía grandes expectativas para su único hijo varón. La mujer tenía los mismos ojos azules que su hijo, pudo comprobar Polly, que en ese momento estaban tan velados y tan descentrados que parecía ciega.

El hombre no levantó la cabeza, pero Polly reconoció a Tarnie en la curva de sus hombros, en su complexión y en la forma de su mentón, y tuvo que inspirar hondo. No soportaba pensar en lo que le estaría pasando por la cabeza a ese pescador. También había una mujer que controlaba a varios niños pequeños, con aspecto acongojado y exhausto, y que debía de ser la hermana de Tarnie.

Junto a ellos estaba Selina, con un bonito vestido negro que resaltaba la delgadez de sus clavículas. Polly la miró con una sonrisa de disculpa y Selina le dirigió una mirada tan cargada de dolor que Polly sintió un nudo en el pecho. La acompañaban su madre y otros familiares, y no parecía ser capaz ni de ponerse en pie.

La señora Manse estaba sentada en una de las sillas y ajena a todos los demás, con la espalda muy derecha y aspecto incómodo. Vestida de negro, se parecía a la reina Victoria. Polly intentó saludarla con la mano y a cambio recibió una mirada de reproche.

El pueblo entero había acudido, incluso, se percató Polly con sorpresa, los recién llegados, Samantha y Henry, que parecían muy incómodos y fuera de lugar. También los saludó con la mano. Todos se pusieron de pie, nerviosos, a la espera de que sucediera algo.

Por fin apareció la mujer que oficiaría la ceremonia, llegada desde tierra firme, que entró en el templo medio derruido por el mismo lugar que habían entrado los demás. Se abrió paso hasta lo que en otro tiempo fue el altar y carraspeó, de modo que todo el mundo le prestó atención.

—Buenos días —dijo la mujer—. Y gracias por venir en un día tan bonito. Sé que las circunstancias son muy especiales, pero creo que aunque no podamos enterrar a nuestro hermano Cornelius William Tarnforth, sí podemos celebrar su vida.

Al escuchar su nombre, su madre emitió un chillido ahogado.

—No todas las muertes son una tragedia —continuó la mujer—. Pero esta lo fue.

Siguió hablando de lo conocido que era Tarnie en la comunidad, de lo mucho que lo quería su familia y de cuánto lo echarían de menos; después, varias personas se levantaron y pronunciaron unas palabras, contaron anécdotas que Polly desconocía: cómo daba pescado a la gente que iba falta de dinero; cómo trabajaba de voluntario

en el servicio de Salvamento Marítimo en su tiempo libre; una anécdota ridícula sobre empujar al agua una vaca que Archie contó entre sollozos y que no tenía mucho sentido.

La oficiante leyó un pasaje del Nuevo Testamento.

Mientras la muchedumbre se agolpaba en torno a Él para oír la palabra de Dios, Él estaba junto al lago de Genesaret, y vio dos barcas situadas al borde del lago. Los pescadores habían descendido de ellas y estaban lavando las redes. Subió a una de las barcas, que era de Simón y le rogó la separase un poco de la tierra. Se sentó en ella y enseñaba a las muchedumbres desde la barca. Cuando terminó de hablar, dijo a Simón: «Rema mar adentro y echad vuestras redes para la pesca». Simón le respondió: «Maestro, hemos estado trabajando toda la noche y no hemos pescado nada; pero en tu palabra echaremos las redes». Así lo hicieron y capturaron tan gran cantidad de peces que casi se rompían las redes. Hicieron señas a sus conocidos de la otra barca para que fueran a ayudarlos. Ellos acudieron y llenaron tanto ambas barcas que casi se hundían. Al ver esto, Simón Pedro cayó a los pies de Jesús diciendo: «Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador». Y es que tanto él como sus compañeros habían quedado sobrecogidos de espanto ante la pesca realizada. E igualmente Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Y Jesús dijo a Simón: «Deja de temer; desde ahora serás pescador de hombres». Ellos llevaron las barcas a tierra, lo dejaron todo, y le siguieron.

Después, tras la señal acordada, los hombres que Polly reconocía como pescadores se dirigieron a la parte delantera de la iglesia, donde se colocaron de cara a los presentes, y empezaron a cantar.

*Padre Eterno, nuestro salvador,  
Tú que de las olas inquietas eres redentor,  
Tú que limitas el vasto mar  
Y que a sus límites forma das:*

Las voces fueron aumentando de volumen, ya que la mayoría de los presentes se sumaron a la canción.

*Te rogamos que tengas piedad  
Por quienes peligran en la mar.*

Polly miró al padre de Tarnie, que intentaba, sin conseguirlo, pronunciar las

palabras. En ese momento fue cuando perdió la compostura. Esforzándose al máximo por no hacer ruido, enterró la cara dentro de la chaqueta de Huckle y sollozó a moco tendido. El forro de la chaqueta ya nunca se recuperó.

*Oh, Jesús, a Ti que las aguas escucharon  
Y apaciguadas se quedaron con Tu voz,  
Tú que sobre ellas caminaste  
Y la paz a la tempestad llevaste:  
Te rogamos que tengas piedad  
Por quienes peligran en la mar.*

Reuben o, mejor dicho, el carísimo organizador de festejos que contrató en Londres (no iba a reparar en gasto alguno) había enviado autobuses para recoger a todas las personas y llevarlos al lugar donde se reunirían después del oficio.

Hacía un día magnífico cuando se subieron a los autobuses, y los hombres ya se estaban aflojando las corbatas y quitándose las chaquetas. No había ni una sola nube en el cielo, solo una vasta extensión azul hasta donde abarcaba la vista, y el sol era una presencia maravillosa en los cada vez más morenos hombros de los turistas, los bañistas y los carroñeros. La mayor parte de la carga del buque mercante se había hundido o la habían sacado del barco, y, por suerte, habían contenido el vertido con éxito, gracias a la rápida actuación de uno de los jóvenes ingenieros que iban a bordo, que había conseguido cerrar las mamparas de seguridad mientras el barco se hundía. Polly se sorprendió al descubrir que ese mastodonte llevaba una tripulación de menos de doce hombres. Archie le había explicado que, mientras estaban en la balsa salvavidas, su mayor preocupación era que algún inmenso carguero no los viera, que un chico estuviera dormido delante del radar o que supusiera sin más que era un pez grande y no tenía que preocuparse.

El autobús en el que iban estaba en silencio, ya que nadie sabía muy bien qué esperar. Polly viajaba sentada con Kerensa, delante de Patrick y de su mujer.

—¿No te llevas el pájaro? —le había preguntado Kerensa cuando regresaron al piso después del oficio.

—Esto... —contestó Polly. En el fondo, quería a *Neil* a su lado para que la consolara. Además, a Tarnie le había gustado mucho. Habían llegado al acuerdo de que no se lo llevaría al oficio, pero sí a la reunión posterior. Kerensa se había puesto un vestido veraniego, pero Polly no se cambió. Le parecía irrespetuoso.

—No —la contradujo Kerensa—. Es irrespetuoso no ir y pasárselo bien. Le habría gustado algo así.

—Creo que le habría gustado más seguir aquí —replicó Polly.

—Sí, pasándoselo bien en una fiesta estupenda organizada por un imbécil —dijo Kerensa, que se miró en el espejo mientras se retocaba el pintalabios.

Polly la abrazó.

—Gracias por tu apoyo —le dijo.

—¿Qué apoyo? —preguntó Kerensa—. Yo creía que eras una capulla por venirte aquí. Creía que volverías en diez días, llorando, con tu sofá gris. De hecho...

—¿Qué? —quiso saber Polly.

Kerensa buscó algo en su móvil, que enseñó a Polly.

—¿Qué es? —preguntó, mientras miraba la foto de una bonita casa.

—Es una casa —contestó su amiga—. En... —Carraspeó antes de ser capaz de pronunciar la palabra—. En los suburbios.

—¿Qué pasa con la casa?

—Estaba pensando en comprarla, so tonta. Para cuando volvieras. Así dejarías de ser tan terca y te mudarías conmigo. Te he echado de menos, so capulla.

Polly la abrazó de nuevo.

—Te quiero —dijo.

—Lo sé —repuso Kerensa, que le devolvió el abrazo—. Pero, incluso con todo lo que ha pasado, sigo creyendo que eres más feliz aquí.

A Polly se le llenaron los ojos de lágrimas una vez más.

—Ay, Dios...

—Pero es verdad, ¿no? —preguntó Kerensa—. Es como si aquí vivieras de verdad, por primera vez en muchos años.

Se aferraron la una a la otra delante del espejo, y por un segundo volvieron a ser adolescentes que se escabullían del diminuto dormitorio de Polly con botellas de cerveza.

—Vamos a por ellos —dijo Kerensa—. No dejes que me cabree, no quiero que ese yanqui retaco y majara me manosee.

—Y tú no dejes que me cabree yo y diga sin querer algo espantoso a Selina —le pidió Polly.

Kerensa la miró de arriba abajo.

—¿Qué me dices de manosear a un yanqui alto y cañón?

Polly puso los ojos en blanco.

—No lo creo capaz de cabrearse hasta el punto de pensar en mí.

Kerensa sonrió.

—Da igual. A ver, ¿te llevas el pájaro o no?

Neil pio en su dirección.

—Pues claro. Ya tiene puesta la pajarita —dijo Polly.

En esa ocasión, fue Kerensa quien puso los ojos en blanco.

Los autobuses (eran tres) rodearon las colinas doradas y se encaminaron hacia el atardecer. En uno de ellos los hombres iban cantando, lo que indicaba que algunos habían salido del oficio derechos hacia el *pub*. Patrick estaba fascinado por la historia de *Neil*, aunque daba la razón a Kerensa en lo tocante a la pajarita.

—Es elegante —dijo Polly—. Puede llevarla para saludar a su anfitrión, pero luego se la quitaré para que juegue.

Patrick sonrió.

—Excelente. Creo que todos vamos a necesitar algo que nos levante el ánimo.

El desvío secreto a la playa de Reuben era menos secreto esa noche, ya que estaba iluminado con farolillos que brillaban a lo largo de la estrecha carretera. Dos hombres enormes con pinganillos estaban a la entrada con antorchas de playa y expresiones ariscas. Miraron el autobús y hablaron con el chófer antes de hacerle una señal para que pasara.

El largo camino hasta la playa estaba iluminado con braseros a ambos lados, derramando sobre la tarde un brillo alegre y emocionante. Polly ya podía escuchar el distante ruido de tambores. Miró a Kerensa con nerviosismo, y su amiga ya lucía esa expresión de «No me impresionas ni una chispa».

—Vamos —dijo Polly—. Va a ser algo especial. Creo que tienes razón: por Tarnie, tenemos que hacerlo. No tienes que hablar con él.

—Es verdad —repuso Kerensa—. ¡Hala! Supongo que se ha gastado una FORTUNA.

Alguien con bastones de tráfico luminosos dirigió a los chóferes para que aparcaran, y todos se apearon, nerviosos, solos o por parejas.

—¡Por aquí, por aquí! —gritó una mujer mandona con una chaqueta reflectante mientras señalaba el camino iluminado por velas a través de las dunas.

Siguieron el camino y algunas mujeres se tropezaron con los tacones. Polly se quitó las sandalias. La arena seguía caliente bajo sus pies, después de todo el día al sol. Era una sensación maravillosa.

Al pasar la última duna, allí desde donde se podía ver la playa, todo el mundo se detuvo a mirar.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Kerensa.

Toda la playa estaba decorada con farolillos blancos. La cafetería tenía una enorme barra cubierta adosada en un lateral. Había varias filas de personal vestido con uniformes blancos y negros a la espera, junto a bandejas de bebidas, y la playa ya estaba llena con las personas más guapas y elegantes (a todas luces, amigos de Reuben) ataviadas con ropa de marca, que charlaban animadamente y empezaban a bailar. Había un enorme escenario para un DJ, pero en ese momento una banda tocaba un ritmo *reggae* muy sensual. En el ambiente flotaba el maravilloso olor de la comida a la barbacoa. La atmósfera era fabulosa.

—¡La madre que me parió! —exclamó uno de los habitantes de Mount Polbearne, un poco intimidado. Era muy distinto a su mundo normal, con el *pub* y el mar.

—En fin, esto es lo que yo llamo una «despedida» —comentó alguien, pero nadie se movió.

Al final, los camareros se acercaron para servirles champán. Reuben cogió dos flautas y se las llevó a Polly y a Kerensa. Las dos chicas guapísimas con las que había

estado hablando hicieron un puchero en cuanto las dejó.

—Hola. Bienvenidas a mi brillante despedida para Tarnie. He sido muy amable al organizarla —dijo al tiempo que les ofrecía las copas.

—¿Compras atención de esta manera muy a menudo? —preguntó Kerensa.

—No seas maleducada —le ordenó Polly, que abrazó a Reuben y le dio un beso—. Fuiste un héroe, un héroe de verdad, y esta será la mejor despedida del mundo. Su familia nunca lo olvidará.

—Lo sé —le aseguró Reuben.

Todavía se veían chicos en el agua, allí donde aún había olas, pero cuando terminasen, saldrían del agua, se quitarían los trajes y se tomarían una cerveza. La barbacoa resultó ser una hoguera en la que se estaban asando cerdos enteros, impregnados en especias, que después se trincharon con pericia. A un lado, había una enorme hoguera cuyas llamas se alzaban hacia el cielo para mantenerlos calentitos durante la noche. La barra cubierta estaba decorada con fotografías de Tarnie. Polly se detuvo delante de una. Era una foto que le habían hecho sin que se diera cuenta mientras remendaba una red. Había sido tomada en el mismo ángulo en el que ella solía verlo desde el piso; era como si estuviera mirando desde su ventana.

Toda la playa estaba iluminada, pero el efecto más impresionante era el cielo, que derramaba su luz rosácea y púrpura como si se lo hubieran encargado expresamente. Polly estaba segura de que pocas cosas serían un imposible para Reuben.

Los camareros circulaban con bandejas de *sushi* y de otros canapés, pero, en cuanto la banda hizo un descanso y el DJ empezó con *Get Lucky*, Polly y Kerensa supieron lo que querían hacer.

El baile era su escapatoria, una forma de liberar toda la emoción contenida. Bailaron mientras el sol se ponía, viendo cómo los chicos se movían por el agua; viendo cómo Muriel, la de la tienda de ultramarinos, bebía demasiado y demasiado deprisa por la emoción de estar allí antes de dejarse caer en una silla con una taza de té que alguien tuvo la amabilidad de darle; viendo cómo Archie y su mujer se quedaban a un lado, un poco abrumados y muy juntos; viendo cómo los hijos de John correteaban entre gritos y risas mientras se perseguían con pistolas de agua que parecían haber salido de la nada.

Hablaron, rieron e hicieron un millón de amigos, y bailaron con los chicos o entre ellas, o solas. Polly sintió que un peso caía de sus hombros, sintió que le dolían las mejillas de tanto reír en mitad de semejante tragedia, con los pies descalzos y la falda negra flotando a su alrededor. Era como si todos los presentes (los que habían burlado a la muerte, los que habían burlado el desastre en su comunidad) estuvieran decididos a celebrar la vida, la felicidad y la belleza que los rodeaba, y eso hizo que Polly bailara y diera vueltas con más ansia.

Huckle bebía cerveza despacio mientras la observaba. La fiesta estaba llena de gente guapa y joven (la habitual multitud de gorriones y caraduras que se colgaban a Reuben, modelos y aspirantes a serlo), pero no le interesaba ninguna, aunque a juzgar

por las miradas y los comentarios subditos y los bailecitos que se marcaban algunas de las chicas, sabía que les encantaría convertir la noche en algo más. Huckle medía metro noventa, era rubio y tenía los ojos azules; encontrar chicas nunca había sido un problema para él. Encontrar una chica que no le partiera el corazón, en cambio...

Recordó a Polly, corriendo por el embarcadero el día que Tarnie no volvió a casa, y le dio otro largo trago a la cerveza.

Polly no habría sabido decir qué hora era, pero las estrellas habían cambiado de posición. Eso sí, la fiesta no decaía. En todo caso, se volvía más frenética; el bar servía bebidas más rápido, la comida seguía circulando y cada vez había más gente bailando, incluido un cantante muy famoso que había estado tocando en St. Ives y que se había pasado por allí de vuelta a Londres.

De repente, el DJ cortó el sonido y Reuben se adelantó para coger el micro. Se escucharon vítores atronadores y algunas de las chicas se abrieron paso a codazos hasta el frente, para que Reuben pudiera verlas ofreciéndole su apoyo.

—Bueno, sí, ya sé, la mejor fiesta de todos los tiempos, ¿no? —dijo como si nada.

—Anda que... Es como Kanye West pero sin un lado humilde y modesto —resopló Kerensa, que se había puesto a su lado. La piel le brillaba por el sudor y se le había corrido un poco el maquillaje, pero eso le otorgaba un aspecto monísimo, pensó Polly, hacía que pareciera más joven y menos peripuesta.

—Pero estamos aquí para honrar a nuestro hermano Tarnie... y a todos nuestros hermanos que sí volvieron a casa.

—¡Gracias, Reuben! —gritó una de las chicas. Reuben esbozó una sonrisilla. Kerensa chasqueó la lengua.

—Anda que...

—Ha hecho algo increíble —dijo Polly.

—Será todavía más increíble cuando la gente deje de recordárselo.

—En fin, el caso es que...

Uno de los pescadores de otro de los barcos se puso en pie.

—Ay, Dios —dijo Kerensa, que estaba más borracha de lo que Polly creía, según pudo ver—. Va a cantar *My way* o algo así.

El pescador se acercó al micro y miró a la multitud con nerviosismo. Todos lo animaron con vítores. El resto de los pescadores se colocaron junto a él. Jayden iba en silla de ruedas, muy demacrado y con aspecto nervioso, pero también muy orgulloso de estar allí.

—Bueno... —dijo el hombre—. Solo quería dar las gracias. A Reuben. A todos y cada uno de los barcos que salieron a buscarnos.

Se escucharon unos vítores atronadores.

—A los incansables servicios de emergencia.

Un grupo de conductores de ambulancia muy borrachos saludaron con las manos.  
—A todos los que... —Se le quebró un poco la voz y levantó el vaso—. A todos los que nunca se dieron por vencidos.

—A todos los que nunca se dieron por vencidos —corearon los presentes.

Hicieron que Jayden se adelantara y este tosió, nervioso. Salvo por el sonido de las olas, reinaba un silencio absoluto.

—Y para despedirnos de nuestro chico, aquí van unas pocas palabras —dijo mientras intentaba desplegar una hoja de papel— de Robert Burns. Era un poeta.

Señaló el mar con una mano.

*Aquí yace un hombre honesto  
a semejanza de Dios nunca mejor hecho:  
amigo del hombre, amigo de la verdad,  
amigo del anciano y guía de zagal;  
pocos corazones iguales, abrigo del amor,  
pocas mentes tan claras, llena de valor;  
si hay otro mundo, vive en paz;  
y si no lo hay, ya vivió en el más acá.*

A continuación, uno de los pescadores comenzó a tocar su guitarra y el resto dieron un paso al frente. Polly no reconoció la canción, pero era evidente que los demás sí, ya que se unieron a sus voces.

*Ojalá fuera un pescador  
que se hace a la mar,  
muy lejos de tierra firme  
y todos sus amargos recuerdos.  
Poder lanzar mi precioso anzuelo  
con despreocupación y amor.  
Sin más techo que me constriña  
que el cielo estrellado,  
contigo entre los brazos.  
¡Uuuh, uuuuh!*

Sintió que Kerensa le cogía la mano mientras los pescadores, con voces fuertes pero sentidas, cantaban dos estrofas más, y los demás se unían al coro con los últimos versos. Justo cuando estaban terminando, un pequeño destello de luz apareció en el horizonte.

—Mira —dijo Polly, asombrada de que fuera tan tarde y de que la fiesta hubiera durado tanto tiempo—. Está amaneciendo.



Mientras se desvanecían las últimas notas de la guitarra, los pescadores siguieron a la persona que parecía organizarlo todo, y que les hizo una señal para que bajaran del escenario y se acercaran a la orilla, donde los esperaban dieciséis farolillos de papel (los marineros que habían vuelto a casa) y un farolillo mucho más grande. Dos hombres ayudaron a Jayden a levantarse de la silla de ruedas mientras encendían los farolillos naranjas, y los pescadores los levantaron hasta que empezaron a flotar en el aire y a alejarse, hacia el sol naciente, iluminando las últimas estrellas que quedaban en el cielo.

—Le damos las gracias al mar —dijo Reuben, que habló con sencillez por una vez— por haber traído nuestras almas a casa. Y le pedimos que cuide de nuestro hermano.

Todos miraron cómo los farolillos encendidos ascendían por el cielo, cada vez más altos sobre las olas. Se produjo un silencio reverente durante un segundo, antes de que estallaran en aplausos y vítores.

—Y ahora: ¡A DIVERTIRSE! —gritó Reuben—. ¡Y es una orden!

El DJ puso un remix de una canción que estaba sonando por todas partes y que iba de alguien que deseaba a otra persona buenos días y de cómo tenían que ver el amanecer, de modo que todos empezaron a bailar una vez más, y a abrazarse, y a hablar de lo estupendo que era todo aquello, sobre todo cuando el DJ puso a continuación *Praise You*.

Los pescadores se habían convertido en famosos a los ojos de los invitados llegados de Londres. Polly pasó junto a Jayden, que iba en su silla de ruedas. No había tenido la oportunidad de hablar con él; sabía que contaba con una enfermera que no le quitaba el ojo de encima; de hecho, no debería haber salido del hospital, pero Reuben había hablado con los gerentes para que hicieran una excepción. Estaba sentado junto a una despampanante morena de ojazos castaños que asentía con la cabeza mientras él le describía su terrible experiencia y lo valiente que había sido al enfrentarse a la muerte. La muchacha no dejaba de estirar la mano para acariciarle el brazo y consolarlo. Polly captó la mirada de Jayden y este le guiñó un ojo, por lo que ella tuvo que contener la sonrisa.

En la cafetería, un equipo de chefs de primera servía café y rollitos de beicon que desprendían un olor delicioso, además de botellas de Buck's Fizz. Polly se sirvió el desayuno y se sentó en una roca junto a Huckle, que observaba a los pescadores, rodeados de amigos y de familia, henchidos de felicidad.

—Hola —la saludó él, contento de verla. Muy contento—. ¿Te está gustando la fiesta?

—Es alucinante —contestó ella. De repente, se dio cuenta de que estaba muerta de hambre. No había tenido mucho tiempo para comer durante la última semana—. Todos se lo están pasando genial.

Huckle esbozó esa sonrisa lenta e indolente.

—¿Y tú? —quiso saber ella.

—Ah, claro —respondió él—. Siempre me lo paso bien.

De hecho, no parecía muy contento. Polly lo miró. Los primeros rayos de sol comenzaban a extenderse por el cielo. Uno le tocaba el pelo, arrancándole un brillo dorado. Sopesó todo lo que sabía de él. Y lo segura que estaba de que fue él quien convenció a Reuben para salir al mar de nuevo. Reuben, por supuesto, no había dicho nada al respecto.

—¿De verdad? —insistió.

—En fin, míralo así —comenzó él con la vista clavada en el mar—. Si hay algún sitio más bonito que este para estar triste, no lo conozco.

Polly soltó su Buck's Fizz de repente y se volvió hacia él. Esos ojos azules la miraban fijamente, tan impenetrables como siempre.

«Joder», pensó Polly de repente. «No tengo nada que perder», se dijo. Ya había echado el resto al ir a Mount Polbearne, al cambiar su vida, al empezar a hacer pan. Cada riesgo que había asumido le había reportado mucho más que si se hubiera quedado en Plymouth, llevando una existencia tranquila en un minúsculo apartamento con un trabajo minúsculo y una minúscula hipoteca. Cada salto al vacío... En fin. Su mente sobrevoló el nombre de Tarnie. En fin, casi cada salto.

Meneó la cabeza. Estaba pensando demasiado las cosas.

—Yo... —empezó. De repente, se dio cuenta de que le temblaban las manos. En fin, llevaba despierta toda la noche, supuso. Mucho alcohol y poca comida. En la arena, el personal de la ambulancia se estaba quitando la ropa y corrían hacia el agua entre gritos. Cinco segundos después, dio la sensación de que todos hacían lo mismo. Había un montón de gente nadando y chapoteando. Sonrió por la exuberante escena. El lugar donde estaban sentados bajo una palmera pareció de golpe mucho más tranquilo y apartado, aunque cada vez hubiera más luz—. Debería... —Esbozó una sonrisa torcida.

—Pareces hablar incluso más despacio que yo —dijo Huckle, pero ella captó el ligero temblor de sus labios. ¿O eran imaginaciones tuyas?

Polly se armó de valor.

—Me habría encantado... me habría encantado intentar hacerte feliz. —Soltó.

Le salió todo de golpe y acabó con un hilo de voz, pero supo, nada más mirarlo con los párpados entornados, que Huckle la había entendido. Lo vio tomar una honda bocanada de aire. De repente, lo que había empezado como un impulso para ella estaba a punto de convertirse en algo de vital importancia.

—Polly —dijo él.

El deje bajo y meloso de su voz al pronunciar su nombre hizo que tuviera la sensación de que estaba a punto de llevarse un chasco. De que Huckle se disculparía y le diría, tal como ya había hecho antes, que no estaba en el mercado, que Candice le había hecho demasiado daño, que ya habían pasado por eso antes.

Sintió el roce de su enorme y áspera mano bajo la barbilla antes de que la obligara a levantar la cara para mirarlo a los ojos. La música y el ruido de los bañistas

parecían provenir de muy lejos. Solo era consciente de sus penetrantes ojos azules, de su apuesto rostro. Huckle parecía buscar algo, la estaba mirando como nadie la había mirado antes: con ansia, con curiosidad, pero también con algo más. Como si por fin hubiera encontrado lo que estaba buscando.

Durante un segundo, un maravilloso segundo, el mundo se paró, y Polly se dio cuenta de repente que iba a besarla. Durante ese larguísimo instante, supo que su beso sería todo lo que había soñado, todo lo que había deseado, y que después de eso, pasara lo que pasase, tal vez no quisiera besar a nadie más.

La fuerza que empleó la sorprendió. Se dio cuenta de que había esperado que la besara con dulzura, con cierto titubeo, de modo tan relajado como su forma de ser; en cambio, la besó con ferocidad, con ansia, como si se estuviera ahogando y ella fuera su única posibilidad de salvación.

Polly no supo cuánto duró el beso. No sabía dónde estaba ni lo que estaba haciendo, solo tenía claro que su cuerpo cobró vida como si hubiera sufrido una descarga eléctrica en cuanto sus labios se rozaron. En ese instante, sin pensarlo siquiera, respondió al beso y se concentró por completo en sus bocas, en sus manos y en el repentino y desesperado impulso de pegarse a él, de estar cerca de él, de meterse bajo su camisa y bajo su piel, de enterrar la cara en su torso y aspirar el embriagador olor de su piel. Estaba excitada, y perdió todas las inhibiciones, ajena por completo al resto de la gente.

Y entonces escuchó que alguien la llamaba por su nombre.

—¡Hala, Polly, muy bien!

Era uno de los pescadores. El que había tocado la guitarra. No recordaba su nombre. Estaba borracho y gritando, y de repente ella fue consciente de lo que estaba haciendo, del momento en el que lo hacía y de las circunstancias. Estaba mal. Se apartó, horrorizada.

—¿Qué? —dijo Huckle, un tanto ido porque también estaba excitado. Tenía el pelo alborotado sobre la frente y los ojos vidriosos.

Polly lo miró. Estaba buenísimo. Pero...

—No... no puedo —dijo—. No... no.

Huckle abrió los ojos de par en par.

—Entiendo —dijo. Debería haberlo supuesto. Todavía sentía algo por Tarnie.

Polly quería explicarle que las circunstancias no eran las adecuadas. Que estaba mal, que estaba mal hacer esto delante de todo el mundo. Pero la expresión de Huckle indicaba que se había encerrado tras un muro.

—Me refiero a que... a que no está bien hacerlo aquí.

—No —convino Huckle—. Por supuesto que no. —Se miró el reloj—. Se está haciendo muy tarde. O mejor dicho, es muy temprano. Creo que será mejor que me vaya...

Polly asintió con la cabeza, sintiéndose fatal. No quería que Huckle se fuera, pero tampoco le parecía adecuado... en absoluto.

—Yo también —replicó.

En la playa, la gente estaba tirada en la arena alrededor de las fogatas, charlando, durmiendo o montándose.

—Esto... ¿puedo... podemos vernos luego?

—Vivimos en un sitio pequeño —contestó Huckle, con la vista clavada en la brillante superficie del mar.

—Lo siento —se disculpó Polly.

Huckle se encogió de hombros. Ella lo miró, desesperada por ver de nuevo su

dulce sonrisa, por escuchar su risa, pero no obtuvo lo que quería, claro. Huckle se había convertido en una estatua. Lo miró de nuevo, y después se volvió y se alejó por la playa.

—Mierda —musitó Huckle mientras la veía alejarse—. Mierda, mierda, mierda.

Polly recorrió la playa a trompicones con un nudo enorme en la garganta. Era incapaz de reconocer las caras de la gente, todo era una mancha informe. Alguien gritó su nombre, pero ni supo ni quiso saber de quién se trataba. Regresó a la pista de baile en busca de sus zapatos y tal vez de su bolso, pero no vio a Kerensa por ninguna parte. No estaba en el agua ni en ninguna de las preciosas cabañas blancas que Reuben había colocado por la playa para que los grupos se reunieran tranquilamente a charlar.

Por fin la encontró detrás de la cafetería... básicamente donde estaban los contenedores de basura. Vio el vestido fucsia antes de percatarse de todo lo que sucedía.

—¡Kerensa! —gritó—. Venga, vámonos.

Cuando se acercó un poco más, se dio cuenta de que Kerensa estaba atrapada en una maniobra típica de un adolescente. Con uno de los instructores de surf o algo así, pensó Polly. Seguro. Después, parpadeó otra vez y se dio cuenta de que...

—¡Por el amor de Dios! —exclamó, con la sensación de que sus problemas nunca se imponían a los de Kerensa.

Su amiga se apartó un poco en busca de aire. Tenía la cara verde y el vestido abierto por delante. Parecía muy acalorada y sobreexcitada.

—Ah, hola —dijo Reuben.

—¿Qué estáis haciendo? ¡Os odiáis!

—Soy un artista besando —replicó Reuben—. Y en todas esas cosas.

Polly miró a Kerensa, consternada.

—Esto... lo es —confirmó Kerensa con voz contrita. El pintalabios se le había borrado. Tenía el aspecto de una fulana.

Polly puso los ojos en blanco.

—¿En serio?

Los dos la miraron.

—Esto... —Se frotó la nuca—. Pensaba irme.

—Vale —dijo Kerensa. No se movió.

—Iba a irme a casa... contigo.

Kerensa frunció el ceño. Reuben le colocó una mano en el muslo con afán posesivo.

—Todavía no me voy a casa —explicó Kerensa—. Voy a acostarme con Reuben.

—Oh, por el amor de Dios, sois tal para cual. —A Polly le estaba costando la misma vida no echarse a llorar.

—¿No puede llevarte Huckle a casa?

La pregunta hizo que se le formara un nudo en la garganta y que no pudiera hablar.

—Da igual —consiguió decir al final—. Puedo irme en el autobús.

—Bien —replicó Reuben, que se volvió hacia Kerensa—. Acompáñame a mi dormitorio gigante. La tengo enorme, no hay otra más grande en el mundo...

—VALE, os veo después —dijo Polly.

—No has visto cama igual —terminó Reuben.

Polly regresó como pudo al lugar donde había dejado a *Neil* comiéndose los restos de un sándwich. Lo encontró sentado en un charquito creado entre las rocas, con expresión culpable.

—*Neil* —dijo, apenada, al ver lo que tenía a su lado—. ¿Has vomitado?

*Neil* graznó y saltó hasta sus brazos.

—Ay, Dios, soy incapaz hasta de cuidar a mi dichoso frailecillo. No comas hasta que vomites, cariño.

*Neil* volvió a piar.

Lo acunó entre sus brazos y siguió al grupo de personas que caminaban despacio hacia los autobuses. Encontró un asiento doble al final, se aseguró de que *Neil* estaba cómodo en su mochila, se sacudió la arena que tenía en las sandalias y casi de inmediato, antes de poder pensar siquiera, se quedó dormida.

El día siguiente, que fue domingo, fue espantoso. Polly durmió hasta las once y se despertó recordando a Huckle. ¿En qué había estado pensando? ¿Por qué no se había esperado o se había ido a un sitio donde no estuvieran los padres de Tarnie, por ejemplo? ¿Y él no podía entenderlo? Recordó la expresión pétrea de su cara y recordó una vez más lo distante que era cuando lo conoció, el tiempo que le había costado conocer al chico dulce que encerraba. Suspiró. Lo llamaría. No, llamaría a Kerensa y le preguntaría qué hacer.

Como era de esperar, no consiguió hablar con Kerensa. Intentó no sentir celos de su glamurosa amiga. Por supuesto, no le interesaba en lo más mínimo Reuben, pero la idea de que Kerensa estuviera pasando el día en una lujosa cama haciendo justo lo que ella se moría por hacer era difícil de tragar.

Hizo ademán de llamar a Huckle, pero frunció el ceño y titubeó. No quería que creyese que se le estaba echando encima. De modo que se zambulló en el trabajo, bebió mucho zumo de naranja y empezó a preparar las masas madre y los fermentos ácidos para la semana siguiente. El pueblecito estaba hasta la bandera. Algunos de los turistas habían pasado y habían tocado en el escaparate, pero ella negó con un gesto seco de cabeza. Necesitaba ayuda en la panadería, pensó; se convertiría en la señora Manse si no se andaba con ojo. Se puso verde en silencio por ese arranque depresivo y se concentró en hacer trenzas de pan decorativas que colgar sobre la puerta. Llevaba mucho tiempo pensando en hacerlas, y por fin tenía tiempo y energía para la

tarea, pensó enfadada, pero nadie a quien le importase lo que estaba haciendo. Estuvo horneando todo el día, volcada en el trabajo, hasta que se quedó agotada, y se fue a la cama temprano, molesta por la algarabía alegre de los turistas justo al otro lado de su ventana.

Se despertó a las diez de la noche cuando le vibró el móvil. Era un mensaje de texto de Huckle. Se puso en pie de un salto, despierta y encantada. ¿Se había dado cuenta de lo mucho que había metido la pata? Con mano temblorosa, cogió el móvil.

Revisó el mensaje con cuidado mientras inspiraba hondo.

Siento molestarte, pero ¿puedes enseñarle el camino al apicultor?

Ah, en fin, pensó. Un poco formal, pero volvían a dirigirse la palabra de forma amistosa. Seguro que podían avanzar desde ese punto. Recordó de nuevo la suavidad de sus labios, la dureza de su piel, su dulce sabor.

Le respondió con un:

¿Por qué? ¿Dónde te vas?

La respuesta, cuando le llegó, hizo que le entraran ganas de estampar el móvil contra la pared.

Me piro a Savannah una temporada.

Miró la pantalla fijamente, sin saber si echarse a llorar o a reír, presa de la incredulidad. No era un viaje planeado, ¿verdad? Porque se lo habría comentado. Y habría arreglado todo el asunto con el puñetero apicultor.

No, tenía que ser algo improvisado. Era, reconoció cabreadísima, justo lo que Huckle había hecho la última vez que mantuvo una relación que no salió bien. Había huido del país. Imposible. No daba crédito. Miró fijamente el móvil, temblando, antes de levantar las manos. ¡Por el amor de Dios!

A Huckle le había afectado más el rescate de lo que había dejado entrever. Se había trasladado al otro lado del mundo en busca de algo seguro, y la precariedad de la vida en esa especie de isla lo había noqueado.

Además, estaba lo sucedido entre Polly y él. Había tardado muchísimo tiempo en abrirse después de su relación con Candice, muchísimo tiempo en superarlo y recomponer su corazón. Y la segunda vez que lo hacía, tras conocer a una mujer que creía que era segura, amable y generosa, ella también había estado pensando en otra persona.



Estaba, se dijo, mejor en casa. Su experimento había fracasado. No quería quedarse por allí, ver las mismas caras todos los días. Necesitaba largarse. Sin pensar siquiera, metió un poco de ropa en una bolsa de viaje y se subió al primer tren que iba a Londres.

Polly le contestó al cabo de un buen rato:

Dile que venga a la panadería.

Huckle clavó la vista en el móvil. En fin, pues ya la tenía. Ya tenía pruebas de que lo que creía que había entre ellos no era nada, al menos, nada real. Ella parecía no recordar... O a lo mejor era que no le importaba. Echó un vistazo con expresión incrédula a su alrededor, en la sala de espera del aeropuerto llena de ejecutivos soñolientos. ¿De eso se trataba su vida? ¿De mujeres que preferían a otros hombres? Tal vez a hombres como el gordo que vio a cierta distancia, con un reloj de diez mil pavos y bebiendo un vodka a media tarde. O tal vez el ejecutivo que hablaba a voces por el móvil.

Le contestó con cierta amargura:

Gracias, colega.

Polly miró un buen rato el mensaje de texto de Huckle. Tenía la sensación de que había escogido las palabras con cuidado para no insinuar nada. Ella solo era una colega, alguien útil con quien contar en lo referente a la logística. Le estaba dejando las cosas claras, pero de forma sutil. Se sentó en la cama y derramó lágrimas amargas. *Neil* se las bebió para hacerle saber que a él sí le importaba.

A la mañana siguiente, abrió la panadería como era su costumbre. Había mucha gente más que dispuesta a encontrar algo que comer; la temporada estaba en todo su apogeo; y la mezcla de la fama del pueblo con el buen tiempo hacía prever un año estupendo para el turismo. Polly supuso que debería montar algunas mesas y sillas de hierro forjado al otro lado de la calle, junto al puerto, para que la gente pudiera sentarse a beber café y comer algo. Tendría mucho sentido y se preguntó si se lo permitirían. Y cómo se iba a organizar.

Como en respuesta a sus dudas, aparecieron dos figuras en la puerta. Se trataba de la señora Manse y de Jayden, que cojeaba, pero que a todas luces se estaba recuperando.

—Este chico necesita trabajo. —Le soltó Gillian sin rodeos.

—Ya no quiero seguir pescando —adujo él con una sonrisa—. ¿Sabes que a las chicas les ENCANTA preguntarme por la pierna? —Lucía un rubor muy gracioso.

—¿En serio? —preguntó Polly. Le costaba sonreír mientras lo veía dando vueltas por ahí—. ¿Qué tal se te está curando?

—¿Quieres verlo?

—¿Da grima?

—Claro que no —contestó la señora Manse—. No voy a meter a un chico a trabajar con una herida abierta.

—Me alegra saberlo —repuso Polly.

Jayden le enseñó la pierna. Le faltaba un buen trozo de pantorrilla y se veía un injerto de piel blanca por debajo del vendaje.

—Sí que da grima —dijo Polly.

—Deberías haberla visto antes —se jactó Jayden—. Parecía sacada de una carnicería. Se podía ver el hueso y todo. Hice que un enfermero se desmayara.

—Esto... bien hecho. Lo siento, pero ¿qué tengo que hacer? —preguntó Polly, desconcertada.

La señora Manse resopló.

—Parece que te vendría bien un poco de ayuda.

Polly parpadeó y captó la situación.

—Ah. —Miró a Jayden con severidad—. ¿Eres capaz de trabajar, jovencito?

—Me han mantenido a bordo bastante tiempo —contestó Jayden, y Polly supuso que era una respuesta legítima—. Soy capaz de destripar doscientos peces en una hora. Supongo que también seré capaz de ayudar con un poco de pan.

La miraba con expresión desafiante, pero también con nerviosismo. Polly sintió que su corazón se ablandaba por el muchacho.

—¿De verdad quieres trabajar aquí, Jayden?

De repente, la cara de Jayden reflejó al niño que fue. Incluso se podían apreciar lágrimas en sus ojos.

—Aquí no hay nada más —contestó él—. No quiero mudarme. Por favor, por favor, por favor, no me obligues a volver al mar. No puedo.

Dijo la última frase con voz monótona y la vista clavada en el suelo, y Polly ni podía hacerse una idea de lo mucho que le había costado pronunciarla.

Miró a la señora Manse, que asintió con la cabeza una sola vez y con sequedad.

—Vale. —Claudicó Polly—. Sí, necesito ayuda. Necesito materia prima en el almacén. Y tú puedes barrer. Porque sabes barrer, ¿no?

—Llevo años barriendo tripas de pescado.

—¿Eres capaz de levantarte temprano?

—En mi último trabajo ni me acostaba.

Polly sonrió.

—Mientras consiga que no te comas todo lo que tenemos, creo que podría funcionar. —Le tendió la mano—. Pero cuidado con esa lengua, ¿vale? En fin, puedes soltarte un poco con los clientes, pero la señora Manse es tu jefe y yo voy detrás de ella, ¿entendido?

Jayden le miró la mano, maravillado, y después se la estrechó con fuerza mientras sonreía de oreja a oreja.

—¡Sí! ¡Totalmente! ¡Sí! ¡No te vas a arrepentir! —Le había cambiado la expresión de la cara por completo—. ¿Puedo empezar ahora mismo? Deja que barra algo.

—Te dejaré que lo hagas —replicó Polly, que le devolvió la sonrisa—. Y te enseñaré a amasar. Y, por supuesto, señora Manse, cualquier cosa que pueda hacer por usted, si tiene que acarrear algo o lo que sea, cuando esté curado por completo...

—Estoy bien —dijo la señora Manse con sequedad.

De hecho, en los últimos tiempos el obrador estaba abierto muchísimas menos horas que antes, y Polly había visto a compradores mirando con expresiones perplejas las vitrinas vacías en más de una ocasión. La Pequeña Panadería de Beach Street ingresaba lo suficiente para que Gillian trabajase menos, y Polly creía que era algo positivo. No tenía muy claro si debía pedir un aumento o no, pero en ese momento estaba tan aliviada por el hecho de que le fuera bien que no pensaba quejarse. Además, el resto de las tiendas de Mount Polbearne solo vendían pescado y patatas fritas, cubos y palas. De todas formas tampoco había mucho en lo que gastarse el dinero.

—En fin, pues pasa.

Enseñó la panadería a Jayden. Polly le había pedido a Chris que imprimiera unos cuantos delantales con la misma tipografía que había usado en el escaparate, y también tenía un montoncito de tarjetas para publicitar sus servicios de tipografía, con una imagen del diseño que le hizo para el obrador en primer plano. Los turistas y los excursionistas se habían llevado unas cuantas. Pintar físicamente en vez de diseñar *online*... tal vez fuera el camino a seguir para Chris, se dijo ella. En fin, ojalá que lo fuera.

A continuación, le explicó a Jayden cómo funcionaba la zona de los hornos.

—¡Hala! —exclamó él al ver cómo llenaba el enorme horno, cómo comprobaba si la masa había subido, cómo olía el fermento ácido y cómo echaba un poco de leche a una masa nueva—. Hay que hacer muchas cosas.

Polly le dirigió una mirada elocuente.

—A ver si te creías que me iba a la trastienda con una caña de pescar y capturaba unos cuantos panes.

Jayden la miró, incómodo.

—¿Es una broma? Ya sabes, una de tus bromas graciosas y tal. Porque vas a tener que decirme si lo es para que pueda reírme.

—No tienes que reírte —repuso Polly—. ¿Qué tal la pierna? ¿Cuándo podrás coger peso y demás?

—Ya puedo coger peso —le aseguró Jayden—. Todavía llevo el vendaje para impresionar a las chicas.

—Ah, estupendo —dijo ella—. Vale, por las mañanas... —De repente, se dio

cuenta de lo agradable que era poder delegar esas tareas—. Por las mañanas, necesito que metas los nuevos sacos de harina que hay fuera. Después, barre y limpia el polvo hasta que no quede una sola mota. Y limpia los hornos, pero solo las migajas de pan, deja la pátina. Es esa capa un poco grasienta. Es bueno para el pan.

—¿De verdad?

Polly lo miró fijamente.

—¿Te gusta mi pan?

—Sí —contestó Jayden.

—Pues te pondré a amasar... Ah, Dios, eso quiere decir que a lo mejor me puedo tomar un descanso. ¡Y luego te lo podrás tomar tú! Jayden, va a ser genial.

El aludido sonrió.

—¿Y puedo quedarme dentro todo el día?

—Todo el día —le prometió Polly.

—¿Y no tengo que empezar hasta las cinco y media de la mañana?

—Así es.

Jayden esbozó una sonrisa de pura felicidad.

Las cosas no fueron muy bien esa mañana porque: a) Jayden no sabía dónde estaba todo ni cómo se llamaban los distintos tipos de pan o dónde se encontraban las bolsas de papel o cómo manejar la caja registradora, y b) cada lugareño que entraba en el local, una cantidad que aumentaba día a día, se quedaba al menos veinte minutos para tener una larga charla con Jayden y preguntarle por el accidente, por su nuevo trabajo, por los nervios de su pobre madre y por sus perspectivas de futuro. Al final, Polly lo mandó a un rincón para que charlara en paz mientras ella se encargaba de todo. Podía serle útil de otra forma.

Ciertamente, lo tenía fregando el suelo cuando por fin se fijó en un hombre que deambulaba por la puerta con aspecto de no saber dónde meterse.

—¿Puedo ayudarlo? —le preguntó ella.

El hombre, que tenía una erupción en el cuello y el pelo oscuro un poco grasiento y que llevaba traje y corbata, carraspeó.

—Esto... —comenzó—. He... he venido por las abejas...

Polly se quedó en blanco un segundo hasta que por fin recordó a lo que se refería.

—Ah, sí —dijo ella—. Huc...

De repente, se cabreó al darse cuenta de que pronunciar su nombre hacía que se sintiera mal.

—Me han dicho que vendrías —dijo en cambio—. Mejor, deja que me lave las manos... Jayden, tú también te las tienes que lavar —le ordenó—. Hazlo cada cuarto de hora, de hecho.

—Entendido —repuso Jayden, que tarareaba una cancioncilla mientras pasaba la fregona por la cocina. A ese paso, la panadería iba a estar reluciente.

—Cerramos a las dos —le dijo Polly al hombre—. ¿Puedes esperar hasta entonces?

El hombre asintió con un gesto titubeante de cabeza y tragó saliva de forma visible. Después, salió y se sentó en la muralla del puerto, con la vista clavada en el mar. Jayden y ella podían verlo desde el obrador. Era muy raro.

—No tiene pinta de apicultor —dijo Jayden.

—¿Qué pinta tiene un apicultor? —preguntó Polly, enfadada porque ella había pensado lo mismo.

—No lo sé —contestó Jayden—. Pero esa no. ¿Puedo comerme un sándwich?

—Sí —respondió Polly—. Todos los días puedes comerte un sándwich y llevarte una hogaza de pan para tu madre, pero nada más, ¿vale? Todavía estás creciendo y te comerías los beneficios.

Jayden asintió con la cabeza y se zampó un cruasán de queso.

—No me canso de estos —dijo con satisfacción.

Polly sonrió.

—Puedo enseñarte a hacerlos si quieres.

Jayden puso los ojos como platos.

—¡Anda ya!

—Pero come también mucha fruta y verduras —dijo Polly, sin darse ni cuenta.

A las 13.45, Polly ya no aguantaba más. Dejó a Jayden solo para que vendiera lo que quedase en la panadería y recogió. Él podía encargarse de llevar la recaudación a la señora Manse para que la guardara. No creía que Jayden fuera capaz de meter la mano en la caja, pero, aunque tuviera tendencia a meter los dedos donde no debía, la mera mención de las palabras «señora Manse» parecía inspirar un pánico atroz.

Se acercó al hombre.

—Soy Polly Waterford —se presentó al tiempo que le tendía la mano.

—Esto... Dave —dijo él—. Dave Marsden.

Tenía un acento local muy marcado y la mano sudada. Parecía muy nervioso.

—Encantada, Dave Marsden —dijo ella—. Vale, hay bastante trecho hasta la casa de Hu... hasta la casa, pero es la única forma de llegar a menos que tengas un medio de transporte alternativo.

Dave se encogió de hombros.

—Qué va, he venido en autobús.

—Vale, muy bien. Pues pongámonos en marcha.

Le dio una botella de agua (había llevado dos al suponer que él no tenía, y sus suposiciones demostraron ser certeras) y cruzaron la carretera y siguieron por los senderos de tierra hasta el cruce para llegar a casa de Huckle. Dave, con su traje, empezó a sudar casi de inmediato. Hacía mucho calor ese día.

—Bueno —dijo Polly después de media hora caminando en silencio—. ¿Cómo

empezaste a trabajar con abejas?

Se hizo otro silencio. Polly miró de reojo a Dave. Se había puesto coloradísimo, por entero, incluso tenía coloradas las orejas.

—Esto... —empezó él.

—¿Qué?

Habían dejado atrás el sendero y estaban ya en el camino que conducía a la casita en el bosque.

—Esto... —dijo él de nuevo—. En realidad, no... —Carraspeó—. No he pasado mucho tiempo con...

Polly lo miró con expresión penetrante.

—Te han contratado para que cuides abejas. Lo sabes, ¿no?

De repente, parecía que Dave estaba a punto de echarse a llorar.

—Sí —masculló él, con la vista clavada en los zapatos, que estaban cubiertos de barro y de hojas caídas.

—A ver... —dijo Polly. Casi habían llegado a la casita—. A ver, ¿sabes cómo cuidar abejas o no?

—Esto... yo... bueno, busqué algo en Internet.

—¿Perdona? —preguntó Polly.

Dave tragó saliva con fuerza. Sudaba más que antes.

—Lo siento —dijo, con toda la pinta de un crío de cinco años—. Lo siento. Necesito este trabajo, de verdad. La empresa de trabajo temporal lleva mucho tiempo sin poner ofertas, pero preguntaron si alguien tenía experiencia con abejas y... No sé qué se me pasó por la cabeza. Estaba... —Se frotó los ojos—. Mi novia está embarazada —explicó en voz baja—. Solo quería...

Polly meneó la cabeza.

—Por el amor de Dios —dijo—. ¿Y si necesitan a alguien para criar tigres?

Dave la miró, sorprendido de que no estuviera cabreada con él.

—¿Vas a decírselo a la empresa de trabajo temporal? —susurró—. Porque me vetarán para siempre.

—¿Pero sabes ALGO de abejas? —preguntó Polly. Abrió la cerca.

—Como te he dicho... he mirado algo en Internet —respondió Dave—. Pero se me ha olvidado todo.

—Ajá —dijo Polly.

Recordó la noche que Huckle y ella pasaron allí, lo cómodos que se sintieron los dos solos. Lo felices que fueron. Él le había enseñado cuando estuvo allí, supuso. Al menos, todo lo que necesitaba saber.

El jardín, tal vez un poco más silvestre que la última vez que estuvo en el lugar, se había convertido en una explosión de flores típica del mes de julio gracias a las tormentas y a los cálidos días que las sucedieron; podría decirse que estaba

demasiado exuberante. Unas enormes fucsias y rosas, ya perdiendo pétalos, crecían enroscadas alrededor de los troncos de los árboles; hasta el último trocito de césped estaba cubierto de margaritas y de ulmarias, por lo que parecía más un valle que un prado. Incluso había buganvillas, deslumbrantes con sus tonos rosas y púrpuras, y los perales y los cerezos estaban cuajados de frutas, algunas de las cuales ya se amontonaban a los pies de los troncos. Polly fue incapaz de no coger una cereza, pero eran pequeñas y estaban agrias. Perfectas para hacer mermelada, pensó. Mermelada agria de cerezas sobre un bollito.

Junto al arroyo, las colmenas zumbaban con nerviosismo. Había muchas abejas que se posaban sobre las flores y su zumbido resonaba en el aire.

Dave ya no estaba rojo. Estaba más blanco que el papel.

—Dios —dijo—. Son grandes las cabronas, ¿no?

Polly se volvió para mirarlo.

—Venga ya —le dijo—. ¿Tienes miedo de las abejas?

—Pero ¿son abejas? —preguntó él, que empezó a retroceder—. Porque parecen avispas más que otra cosa. A ver, hay gente que muere por la picadura de las abejas, ¿no?

Polly lo miró fijamente.

—Vamos a ponernos los trajes —dijo con firmeza—. Venga, están en el cobertizo.

El cobertizo estaba abierto, tal como sabía que estaría. Había que ser un ladrón muy particular y decidido para ir a la casa de Huckle a robar.

Dave miró los trajes colgados y se volvió a frotar la nuca.

—¿Qué pasa? —preguntó Polly, bastante cabreada a esas alturas.

—Nada —contestó Dave—. Es que soy muy claustrofóbico. A ver, que tengo hasta un informe médico y tal. No... A ver, no creo que pueda meterme en uno de esos trajes.

—Dime una cosa: cuando miraste en Internet el trabajo de un apicultor —comenzó Polly—, ¿lo miraste de verdad o buscaste «World of Warcraft, edición abejas»?

Dave parecía más avergonzado que nunca.

—Ojalá no les hubiera dicho que era capaz de hacerlo —respondió él.

—Eso me habría gustado a mí —replicó Polly. Miró la hora. Sería muy temprano allí donde estaba Huckle. Y no quería hablar con él, no después de... En fin. Seguro que él la habría llamado si quisiera decirle algo. Y no lo había hecho.

La casita le estaba provocando un dolor terrible e indefinible. Cómo le habría encantado, admitió mientras dejaba que su mente divagara sobre temas que no debía tocar, cómo le habría encantado abandonar la playa de Reuben e ir a la casita, rodeada por el embriagador perfume de las flores y en absoluta intimidad, para ocultarse del mundo y hacer el amor sin más hasta...

—Bueno... esto... —empezó Dave. La erupción del cuello tenía peor aspecto que antes, porque no dejaba de rascarse—. A ver, ¿vas a llamar a la empresa de trabajo

temporal?

Polly suspiró.

—¿Cuándo nacerá el bebé? —le preguntó.

—En septiembre —contestó Dave. Su cara se animó un poco—. Es una niña. La primera. Queremos llamarla September. Mi madre dice que es un nombre tonto, pero a nosotros nos gusta. Porque va a nacer en septiembre, ya sabes.

Polly puso los ojos en blanco.

—Sí, ya sé.

Volvió a suspirar.

—Vale, NO voy a llamar a la empresa de trabajo temporal. Pero tú sí vas a llamarlos y les vas a decir que solo tienen que pagarte el día de hoy, ¿vale? Les dirás que no te necesitamos más tiempo. Luego te vas a una obra. Están buscando a gente en el pueblo, están reformando muchas casas.

Era cierto. La venta de casas se había disparado por la zona, los andamios crecían por el pueblo como setas, ya que la gente exigía arreglos en los tejados y en las cocinas de concepto abierto, tanto interiores como exteriores.

—Esto... eh... —dijo Dave—. Es que me dan un poco de miedo las...

—¿Las alturas? —terminó Polly por él.

Dave asintió con la cabeza. Ella sonrió.

—Vale, vale. ¿Crees que serás capaz de volver tú solo al pueblo?

Dave no parecía muy convencido.

—Sigue el camino de tierra y después los letreros —le explicó Polly con paciencia—. Y buena suerte con el bebé, ¿vale?

—Gracias —dijo Dave, muy sentido—. Y lo digo en serio. Muchísimas gracias.

—Anda, vete —le ordenó Polly con seriedad.

Lo vio alejarse, mirando a su alrededor con curiosidad, antes de limpiarse el sudor de la frente con la manga de la chaqueta y quitarse la corbata. Polly meneó la cabeza y después se puso el traje tal como Huckle le había enseñado. Le dolía mucho recordar cómo se habían reído juntos y cómo él le había hecho cosquillas a través del traje. ¿No había nada entre ellos ni siquiera entonces? ¿Se lo había imaginado todo? Era evidente que sí. Suspiró. El dolor era físico.

Se dirigió a las colmenas, y se alegró de no haberse llevado a *Neil*, porque no le habría gustado el sitio; después, intentó recordar todo lo que Huckle le había enseñado. Roció las abejas con humo para tranquilizarlas y luego limpió el polvo, les dejó un poco de agua azucarada por si tenían hambre y levantó algunos de los panales, listos ya para extraer la miel. No tardó mucho, y el jardín estaba tranquilo y sereno, con el borboteo del arroyo y las pelusas de diente de león volando por la brisa. Aunque sabía que era penoso, humillante y totalmente opuesto a lo que quería conseguir con su nueva vida, se sintió más cerca de Huckle al hacerlo. Aunque ya diera igual, aunque él se hubiera ido (y tal vez nunca volviera), una minúscula parte de su mente podía fingir. Él podía estar en la casa en ese momento, echándose una



siesta. La moto también seguía allí...

Abrió los ojos, cabreada consigo misma. Menuda tontería, así no iría a ninguna parte. Pero al menos conseguiría que las abejas siguieran con vida.

Pasaron las semanas sin que tuviera noticia alguna de Huckle, de modo que Polly se limitó a seguir adelante.

Estaba impresionada por lo bien que se estaba recuperando Jayden. Era más listo de lo que parecía y estaba tan contento y tan aliviado de no verse obligado a subir de nuevo a un barco que se lanzó de cabeza al trabajo, sin que apenas le molestara la pierna, cargando la harina con facilidad, encargándose de la limpieza y charlando amablemente con los clientes locales y con cierta brusquedad con los turistas (señal de que no había viajado mucho).

El resultado fue que Polly podía amasar más cantidad de producto, lo que significaba que la tienda no se vaciaba hasta las tres o más tarde, algo que no le importaba porque a esas alturas tanto Jayden como ella podían tomarse descansos. Además, había sucedido otra cosa: habían abierto un restaurante (un restaurante de verdad, con servilletas de tela y vasos, no solo con botellas de Fanta) en uno de los edificios destartados de la calle del puerto. Compraban el pescado fresco a los pescadores (que faenaban de nuevo en barcos alquilados o nuevos gracias al dinero de las compañías aseguradoras y vendían su mercancía en el puerto) y ¡el pan se lo compraban a ella!

Todo fue muy emocionante. Samantha entró en la tienda una mañana y le presentó al hijo de una amiga suya de Londres, aduciendo que se trataba del chef más joven y con más talento del país, capaz de poner Mount Polbearne en el mapa (Polly decidió no hacer el menor comentario al respecto) y después lo instó a probar sus panes artesanos. Para gran satisfacción de Polly, le parecieron excelentes y le encargó cierta cantidad diaria que ella preparaba con el resto de su producción. Samantha, muy amablemente, negoció una cantidad a su favor mucho más alta de lo que Polly esperaba, aunque cuando vio los precios en la carta del restaurante (llamado Mount's) dejó de sentirse culpable. Gracias a la vida tranquila que llevaba y a lo mucho que trabajaba, estaba empezando a ahorrar dinero. La señora Manse había accedido a que se quedara con parte de los beneficios, y era indudable que el negocio iba viento en popa para las dos. Polly guardó las ganancias procedentes del restaurante. No era mucho, pero sí se trataba de un buen comienzo.

Por fin logró almorzar un día con Kerensa, que había estado misteriosamente desaparecida, y con la que solo hablaba de vez en cuando por teléfono. Parecía estar en una prisión sexual o algo; cada vez que hablaban, su amiga lo hacía casi sin resuello y medio desnuda. Entraron en Mount's y lo observaron todo con curiosidad. El edificio fue en el pasado una tienda de artículos de playa que se había ido al traste sin que nadie se molestara en sacar todo lo que quedaba dentro ni en recoger el correo. A esas alturas, estaba totalmente transformado. El suelo estaba embaldosado

con losas de piedra y habían pintado las paredes de blanco. Las mesas también eran blancas, con centros formados por limoneros en miniatura y la fachada contaba con una cristalera que le otorgaba una vista perfecta del puerto. También había una terraza nueva, donde la gente podía sentarse, pero Polly y Kerensa prefirieron comer en el interior, ya que la terraza había sido colonizada por un ruidoso grupo de personas que no paraba de hablar de Chelsea.

Kerensa estaba estupenda, admitió Polly. Tenía un bonito bronceado, había engordado un poco, lo justo para lucir unas agradables curvas en vez de un cuerpo excesivamente trabajado en el gimnasio; su mirada era soñadora y distraída, y su piel parecía inmaculada. Polly comprendió a qué se debía. Kerensa era feliz.

—Mírate —dijo—. Has desaparecido de la faz de la tierra. ¡Porque tienes novio! ¡Estás saliendo con Reuben!

—¡Dios, no! —protestó Kerensa—. No es mi novio. Es mi... mmm, ¿mi juguete sexual?

—¡Puaj! —exclamó Polly—. Eso es asqueroso.

El pitido del móvil de Kerensa anunció que tenía un mensaje nuevo. Le echó un vistazo, esbozó una sonrisa increíblemente ufana y colocó la pantalla del móvil hacia abajo.

Polly puso los ojos en blanco.

—¿Mensaje de amor?

Kerensa bebió un sorbo de agua con gas y cambió de tema.

—¡Madre mía! Este lugar se está modernizando.

El camarero que las atendió era un chico monísimo de unos veintipocos años. Polly no alcanzaba a entender cómo había acabado en Mount Polbearne. Anotó su comanda con eficiencia, y Kerensa insistió en pedir unas copas de Sauvignon Blanc, de modo que Polly decidió cambiar su agenda personal y no trabajar esa tarde.

—Bueno —dijo, iniciando la conversación con cautela—. ¿Qué tal el trabajo?

Kerensa clavó la mirada en el plato.

—Mmm —murmuró.

—¿QUÉ PASA?

—Esto, bueno, Rubes llamó a la oficina y amenazó con comprar la empresa y poner a todo el mundo de patitas en la calle si no me daban unos días de descanso por motivos personales —murmuró Kerensa, que al menos tuvo la decencia de parecer avergonzada.

—¡Kerensa! ¿Eres una mujer mantenida? ¿Qué ha pasado con el lema «la casa en la que vivo la he pagado yo»?

—Y la he pagado —protestó Kerensa—. Tuve que ceder porque amenazó con contratarme de consultora. Pienso volver al trabajo. En cuanto me saque de la cabeza a este tío tan irritante.

Se produjo un largo silencio. El teléfono anunció la llegada de otro mensaje. Kerensa sonrió y tecleó algo en respuesta.

—Tienes razón —dijo Polly—. Es un rollo sin importancia, que puedes dejar cuando te apetezca.

—No, no, en serio, lo dejaré.

Polly puso los ojos en blanco.

—Creo que estás enamorada de él.

—Es un imbécil —dijo Kerensa, con cariño—. En fin, es muy sexy cuando un tío te dice que una relación con él va a ser fantástica y resulta que lo es.

—Bueno —replicó Polly, encantada—. Siempre me ha caído bien.

—¿Sabes algo de Huckle?

Polly bebió un buen sorbo del delicioso y fresco vino que acababan de servirles. Kerensa le había dicho que ella pagaría la cuenta, que no se preocupara, y ambas habían pedido ostras y una fritura variada de pescado, algo que Polly no solía pedir, pero descubrió con sorpresa que le gustaba.

—Porque me resultó muy raro, ¿verdad? Que se largara de esa manera. ¿Cuándo regresa?

Polly no había hablado a nadie del beso que Huckle y ella se habían dado en la fiesta. Se sentía demasiado avergonzada, sobre todo después de lo sucedido con Tarnie.

—No lo sé —respondió.

Iba cada dos o tres días a la casita de Huckle para recolectar la miel y echarle un ojo a todo. No le había dicho a Huckle que no era la agencia la que se estaba encargando de esa tarea, porque se habría sentido culpable y habría contratado a alguien. Además, durante los largos y maravillosos días estivales, era muy agradable estar al aire libre: el relajante zumbido de los insectos, los intensos aromas y las magníficas flores que se veían por doquier. Por si fuera poco, la miel se vendía de maravilla en la tienda.

Kerensa soltó su copa.

—Entre vosotros no pasó nada, ¿verdad?

Polly asintió despacio con la cabeza.

—¡HURRA! ¡Genial! ¡Lo sabía! ¡Ese tío está cañón!

—Sí, y ha vuelto a Estados Unidos —le recordó Polly, que intentaba ser valiente.

—Por una temporada —replicó Kerensa—. Seguramente estará arreglando sus asuntos para poder regresar y meterse contigo en la cama.

Polly meneó la cabeza despacio.

—No —dijo—. La cosa no... no salió bien. Es que... es que fue muy raro que sucediera en el funeral de Tarnie y eso, y la verdad, me asusté un poco. Y él se apartó, se encerró otra vez en sí mismo. Creo que... creo que lo he acojonado y lo he fastidiado todo.

—No seas ridícula —protestó Kerensa, irritada—. Llámalo y dile que cometiste un terrible error y que deje de hacer el tonto y vuelva a casa.

Polly negó con la cabeza.

—No me ha llamado, ni me ha enviado un solo mensaje de correo electrónico, nada de nada. Se fue del país. Creo que debo interpretarlo como un mensaje muy claro.

—Sí, un mensaje muy claro de que sois un par de imbéciles —apostilló Kerensa. Polly se mordió el labio inferior.

—No —dijo—. Antes de eso me dijo que no estaba preparado para una relación. Acababa de salir de algo muy serio. Además, cuando le gustas a un tío, él es el primero en lanzarse, como ha hecho Reuben.

—¿Estás en los años cincuenta o qué? —le preguntó Kerensa, enfadada—. Qué ridiculez. Llámalo.

—Solo fue un beso.

—A veces, eso es mucho peor. Eso no ha sonado como quería. Ay, Pol. De verdad, tienes una suerte espantosa.

Ambas guardaron silencio.

—Soy una idiota —dijo Polly—. De verdad pensé que era...

—Estoy segura de que le gustas —la interrumpió Kerensa—. Siempre te está buscando. No habla con nadie más, se limita a sentarse en silencio en un sillón como si fuera Owen Wilson. Y, en cuanto tú apareces, es como si abriera los ojos y volviera a la realidad.

—¿En serio? —le preguntó Polly, que no tardó en añadir—: Bueno, pero da igual. Ya no importa. Seguramente no volverá.

Kerensa guardó silencio un momento. Polly se preguntó si estaría ideando una mentira reconfortante, pero al final descartó la idea.

—Tal vez no —convino—. Pero tú estarás bien, ¿verdad?

—¡Por supuesto! —le aseguró Polly con estoicismo, tras lo cual bebió un buen sorbo de vino—. Tengo a *Neil*.

—¡Exacto! —replicó Kerensa.

Siguieron hablando de otras cosas, y luego decidieron que, ya puestas, pedirían una botella del delicioso vino blanco, y procedieron a pasárselo en grande después de todo.

A Huckle le resultaba reconfortante y raro a la vez que la gente apenas comentara su regreso. Era como si solo se hubiera ido de vacaciones. Algo que suponía que era cierto.

Su madre estaba complacida, claro, pero estaba tan acostumbrada a que él estuviera en «la gran ciudad», que era como llamaba a Savannah, haciendo cosas que no comprendía del todo, que marcharse a un país extranjero tampoco le suponía una diferencia importante. Sus compañeros se alegraron de verlo y le hicieron un montón de chistes sobre cerveza tibia y críquet, y también le dijeron que hablaba raro. Habló con una empresa de consultoría que conocía, y que lo contrató de inmediato, y se descubrió trabajando en varios despachos por la zona. Trabajaba muchas horas, pero el trabajo en sí no era difícil: le gustaba verse obligado a esforzarse mentalmente, al menos de momento, y el sueldo era la leche. Su manera de mandarlos a todos a la mierda fue alquilar un apartamento como el que tenía, tan lejos como le fue posible de las casas de la parte antigua, que le recordaban demasiado a Inglaterra: una caja de cristal, muy alta en el cielo, en un nuevo rascacielos. Apenas tenía objetos personales; no era acogedor, no había ni alfombras, ni colchas ni tejados a dos aguas. Y era genial.

Se había sacado Mount Polbearne de la cabeza, lo recordaba como si fuera un sueño. Savannah también tenía un puerto, lleno de barcos preciosos: cruceros de placer y barcazas de juego que seguían recorriendo las tranquilas aguas de la desembocadura del río de Savannah y las marismas. Sin embargo, también había pequeñas embarcaciones, y Huckle pasó junto a ellas una noche, cuando bajaron un poco las temperaturas y pudo salir sin tener la sensación de que estaba metido en una sauna. La parte principal del puerto era muy bonita, llena de tiendas y de bares, con el aroma a churros y a barbacoa flotando en el ambiente, atestada de turistas con camisetas del mismo color. Sin embargo, Huckle se acercó a los mástiles parlanchines. A veces incluso cerraba los ojos.

En el fondo de su mente, sabía que tenía que arreglar la situación con el colmenar cuando se terminase el contrato de alquiler, que tendría que volver a Inglaterra para recoger sus cosas.

Lo mejor sería, pensó, no ver a nadie cuando fuera. Tal vez se pasase un momento para ver a Reuben, aunque no podía confiar en él, ya que era muy capaz de plantarse en casa de Polly en un abrir y cerrar de ojos para contárselo todo. Pero no podía... Se dijo que no quería dar una falsa impresión a Polly, se dijo que fue una amistad de verano, algo pasajero, en un momento de sus vidas en los que ambos necesitaban un amigo. Nada más.

Claro que, comprendió, si fueran amigos de verdad, estarían hablando en ese

preciso momento. De hecho, hablarían todos los días. Le habría encantado hablar con ella, contarle cosas de su vida, cómo le iba y cómo era Savannah: le encantaría enseñarle la ciudad.

Sin embargo, ella estaba enamorada de un muerto. Ya le habían hecho daño antes y no pensaba repetir la experiencia. Además, ella estaba muy ocupada, la panadería iba viento en popa; seguro que no le interesaba en lo más mínimo. Lo mejor era olvidarse de todo y quedarse en el sitio que le correspondía. Y encima se le había olvidado lo mucho que le gustaba vivir allí: la facilidad para conseguir cualquier cosa, la variedad de supermercados, su apartamento genial, los bares bulliciosos. No estaba tan mal, se dijo.

Aun así, seguía paseando por el puerto casi todas las noches, por el mero gusto de escuchar los mástiles hablar.

Iba a pasar, tarde o temprano. Savannah no era una ciudad tan grande y, cómo no, un precioso atardecer de domingo, mientras Huckle pensaba en ir al cine para después pasarse por la vinatería, se cruzó con Alison, la delgadísima hermana mayor de Candice.

—¡Huckle! —exclamó, aunque se le notó que fingía llevarse una sorpresa—. No sabía que habías vuelto a la ciudad... Bueno, sí me habían dicho algo.

—Claro —replicó él—. Hola.

—Bueno, ¿qué tal por Inglaterra? ¿Mucha lluvia? ¿Cerveza tibia? ¿Has jugado al críquet?

—Esto... sí —contestó Huckle, incómodo.

—En fin, me alegro mucho de verte, pero tengo que irme.

—Esto... ¿cómo está Candice? —se apresuró a preguntar Huckle.

—Bueno, ¡está genial! —contestó Alison.

Huckle esperó sentir una punzada en el corazón, pero, por sorprendente que pareciera, no llegó. En cambio, y para su más absoluta sorpresa, sintió cierto interés; de hecho, le complacía la noticia.

—Genial —replicó con una enorme sonrisa—. En fin, dales recuerdos de mi parte.

—Lo haré —le aseguró ella mientras se perdía bajo el sol.

Sabía que Candice, siendo como era, iría a por él sin pérdida de tiempo, y, apenas había abierto la puerta del apartamento, cuando escuchó el aviso de la bandeja de entrada del correo electrónico, donde encontró un mensaje en el que lo invitaba a tomarse un café. Candice no se andaba con rodeos.

Pusieron especial empeño en evitar los bares que solían frecuentar y al día siguiente se encontraron en la puerta de la oficina donde él trabajaba. Candice tenía,

como siempre, muy buen aspecto: estilizada y fibrosa, muy rubia, con unos taconazos que resonaban en la acera. Huckle la comparó mentalmente con Polly (larga melena cobriza alrededor de los hombros y la nariz salpicada de pecas), pero después parpadeó para desterrar la imagen.

—Hola —la saludó—. Estás estupenda.

—Sí —convino Candice—. Llevo una dieta nueva. Tú también estás bien.

—Sí, yo también —dijo Huckle—. Solo como pan a todas horas.

Candice enarcó una ceja.

—Es veneno.

—¿Café con leche de soja?

Ella sonrió.

—Siempre.

Se sentaron junto al ventanal.

—Bueno, ¿qué tal por Inglaterra? ¿Llueve todo el tiempo? ¿Has jugado al críquet?

—Ah, no —contestó—. Llueve un poco. A veces. Pero no como aquí, que parece el monzón. Es como si te escupiera encima y sopla mucho el viento, pero luego se calma. Ahora mismo el tiempo es estupendo. No esta plasta húmeda que hace aquí, como mucho llegan a veintidós o veintitrés grados. —El termómetro que había junto a la torre de agua en Savannah marcaba los treinta y cinco grados esa mañana—. Así que te pones una camiseta de manga corta y puedes coger una chaqueta ligera para cuando se pone el sol. Y el pueblo, en fin, está lleno de casitas de piedra que parece que se suben las unas sobre las otras. Algunas de las aceras tienen escalones porque están demasiado inclinadas. Hay muy pocas carreteras y todas llevan al puerto, y por la mañana, si te levantas bien temprano, puedes ver cómo vuelven los barcos pesqueros después de faenar toda la noche, y puedes comprar pescado allí mismo, y los pescadores te lo limpian y lo destripan, y es el pescado más fresco que puedas imaginar. Pegada al puerto hay una tiendecita destartalada... —Hizo una breve pausa antes de continuar. Candice lo miraba con curiosidad—: Es una panadería, la panadería más increíble en la que he estado nunca. Todas las mañanas, lo primero que hueles son los maravillosos aromas del pan recién hecho, y cuando ella abre las puertas, puedes comprar pan recién sacado del horno, te lo puedes comer a pellizcos, sentado en la muralla del puerto, y en media hora casi todo el pueblo se pasa por allí para charlar un rato y para comprar el pan, y así es como Mount Polbearne se despierta por las mañanas. —Su cara reflejaba que estaba sumido por completo en los recuerdos—. A veces, si te portas muy bien, la chica que lleva la panadería te prepara también una taza de café del bueno. Pero no puedes molestarla, porque está muy ocupada.

Candice enarcó ambas cejas.

—Pareces conocer muy bien a la chica de la panadería. —Candice no sabía cocinar y pedía las comidas a una empresa especializada en nutrición—. Parece una



buena amiga —continuó, sin apartar la vista de su cara. Esperaba que hubiera encontrado a otra persona, porque así podría vivir más tranquila sin el sentimiento de culpa.

Huckle suspiró.

—Ah, no quería complicar las cosas —murmuró. Y le habló del hundimiento del barco pesquero.

—Madre mía —dijo Candice—. Qué pena. Pero ¿iba en serio con ese tal Tarnie?

—No lo sé —admitió Huckle.

—Porque me parece que te gusta mucho.

Huckle se encogió de hombros.

—Y tal vez tú le gustaras mucho a ella. De hecho, creo que os habéis comportado como unos imbéciles.

—Muchas gracias —replicó Huckle, tras lo cual bebió un buen sorbo de café—. ¿Cómo...?

Candice se puso un poco colorada y sonrió.

—Bueno... ahora que me conozco toda la historia de doña Panadera, no me importa tanto contártelo: Ron y yo vamos a casarnos.

—¡Enhorabuena! —exclamó Huckle, y, una vez más para su absoluta sorpresa, descubrió que lo decía totalmente en serio. Ron y Candice hacían una buena pareja, y él corría tres triatlones al año.

—Gracias —dijo Candice, que lo miró a los ojos—. Fuiste un idiota al huir de aquella manera —continuó ella—. En fin, al menos eso creí en su momento. Pero ahora... ahora creo que te ha sentado bien. Tienes buen aspecto, Huckle.

Sonrió al escucharla.

—Bah, cualquier sitio me sienta bien.

Candice enarcó una ceja.

—Mmm —murmuró ella mientras se levantaban—. Espero que no perdamos el contacto. Si te quedas. —Le dio un beso fugaz en la mejilla.

—Claro —dijo él, que la vio alejarse por la acera con su característico taconeó.

Todos se habían reunido en el nuevo restaurante pijo de Mount Polbearne, en una reunión convocada por Samantha y Henry, que, pese a ser forasteros, habían conseguido hacerse con las riendas del pueblo (y también dar un montón de trabajo a los albañiles locales, y convencer a varios de sus amigos pijos de que compraran algunas casas destartadas, algo que gustó a todo el mundo). Habían convocado una reunión bajo el lema «El mayor peligro de nuestra época», según anunciaban los carteles que habían pegado por todos lados, y casi todo el mundo había aparecido, en parte por interés, en parte porque no había mucho que hacer, ya que el bullicio del verano empezaba a disminuir, y en parte porque sospechaban, con gran acierto, que Samantha y Henry podrían invitarlos a beber vino.

Patrick había acudido desde la consulta veterinaria. Muriel también estaba presente. La señora Manse se había sentado sola, con apariencia imperiosa. Archie y Kendall representaban a los pescadores, y también estaba Jayden. Polly se había sentado en un lateral, con *Neil*, y tuvo que reprimir un bostezo.

—¿Qué pasa? —le preguntó a Patrick.

Sabía que el aspecto antiguo y pintoresco de Mount Polbearne era lo que le atraía del pueblo. Patrick percibía que había algo en él, un vínculo intacto con el pasado. Algunos de los residentes más viejos todavía hablaban un poco del dialecto local, dado que lo habían aprendido de sus abuelos. La idea de que algo cambiara lo aterrizzaba.

En ese momento, Samantha se puso en pie y golpeó su copa.

—A ver, estoy segura de que todos habéis escuchado las noticias —dijo, si bien sabía que no era el caso, ya que ella misma acababa de enterarse gracias a un funcionario del ayuntamiento que vivía en tierra firme y cuya amistad había cultivado con esmero porque ansiaba que le concedieran el permiso para construir en su casa una terraza con jardín.

La gente negó con la cabeza y Samantha procedió a explicarles.

La avalancha de turistas que había traído el verano no se había reducido, pero no era eso lo que estaba provocando un cambio. Era el naufragio. La policía había acordonado la playa, y las embarcaciones especializadas se estaban encargando de bombear el fuel que quedaba en los depósitos del carguero (unos ciento ochenta mil litros), si bien quedaba mucha mercancía hundida en el fondo del océano que necesitaban recuperar. La marea de patitos de goma se alejaba día tras día, arrastrados por las corrientes, y se habían avistado en puntos tan lejanos como Exmouth o Land's End.

Pero en Mount Polbearne, el problema era local. Los camiones, las excavadoras, los equipos de inmersión y los trabajadores necesitaban entrar en el pueblo para

trabajar y salir por las noches, independientemente de las mareas. Los nuevos residentes querían completar las obras de sus casas, lo que también implicaba camiones, furgonetas y excavadoras. Y todos querían conducir sus coches. Los turistas de diario no querían arriesgarse a quedarse aislados en el pueblo y a tener que pagar un riñón porque los llevaran de vuelta en barca a tierra firme. Aunque llevaban años hablando del problema, en los últimos tiempos la preocupación había aumentado, sobre todo después de que un domingo se estropeará un coche en mitad de la carretera justo cuando subía la marea, obligando a la familia que viajaba en su interior, con niños muy pequeños, a correr todo lo rápido que pudieron hasta tierra firme mientras el agua les llegaba a las rodillas. Había que hacer algo, era el consenso general, y el ayuntamiento, encantado con la regeneración de la zona, había solicitado fondos al organismo de fomento para construir un puente que conectara la isla con tierra firme.

Los presentes jadearon al unísono, y después todos se pusieron a hablar a la vez.

Algunos pensaban que era una idea genial. Eso abriría las puertas del pueblo a más visitantes. Además, también significaría que podrían ir al supermercado cuando les apeteciera, sin preocuparse por el hecho de volver a tiempo. O no quedarse aislados en invierno cuando las tormentas dejaban la carretera intransitable durante días. O que los pescadores llevaran sus capturas antes al mercado y que la gente pudiera vivir en Mount Polbearne e ir a trabajar todos los días sin problemas en su coche. Jayden estaba muy emocionado, y señaló que quería ir de marcha por la noche a Plymouth, al tiempo que recordaba a los presentes su condición de trabajador a jornada completa en un negocio, bajo techo. Los pescadores protestaron un poco por la inminente pérdida de sus ingresos como taxistas, pero la mayoría comprendieron que el progreso era inevitable y que siempre había sido una cuestión de tiempo. Patrick, por supuesto, se opuso fervientemente.

—Bueno, ¿es que no pueden irse a vivir a todos esos sitios? ¿A todos esos sitios donde entregan *pizzas* a domicilio? Así nosotros mantendremos este lugar como un pueblo sin entrega de *pizza* a domicilio.

A Polly se le antojó una *pizza* de repente, pero no creyó oportuno mencionarlo. Tal vez hiciera algunas en el obrador. A lo mejor, pensó de repente, podía convertirse en la pizzería local. Ya contaba con el horno necesario y solo tenía que ajustar las horas de trabajo. Sería un poco complicado, pero no imposible, y dada la cantidad de hombres hambrientos que trabajaban en el pueblo, seguramente sería un éxito.

—Mmm... —murmuró, dividida entre las dos posibilidades.

—¡Un no como un castillo al puente! —bramó Henry con su vozarrón—. Se nos llenará el pueblo de gentuza.

Todos los habitantes de Mount Polbearne, Polly incluida, pusieron los ojos en blanco y se sirvieron otra copa de vino, que pagó Henry.

Había mucho que pensar, y el tema se repetía entre toda la clientela que acudía a diario a la tienda, junto con las noticias de que un famoso cantante pop había intentado comprar el faro.

—¿El FARO está en venta? —preguntó Polly, sorprendida. Todavía la despertaba por las noches, aun después de haberse gastado una pasta en cortinas que bloqueaban la luz. ¿Cómo iba alguien a vivir allí dentro?

—Bueno, cuando estás dentro no hay problema —aseguró Muriel—. Es el único sitio del pueblo donde no se ve la dichosa luz.

—Mmm —murmuró Polly—. Entonces, ¿va a comprarlo el cantante?

—No —contestó Muriel—. No le dejan poner en el interior una barra como la de los bomberos, ni tampoco construir un tobogán en espiral en el exterior.

—¿Por qué no permite el ayuntamiento construir un tobogán pero sí accede a que se construya un puente horroroso? —protestó Patrick, muy ufano. Había concedido dos entrevistas a sendos periódicos de tirada nacional (ambos a favor de conservar el aspecto tradicional de Mount Polbearne, independientemente de que los habitantes quisieran ir al supermercado o no) y se sentía muy orgulloso de sí mismo.

—Ahí le has dado —replicó Polly.

Tras otra noche de insomnio caminó hasta el faro. Estaba tan destartado como el resto de los edificios del pueblo, o al menos que la mitad del pueblo, dadas las reformas que se estaban llevando a cabo, unas reformas cuyo comienzo ella había propiciado, tal como le comentaba la gente en más de una ocasión. El faro llevaba años sin habitar, desde que el haz de luz se manejaba por control remoto. Las líneas blancas y negras estaban descascarilladas, y la casita de granito adosada a él era pequeña, pero se encontraba en buenas condiciones. Como proyecto era muy poco práctico. Sin embargo, no podía sacárselo de la cabeza.

Ya cayeran chuzos de punta, cada dos días sin falta iba a la casa de Huckle para cuidar las abejas. Se había convertido en su forma de ejercitarse, en su paseo saludable, en algo habitual e incluso en una especie de talismán extraño. Limpió los panales, quitó las abejas muertas y comprobó que la reina estuviera bien. Después, esterilizó y llenó los tarros de miel, tras lo cual los metió en su mochila, y colocó a *Neil* sobre ellos, ya que los había protegido con un periódico. La miel se vendía muy bien en la tienda y guardaba el dinero para entregárselo a Huckle cuando regresara. Pero no tenía noticias suyas. Por supuesto que no iba a regresar. A lo mejor su ex lo había recibido con los brazos abiertos nada más bajarse del avión, se había disculpado por haberle roto el corazón y le había suplicado que volviera con ella.

Polly regresó al puerto una tarde después de recolectar la miel y se topó para su sorpresa con Dave, el apicultor contratado por la empresa de trabajo temporal.

—¡Hola! —dijo. Estaban a finales de agosto. Ya no había tanta luz por las mañanas cuando se levantaba para amasar, pero el tiempo aún era cálido, aunque el agradable clima estival estaba acompañado de una brisa fresca—. ¿Cómo está tu novia?

—¡Bien! —contestó él. Parecía más alegre, aunque todavía tenía granos en el cuello—. Dio a luz antes de tiempo.

—¡Oh, no! —exclamó Polly—. ¿La niña está bien? ¿La habéis llamado Augusta?

—No —respondió Dave—. Queríamos llamarla September, ¿no te acuerdas?

—Sí —contestó Polly—. Pero pensé que como había nacido en agosto... —Dejó la frase en el aire. Dave no parecía entenderla en absoluto—. Bueno —dijo—. Me alegro.

Él sonrió de nuevo.

—Es increíble.

—Y ¿qué haces aquí? —quiso saber Polly—. Dime que no estás trabajando en el puente nuevo. No lo construirán.

Dave negó con la cabeza.

—No. He oído que necesitan a un hombre en uno de los barcos pesqueros.

Era cierto. Pese a la elevada tasa de desempleo en la zona, todavía resultaba difícil convencer a los hombres de que salieran a faenar, porque lo veían como un oficio peligroso, incómodo y mal pagado. Aún no habían cubierto el puesto de Jayden en el nuevo barco de Archie.

Polly lo miró con seriedad.

—Dave —dijo, ya que no quería que Archie perdiera el tiempo—. ¿Estás seguro de que los peces no te dan miedo?

Dave se encogió de hombros.

—No lo sé —contestó él—. En realidad, solo como palitos de merluza. Aunque me asustan los tiburones, eso sí.

—Ahí fuera solo hay tiburones pequeños —le aseguró ella.

—Los tiburones pequeños son los más venenosos —apostilló Dave—. Ah, no, espera, ¿o eran las arañas?

—No lo sé —respondió Polly.

Archie se acercó a ellos.

—Vamos, pues —le dijo a Dave—. ¿Conoces a este hombre? —preguntó a Polly.

—Un poco —contestó ella, incapaz de traicionar a Dave.

—¿Crees que será capaz de trabajar?

—Sé bueno con él —respondió Polly—. Acaba de ser padre.

Archie esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Enhorabuena! —exclamó.

Polly sonrió porque en el fondo era un bonachón.

—¿Tú tienes hijos? —preguntó Dave a Archie.

Él sonrió.

—Tres. Bueno, tres más...

Polly se volvió hacia él.

—¡No me digas!

—Vaya que sí. Y no solo nosotros.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, Bob, el de la farmacia, también trae otro de camino. Y Dave, el del *pub*.

Y Muriel.

Polly meneó la cabeza.

—¿Muriel? ¿De cuánto está?

—Echa la cuenta.

Polly se puso a pensar.

—¿En serio? ¿El funeral?

Archie se encogió de hombros.

—Va a ser el primer *baby boom* en Mount Polbearne en doscientos años. Vamos a necesitar una escuela.

—Venga ya —exclamó Polly—. Es asombroso. Y me da que todos los niños se llamarán Tarnie.

—Bueno, no vamos a llamarlos «Cornelius» —refunfuñó Archie, que se volvió hacia Dave de nuevo—. ¿Te asusta el trabajo duro?

—No estoy seguro —respondió Dave.

—¿Sabes manejar un cuchillo?

Dave no supo que decir.

—En fin. —Cludicó Archie—. Así practicaré cómo cuidar de un bebé. Vamos, muchacho.

Dave lo siguió, con el cuerpo tenso por el miedo. Polly observó con una sonrisa cómo avanzaba por el embarcadero y se resbalaba. Archie tuvo que subirlo al barco prácticamente en brazos. Polly meneó la cabeza. Bueno... A ver cómo iba la cosa.

Había bajamar y Patrick estaba haciendo un montón de fotos en la carretera. Era raro, pensó Polly mientras regresaba a su piso y se sentaba en el alféizar de la ventana con una cerveza en la mano. La idea de que el pueblo pudiera cambiar después de haber seguido igual durante cientos de años. Y de que ella hubiera llegado justo antes de que cambiara. La idea la entristeció.

Su móvil sonó.

—Si es alguien anunciándome que está embarazada, felicidades —dijo Polly—. Hago tartas para bautizos.

—Pues no —replicó la voz emocionada de Kerensa—. Pero la mejor noticia después de esa sería...

De inmediato, convocaron una reunión para el día siguiente. Reuben se había ofrecido a llevar a Kerensa en helicóptero, pero ella rechazó la oferta.

—En fin, ¡pues eres tonta! —exclamó Polly—. A mí me habría encantado montar en helicóptero. Creo que deberíamos pasar el resto de la vida dando vueltas en el helicóptero de Reuben.

Se abrazaron en el patio del *pub*.

—¡Vamos a casarnos! —chilló Kerensa. De un tiempo a esa parte, cada vez que hablaban, pensó Polly, su amiga parecía a punto de estallar. Reuben debía de estar pegándole sus manías—. ¡Vamos a casarnos! ¡AHHHH!

Polly se acercó a la barra y pidió champán. Andy no estaba seguro de si tenían, pero al final encontró una botella en el fondo del frigorífico.

—¿Desde cuándo mi colega arruinada pide champán? —preguntó Kerensa con el ceño fruncido.

—¡TACHÁN! —exclamó Polly con una sonrisa—. No eres la única con novedades.

El correo había llegado esa mañana (el cartero siempre entraba en la panadería para dejarlo). Jayden nunca había recibido una carta y siempre se quedaba fascinado por lo que llegaba, aunque normalmente eran facturas de harina y mucha documentación bancaria. Ese día había un enorme sobre de papel de estraza con el sello de No Doblar, a nombre de Polly, con la dirección escrita a mano. Reconoció la preciosa caligrafía, se sacudió la harina de las manos y la abrió, desconcertada.

Con cuidado, sacó el contenido y luego jadeó. Era una pintura: un cuadro muy cuidado y fiel a la panadería, con los mástiles y las velas de fondo, el pan en el escaparate y una diminuta figura que la representaba a ella en el interior. Era asombroso.

—¡Chris! —exclamó Polly, encantada.

—¿El tío que estaba tan enfurruñado? —preguntó Jayden, que miró el cuadro con los ojos entornados—. Es BUENO que te cagas —añadió con voz sincera—. Ojalá yo pudiera hacer algo así.

—¿A que sí? —replicó Polly, con el corazón henchido—. Llevaba mucho tiempo sin hacer algo así. Ah, qué detallazo. —Llevaba una nota adjunta. Polly la leyó y se llevó una mano a los labios—. ¡Madre del amor hermoso! —gritó—. ¡Madre del amor hermoso! ¡Hemos vendido el apartamento! ¡Lo hemos vendido! Y por la cantidad adecuada... ¡Hemos saldado todas las deudas! ¡Madre del amor hermoso, van a levantar el embargo! ¡YUJU!

Y puso la radio a todo volumen y comenzó a bailar alrededor del mostrador con Jayden, que se sumó encantado. *Neil* comenzó a graznar y a dar saltitos para no ser menos.

—No sé qué quieres decir con todo eso —dijo Jayden—. Pero suena bien.

—¡Es GENIAL! —le aseguró Polly—. Madre del amor hermoso. ¡Soy libre! ¡Soy libre! ¡Tengo dinero! Puedo... —Se puso seria—. ¡Anda! Podría mudarme.

Jayden la miró.

—¿Por qué ibas a mudarte?

—Vaya si has cambiado de parecer —se burló Polly—, pues claro que no me voy a ir de Mount Polbearne. Me refiero al piso. Madre mía. Podría comprar el negocio a la señora Manse. O podría arreglar el tejado. Podría... —Miró el papel una vez más—. Vale, no me da para tanto. Pero... ¡AY!

Y ese era el motivo de que sacara el dinero de la lata de las monedas para comprar champán. Además, Polly demostró su generosidad al dar el cuadro a los agradables hombres del restaurante, que lo vendieron casi enseguida por una fortuna y que le pidieron más, que también se vendieron. Al final, se quedó con el décimo, antes de que alcanzara un precio tan exorbitante que no pudiera permitírselo.

—Bueno —dijo Polly mientras se sentaba a la mesa que ocupaban en el patio, incapaz de perder la sonrisa.

Kerensa la había abrazado y le había dicho que era maravilloso y que nadie creería que era el mismo guiñapo humano que había sido seis meses atrás, a lo que Polly respondió poniendo los ojos en blanco y diciéndole que no había estado tan mal; a lo que Kerensa replicó que no, que de acuerdo, que se había portado como una valiente y que había estado más contenta que unas castañuelas, tras lo cual ambas se doblaron de la risa.

—Bueno, ¿qué me dices del tío al que odiabas? —preguntó Polly.

—Eso fue antes de que me acostara con él —respondió Kerensa—. Joder...

—Vale, vale, no me digas más —le pidió Polly—. No sigas por ahí con alguien que no va a volver a acostarse con nadie y que se va a conformar con ser una empresaria de éxito. ¡Felicidades!

—¡Lo sé! —exclamó Kerensa—. Va a ser genial. Vamos a tener el bodorrio más alucinante del mundo.

—Ja —dijo Polly—. Empiezas a hablar como él.

—Nos parecemos en muchas cosas —reconoció Kerensa—. Pero él es irritante y yo no.

Polly sonrió.

—Y tienes que ser mi dama de honor —continuó Kerensa, tras lo cual bebió un sorbo de champán.

—Soy DEMASIADO vieja para eso.



—Tonterías. Tienes que serlo. Además, tengo que tener como un millón de damas de honor. Nos vamos a casar en Estados Unidos.

—¡Anda ya!

—Ya te digo. La familia de Reuben tiene una propiedad enorme en Cape Cod, junto al mar, que al parecer es preciosa. —Intentó decirlo como si no fuera algo extraordinario, pero ninguna de las dos consiguió aguantarse y acabaron dobladas de la risa de nuevo.

Como si el ruido de la botella de champán al descorcharse fuera un imán para ella, apareció la pija de Samantha en el patio del *pub* y se les acercó, pero se detuvo a unos metros cuando el sol se posó sobre el enorme y ridículo anillo de compromiso que llevaba Kerensa y cegó a todos los presentes.

—¡AY, POR EL AMOR DE DIOS! —exclamó ella—. ¡NOVEDADES!

—Y hay varias —dijo Polly—. ¿Quieres una copa con burbujitas o también estás embarazada?

Samantha se acercó a ellas sin pérdida de tiempo y bombardeó a Kerensa con preguntas sobre la extensión de la propiedad de Cape Cod, el número de invitados y las opciones del menú. Después, se quedó callada, colocó las manos en su diminuto regazo (su anillo de compromiso era un buen pedrusco, pero nada que ver con el de Kerensa, que podría calificarse como arma) y suspiró.

—¿Sabes? Creo que ninguno de nuestros amigos ha asistido a una boda parecida.

Polly y Kerensa se miraron.

—Pues claro que podéis venir —dijo Kerensa.

Samantha soltó un gritito de placer.

—Por supuesto, debes saber que Reuben insiste en que la boda tenga como tema *La guerra de las galaxias...*

Las chicas se fueron del *pub* bastante tarde y achispadas, y fueron al puerto, donde los pescadores estaban armando un escándalo. Polly los miró. Dave sujetaba un pez gigantesco y tenía la cara colorada de placer.

—¿Lo has atrapado tú? —le preguntó Polly.

Dave sonreía de oreja a oreja. El pescado era tan grande como su torso.

—El primer bacalao grande que he visto por estas aguas en unos cuantos años —afirmó Archie—. Supongo que las cuotas de pesca están funcionando.

—Y Dave lo ha pescado —repuso Polly, que intentó que no se le notara la nota incrédula.

—Estás de broma, ¿no? El chico es un pescador nato. No le tiene miedo a nada, te lo digo yo.

Dave seguía sonriendo de oreja a oreja. Jayden salió de la panadería para hacer una foto.

—Me encanta pescar —le dijo Dave—. No sé cómo has podido dejarlo.

Jayden se limpió los dedos en el delantal blanco. Ya empezaba a asomar una barriga que delataba su cambio de profesión, una barriga que prometía convertirse en inmensa con el paso de los años. Jayden, siendo como era, no tenía malicia.

—Me alegro por ti —replicó—. ¿Vas a vendérselo al puesto de patatas y pescado frito de Andy? —les ordenó que se pegaran todos para hacer una foto de grupo—. Deberíamos ponerlo en su escaparate —dijo—. Para que todo el mundo que vaya crea que su bacalao es de ese pez.

—Y que pueda subir todavía más los precios... —masculló alguien.

Andy no había tardado en aprovecharse de la llegada de turistas, sobre todo con la temporada alta. Pero sus patatas y su pescado seguían estando tan calientes, tan salados y tan fritos como de costumbre, y los trozos de pescado eran generosos y de buena calidad, con muchas porciones en el cartucho, así que a nadie le importaba demasiado.

Kerensa y Polly se pasaron por la freiduría en busca de patatas y de Fanta, tal como acostumbraban a hacer, y después se sentaron en la muralla del puerto, con las piernas colgando.

—¿No te has puesto a dieta para la boda? —la pinchó Polly.

—A la mierda la dieta —contestó Kerensa—. Además, a saber qué me voy a poner.

Las cosas estaban cambiando, pensó Polly mientras atravesaba el pueblo para llevar la recaudación del día a la señora Manse. Tuvo que pedir a varias personas que se apartaran para dejarle paso, había coches circulando por unas calles demasiado estrechas y la gente miraba extrañada a *Neil*, que iba encaramado a uno de sus hombros. Dichas miradas hacían que tuviera la sensación de ser una especie de señora mayor rodeada de gatos, algo que le resultaba muy irritante. Aunque el obrador iba de maravilla, no acababa de gustarle la idea de que hubiera tanta gente nueva en su hogar, y el puente haría que las cosas empeoraran aún más. La campaña en contra del puente no había perdido fuerza, pero ¿de verdad podrían evitar el progreso?

Llevaba bastante tiempo sin pisar el antiguo obrador. Era Jayden quien se encargaba de ir de uno a otro. Mientras la señora Manse le gruñera a él, el mundo seguiría siendo un lugar maravilloso. Así que se quedó un poco pasmada al acercarse y ver que la señora Manse estaba acobardada detrás del mostrador mientras un desconocido hablaba con ella y gesticulaba con las manos.

Sin pensar, Polly entró en tromba. El hombre llevaba unos pantalones rojos y tenía un marcado acento londinense. Su cara estaba tan roja como los pantalones, y la furia hacía que escupiera al hablar. Ninguno de los dos reparó en su presencia.

—¡No puede vender esta mierda! —estaba gritando—. ¡Es incomedible! ¡Voy a denunciarla a sanidad! Si un supermercado hiciera algo así, ya estaría cerrado. ¡No puede robar a la gente decente vendiendo estos sándwiches tan asquerosos! ¡Qué vergüenza! Esta mayonesa está caducada.

Polly se sintió dividida al instante entre su amor por la comida buena, nutritiva y decente (algo en lo que creía de corazón) y la defensa de lo que ya sentía sin lugar a dudas su hogar, su gente.

Tosió para llamar la atención. El hombre se dio media vuelta, aún furioso. Era grande.

—Lo siento —dijo, y se percató de que usaba un acento más local de lo que era normal en ella—. Está usted en nuestro pueblo, ¿verdad? Pues si no le gustan nuestros sándwiches, nadie va a impedirle que se vaya por donde ha venido.

—¡Pero están rancios, joder!

—Así es cómo nos gustan —replicó Polly, que cruzó los brazos por delante del pecho de forma desafiante—. Sería una buena idea que se marchara. De hecho, diga a todos sus conocidos que no vengán, porque, si son unos maleducados que amenazan a ancianas como usted, creo que estaremos mejor sin conocerlos, ¿no le parece? ¿Va a seguir abusando verbalmente de una señora de ochenta años? Porque tengo el número del agente Charlie en la marcación automática. —Levantó el móvil con gesto

amenazador.

—Este sitio es una mierda —gritó el hombre, enfadado—. ¡Espero que os vayáis al cuerno!

—Yo también lo espero —dijo Polly—. Si de esa manera nos libramos de la escoria.

El hombre se marchó cerrando la vieja puerta de madera con tanta fuerza que toda la tienda se estremeció. Polly miró a la señora Manse. Estaba blanca.

—¿Qué le pasa? —preguntó Polly, intentando tomarse el episodio como una broma—. Normalmente, echa a nueve tíos como ese del pueblo antes del desayuno.

La señora Manse se apoyó en el mostrador. El hombre había arrojado el sándwich sobre él y estaba salpicado de mayonesa por todos lados. Le temblaban las manos. Polly intentó aligerar el ambiente.

—¿No cree que me estoy convirtiendo en una chica del pueblo? ¿Cree que podría pasar la prueba?

La señora Manse no contestó, se limitó a mirar el mostrador. Polly soltó la caja del dinero y rodeó el mostrador para acercarse a ella.

—A ver —dijo—. Siéntese un momento, ¿vale? Solo era un imbécil. No deje que eso la afecte. Es un idiota integral.

La señora Manse meneó la cabeza.

—Están por todos lados —dijo mientras se dejaba caer en un taburete—. Están aquí. Así son las cosas. Y van a construir ese puente y después todo será un desastre.

Polly ladeó la cabeza.

—En fin, ahora tenemos muchos más turistas. Eso es bueno, ¿verdad? Antes no ganábamos tanto dinero. Las cosas nos irán muy bien y usted podrá disfrutar de una buena jubilación.

—Tengo casi ochenta años —le recordó la señora Manse—. No quiero seguir haciendo esto.

Polly pasó la mirada por la polvorienta y descuidada tienda.

—Bueno —dijo— no tengo... no tengo mucho, pero he ahorrado un poco de dinero que podríamos...

La señora Manse negó con la cabeza.

—No quiero tu dinero —dijo—. Sigue pagándome el alquiler y quédate con el resto. Tengo bastante con mis ahorros. Voy a irme a vivir con mi hermana a Truro. Allí tienen bingo.

—Bueno, me parece... genial —replicó Polly, intentando animarla—. ¿Está segura de que quiere irse de Mount Polbearne? Ha vivido aquí toda su vida.

—Y solo me ha traído... —dejó la frase en el aire.

Polly pensó de repente que la señora Manse debería haber estado jugando al bingo con su hermana desde hacía mucho tiempo. Lo que la anciana dijo a continuación la pilló totalmente desprevenida.

—Necesito darte las gracias, por cierto.

Polly la miró.

—¿Cómo dice?

La señora Manse asintió con la cabeza.

—Antes de que llegaras... no podía marcharme. No podía. Ya sabes. El pueblo habría muerto sin un obrador. Sí, odio el trabajo, pero era lo que mi marido planeó para mí. En realidad, lo hice por él y por el pueblo, porque era mi pueblo y ningún otro imbécil se haría cargo. —Su expresión se tornó distante—. Y perdí a Alf, y a Jimmy, y bueno, eso fue... —Hubo un largo silencio—. Pero después llegaste tú con tus ideas extravagantes y tus nombres raros para un simple pan de toda la vida, y con tus planes ridículos para cambiar las cosas y... En fin, ha funcionado —añadió.

Polly sonrió.

—Y ya no me necesitan. Cada vez vienen más forasteros y no me necesitan. Deberían irse a algún lugar moderno donde dejen que las aves marinas pisoteen la harina. —Refunfuñó la última frase, y Polly le dio unas palmaditas en un hombro.

La señora Manse levantó la cabeza y miró por la ventana.

—Lo sabía —dijo—. Lo sabía desde que ese muchacho, Tarnie, no regresó a casa. Los otros volvieron, pero mi muchacho no.

—Lo sé —replicó Polly con respeto.

—Ahora lo sé. Lo sé... —guardó silencio. Parecía un poco confundida—. Sé que no es... Sé que ellos no... —De repente, su arrugada mano agarró a Polly con fuerza—. Espero que estén juntos, Jim y Cornelius. Estén donde estén. —Y se echó a llorar.

Polly reaccionó con rapidez y dio la vuelta al cartel de la puerta para que pusiera «Cerrado». Sin embargo, allí las cosas no eran como en la Pequeña Panadería de Beach Street, donde a esa hora la cola llegaría hasta el puerto. Allí no había clientela. Cerró la puerta, corrió hasta la trastienda y encendió la tetera eléctrica.

—Una buena taza de té —dijo—. Una buena taza de té.

—No regresaron —repitió la señora Manse.

Y aunque Polly sabía que se refería a su marido, a su hijo y a Tarnie, no pudo evitar pensar en otra persona, en alguien cuyo pelo brillaba a la luz del sol, y que estaba muy muy lejos... Mientras el agua se calentaba y observaba con preocupación a la señora Manse, se preguntó si ella no estaría haciendo lo mismo. Si no estaría manteniendo las cosas tal como a Huckle le gustaban, de la misma manera que la señora Manse no podía soportar la idea de no estar allí para recibir a sus hombres cuando regresaran a casa. Por si acaso. La verdad era que había pocas posibilidades de que Huckle regresara a casa. Más bien ninguna. Gillian Manse había tardado mucho tiempo en asimilar la realidad. ¿Cuándo la asimilaría ella?

Obligó a la señora Manse a beberse el té y después la acompañó hasta su pisito y, sin mucha dificultad (la mujer aún seguía murmurando), la convenció de que se acostara. Después llamó a Archie y le dijo que localizara a la hermana de la señora Manse, que vivía en Truro, tras lo cual se sentó en el pisito a la espera de que llegara la doctora, que no aparecería hasta que bajara la marea.

Mientras esperaba, se percató de que la foto, la foto antigua que ella había visto en el cajón, estaba fuera, colocada en el mueble del televisor. Con el marco limpio y pulido. Gillian había dicho la verdad, comprendió. Había aceptado lo que le pasó a su hijo y sabía que jamás regresaría a casa.

La doctora llegó bastante molesta.

—Cuanto antes se solucione lo del puente, mejor —dijo—. Esto es ridículo, es medieval. ¿Cómo podéis vivir así?

Polly la miró.

—Nos gusta —contestó, de nuevo a la defensiva.

La doctora examinó a la señora Manse y concluyó que físicamente estaba perfecta, aunque sufría de obesidad. Después, se sorbió la nariz y dijo:

—Aunque hoy en día podría decirse que es lo normal. Tanto pan refinado...

Polly decidió que no le caía bien la joven doctora.

—Sin embargo, está un poco confusa, y diría que es más bien un episodio pasajero debido a su edad. Le aconsejaría que, haga lo que haga de ahora en adelante, no pase mucho rato de pie.

—Creo que quiere jugar al bingo —dijo Polly.

—Perfecto —replicó la doctora—. ¿Todavía trabaja?

—Se encarga de la tienda sin ayuda.

La doctora meneó la cabeza.

—Ni hablar. De eso nada.

—Tranquila —replicó la señora Manse con voz adormilada—. Esta... esta chica va a encargarse de ella sin mí a partir de ahora. ¿Verdad, Polly?

Polly se percató de que era la primera vez que la señora Manse usaba su nombre. Normalmente, se dirigía a ella diciéndole «tú»; como, por ejemplo: «Tú, la que has arruinado este pueblo».

Polly dio un apretón a la arrugada mano de la mujer.

—Por supuesto que sí —contestó—. Se lo prometo.

Las estaciones fueron pasando y abrieron nuevas tiendas en Mount Polbearne: un pescadero que acordó pagar un buen precio a los pescadores por sus capturas y que abrió su local al lado de la preciosa marisquería; una tienda de ropa infantil y una de recuerdos, ambas capaces de sobrevivir, algo asombroso.

Los dos obradores también iban viento en popa. Habían contratado a otra persona y Jayden lo supervisaba todo, algo que se le daba muy bien. Se encargaba de hornear el grueso de la producción y hacía el trabajo pesado, dejando que Polly experimentara con nuevos sabores y técnicas, algo con lo que disfrutaba mucho. Logró una crítica muy favorable en un periódico dominical, lo que le agradó. Salió con dos chicos distintos, uno era un amigo surfero de Reuben que hablaba por los codos sobre el surf y al que no le interesaba ninguna otra cosa; y otro, un arquitecto que estaba trabajando en una de las renovaciones, pero no hubo chispa a pesar de repetirse que lo que hubo entre Huckle y ella fue una simple amistad que acabó siendo un poco rara, nada más. De cualquier forma, estaba demasiado ocupada como para preocuparse por esas cosas, sobre todo porque se acercaba la Navidad, que pasaría con su madre, su hermano y sus sobrinos, con Reuben, Kerensa y con los padres de Kerensa. Se produjo un momento de bochorno cuando Reuben y Kerensa empezaron a darse el lote durante los postres. Después, todos fueron a la vieja iglesia, donde se reunieron para dar las gracias por un año que podría haber sido mucho peor, y la velada resultó muy divertida.

Sin embargo, a medida que se acercaban la primavera y la boda, se descubrió cada vez más nerviosa. Se decidió por un saludo informal como: «¡Hola! ¿Qué tal estás?», pero, claro, si Huckle aparecía con su ex (o con alguien), eso la destrozaría.

La mayoría de la gente no estaba al tanto de lo suyo con Huckle. Ni siquiera le habían preguntado. Kerensa le preguntó si quería que le retiraran la invitación, y ella le recordó que era el padrino de la boda. Kerensa replicó que al cuerno con eso, que Reuben hacía lo que ella le dijera, de modo que Polly sonrió y le dijo que no fuera ridícula, que solo fue un beso sin importancia hacía un millón de años. ¿Quién iba a sentirse mal por algo tan insignificante?

Al llegar la primavera, llegaron también los bebés, uno tras otro. Pop, pop, pop. Un Tarnie, un William (que era el segundo nombre de Tarnie), dos Cornelias y una Marina. (Una de las Cornelias era de Samantha, que al final resultó que estaba embarazada, aunque estaba tan delgada que no se dio ni cuenta). La gente empezaba a comentar que Mount Polbearne necesitaba una escuela, lo que inevitablemente hacía que alguno añadiera: «Y un puente». El pueblo seguía dividido. La siguiente reunión trimestral sería un polvorín.

Reuben y Kerensa esperaban que su boda dejara a todo el mundo alucinado. De

Mount Polbearne solo Polly asistiría, como dama de honor, algo que la ponía muy nerviosa. Samantha no podía viajar porque estaba embarazada. Archie estaba invitado, pero se negaba a alejarse de su hijo recién nacido. Y Jayden tuvo que quedarse para encargarse del negocio.

Polly ensayó una actitud serena y comedida, diciéndose que Huckle seguramente no se acordaría de ella. Solo era una chica con la que se había relacionado durante un tiempo, durante unas vacaciones. Se preguntó cómo iba a mantener la seriedad cuando apareciera vestida de princesa Leia, con las ensaimadas en las orejas y todo.

—¿Por qué no te pones tú las ensaimadas en las orejas? —masculló furiosa en una de las ocasiones en las que Kerensa y ella discutieron el tema.

—Porque yo voy a ser la joven reina —contestó Kerensa—. Reuben cree que los últimos episodios, las precuelas de los antiguos, están terriblemente infravalorados.

—Eso es porque siempre se equivoca en todo —refunfuñó Polly, intentando trenzarse el pelo de nuevo.

—Ponte la peluca —le aconsejó Kerensa.

—Ni de coña —replicó ella—. Pareceré una loca.

—Pero si te pones unas ensaimadas pelirrojas también parecerás una loca.

—Soy rubia con reflejos cobrizos —le recordó Polly—. Y esta fue una idea ridícula de tu novio. En serio, ¿va a venir alguien disfrazado o solo voy a ser yo?

—Todo el mundo —le aseguró Kerensa—. Los quinientos invitados. Reuben se lo está tomando todo muy en serio.

—¿QUINIENTOS?

—Pero no pasa nada —siguió Kerensa—. No conoces a ninguno.

—Genial, es un consuelo. ¿Quién va a ser Reuben? ¿Luke?

—¡No! Darth Vader. Nos vamos a partir de la risa.

—Estás de broma.

—¡Que no! Va a ser genial.

—Te vas a casar con Darth Vader.

—Es *sexy*.

—Es asmático. Y malvado.

—Bueno, yo creo que todo va a ser muy especial.

Buscaron alojamiento para quinientas personas en los hoteles de la zona cercanos a la mansión, situada en primera línea de playa, aunque a Polly solo le interesaba ver a una de esas personas. Durante el largo trayecto en avión fue incapaz de pegar ojo o de comer. Cuando llegó, demasiado tarde para el ensayo, algo que enfureció a Kerensa («No caminarás al ritmo adecuado»), deseó que el hotel le permitiera bajar a la cocina para poder amasar algo que la tranquilizara. En cambio, se pasó la noche dando vueltas en la cama de la lujosa *suite*, intentando no preocuparse por el agotamiento que sufriría por la mañana debido al desfase horario. Al final, logró adormilarse a las



cuatro de la mañana y se despertó, si bien bastante tarde, para descubrir una gloriosa mañana estadounidense. El sol brillaba y el océano Atlántico parecía más azul y extenso que en su otra orilla. Polly pidió que le llevaran el desayuno a la cama, y, al mirar el disfraz blanco que descansaba en su percha colgado en una puerta, soltó un gemido.

Solo logró tomarse una taza de café, lo demás no le entraba. Estaba aterrada de volver a ver a Huckle, sobre todo cuando Kerensa la sacó de la habitación a rastras después de aporrear la puerta, para someterla a una ardua sesión de peluquería y maquillaje. Cuando se vio el pelo recogido sobre las dos orejas, sintió ganas de echarse a llorar. Kerensa, al contrario, estaba estupenda, con un maquillaje muy pálido y un vestido que recordaba a un kimono, muy voluminoso y extravagante. Llevaba el pelo recogido en lo alto de la cabeza, además del pelo de otras cuatro personas para añadirle volumen.

—¡Madre mía! —exclamó Polly.

—Lo sé —dijo Kerensa—. Increíble, ¿verdad?

La boda se celebraría en el exterior, en un prado immaculado. Frente a la orilla del mar había un cenador delante del cual se habían dispuesto las sillas adornadas con enormes lazos de color negro, en los que había imágenes del Halcón Milenario.

—¿Quiénes son estas personas? —preguntó Polly con curiosidad.

—Ah, todo el mundo adora a Reuben —contestó Kerensa, muy satisfecha, y Polly la abrazó.

—Te quiero —le dijo.

—Cuidado con el kimono —la advirtió Kerensa con una sonrisa—. Yo también te quiero. He invitado a un montón de amigos ricos. Seguro que hay alguien en la boda que no se cambiaría a otro continente después de besarte.

—¡Se cambiarán antes de que los besara, en cuanto vean los cascos que llevo encima de las orejas...! ¡Madre del amor hermoso! ¿Eso son ewoks? Deben de estar asándose.

La conocida música de *La guerra de las galaxias* comenzó a sonar, interpretada por la Orquesta Sinfónica de Boston, cuando por fin se acercaron a las puertas correderas por las que se accedía al jardín. El camino que debían seguir estaba cubierto de pétalos de rosas blancas y negras. Polly dio un apretón a Kerensa en la mano.

—¡Uf! —exclamó Polly.

—¡Sí! —replicó Kerensa.

El padre de Kerensa, a quien Polly siempre había tenido mucho cariño, trataba de mantener una apariencia digna disfrazado de Obi-Wan Kenoby. Padre e hija se abrazaron y después Kerensa, firme como una roca ataviada con su inmenso disfraz, hizo una señal a la chica encargada de las flores, Cadence, la hermana de Reuben, que sufría de una asombrosa obesidad, pero que era muy agradable, y que iba disfrazada de una especie de dama de compañía vestida de rojo con cuernos y todo,

para que arrojara pétalos de rosa rojos a sus pies.

Polly salió al jardín aferrada al ramo de flores blancas que llevaba y tan nerviosa que se creía capaz de ponerse a vomitar. Al principio, clavó la vista en el suelo por el que caminaba, pero, a medida que la gente empezó a aplaudir (era evidente que se trataba de una costumbre estadounidense), levantó la cabeza.

Y allí estaba él.

Reuben debía de estar de pie sobre una caja o tal vez llevara tacones o algo por el estilo, siempre y cuando fuera él quien estuviera debajo del disfraz de Darth Vader, porque parecía muchísimo más alto de lo normal. Y a su lado, arreglándose para parecer sereno y más guapo que nunca, estaba Huckle, disfrazado de Han Solo, con un chaleco de cuero muy favorecedor.

Polly se mordió el labio y siguió andando. La gente jadeaba al ver a la novia, que iba tras ella. Eso era bueno. A esas alturas sabía que no tenía tantas miradas clavadas en ella. Le habían ordenado que, una vez que atravesara el camino, debía detenerse a la izquierda del rabino, en el lado correspondiente a la novia. Huckle, por supuesto, estaba en el otro lado. Pero él se acercó de inmediato con las manos extendidas. Polly tragó saliva.

—Hola —la saludó en voz baja.

—Hola —replicó ella y, como si jamás se hubiera marchado, Huckle le dio un delicado beso en una mejilla y la instó a colocarse a su lado, pese al carraspeo de protesta de Reuben.

—Me gusta tu pelo.

—Venga ya. —Le soltó Polly con el corazón desbocado.

—No, en serio.

—Llevas un chaleco. ¿Cómo quieres que me tome en serio cualquier cosa que digas?

Consiguieron que sus rostros parecieran solemnes una vez que Kerensa llegó y ocupó su lugar junto a Reuben, mientras masculaba para que Polly se colocara a su lado. Polly fingió no escucharla. También se percató de que Reuben llevaba botas de plataforma.

Por dentro, su cuerpo era un castillo de fuegos artificiales, estallando de alegría. No podía contener la sonrisa ni la felicidad que la invadió cuando Huckle la tomó de la mano con delicadeza. Todas las dificultades, la separación, los largos y fríos meses de invierno, las solitarias noches, los largos días, el hecho de que su reunión fuera algo temporal. Todas esas cosas desaparecieron mientras estaba a su lado.

—¿Dónde está *Neil*? —le preguntó él.

—¿Sabes que no les conceden pasaporte a las aves marinas? Es una lástima.

—Bueno, si te quedas aquí el tiempo suficiente, tal vez nos encuentre.

Polly sonrió.

—Si todo el mundo está más o menos en su sitio —dijo el rabino, con voz cortante al tiempo que los miraba de forma elocuente—, podemos empezar.

—Mi reina —comenzó Reuben con voz monótona, leyendo de una tarjeta—, que la Fuerza nos acompañe mientras viajamos por la galaxia de la vida. Te doy mi palabra de que jamás me adentraré en el lado oscuro...

—Un poco tarde para eso —susurró Huckle, y Polly le dio un guantazo.

—Y que siempre estaré bajo la luz de tu amor. Prometo luchar contra el imperio del mal mientras tú asumes tu lugar a mi lado para gobernar juntos la galaxia.

—Lo haré —replicó Kerensa, que sacó su propia tarjeta y Polly se mordió el labio con mucha fuerza.

—Mi jedi, amor mío. Acepto tu mano y tus promesas. Que la Fuerza nos acompañe siempre. Sigue siendo un jedi y seguiré a tu lado.

—Lo haré —replicó Reuben, si bien sus palabras parecieron un resoplido cascado por culpa del efecto sonoro de la máscara.

Polly reconoció que estaba al borde de la histeria. Y no la ayudó mucho que después de que se hubiera aplastado el cristal y se anunciara que Reuben podía besar a la novia, fuera incapaz de quitarse el casco. La mayoría de la gente estaba aplaudiendo y no se percataron de inmediato de la titánica lucha que estaba teniendo lugar. Kerensa trató de ayudar, pero no podía levantar los brazos por culpa de las enormes mangas del vestido. El rabino intentó ayudarlo a desabrocharse el casco mientras Reuben soltaba una retahíla de protestas.

Polly sintió que alguien la aferraba de la mano con fuerza.

—Ven conmigo.

—No podemos marcharnos todavía.

—Volveremos antes de que se haya quitado ese chisme.

Huckle la condujo hacia la parte posterior del cenador (nadie se fijó en ellos mientras pasaban) y después descendieron el camino hasta la playa, donde nadie podía verlos.

Y, una vez allí, Huckle la tomó de las manos.

—Siento muchísimo que tu novio muriera —le dijo con gran tiento.

Polly lo miró.

—Lo... lo apreciaba mucho —le aseguró ella—. Pero no era... Fue horrible que muriera, pero no éramos... En fin, que no estábamos juntos.

—Pues reaccionaste como si estuviera mal.

—¡Ay, Huckle! —exclamó ella—. ¡En el momento! ¡Estaba mal en aquel momento! ¡En su funeral! ¡No para siempre, idiota!

Vio la lenta y bobalicona sonrisa que esbozó Huckle y descubrió que no podía contenerse. Ya no había vuelta de hoja. Se lanzó a sus brazos y lo besó con pasión hasta que acabaron rodando por la duna en dirección a la orilla.

—Pensé que era lo mejor —dijo él cuando se separaron para respirar—. Pero si te soy sincero... si soy sincero conmigo mismo, no me podía creer lo mucho que te echaba de menos, lo mucho que pensaba en ti. Todos los días, cada minuto, cada segundo, he estado esperando que llegara este momento.

—Yo lo estaba temiendo —confesó Polly.

—¿Por qué? —quiso saber Huckle.

—Por si habías vuelto con tu ex... por si estabas con otra persona.

Huckle meneó la cabeza.

—Dios, no.

—Pero te fuiste y no te has puesto en contacto conmigo...

—Pensé que estabas sufriendo por Tarnie y que yo sería un estorbo.

Mientras se besaban, todos los invitados que componían el séquito nupcial (C3PO, R2-D2, muchos ewoks, un Jabba the Hut bastante disgustado y un Jar Jar Binks al que casi habían impedido la entrada) aparecieron en la parte superior de la duna, ya que iban a fotografiarse en la playa. Polly se sintió culpable de inmediato por haberse comportado tan mal durante la boda de su amiga hasta que Kerensa, que avanzaba en el centro del grupo y se movía muy despacio, como correspondía a su estatus de reina y a la incomodidad de su atuendo, se acercó a ella con el ramo de rosas rojas extendido hacia ella.

—No voy a tirarlo —anunció—. De todas formas, no puedo levantar los brazos. Son para ti.

El resto de la boda fue un despliegue de excesos: ostras y langostas frescas de Maine; un nuevo cóctel; hileras de camareros de aspecto impecable; y un famoso grupo musical de los ochenta, espantosos se miraran por donde se mirasen, aunque los invitados que iban disfrazados rivalizaban con ellos. Los novios bailaron una coreografía imposible de olvidar para quien la hubiera contemplado; hubo cuatro horas de discursos durante las cuales seis personas se quedaron dormidas; y después una actuación de *cabaret* protagonizada por un famoso comediante y un perro bailarín.

Huckle y Polly no se enteraron de nada, ya que cogieron una botella o dos de Krug y se quedaron en la orilla del mar, absortos el uno en el otro. Huckle recordó que debía hablar porque era el padrino, pero, cuando llegó a la enorme carpa y vio que la gente se estaba abanicando y que muchos se habían desmayado por el calor, decidió acercarse a su amigo (cuyo caparazón plástico parecía incómodo al tacto y estaba muy pegajoso, si bien Reuben se negaba a quitárselo) y le susurró al oído:

—¿Prefieres la versión larga o la corta?

—¡HAZ QUE ESTE INFIERNO SE ACABE YA! —exclamó Reuben a través del respirador mientras Huckle levantaba su copa y declaraba:

—Por mi amigo Reuben, el tonto más valiente y el mejor hombre que he conocido en la vida, y por su mujer, que por supuesto es demasiado buena para él.

Todos los asistentes prorrumpieron en aplausos y vítores, por el alivio más que nada.

—Bueno, los primeros años de vida de Reuben no fueron fáciles —dijo un

hombre mayor bajito disfrazado de Luke Skywalker que no parecía muy contento al respecto, mientras se ponía en pie con un fajo de papeles en la mano, tan grueso como una guía telefónica. Los asistentes gruñeron al unísono.

Huckle se alegró de que la cara de Reuben estuviera cubierta, mientras cogía un plato de tarta (habían preparado nueve tartas distintas) y otra botella de champán, y se escabullía de nuevo al exterior.

Se detuvo un instante para observarlo todo. El sol se ponía tras ellos y el cielo estaba cubierto de tonos rosas y amarillos. La suave luz bañaba el pelo de Polly, ya libre de las ridículas ensaimadas, que le caía ondulado sobre los hombros. Estaba de pie sin moverse, contemplando el mar con una expresión pensativa y distante en la cara, con su espantoso chaleco cubriéndole los hombros del vestido blanco. No estaba acostumbrado a que Polly estuviera quieta. Siempre estaba haciendo algo, a veces cinco cosas a la vez: riéndose, comiendo, horneando, limpiando, cobrando a los clientes... Normalmente, era una bola de energía. Verla con ese aspecto tan tranquilo y sereno... El corazón le dio un vuelco en el pecho.

—Hola —la saludó en voz baja. Ella volvió la cabeza y le sonrió, mientras las enormes olas rompían contra la orilla.

El hotel en el que se alojaban era muy espartano. Estaría de moda, supuso Polly. Tenía suelos de madera, las paredes revestidas con friso y estaba decorado con tonos muy suaves. Habían llegado horas antes de que lo hiciera el resto de los invitados, justo cuando llegó a la mansión un grupo de música disco que obligó a todo el mundo a bailar.

—Ya no era divertido, más bien parecía un maratón de resistencia —comentó Huckle en voz baja.

—Bueno, ya conoces a Reuben —replicó Polly—. No hay cumbre que se le resista.

Huckle sonrió.

—Desde luego.

—Ah, te he traído esto —dijo Polly, que sacó un tarro de miel.

—¡Ja! —exclamó mientras lo miraba, maravillado. Se había alejado tanto de esa parte de su vida que ya apenas le parecía suya. Miró de nuevo a Polly—. Tengo hambre —dijo sin más.

Polly, envalentonada por el champán, por la larga espera y por el deseo de vivir por fin el momento (de disfrutar de algo para sí misma), se quitó con agilidad la parte superior del vestido blanco. Debajo no llevaba nada.

—Dios —susurró Huckle—. Mírate. —La piel de Polly, normalmente tan blanca, había adquirido un tono dorado y pecoso por el sol, y su pelo rubio cobrizo tenía mechaz más claras—. Eres tan guapa... —dijo mientras los últimos rayos del sol iluminaban su pelo a través de las ventanas abuhardilladas—. Eres preciosa.

Polly sabía que no lo era realmente. Pero allí, en esa habitación, con la luz reinante y con ese hombre, se sentía como si lo fuera. Y eso bastaba. Se acercó a él (¡Por fin! ¡Por fin!, le decía una vocecilla), pero aunque temblaba, no perdió la paciencia. Iba a tomarse su tiempo, iba a disfrutar cada segundo. Una vez que le quitó la camiseta, descubrió que el amplio torso de Huckle estaba moreno y salpicado de vello rubio. Quiso enterrarse en él. Huckle la levantó en brazos y se la sentó en el regazo como si no pesara nada. Antes de besarla de nuevo, enterró la cara en su pelo.

—Dios —gimió—. Te deseo tanto...

Polly lo miró y le sonrió.

—Eso —dijo— me gusta.

Huckle esbozó esa lenta sonrisa tan suya. Después cogió la miel, metió los dedos en el tarro y procedió a untar con ella los pechos a Polly con largas y sensuales caricias. Polly rio entre dientes.

—Me vas a dejar pegajosa —dijo.

—Te la quitaré toda —le prometió él.

Había pasado el momento de las risas, porque de repente todo se volvió muy serio, muy intenso, mientras se dejaban llevar por completo, en cuerpo y alma, y se entregaban el uno al otro hasta fundirse en uno solo.

—¿Eso eran... eran fuegos artificiales? —preguntó Huckle al cabo de un rato.

—Sí —contestó Polly, que todavía veía estrellitas. Hasta que logró enfocar la mirada—. ¡Ay, dios! ¡Que son de verdad!

—O son fuegos artificiales o estamos bajo el ataque de un ejército enemigo.

Al otro lado de la ventana tenía lugar, sin lugar a dudas, el espectáculo de fuegos artificiales más grande que Polly había visto en la vida. El cielo se llenaba de luminosas explosiones y el ruido era ensordecedor. Un enorme corazón rutilante apareció sobre el mar. Polly y Huckle se miraron y estallaron en carcajadas.

—Es como si alguien estuviera tratando de decirnos algo —comentó Huckle.

Se vistieron rápido y regresaron corriendo a la playa, lejos de donde estaban los demás, a los que estaban entregando cestas de pícnic, mientras el despliegue de fuegos artificiales superaba los treinta minutos. Una vez en las dunas, se tumbaron en la arena, abrazados, para contemplar el espectáculo.

A la mañana siguiente nadie llegó a tiempo al desayuno, pero Polly pudo hablar un rato con Kerensa antes de que esa tarde se marchara de luna miel, que sería un safari alrededor del mundo. Habían organizado un almuerzo multitudinario, pero Polly estaba demasiado emocionada para comer. Alcanzó a Kerensa en la puerta con la intención de disculparse con ella, pero su amiga le quitó la palabra de la boca.

—Dios —dijo—. Lo siento muchísimo. Al final ayer no pude estar con mis amigos, me pasé todo el rato saludando a carcamales y posando para las fotos. ¡Mira! ¡Ay! Me duele la cara. Digo yo que así es lo de ser famoso. Un asco.

—Pero ¿te lo pasaste bien? —le preguntó Polly.

Kerensa asintió con la cabeza con frenesí.

—Me encantó de principio a fin —contestó.

—¿Dónde está Reuben?

Kerensa pareció un tanto incómoda.

—Esto... Bueno, es que... A ver, pasó un poco de calor con el casco y... por precaución...

—¿El qué?

—Está un poco deshidratado. Le han puesto suero por vía.

—¿Está ingresado en un hospital?

—Es que le gusta mucho la fiesta... —contestó Kerensa a la defensiva.

—¡Desde luego! —exclamó Polly—. Madre mía. Bueno, ya lo veré... pronto.

—¿Y adónde vas? —quiso saber Kerensa.

Entraron en el comedor del hotel, donde habían servido todo tipo de comida: bagels, salmón ahumado, huevos, cruasanes, fruta fresca (había incluso un exprimidor), tortitas y gofres, champán por todos lados, patatas y salchichas.

—¡Madre del amor hermoso! —exclamó Polly.

Los invitados que habían viajado desde Plymouth ocupaban una mesa situada en un rincón, y todos vitorearon cuando vieron entrar a Kerensa. Y después la miraron a ella de arriba abajo.

—¡Pensábamos que te habías ido!

—¡Ya creíamos que no te hablabas con nosotros!

Polly cayó en la cuenta de que era la primera vez que veía a muchos de ellos desde que se fue de la ciudad. Se había sentido tan avergonzada, tan abochornada, que ni siquiera había querido hablar con ellos. Al mirar sus expresiones amables y curiosas, y al percibir que se alegraban de verla, le costó trabajo entender por qué se había mostrado tan reacia a pedir ayuda, por qué había estado tan segura de que nadie más comprendería el trance por el que estaba pasando. Movieron sus sillas para abrirle hueco y la acribillaron a preguntas sobre lo que había estado haciendo desde

que se marchó de Plymouth. Cuando se lo contó, todos se quedaron gratamente impresionados y Kerensa sonrió para sus adentros.

A Huckle se le habían pegado las sábanas ya que, de hecho, hacía meses que no dormía tan bien. Cuando bajó, encontró a Polly riendo y bromeando con sus amigos, que ya habían planeado visitar Mount Polbearne durante el verano. Huckle esbozó una sonrisa nerviosa. Polly lo miró con timidez, ya que llevaba grabado a fuego en la memoria el recuerdo de todo lo sucedido la noche anterior.

—Hola —lo saludó al tiempo que se levantaba. Uno de sus amigos vitoreó con disimulo y ella los obligó a guardar silencio de inmediato—. Os presento a mi amigo Huckle —dijo, con toda la dignidad que fue capaz de reunir, si bien la expresión de su cara la traicionó por completo.

—Tú —dijo Rich, uno de sus amigos más antiguos, que trabajaba en *marketing*. La señaló con un dedo. Todavía le duraba la borrachera de la noche anterior y los Buck Fizz, un cóctel de zumo de naranja y champán, no lo estaban ayudando mucho a recuperarse—. Tú no vas a volver a Plymouth en la vida.

—Ven conmigo —le dijo Huckle cuando por fin la dejaron escapar—. Ven a conocer Savannah.

Polly tragó saliva. Suponía que Jayden podía encargarse de la tienda durante un tiempo, pero no era capaz de hornear como ella. La calidad de sus productos se resentiría en un abrir y cerrar de ojos. Pero Huckle la engatusó y, antes de darse cuenta, le había reservado un billete de avión. Ella llamó a casa y todo quedó decidido.

Sin embargo, no podría quedarse mucho tiempo.

—¡Hala! —exclamó Polly mientras examinaba el apartamento minimalista con sus ventanales que llegaban del techo al suelo. En el exterior, las luces de Savannah parecían muy lejanas—. No me puedo creer que vivas aquí.

—Ahora que hemos bautizado la cama, no me iré jamás —replicó él. Estaba tumbado en la cama con los brazos bajo la cabeza, la viva imagen de la satisfacción.

Polly miró su cuerpo, con el que tantas veces había soñado. Verlo tendido a su lado era casi imposible de soportar.

—Mmm... —murmuró, y él le sonrió.

—Bueno —dijo Huckle—. ¿Qué quieres hacer mañana? Puedo decirte cómo llegar al centro comercial.

—¿Y eso por qué? ¿Qué vas a hacer tú? —le preguntó, sorprendida.

Huckle se mordió el labio.

—Bueno, tengo que trabajar. No sé, he pensado que te gustaría salir. Comprar unas cuantas cosas y eso.



—¿Qué cosas? —le preguntó Polly, preocupada de repente—. No suelo salir de compras.

Huckle se encogió de hombros. De forma tal vez inconsciente, había pensado que, si conseguía llevarla a Savannah, se quedaría con él y estaría tan feliz que todo sería perfecto.

—Vale —replicó—. ¡NO COMPRES! Es una orden. Ve a dar un paseo. Camina por la ciudad. Savannah es preciosa. —Se levantó para colocarse tras ella y la abrazó mientras contemplaban el exterior a través de la ventana—. No tenemos que vivir aquí para siempre, ¿sabes? —siguió—. Ve a conocer el barrio antiguo. Las casas son preciosas, y tienen jardín. Podríamos vivir en una de esas.

Polly se volvió, dolida.

—Pero ya tengo una casa.

—Vives en un piso alquilado con goteras —señaló Huckle.

—De momento —puntualizó ella—. Pero estaba pensando en... —En realidad, no lo había analizado a fondo, pero de repente la idea surgió sin más—. Estaba pensando en comprar el faro, la verdad.

Huckle se echó a reír.

—¿Lo dices en serio?

—Es posible.

—¿Ese faro destartalado que está a punto de caerse? Sería peor que vivir en el piso.

—No con un poco de mimo y de atención.

—¡Y la luz!

—En realidad, cuando estás en el interior del faro, no ves la luz —señaló Polly—. Es el único lugar donde puedes estar a salvo de ella.

Huckle meneó la cabeza.

—Me encantan esas ideas tan locas que tienes.

—No es...

Ambos guardaron silencio al presentir las discrepancias.

—¿Vas a poner una barra como la de los bomberos? —le preguntó Huckle al cabo de un rato.

—Es posible —contestó Polly, intentando no ponerse a la defensiva—. De todas formas...

—De todas formas...

Huckle se sentó en la cama y se miraron.

—Lo siento —dijo él en voz baja—. Pero pensé que... que te vendrías a vivir conmigo. Aquí.

Polly parpadeó varias veces.

—Solo he venido para la boda.

—Sí, lo sé, pero, en fin... También has venido por mí, ¿no?

—No —contestó Polly, aunque eso era en parte una mentira—. A ver, quería

verte, sí, pero... No me di cuenta de... hasta que te vi...

Huckle asintió con la cabeza.

—¡Sí, hurra! —exclamó—. Genial, ¿verdad? ¡Míranos! ¡Hacemos una pareja genial! ¿A que sí?

Polly asintió con la cabeza.

—Y ya que estás aquí... —Huckle dejó la frase en el aire. La verdad, había meditado mucho al respecto. ¿No sería fantástico para Polly si no tuviera que levantarse a las cinco de la mañana todos los días para trabajar como una esclava, acabar cubierta de harina y hacer de criada de la señora Manse, a la que odiaba, y vivir en ese piso tan desastroso? ¿No sería fantástico que viviera con él, en su precioso apartamento, donde podría descansar durante un tiempo? Había supuesto que eso sería justo lo que ella querría, que le gustaría... En fin, él tenía mucho dinero, podía encargarse de todos los gastos...

Intentó explicárselo a Polly, pero se percató de que lo que parecía perfectamente lógico y razonable en su cabeza no iba a quedar bien expresado con palabras cuando empezó a hablar. La expresión de Polly se tornaba más preocupada por momentos.

—Pero ahora es mío. —Intentó explicarle ella—. El obrador. La señora Manse se ha jubilado y vive con su hermana. Lo ha dejado todo en mis manos. Es mi responsabilidad.

—Pero puedes hornear aquí —le aseguró Huckle, al tiempo que la besaba en el cuello—. ¿Mmm?

Polly se apartó de él.

—¿Lo tenías todo planeado? —quiso saber. El corazón le latía a mil por hora.

Huckle se encogió de hombros y clavó la vista en el techo. Después, la miró a ella.

—No lo había planeado —le aseguró—. Pero me muero por estar contigo.

Polly comprendió, espantada, que esas eran las palabras que había ansiado oír. Que había estado desesperada por oír desde hacía mucho tiempo. Quería estar con Huckle, soñaba con él, pensaba en él a todas horas. Había querido compartir con él todas las alegrías que había experimentado en el obrador, todas las anécdotas graciosas, todos los días de marejada. Estar a su lado en ese momento, aspirar su olor, bañarse en lo que ella siempre había visto como el resplandor de su compañía que siempre lograba animarla cuando estaban cerca... comprendió que le estaba ofreciendo el mundo.

Lo miró y sintió las caricias de esas manos grandes y fuertes en los hombros.

—Pero no puedo marcharme —dijo—. No puedo dejar Mount Polbearne. He trabajado mucho para conseguir algo que fuera mío.

—Y mereces un descanso —replicó Huckle—. Quédate una temporada.

Polly clavó la vista en esos intensos ojos azules.

—¿No podrías mudarte tú? —le preguntó con deje implorante.

Huckle tragó saliva.

—Pero Mount Polbearne... —dijo—. Fue... fue un descanso para mí. Esa no es mi vida real. Mi trabajo, mi carrera profesional... no puedo pasarme el resto de mi vida vendiendo tarros de miel.

—Alguna gente lo hace —le recordó Polly en voz baja.

—Fue maravilloso, pero en serio, Polly... No puedo vivir en un sitio donde no pueda verte a menos que la marea me lo permita. —Se echó a reír—. No me dirás que no es un poco ridículo.

Polly se apartó de un salto, como si el comentario le hubiera dolido.

—Ahora es mi hogar —dijo—. Además, están hablando de construir un puente.

—¡Un puente! —exclamó Huckle—. Eso sí que es una idea BRILLANTE.

Sin embargo, la expresión de Polly le dejó claro que para ella no lo era.

Solo quedaba un día para que el vuelo de Polly saliera. Huckle le enseñó Savannah, con la esperanza de que se enamorara de la ciudad, y ella apreció la belleza de sus edificios con sinceridad, aunque todavía hacía mucho calor y no apetecía pasar demasiado tiempo en la calle. No había mucho más de qué hablar. De modo que hicieron el amor, lloraron y después se echaron a dormir. Después se despertaron, lloraron otro poco más y repitieron el ciclo desde el principio.

—Déjame romper el billete —le suplicó Huckle—. Solo tienes que empezar de cero. Ya lo has hecho una vez. Puedes hacerlo otra.

—No puedo —le aseguró Polly con tristeza—. Se lo debo a la señora Manse, y a Jayden, y he trabajado mucho para conseguir lo que tengo. Es la primera vez que hago algo por mí misma. Creo que estarás de acuerdo conmigo en eso.

Huckle asintió con la cabeza, desolado.

—Pero puedes hacerlo de nuevo. ¿No crees? ¿Ahora que lo has hecho una vez?

—No lo creo —contestó Polly—. Ni siquiera puedo trabajar en Estados Unidos. Aquí no podría hacer lo que hago.

—Pues no hagas nada —le suplicó Huckle—. No hagas nada. Vente a vivir a mi cama.

El comentario la hizo reír.

—No sé si eso duraría mucho. ¿No puedes volver a Cornualles? Se te da genial lo de saltar de continente en continente en cinco minutos.

Huckle parecía muy triste.

—Pero mi hogar... mi familia, mi trabajo, todo... No sé si sería capaz de hacerlo de nuevo. Soy un hombre hecho y derecho. Debo comportarme como tal.

Polly asintió con la cabeza. Lo entendía.

Lo que había entre ellos había sido un sueño, una fantasía peregrina. No eran adolescentes. Eran personas maduras, con responsabilidades.

—No me puedo creer que haya sido tu rollo de vacaciones —comentó Polly, que no se molestó siquiera en limpiarse las lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

—No has sido... no eres... —protestó Huckle—. Encontraremos el modo. Tenemos que hacerlo.

Se abrazaron con fuerza cuando llegó el taxi que la llevaría al aeropuerto.

—Probablemente no debería marcharse —señaló el taxista con tono servicial.

—No lo hagas —dijo Huckle a Polly con el rostro demudado—. Por favor —insistió—. Por favor, esto no es el final. No puede ser el final. Otra vez no.

Ella lo miró en silencio.

—¿No crees que así solo vamos a empeorar las cosas? —replicó—. ¿Si... si fingimos? ¿Si seguimos fingiendo?

Huckle meneó la cabeza, negando sus palabras con vehemencia.

—Nada puede ser peor que esto —dijo—. Nada.

Siguieron de pie mientras el taxista suspiraba y echaba un vistazo al reloj, y los coches que circulaban pitaban furiosos al verse obligados a cambiar de carril para esquivarlos.

—No quiero que te vayas —dijo Huckle.

—No quiero irme —le aseguró Polly.

—Se vaya o no —replicó el taxista—, el taxímetro corre.

Huckle tuvo que echar mano de todas sus fuerzas para no salir corriendo por la calle y abrazarla de nuevo. Esperaba que en cualquier momento abriera la puerta del taxi y regresara a su lado corriendo. Pero no lo hizo.

Aturdida, entumecida y demasiado exhausta como para llorar, Polly se sentó en el asiento de cuero cuarteado y polvoriento del taxi verde y blanco, y clavó la mirada al frente, sin ver nada.

Siempre quedaba el trabajo, por supuesto. Y Polly tenía un montón de cosas más con las que mantenerse ocupada. Ya había decidido que guardaría la módica cantidad que le había reportado la venta del apartamento de Plymouth y la usaría para dar la entrada de... Bueno, no. Era ridículo. Jamás lo conseguiría. Los amigos de Samantha y de Henry ya habían mencionado lo divertido que sería vivir en un faro, y Polly se enfadaba cada vez que pasaba cerca durante sus paseos con *Neil* y miraba sus ventanitas, sus desvaídas rayas, y pensaba que alguien lo compraría como residencia vacacional para presumir, cuando ella sabía (estaba segurísima) que le encantaría vivir en él.

Se preguntó qué pensaría Huckle, pero descartó poco después el pensamiento. La llamaba todos los días. Le enviaba mensajes de correo electrónico. Esa mañana le había enviado un poema y ella se había preguntado si debería dejar de hablar con él, porque le resultaba muy doloroso.

*Hago siete círculos, mi amor,  
para ayudarte en tu descanso.  
Hago el círculo gris del pan  
y el círculo de la cerveza,  
y bato la mantequilla en un círculo dorado  
y bailo cuando tocas el violín.  
Y vuelvo la cara hacia el sol poniente hasta que te veo llegar del campo.  
Mi lámpara arroja un círculo de luz.  
Después yaces durante horas en el ardiente e insuperable círculo de mis  
brazos.*

Lo miró durante veinte minutos y después se dispuso a amasar con tanto ahínco que creyó que se dislocaría los hombros.

En ese momento, estaba sentada en la muralla del puerto, contemplando cómo el sol se tornaba dorado en el horizonte y saludando a los chicos que iban de camino al trabajo. Dave estaba moreno y parecía feliz mientras discutía con los demás. Jayden les preparaba los sándwiches todos los días, a un precio reducido, y se los llevaba a los barcos, tras lo cual se paraba a charlar un poco. Polly se había preguntado si echaría de menos salir a faenar, pero él se echó a reír con tantas ganas cuando se lo preguntó, que jamás volvería a sacar el tema. De hecho, cada día que pasaba se afianzaba más en su papel: había nacido para hornear.

Se fue a casa y echó un vistazo a las ridículas fotos de la luna de miel de Kerensa,

que esta había subido a Facebook, se preparó una cena sencilla y solo leyó el poema ocho o nueve veces más. Después de comer, se obligó a ir al *pub* para asistir a otra de las interminables reuniones de Samantha sobre cómo detener la construcción del puente. Parecían interminables, comentó Samantha echándole bastante cara al asunto, porque todavía no había puente, señal de que sus esfuerzos funcionaban. Samantha había llevado a su hija, Muriel también. Y Polly pensó en los cambios a los que había asistido durante el último año mientras se preparaban para la nueva temporada estival.

Samantha estaba hablando, pero Polly se encontraba a miles de kilómetros.

—¿Qué opinas? —soltó a Polly de repente.

—Esto, bueno, sí —murmuró ella, intentando fingir que sabía de lo que estaba hablando.

—¡Pues está decidido! —exclamó Samantha, lo que suscitó que todos gruñeran al unísono—. ¡El voto de Polly era decisivo!

—¿A qué he accedido exactamente? —le preguntó Polly, preocupada, a un Jayden de expresión enfadada mientras se encaminaban a la barra.

—A la sentada —contestó Jayden—. Bueno, más bien a la cadena. Samantha ha convocado a la prensa y todos vamos a plantarnos en la carretera con las manos agarradas para evitar que construyan el puente.

—¡Pero acabaremos ahogados! —señaló Polly—. Qué idea más ridícula. ¡Demostrará justo lo contrario, que necesitamos un puente!

—Lo sé —replicó Jayden con voz lastimera.

—¡Y el agua está helada! Solo estamos en primavera.

—Lo sé. Y yo quiero ir de marcha a la ciudad.

—Pues ve. —Le soltó Polly, un poco exasperada—. Reserva una habitación en un Bed & Breakfast o algo así.

Jayden frunció el ceño.

—¡Hala! —exclamó—. ¡Puedo hacerlo! ¡Ahora tengo mucho dinero!

—¿Qué dinero? —le preguntó Polly, que entrecerró los ojos. Recibía el sueldo mínimo.

—El dinero que estoy ganando ahora —respondió el muchacho, muy contento.

—¿Me estás diciendo que es más de lo que ganabas como pescador?

—MUCHÍSIMO más —respondió Jayden—. Madre mía, un Bed & Breakfast. Imagínate. Te preparan el desayuno y todo.

—Sí —replicó Polly—. Sí que te lo preparan.

La cadena humana estaba programada para el fin de semana de Pascua, la primera festividad importante de la estación, que se celebraría tres días antes de la votación del ayuntamiento. El pueblo entero se reuniría en la carretera tan pronto como bajara la primera marea del día, y no se moverían hasta que llegara la segunda. Irían

armados con pancartas y corearían canciones. La segunda pleamar se produciría sobre las cinco de la tarde, una hora a la que esperaban que su punto de vista hubiera quedado más que claro.

Kerensa y Reuben llegarían en avión privado desde la más reciente escala de su luna de miel (Porto Cervo, en Cerdeña. Kerensa aseguraba que las mujeres ricas eran espantosas y Reuben no paraba de intentar comprarle unos bolsos feísimos, de modo que habían decidido dejarse de regalos y dedicarse al sexo) para unirse a ellos y demostrar así su solidaridad (y, también, sospechaba Polly, para que Reuben tuviera la oportunidad de darse un paseo en su *Riva*).

Cada día amanecía antes, de modo que Polly se levantó por vez primera con la brillante luz del alba, dispuesta a hornear un montón de bollos extra para la barbacoa que habían planeado celebrar después de la cadena humana en la pequeña playa de guijarros. Había escuchado a Lance, el agente inmobiliario, comentar en el *pub* que no lograría colocar el faro a menos que consiguieran construir el dichoso puente, y eso le daba un poco de esperanza.

La mañana era preciosa, pensó mientras silbaba alegremente, encantada con el maravilloso olor que salía de los hornos y del que nunca se cansaba. Estaba deseando ver a sus amigos. Había convencido a sus amigos de Plymouth de que fueran a pasar el día. A lo mejor Chris los acompañaba. Al parecer, su nueva novia era una artista radical con unos *piercings* enormes en la nariz que hacía fotografías sangrientas. A Polly le gustaba lo que había oído de ella. *Neil* se acercó dando saltitos y ella le acarició las plumas con cariño y le dio un besito en el pico.

—*Neil*, tendremos un día precioso —le dijo en voz baja mientras miraba por el escaparate del obrador hacia el Este, donde los dorados rayos del sol comenzaban a reflejarse en la superficie del agua. Después, miró al frente, y escuchó que la flota pesquera estaba atracando. No había muchas cosas que cambiaran en Mount Polbearne y quería que siguiera siendo así. Se preguntó, y no lo hacía por primera vez, si estaba convirtiéndose en la señora Manse.

Huckle sabía que había llegado la hora. Hacía mucho que lo sabía, de hecho. No había recibido respuesta alguna tras el poema, aunque pensaba que podría suscitar alguna reacción. O más bien lo había creído a ciencia cierta, había ansiado creerlo con tanto ahínco que casi había ido al aeropuerto, por el amor de Dios. Pero no. A esas alturas debía poner en orden ese aspecto de su vida y pasar página. En Savannah todo iba sobre ruedas, estaba más ocupado que nunca con el trabajo y podía salir todas las noches si le apetecía, aunque rara vez lo hacía. Necesitaba hacerlo. Lo había pospuesto demasiado. Cerró la puerta de su despacho y pulsó el número 9 para indicar que quería una conferencia internacional.

Primero la casa. Llamó a la agencia inmobiliaria que le había gestionado el alquiler, donde se mostraron encantados de disponer de nuevo de una propiedad tan golosa en la floreciente región de Mount Polbearne, el sitio de moda del que hablaban todos los dominicales, que ni siquiera lo obligaron a pagar la cantidad estipulada por incumplimiento de contrato. Al parecer, tenían una lista kilométrica de clientes a la espera de comprar una segunda residencia, enamorados de la zona y que pensaban que la apicultura sería dar un paso más.

Pidió a su asistente personal que le llevara una taza de café y después llamó a la agencia de trabajo temporal para poner fin al contrato de mantenimiento de las colmenas. Los nuevos inquilinos se mudarían en una semana, así que las abejas solo necesitarían un día más.

La mujer que lo atendió al otro lado de la línea parecía confundida.

—Lo siento, señor Skerry, pero ya ha cancelado su contrato de mantenimiento.

—¿Cómo dice? No —replicó Huckle.

—Sí, lo tengo aquí delante. El señor Marsden vino para decirnos que ya no necesitaba un trabajador temporal. Me temo que ya no trabaja con nosotros, de modo que no puedo preguntarle. Hace meses que no enviamos a nadie a su casa.

Huckle le dio las gracias, mientras analizaba el asunto. Polly le había llevado la miel, y era fresca. Además de fresca, maravillosa. En aquel momento, se dijo que debía agradecerse al empleado de la agencia temporal, y después, con todo el lío de lo que había pasado con Polly, se le había olvidado el tema por completo.

Cayó en la cuenta muy despacio. Lo idiota que había sido. ¿Qué narices...?

De repente, la vio claramente de pie delante de él. La vio andar por el camino flanqueado de árboles (esos árboles tan bonitos, recordó), lloviera o hiciera sol, en verano o en invierno, todos los días, yendo simplemente a atender a sus abejas como si no tuviera bastantes cosas que hacer. Parpadeó para librarse de las lágrimas. Todo esos meses que había pasado pensando que estaba enamorada del recuerdo de un fantasma; todos esos meses ella había soportado el barro y la lluvia, había recorrido la



carretera y había hecho todo el camino hasta su casa para atender a sus dichosas abejas.

Echó un vistazo a su oficina. La emoción de verse envuelto otra vez en la vorágine de actividad empezaba a difuminarse. Pensó en los atascos en la autopista; en las calurosas noches; en la corbata que lo agobiaba porque le apretaba demasiado el cuello; en sus colegas enviándose mensajes para ir a ver un partido de béisbol; en los informes que se acumulaban encima de su mesa; en su promesa de acompañar a su madre a la iglesia el domingo; en la invitación para asistir a la boda de Candice y Ron, que al parecer iba a ser tan fastuosa como la de Reuben. Su vida entera parecía acumularse a su alrededor, atrapándolo. Sin embargo, él solo podía pensar en esas dichosas abejas. Bueno, no solo en las abejas.

Sin darse cuenta, se quitó la corbata.

—Madre mía —masculló, al tiempo que se pasaba las manos por el pelo—. Madre mía. ¡Susan!

Su asistente se acercó con el café en la mano y una expresión esperanzada. Estaba locamente enamorada de él.

—Esto... Tengo que...

No supo qué decir. La última vez que se fue lo hizo sin avisar, se tomó un tiempo libre porque le apetecía. Esa vez no parecía una decisión meditada. Sus piernas se movían por sí solas. Estar a punto de hacerlo otra vez le resultaba increíble. Pero así era.

—Ajá, tengo que... tengo que ocuparme de unos asuntos.

—¿Algo en lo que pueda ayudarte?

—Mmm... no. No. Bueno, ¿puedes pedirme un taxi que me lleve al aeropuerto?

No llamó a nadie, no habló, no se detuvo a pensar. Apenas durmió durante el vuelo, pero el largo trayecto en tren desde Londres hasta Looe lo dejó fuera de juego y el revisor tuvo que despertarlo con tiento, ya que se había percatado de su destino al ver el billete. Huckle se sintió muy agradecido.

El taxista habló por los codos durante el trayecto hasta Mount Polbearne sobre el *boom* que había experimentado la zona, sobre el puente que estaban a punto de construir y que lo cambiaría todo. La primavera estaba a la vuelta de la esquina, y muchas de las estrechas carreteras comarcales estaban flanqueadas por flores rosas y blancas. El mar brillaba entre las verdes colinas. Huckle suspiró. Se le había olvidado lo bonita que era la zona.

El taxista llegó hasta el inicio del camino y se detuvo. Huckle le dio las gracias y salió llevando consigo su bolsa de viaje. Mortalmente cansado después del largo viaje, recorrió el conocido camino casi cojeando, pisando la alfombra de flores.

Se detuvo al llegar a la puerta de la casita y soltó la bolsa. Después, se quitó los zapatos y los calcetines para poder hundir los pies en la fresca y suave hierba.

Escuchó de nuevo el reconfortante borbotear del arroyo y el agradable zumbido de las abejas.

—Hola, chicas —murmuró, abrumado por el cansancio y por un alivio impresionante, por extraño que pareciera.

Se percató, si bien no se sorprendió, de que todos sus monos estaban limpios y colgados con pulcritud. Las colmenas estaban en perfectas condiciones. Libres de cera, con la miel envasada en sus tarros. Echó un vistazo a los árboles, con sus tiras de luces, y recordó la noche que pasaron bebiendo hidromiel. Sonrió. Todos sus sueños sobre el hidromiel reducidos a cenizas por un trabajo bien remunerado en un despacho con aire acondicionado. No. No, no y no.

Rápido como el viento, se quitó el traje, se dio una ducha a la carrera, acicateado por la emoción y por el subidón de adrenalina. Después, se puso unos vaqueros y una vieja camiseta de manga corta. Salió de la casa en tromba, sin cerrarla siquiera con llave, y para ganar tiempo fue masticando pasta de dientes. Gracias a Dios que la moto arrancó al primer intento, porque a esas alturas ni siquiera razonaba. No pensaba, no planeaba, no hacía nada que fuese racional. Era maravilloso.

Recorrió las estrechas carreteras a toda velocidad, estuvo a punto de chocar contra un enorme camión cargado de gravilla, y se detuvo con un rugido del motor al final del camino que llevaba hasta la carretera de acceso a Mount Polbearne. La marea estaba subiendo. Había un letrero que advertía de que no se atravesara la carretera dos horas antes del horario previsto para la pleamar. No le importó saltarse las normas. No se cuestionó la multitudinaria presencia de furgonetas y coches aparcados, algunos con los logotipos de ciertas cadenas de televisión, ni de la gran cantidad de gente que había por la zona. Lo único que quería era atravesar la carretera antes de que fuera imposible hacerlo.

Y entonces lo vio. En la carretera. Una hilera de personas enorme. Todos los habitantes de Mount Polbearne cogidos de la mano, desde tierra firme hasta el mismo pueblo.

—¿Qué pasa? —preguntó a Muriel, que estaba en un extremo de la cadena con un precioso bebé en una mochila portabebés que llevaba a la espalda.

—¡Huckle! —chilló—. ¡Ay, Dios mío, has vuelto! ¡Polly está en el otro extremo!

—¿Qué estáis haciendo?

—Estamos protestando. ¡No queremos el puente!

—¡No queremos puente, no queremos puente! —coreaba la multitud mientras las cámaras de televisión grababan la escena.

Huckle sonrió de oreja a oreja y se aferró al brazo de Muriel.

—Desde luego que no —dijo—. ¡NO QUEREMOS PUENTE, NO QUEREMOS PUENTE! — En ese momento, se percató de que el agua empezaba a acariciar los laterales de la carretera. Miró con preocupación al bebé—. ¿Cuánto tiempo vais a estar así? —quiso saber.

—Ya lo sé, casi hemos acabado —contestó Muriel, y, justo mientras hablaba, se

escuchó que alguien hablaba por un megáfono.

—¡DESPEJAD LA CARRETERA! ¡DESPEJAD LA CARRETERA! ¡MOUNT POLBEARNE PARA SIEMPRE! —gritó una voz que Huckle reconoció como la de Samantha.

Un montón de gente se apresuró a despejar la carretera caminando hasta tierra firme, de modo que Huckle tuvo que abrirse paso.

—No, ya hemos acabado —le dijo Jayden, a quien el chaleco reflectante le otorgaba un aspecto importante—. Por favor, señor... ¡Ah, eres TÚ!

—Sí —replicó Huckle.

—Bueno, todos tenemos que despejar la carretera a las cinco. Vamos, lo dice la ley.

—Solo quiero ver a Polly.

—Está en el otro lado; ya la verás por la mañana.

El agua había empezado a cubrir la carretera a esas alturas, y todo el mundo corría con los pies mojados.

—Cruzaré rápido.

—No llegarás a tiempo —le advirtió Jayden—. Y estoy en este lado, no puedo llevarte en la barca.

—No me pasará nada.

—El agua está helada —le dijo Jayden—. No te arriesgues. No seas idiota.

Huckle sonrió.

—Mis días de hacer el idiota ya han quedado atrás —replicó—. Desde hoy. —En ese momento se zafó de los brazos de Jayden y avanzó abriéndose paso entre la marea de gente, gritando su nombre—. ¡Polly! ¡Polly! —Sin embargo, no la veía.

Polly fue una de las últimas personas en abandonar la carretera desde el extremo de Mount Polbearne. La gente se había agolpado cuando llegó el momento de hacerlo y ella se había quedado rezagada para permitirles pasar, sobre todo a los más pequeños. Los habitantes de Mount Polbearne eran muy supersticiosos y se negaban a estar en la carretera cuando subía la marea, y con toda la razón del mundo.

De todas formas, ella llevaba chanclas, así que le dio igual que el agua helada le mojara los dedos. Iba a ser una puesta de sol espectacular. Miró hacia los edificios, que parecían estar ardiendo, y escuchó las conversaciones y las risas de los que pasaban a su lado, contentos con lo que habían hecho ese día. La asistencia había sido un éxito y habían logrado cubrir toda la longitud de la carretera. Un periódico había entrevistado otra vez a Patrick, así que todos estaban felices.

Al principio no lo escuchó, pero algo le llamó la atención, algo que arrastraba el viento, y, aunque el agua ya había subido hasta un punto incómodo, se detuvo, se volvió y miró a la distante figura. Había alguien todavía en mitad de la carretera. Se le detuvo el corazón. Y entonces lo reconoció.

Todos los demás se habían ido. La carretera estaba cerrada. Pero él estaba allí.

Estaba allí, sin más, y Polly echó a correr.

Huckle corría hacia ella igual de rápido, luciendo la misma expresión decidida que Polly. El agua ya les llegaba a los tobillos y el sol era una enorme bola reluciente en un cielo cubierto de pinceladas rosas cuando se fundieron en un abrazo en mitad de la carretera. Sin dudarlo ni un instante y sin mediar palabra, Hucke la alzó en volandas como si no pesara nada y la besó en la boca; un beso que ella le devolvió con avidez, como si no hubieran estado separados, como si fuera el mismo beso que habían empezado durante el funeral: la misma pasión, el mismo apremio. Hucke se sentía como un hombre muerto de sed en el desierto al que le hubieran dado un vaso de agua. Polly ni siquiera pensaba.

Huckle solo se apartó de ella a regañadientes cuando el agua empezó a mojarle los muslos.

—Creo que deberíamos pensar en salir de aquí —dijo al tiempo que la dejaba con delicadeza en el suelo.

Polly soltó una carcajada al sentir el impacto helado del agua.

La gente les gritaba desde ambos lados de la carretera mientras avanzaban, doblados de la risa, de vuelta a Mount Polbearne, cogidos de la mano. Las olas llegaron con una rapidez increíble, y, con el agua a la altura del pecho, necesitaron la ayuda de las manos amigas para llegar a tierra. Archie les echó la bronca, pero ellos se miraron y se echaron a reír de nuevo. Para Polly era asombroso que Hucke estuviera allí, a su lado una vez más, con su sonrisa campechana. Ansiaba enterrar los dedos en ese abundante pelo rubio.

—¿Puedo hacer una broma muy mala sobre la ropa mojada y la necesidad de quitársela? —preguntó.

—Puedes hacer lo que quieras —respondió Polly.

Lo llevó a la espaciosa habitación que Polly adoraba, una habitación que lo había torturado en sueños, con la vista del mar, con ese azul puro y claro que en ese momento empezaba a oscurecerse. Los barcos habían salido a faenar. Bien. Polly encerró a *Neil* en el cuarto de baño y regresó, otra vez nerviosa.

—¿Tienes hambre? —le preguntó.

—No lo sé —contestó Hucke—. Sí.

Y ella cogió el pan recién horneado y la miel.

Más tarde, felices y cansados, Polly abrazó a Hucke bajo las mantas, aspirando su maravilloso y cálido olor mientras le acariciaba el vello del pecho (le parecía un hombre guapísimo) y se sumió en un sueño profundo.

## Coda

—¿En serio?

—¡En serio!

Lo gracioso fue que, al final, lo que lo logró fue la foto de ellos dos abrazados, con el sol poniente a sus espaldas y el agua por la cintura.

«POR AMOR A MOUNT POLBEARNE», rezaba el pie de foto, tras la que el ayuntamiento había votado en contra del puente por cinco votos a tres, y así acabó todo. Lance suspiró pesaroso y rebajó al máximo el precio del viejo faro.

En ese momento, estaban en lo más alto del mismo, en una estancia con ventanas en todo su perímetro donde se tenía la sensación de estar en el mar o de estar sobrevolándolo como un pájaro. El suelo de madera estaba en tan mal estado como el que había dejado atrás en el piso (aunque tenían planes para transformarlo algún día en una pequeña cafetería) y la pintura de las paredes estaba descascarillada. *Neil* volaba por la estancia muy contento.

—¿Dónde vamos a comprar muebles circulares? —preguntó Huckle, pero Polly se había percatado de que se había enamorado del lugar en la misma medida que ella.

El faro estaba en malas condiciones, descuidado y desaliñado, pero, tal como Polly había señalado, ellos estaban igual y no les iba tan mal. Huckle era incapaz de decirle que no a cualquier cosa que ella propusiera.

—Pero quiero una barra como la de los bomberos —exigió.

—Lo que quieras —replicó Polly—. Si te apetece, te haré un bailecito en ella.

—Me va a apetecer. —Le sonrió—. ¿No vas a echar de menos la luz?

Polly lo miró y después clavó la vista en el precioso mar en movimiento, dorado por la luz del sol.

—Tú eres mi luz —repuso en voz baja, y Huckle la atrajo hacia él para enterrar la cara en su pelo.

Polly miró por encima de su hombro, más allá de las cristaleras que conformaban la pared y vio la pequeña flota pesquera que salía a faenar como todas las tardes. Como siempre, los seguía una bandada de gaviotas, graznando furiosas, mientras el sol teñía las nubes de dorado. En ese momento, vio algo, un pez o tal vez una foca, saltando y salpicando agua frente a la proa del *The Tarn*. Era algo que sucedía con frecuencia, como si estuvieran jugando. Pero esa noche le resultó distinto por algún motivo. Era como si el espíritu de alguien estuviera custodiando el barco. El espíritu de Tarnie, quizá, aún acompañándolos de alguna manera. Aunque sabía que era ridículo, fue incapaz de desterrar la idea mientras contemplaba la escena en el faro, protegida por el abrazo de su amado.

—Id con Dios —susurró, dirigiéndose a los barcos, y pensando en quienes

navegaban en ellos mientras recordaba otra vez la canción de Tarnie.

*Ojalá fuera un pescador  
que se hace a la mar,  
muy lejos de tierra firme  
y todos sus amargos recuerdos.  
Poder lanzar mi precioso anzuelo  
con despreocupación y amor.  
Sin más techo que me constriña  
que el cielo estrellado  
contigo entre los brazos.  
¡Uuuh, uuuuh!*

## Agradecimientos

Gracias, primero y ante todo, a Ali Gunn, POR SUPUESTO, y al increíblemente asombroso equipo de Little, Brown, en especial a mi maravillosa editora Rebecca Saunders; al maravilloso editor de otras personas, Manpreet Grewal, a quien le doy la tabarra de todas formas; a la fantástica Emma Williams y a la también maravillosa Jo Wickham y a sus respectivos equipos; a David Shelly y Ursula Mackenzie, un dúo formidable; a Charlie King, Camilla Ferrier, Sarah McFadden, a Patisserie Zambetti, a Alice, al foro, a mis queridas amigas y a mi familia, aquí, allí y en todos lados.

Esos lectores que captan al vuelo los detalles han podido pensar: «¡AJÁ! Esa señora gruñona, Gillian Manse, tiene un nombre muy parecido al de la querida escritora Jill Mansell... ¿será una pequeña venganza?». Nada más lejos de la verdad: Jill es un encanto e incluso participó en la subasta benéfica que se realizó el año pasado en Comic Relief para que su nombre fuera incluido en el libro.

Al hilo de esa cuestión, en este libro el mar desempeña un papel muy importante. Existen dos organizaciones maravillosas que ayudan a los marineros que se encuentran en una situación precaria. Una es RNLI, por supuesto, [www.rnli.org](http://www.rnli.org), de la que estoy segura que habéis oído hablar. La otra es Fisherman's Mission, [www.fishermensmission.org.uk](http://www.fishermensmission.org.uk), y llevan a cabo una labor asombrosa ayudando a las personas que se dedican a este trabajo tan traicionero. Con las ganancias de este libro se han hecho donaciones a ambas organizaciones.

Y, por último, la canción que aparece en el libro, *Fisherman's Blues*, es de The Waterboys y me encanta. Si quieres escucharla mientras lees el libro, la tienes aquí: [www.tinyurl.com/fishermansblues](http://www.tinyurl.com/fishermansblues), aunque yo recomiendo todo el catálogo.

Como siempre, he probado todas las recetas del libro. Y, en el caso del Pan Sencillo, más de una vez a la semana.

Por favor, ponte en contacto conmigo: [www.facebook.com/thatwriterjennycolgan](http://www.facebook.com/thatwriterjennycolgan) o @jennycolgan en Twitter.

Un cariñoso saludo,

JENNY

# La vida es dulce con Jenny Colgan

## PAN SENCILLO

Este es el pan para principiantes por excelencia. No puede ser más sencillo.

Es una receta fantástica para hacer durante un domingo tranquilo, cuando estés de relax. Si lo haces, podrás seguir de relax y conseguir al mismo tiempo la satisfacción de haber logrado una hazaña. Si alguna vez has pensado: «Mmm... eso del pan... no es lo mío», espero de corazón que al menos intentes hacer esta receta.

Es el pan más sencillo del mundo. Es imposible equivocarse, y, en cuanto lo pruebes, comprenderás al instante por qué la gente adora hornear.

*700 g de harina de fuerza*  
*1 sobre de levadura seca de panadero*  
*400 ml de agua templada*  
*1 cucharada sopera rasa de sal*  
*1 cucharada sopera rasa de azúcar*

Tamiza la harina y después caliéntala un poco en el microondas (yo lo pongo a 600 W durante un minuto). Añade la levadura, la sal y el azúcar, y después el agua. Mezcla.

Amasa en una superficie enharinada durante unos minutos, hasta formar una bola que no se pegue.

Deja reposar durante dos horas, mientras lees el periódico o sales a pasear.

Amasa de nuevo unos minutos.

Deja reposar una hora mientras te das un baño relajante.

Calienta el horno a 230 °C y engrasa un molde metálico para pan.

Hornea durante 30 minutos o hasta que al darle unos golpecitos en la base suene hueco.

Déjalo enfriar todo el tiempo que puedas y, luego, devóralo.

## PALITOS DE QUESO

Otra receta sabrosa y sencillísima.

Precalienta el horno a 200 °C. Engrasa una bandeja y fórrala con papel de hornear.

Mezcla 120 g de mantequilla blanda con 450 g de queso. (Ya sé que parece mucho. Pero ten en cuenta que estos palitos son para compartir, para una fiesta o reunión. Yo prefiero el queso cheddar extra curado, pero cualquier queso curado te



servirá. Los holandeses van muy bien. No uses queso tierno ni ningún tipo de queso azul).

Añade 250 g de harina, una cucharadita de sal, pimienta al gusto y una cucharadita de polvo de hornear.

Ve cortando trozos de masa y estíralos como si estuvieras jugando con plastilina. El tamaño depende de ti, pero si los dejas demasiado gordos, saldrán un poco apelmazados.

Hornea durante 15 minutos o hasta que estén crujientes.

## TORTITAS DE MAÍZ DULCE

Son las preferidas de mi marido. Le encanta que se las prepare para desayunar o el día de su cumpleaños. En realidad, ahora que lo pienso, debería hacerlas más a menudo. Están buenísimas, muy sabrosas y son fáciles de preparar.

Bate un huevo.

Añade una cucharada sopera de agua, una taza de harina, una lata pequeña de maíz dulce (o la mitad de una grande, o dobla las cantidades del resto de los ingredientes y usa la lata grande entera) y una cucharadita de polvo de hornear.

Adereza al gusto (aquí usamos mucha sal y pimienta).

Forma tortitas con las manos y fríelas a fuego medio. Colócalas en un plato con papel de cocina para que absorba el exceso de aceite. ¡Ñam ñam!

## ROLLITOS DE CANELA

Estos rollitos son una delicia absoluta que dejarán a la altura del betún a los industriales que puedes comprar en cualquier cafetería.

*237 ml de leche*

*55 g de mantequilla*

*1 sobre de levadura seca*

*55 g de azúcar*

*1 huevo batido*

*390 g de harina (divídela en 220 g y 170 g)*

*½ cucharadita de sal*

*PARA EL RELLENO:*

*225 g de azúcar moreno*

*1 cucharadita de canela*  
*115 g de mantequilla blanda*

*PARA LA COBERTURA:*

*Azúcar glas*  
*Agua*

Engrasa y forra con papel de hornear una bandeja.

Calienta la leche, la mantequilla y el azúcar a fuego lento en un cazo y después deja que se enfríe.

Mezcla con la levadura, el huevo, 220 g de harina y la sal. A continuación, añade el resto de la harina despacio.

Amasa durante cinco minutos y después déjalo reposar una hora, hasta que doble su tamaño.

Mezcla los ingredientes del relleno.

Estira la masa con un rodillo hasta formar un rectángulo y vierte la mezcla del relleno. Extiéndela bien. Después (ahora viene lo divertido) enrolla la masa empezando por uno de los extremos más largos, como si fuera un brazo de gitano, y ve cortando rodajas.

Deja que doblen de tamaño durante una hora, sobre la bandeja, y después hornea durante 25 minutos a 180 °C. Déjalas enfriar (solo un poco; no es necesario que te sacrifiques más de la cuenta) y, después, cúbre las con la mezcla de azúcar glas y agua.

## FOCACCIA

En una ocasión hice un reto con un amigo cocinero para ver quién hacía la mejor focaccia, y, como es lógico, ganó él. Pero tuvimos suerte de usar un horno de leña situado al aire libre que dio a ambas focaccias un sabor divino. En todo caso, calienta bien tu horno. Unos 220 °C le darán un buen sabor, pero ten cuidado de que no se quemem.

*500 g de harina*  
*1 ½ cucharadita de sal*  
*325 ml de agua templada*  
*1 sobre de levadura seca de panadero*  
*2 cucharadas soperas de aceite de oliva*  
*Queso, romero o cualquier hierba aromática que te apetezca espolvorear por encima*

Mezcla la harina y la sal.

Disuelve la levadura en el agua templada. Añade esta mezcla, junto con las dos cucharadas de aceite, a la harina.

Amasa durante diez minutos. Deja reposar la mezcla una hora, cubierta con un paño, en un lugar templado.

Estira la masa hasta formar un rectángulo de unos 20 cm por 30 cm. Deja reposar cuarenta minutos.

Presiona con los dedos en la masa para hacer hoyitos y hornéala 20 minutos a 220 °C.

Saca la masa del horno y añade el queso, las hierbas aromáticas y un poco más de aceite. Métela de nuevo en el horno durante cinco minutos.

## BAGELS

Los bagels son un poco trabajosos de preparar, pero donde yo vivo no se encuentran fácilmente y a veces SON NECESARIOS.

*440 g de harina de fuerza*

*1 cucharada sopera de azúcar*

*1 ½ cucharadita de sal*

*1 cucharada sopera de aceite vegetal*

*1 sobre de levadura de panadero seca*

*296 ml de agua templada*

Mezcla todos los ingredientes hasta formar una masa consistente.

Amasa durante diez minutos.

Corta en ocho partes y deja reposar durante veinte minutos.

Calienta el horno a 195 °C.

Estira las bolas de masa y únelas como si fueran rosquillas. (Puedes usar un poco de leche en los extremos si ves que se separan). Deja reposar otros veinte minutos.

Pon a hervir una olla de agua.

CON MUCHA PRECAUCIÓN sumerge los bagels en el agua de uno en uno durante un minuto. Puedes ayudarte con una espumadera.

Añade cualquier aderezo que te apetezca (cebolla troceada, pasas... obviamente, estas dos opciones no las pongas a la vez).

Hornea durante veinte minutos, dándoles la vuelta a mitad del horneado.

## SHORTBREAD

Tan sencillo y tan rico. Utiliza una buena mantequilla, aunque de todas formas te saldrá delicioso. Puedes añadir pepitas de chocolate, pero yo ni me molesto. Esta receta es fantástica para hacerla con niños, aunque la parte de «dejar reposar en el frigorífico» puede resultarles una tortura. Es necesario hacerlo, porque de lo contrario perderán la forma en el horno.

*140 g de mantequilla*

*60 g de azúcar blanquilla*

*200 g de harina*

Forra con papel una bandeja y precalienta el horno a 180 °C.

Bate el azúcar con la mantequilla y después añade la harina hasta que obtengas una pasta suave. Extiende la masa hasta que tenga 1 cm de grosor y después córtala como más te guste: con un cortapastas o con un cuchillo si te salen las líneas rectas.

Espolvorea un poco más de azúcar por arriba y deja enfriar la mezcla en el frigorífico durante al menos media hora. Por cierto, si te pareces a mí y guardas recetas y las empiezas antes de leerlas enteras, llegarás a una parte que te dirá: «deja marinar durante cuatro horas», cuando necesitas tener la cena lista en veinte minutos. Así que permíteme enfatizar esta última parte, por si te pareces a mí: ¡DEJA ENFRIAR LA MASA MEDIA HORA EN EL FRIGORÍFICO!

Luego hornea durante 20 minutos o hasta que estén dorados.



JENNY COLGAN nació en Prestwick, Escocia en 1972, es una autora británica de chick-lit y comedias románticas, muy popular en Gran Bretaña. Ha escrito diez novelas, y todas ellas se han convertido en *best sellers*. Estudió en la Universidad de Edimburgo. Trabajó durante seis años en el servicio de salud, y como dibujante y humorista. Vive entre Francia y Londres.

Ha escrito, entre otras, *La boda de Amanda* (*Amanda's Wedding*, 2000), *Encuéntrame en el Cupcake Café* (*Meet me at the Cupcake Café*, 2011), y *La chocolatería más dulce de París* (*The Loveliest Chocolate Shop In Paris*, 2013).